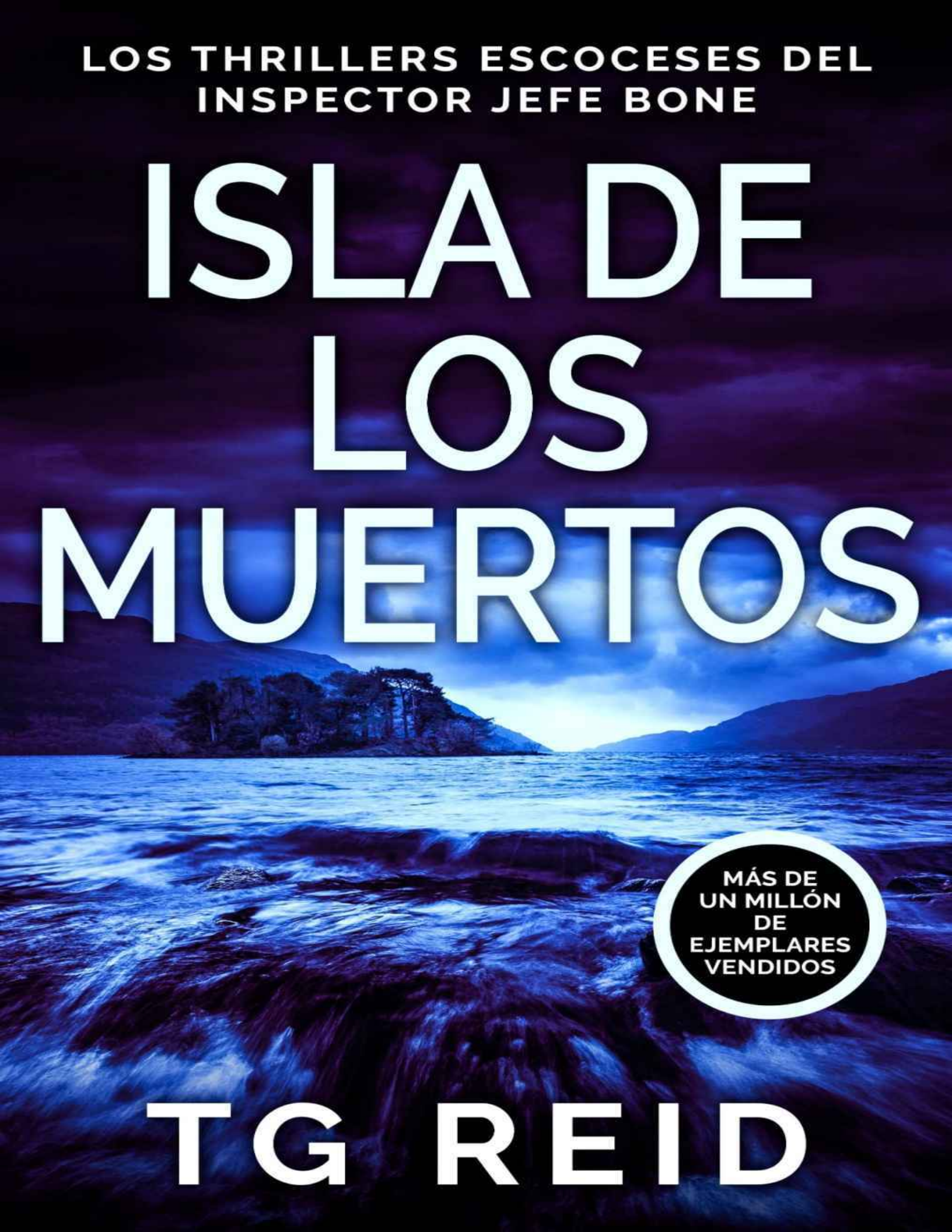
LOS THRILLERS ESCOCESES DEL INSPECTOR JEFE BONE

ISLA DE LOS MUERTOS



TG REID

ISLA DE LOS MUERTOS

UN THRILLER ESCOCÉS DEL INSPECTOR JEFE BONE (LIBRO 5)

TG Reid

TRADUCIDO POR

Raphael Benavides



Glass Work Press

Índice

1. Uno
2. Dos
3. Tres
4. Cuatro
5. Cinco
6. Seis
7. Siete
8. Ocho
9. Nueve
10. Diez
11. Once
12. Doce
13. Trece
14. Catorce
15. Quince
16. Dieciséis
17. Diecisiete
18. Dieciocho
19. Diecinueve
20. Veinte
21. Veintiuno
22. Veintidós
23. Veintitrés
24. Veinticuatro
25. Veinticinco
26. Veintiséis
27. Veintisiete
28. Veintiocho
29. Veintinueve
30. Treinta
31. Treinta Y Uno
32. Treinta Y Dos
33. Treinta Y Tres
34. Treinta Y Cuatro

35. Treinta Y Cinco
36. Treinta Y Seis

Inspector jefe bone regresa en…

Isla de los Muertos
Publicado en todo el mundo por Glass Work Press.
Esta edición se ha publicado en 2025.
Copyright © 2025 de TG Reid. El derecho de todas las personas mencionadas a ser identificadas como autoras de esta obra ha sido reivindicado de conformidad con la Ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá reproducirse en ningún formato ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, salvo el uso de citas breves en una reseña.
La historia, todos los nombres, personajes y hechos representados en este libro son ficticios. No se pretende ni debe inferirse identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios ni productos.
Editoras: Emmy Ellis, Hanna Elizabeth, Lisa Wright
Diseño de la cubierta: Andrew Dobell
Fotografía artística original: John Farnan (johnfarnan.co.uk)
Maquetación: Emmy Ellis
Traducción y edición: Raphael Benavides
© tgreid.com 2025
Glass Work Press Ltd, 11 Laura Place, Bath, Reino Unido

La traducción es un arte imperfecto y varía de un traductor a otro. Si encuentra algún error en esta novela, envíe un correo electrónico a translations@tgreid.com para que podamos corregirlo.

Uno

El inspector jefe Duncan Bone dejó de nadar hacia el pequeño malecón del puerto de Loch Gillan y alzó la vista al cielo. Desde que había salido de la estrecha playa junto al lago, las nubes habían ido entrando, ocultando la luna llena, y un frío viento del norte estaba azotando el agua helada de primavera a su alrededor. Dio media vuelta y regresó a la orilla; las condiciones eran demasiado peligrosas para continuar.

Encaramándose a tierra firme, cogió la toalla y atajó entre los árboles hasta su cabaña. Para cuando llegó a las puertas del patio, el viento había arreciado. Trasteó con las manos entumecidas para abrir la puerta y una racha la pilló. El pomo se le escapó de los dedos y la hoja golpeó contra la pared; se apresuró a entrar y forzó la puerta para cerrarla.

—Joder —murmuró, echando a correr hacia la ducha para entrar en calor.

Cuarenta minutos después, con la temperatura corporal ya normalizada y la comida del microondas despachada, se fue al hotel del pueblo a por una pinta y para averiguar qué demonios pasaba con el tiempo.

Bone entró en el acogedor y cálido bar del salón y Gordon Urquhart, el animoso gerente del hotel, lo saludó desde junto al fuego rugiente al fondo de la sala.

—Buenas noches, Duncan. Veo que has desafiado la tormenta.

—Esto no estaba previsto, ¿verdad? —preguntó Bone.

Se acercó a la barra, donde un par de lugareños curtidos estaban apalancados en taburetes: uno ayudaba al otro con un crucigrama de periódico extendido delante de ellos.

—Una delicia tardía e inesperada de Laponia —dijo el primero.

—Buenas noches, Clem, Gaz. Veo que no os ha quitado las ganas de pintas —replicó Bone.

Los dos vejestorios asintieron.

—Ni un holocausto nuclear apartaría a esos dos de su pinta con su chupito —intervino Urquhart, y echó otra palada de carbón a las brasas humeantes.

—El del tiempo en la tele ha dicho que deberíamos esperar nevadas importantes durante los próximos dos o tres días —añadió Gaz, el mayor y de aspecto más frágil de los dos amigos.

—Entonces, mejor sitio imposible. —Bone puso los ojos en blanco.

—Salud —Clem alzó su vaso de whisky y se lo echó al coleto de un trago.

El gerente volvió a los grifos y le sirvió a Bone una pinta de 80 Shilling.

—Me da que mañana vas a teletrabajar, Duncan —dijo Urquhart, entregándole la bebida.

—¿Crees que va a ser para tanto? —Bone sorbió la espuma de arriba.

Urquhart se encogió de hombros.—Condiciones raras a estas alturas del año suelen serlo.

—Salud —repitió Clem, y dio un buen trago a su cerveza.

—Tú, tómalo con calma, Clem. Lo último que quiero es tener que arrastrar tu culo borracho de vuelta a tu casa en medio de una jodida ventisca —advirtió Urquhart—. —No habrás estado nadando en eso, ¿verdad, Duncan?

—Cuando salí, estaba idílico, ni una nube ni una brizna de viento, pero he tenido que abandonar el barco, y rápido.

—Idílico no es la palabra que yo usaría —dijo Clem—. —Llevar los cojones por amígdalas no es mi idea del paraíso.

—Eh, aquí va una para ti, Duncan —intervino Gaz desde su crucigrama—. —Una investigación se da de bruces con el terreno frío

con consecuencias duras y dolorosas. Alzó la vista hacia Bone.

—¿Mi vida? —sonrió Bone.

—No cuadra. Cinco letras, la primera, P —dijo Gaz, jugueteando con el lápiz expectante.

Bone se frotó un segundo la cicatriz de la sien.

—It *is* my life, Gaz: Piles —dijo por fin Bone.

—Sí, claro que sí, salud —dijo Gaz, y rellenó los huecos con entusiasmo.

Justo entonces, la puerta se abrió de golpe y un hombre hecho unos zorros por el viento entró tambaleándose en el bar del salón.

—Me preguntaba quién era el que faltaba —dijo Urquhart—. Buenas noches, Junior. Me alegro de que te unas a nosotros.

—Un puto tornado ahí fuera; pensé que iba a acabar en la puta Oz.

—Bueno, piensa en el bar del hotel como en tu propio país de las maravillas. Ah, espera, si es lo que haces normalmente. El gerente sonrió. Se inclinó sobre el mostrador. ¿Y esos vadeadores? —preguntó, mirando el atuendo de Junior—. Si has estado furtiveando otra vez, por lo menos podrías intentar disimularlo.

—No seas tonto. Dejé la caza furtiva hace años. Aprendí la lección por las malas. Junior lanzó a Bone una mirada culpable. Me he quedado sin pantalones, y esto era lo único que tenía por ahí tirado.

—¿Quieres decir que vas en pelota picada debajo? —Urquhart hizo una mueca, y los parroquianos dejaron escapar un gemido colectivo.

—¡Que no! —se atragantó Junior—. Llevo los calzoncillos puestos. —Se bajó una de las tiras para dejar a la vista unos bóxeres holgados de un gris azulado desteñido; la tela gastada apenas rozaba sus lívidas extremidades esqueléticas, con la bragueta a punto de abrirse peligrosamente.

Más gemidos al unísono.

—Y pensar que esas piernas ganan la carrera de montaña anual año tras año. Urquhart negó con la cabeza. Vale, guarda eso o te mando a la puñetera Narnia.

Junior se subió los vadeadores.

—¿Cómo demonios ganas año tras año, Junior? —preguntó Bone.

Junior se dio un toque en la sien y guiñó un ojo. —Cada recoveco de esas colinas está aquí dentro.

Entonces Bone se fijó en el cigarrillo de liar empapado, aún pegado al labio inferior de Junior. —¿Quieres fuego para eso? —Señaló y sonrió.

—Ay, Jesucristo. Ahí estaba. —gruñó Junior, arrancó el papel de tabaco ahogado de su barbilla y lo metió en el bolsillo, igual de empapado, de su abrigo Crombie.

—En fin, si no estabas furtiveando, ¿por qué vas tan mojado?

—Me he tropezado otra vez con ese maldito sendero tuyo y me he caído al arroyo.

—Menos mal que llevas esos vadeadores —cortó Urquhart.

—Entonces, el camino del hotel no entra en el recorrido de la carrera, ¿eh, Junior? —dijo Clem con una sonrisa cínica.

—Vete a la mierda —replicó Junior.

Urquhart le tendió una pinta. —Pórtate bien, ¿vale? El encargado del bar le dirigió una mirada larga y dura.

Junior se encogió de hombros y dio un sorbo a la cerveza.

Bone se retiró a un sillón junto al fuego. Una ráfaga de viento sacudió la ventana contigua y él se asomó. Fuera, las condiciones habían empeorado notablemente, y un ventisquero cruzaba el aparcamiento de lado. Secó el vaho del cristal y se inclinó más. A duras penas alcanzaba a distinguir su viejo Saab aparcado al otro lado; el capó y el techo ya estaban cubiertos de capas de nieve. —Dios santo, se está volviendo loco ahí fuera.

Urquhart se acercó a echar un vistazo.—Sí, pues el reparto de la mañana está jodido. Será mejor que llame a Ross y le avise de que quizá tenga que replantearse el desayuno escocés completo de su menú.

—Mientras tengas cerveza de sobra en la bodega, que nieve cuanto le salga de las narices —dijo Clem.

—Sí, y puede que esta noche ni llegue a casa con la parienta —añadió Gaz, con los ojos muy abiertos.

—Por el amor de Dios, si vives justo enfrente —interrumpió Urquhart.

—Podrías morir ahí fuera con esto. —Guiñó Junior, alzando su vaso.

—Dios nos ampare —bufó el gerente, y volvió a limpiar una hilera de copas de vino humeantes recién salidas del lavavajillas.

Bone encontró su móvil y llamó a Alice, pero saltó directamente el contestador.

—Soy yo, oye. El tiempo está de locos aquí arriba esta noche. No sé si podré volver a Kilwinnoch mañana. —Las luces parpadearon. Vaya, ya empezamos —dijo Bone, alzando la vista.

—Ay, no. Ya vamos —dijo el propietario.

—Te llamo otra vez por la—

Las luces volvieron a irse. Los hombres en la barra vitorearon.

—¿Hola? —dijo Bone, toqueteando la pantalla—. También me he quedado sin cobertura.

—Parece que se ha ido abajo todo el tinglado —respondió Urquhart—. Voy a mirar el cuadro de fusibles.

Bone volvió a mirar por la ventana y las farolas de la aldea estaban apagadas. Lo único que veía eran copos de nieve revoloteando hasta el alféizar. El fuego a su lado bramó y siseó cuando una racha bajó por la chimenea.

—Viene a por nosotros —proclamó Junior.

—¿Qué eres, un extra de *Hammer Horror* o qué? —dijo Clem—. Cualquiera diría que no has visto nevar en tu vida.

Las luces volvieron a titilar y los hombres abuchearon. Urquhart regresó de la trastienda.

—He encendido el generador de emergencia, pero vamos escasos de combustible. No creo que quede para más de unas horas, así que voy a tener que reservarlo para la mañana. ¿Sabéis lo que significa, no?

—Oh, no, venga ya, Gordon —gruñó Clem.

—Me temo que el bar queda cerrado.

—Pero si voy a mitad de esta, y lo que es peor, Gena seguirá despierta.

—Lo siento, chavales. Me temo que tendréis que apurar las copas y largaros para que pueda apagar ese cacharro.

Bone intentó el móvil otra vez, pero la cobertura seguía caída.—Vale, me rindo. Si por la mañana seguimos sin luz, nos vemos para lo que os quede de desayuno. —Se puso el abrigo y se lo abrochó hasta el cuello—. ¿Alguien necesita que un policía le acompañe a casa?

—Como en los viejos tiempos, ¿eh, Junior? —dijo Clem.

Junior hizo una mueca y se bebió la pinta de un trago.

—Venga, vamos todos juntos y a ver si al menos uno sobrevive para contarlo —insistió Bone.

Tras unos minutos de barullo y resoplos, el grupo se aventuró a salir al temporal.

Dos

La tormenta seguía arremetiendo contra las paredes y las ventanas de la cabaña. Bone dio vueltas en la cama hasta que no pudo más. Con un bostezo frustrado, crujió al levantarse y miró el móvil: 1:32 a. m. y sin cobertura.

A tientas, cruzó la oscuridad hasta el salón, encendió la estufa de gas y la tenue llama azul iluminó en parte lo que le rodeaba. Una ráfaga de viento golpeó las puertas del patio y se acercó para echar un vistazo al caos que engullía su hogar. El temporal seguía en todo su apogeo, con gruesas cortinas de nieve arremolinándose y azotando la cabaña.

Tiritando, cogió su bata del sofá y se ciñó bien el cinturón a la cintura. Por suerte, acababa de cambiar las bombonas de gas del exterior, pero si la temperatura bajaba un poco más, las tuberías podían congelarse y entonces tendría que retirarse al hotel por tiempo indefinido.

En la cocina, descorchó una botella de Macallan, se sirvió un generoso doble y lo coronó con lo que quedaba de una lata abierta de Irn Bru. Con su habitual gesto de disculpa a su destilería favorita por arruinar su producto de primera, saboreó el trago despacio. Corrió las cortinas del patio, arrastró una silla hasta las puertas y dejó la copa en el suelo.

—Esto pide un poco de Billie. Abrió un mueble auxiliar, encendió la luz del móvil y, rebuscando entre un estante de LPs, sacó *Lady Sings the Blues*, su disco de cabecera en los peores momentos, que

últimamente parecían ser casi todos. Retiró el vinilo con cuidado y lo colocó en el plato de su querida Dansette, que reposaba encima de la cómoda.

Alargó la mano hacia el botón 'on'. —Ah, cojones —maldijo—. Se dejó caer de nuevo en el sillón, derrotado. —Si no puedes con el enemigo, únete a él —murmuró— y, al coger su bebida, se quedó mirando cómo la nieve se arremolinaba, corría y, por fin, se posaba sobre el estrecho embarcadero de fuera.

Un golpe seco lo despertó de un sueño profundo. Mientras espabilaba, tardó unos segundos en situarse. Un chasquido sonó a su izquierda y se giró de golpe, volcando el vaso a sus pies y derramando lo que quedaba sobre el nuevo suelo de roble.

—Mierda. Se levantó de un salto y cogió un paño del fregadero. A mitad de camino se detuvo. La cabaña estaba en silencio. El grave y ominoso bramido de la tormenta había desaparecido. Limpió el charco y miró a través de las puertas. La nieve había cesado y todo estaba en calma, al menos por ahora, y el cielo estrellado, bañado por la luz de la luna, había vuelto.

Desbloqueó las puertas francesas, empujó un buen ventisquero acumulado contra ellas y asomó la cabeza. El aire, frío y quebradizo, le robó la primera bocanada. La luz suave de una luna llena que volvía a brillar iluminaba la línea de árboles nevados que bordeaban la cabaña, la amplia extensión del lago, visible más allá, y el agua ahora extrañamente inmóvil. Cerró la puerta y volvió a sentarse para contemplar el espectáculo. Un destello de luz le llamó la atención. Y luego un segundo parpadeo más lejos, hacia la línea del horizonte del lago. El haz tenue y estrecho se movió de un lado a otro y luego volvió a desaparecer.

—¿Qué demonios es eso? Cogió las botas y el abrigo y empujó un poco más una de las puertas. Apartando la nieve como pudo, avanzó con cuidado hasta el borde del embarcadero de la cabaña para tener una vista menos obstruida del lago. Volvió a escrutar las oscuras aristas de la línea del horizonte y, segundos después, la luz temblorosa reapareció, esta vez desplazándose a lo largo de la línea,

encendiéndose, apagándose y encendiéndose otra vez. El pulso continuó unos minutos más y luego desapareció por completo. Bone clavó la mirada en la oscuridad y siguió con los ojos la línea del reflejo de la luna hacia la zona donde había aparecido la luz.

—Balhuish Island —dijo—. La Isla de los Muertos. ¿Quién cojones está ahí esta noche? Entornó los ojos en la penumbra, y el tenue contorno en silueta de la isla apareció, como el espinazo de una bestia marina que emergiese de las profundidades. —¡Qué raro. Bone se estremeció y se retiró al calor de su cabaña.

De vuelta en la cama, no pudo dejar de darle vueltas a quién podía estar en la isla: desde almas náufragas hasta camellos, ladrones y piratas, hasta que, por fin, al quedarse dormido, soñó con guerreros celtas enterrando tesoros junto a sus reyes caídos.

Tres

Con las primeras luces, la tormenta regresó y los vientos aullantes devolvieron a Bone a la vida. El teléfono y la luz seguían sin funcionar, así que no tenía forma de saber si Alice había recibido su llamada. Tras un lavado rápido, se vistió con la ropa más abrigada e impermeable que tenía y se encaminó al hotel. Sacudió la nieve de las botas en el escalón superior de la entrada, y Ross, el chef del hotel, le abrió la puerta interior. El viento se coló a la carrera, volando los folletos y panfletos turísticos del mostrador de recepción, y él se lanzó dentro y dio un portazo tras de sí.

—¿Viste a los cuatro jinetes ahí fuera de camino? —preguntó Ross con una amplia sonrisa.

—Pensé que anoche ya había terminado —replicó Bone.

—Eso habrá sido el ojo del cabrón. El chef hizo una mueca. Mañanita de pesadilla total. Nos queda la última ración de morcilla, y si has venido a por una Lorne sausage, ya puedes esperar sentado.

—¿Sin Lorne sausage? Definitivamente es el fin del mundo —bufó Bone—. Oye, por cierto, ¿viste anoche esas luces en la isla de Balhuish?

—¿Luces? ¿Me estás tomando el pelo? Las únicas luces que vi fueron las que me salieron cuando me di con la puta cabeza en ese andamio de la puñetera ruina de los Gormley volviendo a casa anoche —respondió Ross—. Tenemos huevos y bacon, y un pan que mañana estará duro, por avisar.

—Tranquilo, pero gracias por pensar en mí —guiñó Bone.

—En unos días, será la ley del más fuerte, así que a lo mejor es mala decisión —bromeó Ross.

—Sí, creo que deberías darle de comer a Junior. Lo último que necesitamos es tenerlo con hambre y todavía más insoportable.

Se rieron y Ross volvió a su cocina. Bone se quitó las botas, la nieve convertida ya en dos charcos a sus pies, y siguió hacia el salón. El bar público estaba desierto.

—Gordon, ¿hola? —llamó Bone. No hubo respuesta. Se inclinó sobre la barra y entornó los ojos hacia la puerta del despacho. —¿Gordon?

Bordeando la barra, fue en busca del gerente. El minúsculo despacho bajo la escalera trasera también estaba vacío, pero un emisor de radio VHF que descansaba sobre la mesa siseaba ruidosamente. Volvió por el pasillo hasta el vestíbulo de entrada. Fiona, la joven recepcionista, acababa de llegar y se sacudía la última nieve del pelo.

—No habrás visto a Gordon, ¿verdad? —preguntó Bone.

—He tardado casi media hora en ir de mi casa al hotel —se quejó Fiona—. Está horroroso ahí fuera. Colgó el abrigo en el perchero junto a la entrada.

Se oyó un estrépito y Bone se volvió. Doreen Docherty, la infatigable limpiadora del hotel, estaba en las escaleras, luchando por controlar una aspiradora antiquísima. Una pareja esperaba pacientemente para poder pasar.

—Buenos días —Bone asintió.

—¿Qué tienen de buenos? —replicó Doreen, con el tubo de la aspiradora azotando como una anaconda enfadada.

La pareja se echó hacia atrás al unísono para evitar el contacto.

—Sin calefacción, sin tele y se me ha cancelado la clase de pilates.

—Estoy seguro de que Gordon la dejaría sentarse en el salón para estar calentita y ver la tele después de su turno, señora Docherty.

—¿Está intentando hacerme rabiar a propósito? —refunfuñó la señora Docherty.

La pareja miraba, hipnotizada por el espectáculo ante ellos.

—¿Quiere que le eche una mano con eso? —preguntó Bone, cambiando de tema.

—Oh, no, estoy de maravilla. Siempre me ha hecho ilusión pasar unos mesecitos en la unidad de ictus. Puso los ojos en blanco.

Bone se apresuró a ayudarla a someter el artilugio antediluviano.

—Buenos días —dijo el hombre de atrás con un animado acento americano, bajando por fin al vestíbulo—. Soy Carl Ellis, y esta es mi esposa, Clarisse. Llegamos anoche y, caray, no esperábamos esto.

—Ninguno nos lo esperábamos —respondió Bone—. ¿Son ustedes de Estados Unidos?

—Ah, ¿se me nota tanto, eh? —dijo el señor Ellis, con una sonrisa que amenazaba con desbordársele por ambos lados—. Sí, de Key West, Florida. Así que, como se imaginará, estamos sencillamente pasmados con toda esa nieve maravillosa.

—Ya no dirá lo mismo cuando nos quedemos sin papel higiénico —murmuró Doreen.

—Sus Highlands son tan hermosas, —añadió Clarisse con una sonrisa amable.

—Sí, esta mañana ahí fuera es como en *El resplandor*, —bromeó Bone.

Las sonrisas de la pareja se estrecharon y se les frunció el ceño.

—¿Duncan? —Urquhart apareció desde el comedor.

—Justo el hombre que quería ver —dijo Bone. Se volvió hacia la pareja desconcertada—. Que pasen unas buenas vacaciones, y espero que consigan salir de aquí antes de—

—Por aquí, Duncan —apremió Urquhart.

Bone siguió al gerente hasta su despacho.

—Por favor, no te cachondees de mis huéspedes, Duncan.

—Perdona, no he podido resistirme.

—Pues resístete, si no te importa. Las reservas están por los suelos y lo último que necesitamos es una reseña comparando el hotel con una maldita peli de terror.

—Tampoco sería tan malo. —Bone contuvo una risa—. Perdona, debo de estar volviéndome loco del encierro. Prometo que me portaré bien.

—¿Me querías para algo?

—Sí. ¿Viste anoche esas luces?

—¿Luces? ¿Vas de irónico o qué? Me pasé toda la puta noche en el sótano arreglando el generador. Se fastidió poco después de que te fueras.

—Ahora hay luz, así que supongo que lo has arreglado, ¿no?

—Sí, por ahora, pero puede caerse en cualquier momento, y si vuelve a pasar, estaremos jodidos de verdad, pero bien jodidos, por decirlo finamente.

—Diría que «bien jodidos» lo resume. Esperaba que el numerito meteorológico ya se hubiera acabado.

—Hablan de dos o tres días. Quiero decir, que estamos en abril, por el amor de Dios. Se le ha ido la puta olla. —Urquhart alzó la vista—. En fin, ¿de qué me hablabas?

—No podía dormir de lo fuerte que el viento le estaba dando de lo lindo a la cabaña. Hubo un momento en que pensé que la cabaña salía disparada hacia el lago conmigo dentro. Me levanté a por una Irn Bru sobre la una y vi luces en la isla de Balhuish.

—Ah, desde aquí no se ve la isla. El cabo tapa la vista.

—Mierda, claro.

—Anoche estaba la cosa de locos ahí fuera. Solo a un chiflado se le ocurriría sacar una barca con ese tiempo.

—No vive nadie en la isla, ¿verdad?

—¿Aparte de Robinson Crusoe y Viernes, quieres decir? —bromeó Urquhart.

—Gente de paso o sin techo, o incluso senderistas acampando allí.

—Si alguien estuvo acampando anoche, me temo que esta noche no tendrá dónde dormir. ¿Has estado en esa isla? Siempre sopla un vendaval allí, incluso en una ola de calor, y es rarísima con todas esas tumbas celtas. Me da yuyu.

—A eso voy. Igual unos insensatos fueron por una apuesta y les pilló la tormenta. Entró de golpe. La radio volvió a chasquear y sisear.— —¿Eso funciona, entonces?

—Sí, la dejo encendida para rescate de montaña o emergencias médicas, o por si algún huésped o vecino necesita atención urgente.

—¿Y el médico? —preguntó Bone—. Vive cerca, ¿no?

—¿Lo dices en serio? Para chichones o aftas va bien, pero más allá de eso hablamos de muerte segura.

—¿No has tenido noticia de escaladores perdidos o de barcas, o de alguien desaparecido?

—Nada, no. He hablado antes con Charlie del Centro de Rescate de Montaña para comprobar si había alguna carretera transitable.

—¿Y? —apremió Bone.

—Ellos también están atascados allí. Así que, en resumen, no, hasta que no pueda pasar un quitanieves, y a juzgar por cómo está, puede que falte bastante.

—Es que me deja un poco intranquilo, ¿sabes?

—¿Seguro que no estabas viendo visiones? Quiero decir, soplaba un vendaval de mil demonios y la visibilidad era de unos pocos pies.

—No, fue en esos cinco minutos de calma o lo que fuera. Salió la luna y tuve una vista clara de la isla. Había gente deambulando por allí, seguro.

—Ni idea. —Urquhart se encogió de hombros.

—¿Crees que alguno de los pescadores o de los dueños de barcas podría llevarme hasta allí?

—Eres como un perro con un hueso, con perdón por la expresión.

—Gajes del oficio. Mi instinto profesional me dice que algo no cuadra.

—Podría llamar por radio al rescate costero y ver si mandan su embarcación.

—No quiero hacerle perder el tiempo a nadie sin necesidad, y para ellos es un buen trecho. ¿No tienen la base en la desembocadura, cerca de Drumgoil?

—Sí, y probablemente ellos también estén varados. —Urquhart se rascó la cabeza—. Podrías probar con Lonnie Kilpatrick. Tiene un par de barcas y quizá sea el único dispuesto a jugarse la vida y el pellejo. Pero ¿estás seguro de esto? Suena a locura sin pies ni cabeza que no lleva a nada, y ahí fuera está malditamente traicionero. No quiero cargar con la conciencia si acabáis los dos en el fondo del lago.

—Tengo un runrún que necesito quitarme de encima, Gordon. Y ya estoy aburrido hasta decir basta.

Urquhart puso los ojos en blanco.— Estoy seguro de que tengo una crema para eso en alguna parte. Vale, de acuerdo, ganas tú, pero si no has vuelto para la hora de comer, me quedo con tu ración de beicon.

—Gracias —dijo Bone—, y volvió al vestíbulo a recoger sus botas.

Cuatro

Lonnie Kilpatrick era posiblemente el ser humano más peludo que Bone había conocido jamás. El sosias de Chewbacca le recibió en la puerta con un apretón de manos tan contundente que por poco le disloca el hombro.

—Buenos días, Lonnie. ¿Tienes un minuto?

—Sí, sin problema, entra, que hace un frío que pela —dijo Kilpatrick, frotándose el bosque de pelo negro y espeso que le circunvalaba la cabeza.

De camino por un pasillo estrecho y tenuemente iluminado, Kilpatrick tuvo que inclinarse para hacer caber su enorme cuerpo entre las paredes a ambos lados.

—Necesitas una casa más grande, Lonnie.

—Necesito todo más grande, excepto a mí mismo —se detuvo y sonrió; un destello de dientes blancos emergió por un instante de entre el pelo—. Te ofrecería un café, pero la maldita luz se ha ido y el tontolaba este no tiene cocina de gas.

—No pasa nada, Lonnie —replicó Bone cuando llegaron a la inconcebiblemente pequeña cocina en pasillo de Kilpatrick—. Quería pedirte si podías llevarme a la isla de Balhuish.

—¿Cuándo amaine todo esto, quieres decir? —Lonnie hurgó en uno de los cajones de la cocina y sacó un gran cuchillo de carnicero.

Bone dio un paso atrás—. —No, estaba pensando...

Lonnie sacó un conejo muerto de un saco de arpillera y, colocándolo sobre la mesa de la cocina, alzó el cuchillo de carnicero

y descargó la hoja con considerable fuerza sobre el cuello del animal. La cabeza salió disparada por el borde de la mesa y patinó por el suelo, dejando un rastro de sangre a su paso.

—Perdona, ni caso. Esto hay que comérselo hoy, así que he pensado en empezar a preparar el guiso.

—Sí, bien, lo que tú digas —Bone se inclinó para comprobar adónde había ido a parar la cabeza cercenada del conejo—. ¿No decías que no tenías luz?

—Ah, intentando pillarme, ya veo, inspector Bone —Kilpatrick blandió el cuchillo de carnicero en broma—. Lo voy a poner en el fuego del cuarto de al lado. Cocción lenta, tres horas. Estás más que invitado a unirte luego.

—Muy amable, pero yo también tengo cosas que hay que comerse cuanto antes. Ya sabes, antes de que se estropeen —Bone volvió a entrecerrar los ojos bajo la mesa.

—Entonces, ¿cuándo estás pensando en ir a pescar? Puedo reservarte ahora —dijo Lonnie. Se agachó y, con un quejido, recogió el cráneo y lo tiró a la papelera junto a la puerta. Chocó contra el lateral metálico con estrépito.

—No a pescar. Quiero ir a echar un vistazo a una cosa en la isla. Pensaba hoy... Vamos, ahora, si puede ser.

Kilpatrick dejó el cuchillo—. —¿Con esto?

—Sí, ya sé que ahí fuera está de locos, pero...

—No estoy muy seguro de que sea tan buena idea.

—Gordon dijo que quizá te animaras, pero entendería perfectamente que prefirieras no hacerlo.

Kilpatrick se quedó mirando a Bone un momento—. —Está bien, sí. Vamos.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—No hay tiempo como el presente para palmarla —gruñó Kilpatrick.

—Vale, de acuerdo. ¿Y tu guiso?

—Bah, eso puede esperar. ¿Es algo de la policía?

—Anoche vi unas luces en la isla y me preocupa que haya gente atrapada allí.

—Ay, Jesús, seguro que se lo están pasando en grande —Kilpatrick cogió el abrigo y las botas del armario—. Entonces, ¿soy oficialmente detective yo también?

—Vamos a empezar por ir y volver de una pieza —Bone empezaba a arrepentirse de habérselo pedido.

Mientras avanzaban con dificultad por la nieve que les golpeaba de cara hacia el puerto, Bone miró la hilera de barcas que se sacudían con el viento y deseó que Kilpatrick siguiera de largo, más allá de aquellos ataúdes flotantes, hasta las embarcaciones mayores de más allá. Por desgracia, se detuvo en una de las más pequeñas. Un pequeño esfuerzo de madera, apenas lo bastante grande como para llamarlo bote. Un mástil corto en la proa lucía una bandera pirata que aleteaba desbocada con el viento.

—Aquí la tienes —Kilpatrick despejó la nieve alrededor de la escalerilla que bajaba a la embarcación.

—¿En serio? —dijo Bone, al ver su nombre en letras desvaídas a lo largo del casco desconchado— *Sunshine Supernova*. Si ni siquiera tiene maldita cabina.

—Bah, estaremos bien. Tengo un barco más grande, pero no quiero arriesgarme a encallarlo con este tiempo. Anda, ven —Kilpatrick se encaramó y saltó dentro.

La barca escoró alarmantemente hacia un lado. Bone miró hacia el hotel al otro lado del puerto, el resplandor cálido del rótulo sobre la entrada invitándole a volver a la seguridad. Negando con la cabeza, siguió a Kilpatrick al bote y, tropezando con el amarre, se agarró al mástil para no caer por el otro lado.

—Bien, allá vamos —dijo Lonnie con entusiasmo, y puso en marcha el motor. Una diminuta chimenea en la popa vibró, y de lo alto salió a trompicones una bocanada de humo negro, espeso y hollinoso.

—¿Chaleco salvavidas? —preguntó Bone.

—No tiene sentido con este tiempo —respondió Kilpatrick—. Si nos hundimos, nos hundimos.

Bone hizo una mueca, intentando entender la lógica del barquero.

—Pero hay una pareja en la casa. Puedo volver a por ellos si quieres.

Bone alzó la mano: —Da igual. Vamos a quitarnos esta pesadilla de encima.

—Eso sí, tenemos esto —Kilpatrick sacó una caja de debajo de un banco—. Radio VHF. Por suerte para ti, cambié las pilas la semana pasada, y estoy seguro de que el rescate costero estará encantadísimo de salir con este tiempo a rescatarnos.

—Esperemos que no —gruñó Bone.

—¿Puedes soltarnos? —gritó Kilpatrick.

De mala gana, Bone desenrolló la cuerda y la barca se puso en marcha. Cuando salieron del espigón, la tormenta golpeó el costado y la hizo bambolearse con violencia, la parte superior del casco casi rozando las olas. Bone se agarró de nuevo al mástil y se aferró a él como a la vida.

—Se calmará cuando nos alejemos un poco —prometió Kilpatrick.

Pero Bone no estaba convencido. La barca resoplaba y carraspeaba avanzando lentamente junto al espigón y hacia el lago, mientras la ventisca le aporreaba la cara y las manos con balas heladas de nieve cuajada.

Kilpatrick gobernó cerca de la orilla, y las montañas oscuras y ominosas se alzaron sobre ellos como gigantes, amenazando con aplastarlos. Se oyó de pronto un chirrido de fricción.

—Ups —dijo Kilpatrick—. Estoy un pelín demasiado cerca de la orilla. —Llevó la barca más hacia el interior del lago—. No querríamos hundirla sin los chalecos salvavidas. Sonrió y se sacudió parte de la nieve acumulada en el pelo y la barba.

—¡No, por favor, no! —le gritó Bone.

A medida que se internaban en el lago, el viento arreciaba y el espray helado azotaba la proa.

—¡Allí! —señaló Kilpatrick hacia delante. Entre la penumbra emergió la silueta oscura de la isla de Balhuish—. Ya no falta mucho.

La barca resopló, crujió y se quejó camino a través del lago, a punto de zozobrar un par de veces, y, al acercarse a la isla, Kilpatrick viró la proa contra el viento y se alejó de la orilla.

—¿Adónde vas? —le aulló Bone.

—Es demasiado peligroso desembarcar aquí. La meteré por el otro lado.

—Ay, Jesús —se quejó Bone y se agarró a lo que pudo, preparándose para vientos aún más fuertes.

Rodearon la diminuta isla, navegando cerca de un acantilado que daba paso a una hilera de árboles y luego a una franja estrecha de playa. Una abertura entre los árboles dejó ver las siluetas de lápidas y cruces celtas asomando por encima de un manto blanco de nieve. Por fin, Kilpatrick puso rumbo a la orilla y hacia un pequeño embarcadero apenas visible a través de la ventisca implacable.

La barca llegó resoplando hasta el embarcadero, y una ráfaga de viento la estampó contra el lateral con fuerza.

Kilpatrick avanzó tambaleándose hasta la proa. Subió al embarcadero y amarró la barca.

—No podemos quedarnos mucho. Este viento la va a destrozar —dijo.

Bone trepó detrás de él.—Un vistazo rápido, ¿vale?

Echaron a andar por el embarcadero, con cuidado de no resbalar por el borde, y saltaron a la playa de rocas.

—¿Adónde quieres ir primero? —preguntó Kilpatrick.

—Las luces estaban en el centro y luego al otro lado, creo. Bone se ajustó las tiras de la capucha.

—Si no recuerdo mal, hay un sendero por allí, entre los árboles, que sube hasta las tumbas.

—¿Ese es el único punto de desembarco de la isla? Bone siguió a Kilpatrick por la estrecha vereda.

—Hay otro embarcadero al otro lado, pero con este tiempo estaríamos tentando a la suerte.

Subiendo un tramo de escaleras de madera, siguieron hasta la hilera de árboles. De pronto amainó el viento y cesó la ventisca. Se detuvieron un instante.

Bone se tiró de la capucha y se limpió la nieve de la cara. —Joder, qué alivio.

Los altos coníferos que los rodeaban crujían y silbaban mientras la tormenta rugía muy por encima. Hubo un chasquido fortísimo, y

una rama rota cayó dando tumbos por la maraña hasta estrellarse tras ellos.

—¡Jesús! —gritó Kilpatrick, asustado, tropezando hacia atrás por el sendero.

—Ahí arriba está de cojones —dijo Bone.

Kilpatrick miró con los ojos muy abiertos hacia la oscuridad del bosque más allá. —Esta isla me da muy mal rollo. Se estremeció.

—Vamos —dijo Bone.

Subiendo una pendiente empinada, Kilpatrick ayudó a Bone a trepar y salieron del amparo de los árboles hacia un claro. El vendaval aullante volvió, y Bone se subió la capucha a toda prisa. Avanzaron penosamente por un tramo de hierba expuesto, con las primeras lápidas visibles al otro lado. Bone agachó la cabeza contra el viento mientras les azotaba en lo alto de la isla. Al llegar a la primera tumba —una cruz celta alta, con un lado cubierto de nieve —, se agachó a su abrigo.

—Esto está de locos aquí arriba —aulló Kilpatrick, con el viento tragándose su voz.

—Tú mira por ahí, y nos vemos al otro lado —le gritó Bone de vuelta.

Kilpatrick asintió y abrió huella entre ventisqueros profundos hasta la hilera de cruces en el extremo más lejano del campo. Bone siguió hacia el centro del cementerio, avanzando despacio entre piedras de granito torcidas y cruces talladas, algunas tumbadas y enterradas bajo la nieve.

A través de la bruma distinguió dos lápidas inclinadas la una contra la otra. Algo sobresalía por detrás de una. Miró hacia atrás, pero no vio a Kilpatrick. Siguió adelante y, rodeando la primera piedra, retrocedió tambaleándose, horrorizado ante lo que tenía delante.

Dos cuerpos estaban apoyados contra las piedras, un hombre joven y una mujer. Él llevaba un chaqué, la pajarita torcida al lado del cuello, y ella iba con un vestido de novia, la nieve amontonada en sus pliegues y dobleces. Estaban helados, de la mano, los rasgos amoratados y parcialmente ocultos por capas de hielo y nieve.

Repuesto como pudo, Bone se arrodilló a su lado. —¿Me oyes?

Empujó al hombre con suavidad y este cayó de lado sobre la nieve, dejando al descubierto un charco helado de carmesí oscuro debajo. Un lado de la chaqueta estaba hecho jirones, dejando ver carne al descubierto, rajada y desgarrada.

—¡Joder! ¡Lonnie, ayuda! —bramó Bone. Le palpó el cuello en busca de pulso, pero la carne estaba rígida como una piedra.

—¡Ayuda!

Se volvió hacia la mujer y, inclinándose, buscó señales de vida, pero el viento aullante y los dedos entumecidos le dificultaban sentir o encontrar algo. Miró su cuerpo, caído contra la piedra. El tejido del vestido también tenía múltiples desgarrones, con más señales de sangre helada debajo.

Kilpatrick llegó tambaleándose. —¿Qué cojones es esto? —vociferó.

Bone se sopló en las manos e insistió, presionando el dedo contra la piel helada de la mujer. Notó el latido más tenue. Cambió de posición y el pulso, lento e impreciso, siguió.

—¡Sigue viva! —gritó Bone—. Necesitamos pedir ayuda.

—¿Cómo? ¿Aquí? ¿Con esto? —balbuceó Kilpatrick, en shock.

Bone buscó a toda prisa en el abrigo su teléfono. —¡No hay puta cobertura! —Pulsó el 999 con la esperanza de que conectara la línea de emergencias. Se quitó el abrigo y se lo envolvió a la mujer sobre los hombros helados, subiendo la cremallera.

—¿Está muerto? —preguntó Kilpatrick, boquiabierto, mirando al hombre tumbado de lado en la nieve.

—Esto no conecta —Bone golpeó el frontal con el puño—. ¿Y el tuyo?

Kilpatrick siguió mirando el cadáver.

—¡Lonnie!

Buscó a la desesperada su móvil, lo sacó a trompicones del bolsillo y se le cayó en la nieve.

—¡Venga! —saltó Bone.

—Nada —respondió por fin Kilpatrick, recogiéndolo y toqueteando la pantalla.

—¿Y tu VHF?

—Creo que la batería debería estar bien, y hay bengalas en la caja de suministros.

—¡Corre!

Kilpatrick emprendió el camino de vuelta.

—Espera. Dame tu abrigo.

—¿Qué? Hace un puto frío que pela.

—¡Dame tu abrigo! —ordenó de nuevo Bone.

Kilpatrick obedeció.

—Date prisa —añadió Bone, y arrebujó alrededor de la mujer el enorme chaquetón acolchado de Lonnie.

Volvió a comprobar si había vida. Se apretó más a ella y le rodeó los hombros con los brazos, abrazándola con fuerza para transferirle todo el calor posible.

Esperó, contando los segundos y luego los minutos. —Vamos, vamos —murmuró, escudriñando el cielo en busca de cualquier señal de una bengala. Pero nada.

—¿Dónde coño está? —Bone apretó más el abrigo alrededor de la mujer, se puso en pie a trompicones y volvió a toda prisa campo a través, entre los árboles y bajando al embarcadero.

No había rastro de Kilpatrick. Bone lo llamó, pero no hubo respuesta. Deslizándose y resbalando por el embarcadero, comprobó la lancha. La radio estaba boca abajo en la cubierta, hecha añicos. Subió a bordo, enderezó el estropicio y trató de encenderla, pero estaba totalmente destrozada.

—¡Lonnie! —entrecerró los ojos contra la nieve hacia la playa. ¡Mierda! —maldijo y, registrando la lancha a toda prisa, encontró una caja metálica con un juego de bengalas cohete y de mano. Sacó la bengala cohete de su bolsa de plástico y, dándose la vuelta contra el viento, tiró de la anilla. Silbó hacia el cielo y la luz amarilla brillante iluminó la nieve que azotaba. Disparó la segunda y luego encendió una bengala de mano que vomitó un humo rojo y denso.

Un grito apagado le hizo volverse. Entornando la vista a través de la bruma, divisó una figura, desplomada al otro lado de la orilla junto a un grupo de rocas.

—¡Lonnie! —vociferó.

Kilpatrick alzó el brazo a medias.

Trepando de nuevo al embarcadero, Bone corrió por la playa. —¿Qué ha pasado?

—El cabrón me atizó. Kilpatrick se frotó la nuca.

—¿Estás bien?

—Me duele la cabeza, pero estaré bien. Atrapa al cabrón —se quejó Kilpatrick—. Por ahí. Señaló a lo largo de la playa.

—La ayuda no tardará en llegar —dijo Bone y trepó por las rocas, procurando no caer al agua embravecida que silbaba y borboteaba bajo y alrededor de sus pies.

Echó un vistazo a Kilpatrick, que le hizo un gesto para que siguiera. Bone siguió a trompicones. Llegó a un punto sin salida donde el lago se encontraba con el paredón vertical de un acantilado. Se limpió de los ojos la nieve y el espray y vio un tramo de escalones estrechos tallados en la roca. Trepando a un bolo, saltó sobre una poza profunda y cayó patinando en el primer peldaño, aferrándose a duras penas a un árbol que sobresalía.

Siguió subiendo los escalones y, al llegar arriba, el viento soplaba con tanta fuerza que casi lo tira por el borde. Delante, había dos senderos: uno que iba directamente sobre el acantilado y otro que se internaba en los árboles. Buscó huellas en la nieve, pero el manto estaba intacto. Se acercó al precipicio y, arrodillándose, se asomó.

Las olas abajo rugían y golpeaban el granito liso, pero no había señales de vida ni de muerte. Dio media vuelta y se metió por el sendero del bosque. Pero a los pocos pasos ya estaba perdido en la enmarañada y oscura densidad de la maleza. Siguió luchando, empujando, tirando, soltándose de enganches y rompiendo ramas para abrirse paso. Un alud enorme de nieve cayó a través de la cubierta arbórea hasta el suelo del bosque, estrellándose justo delante de él. Peleando a duras penas, por fin salió al lado opuesto del claro.

Había una hilera de huellas de botas que cruzaban la nieve hacia la pareja muerta y moribunda. Corrió hacia ellas, mirando a izquierda y derecha, preparándose para una pelea, pero a mitad de camino el rastro se interrumpía. Escudriñó el manto blanco e inmaculado a su alrededor.

¿Dieron la vuelta?

Con otra mirada al bosque a su espalda, siguió hasta las víctimas. El abrigo de Kilpatrick yacía hecho un bulto junto a la mujer, cubierto de nieve.

—¿Qué está pasando? —aulló Bone contra el viento y volvió a tomarle las constantes—. Aguanta. No te me mueras, joder.

Tras una segunda mirada frenética por el cementerio, sacudió la nieve del abrigo de Lonnie y, apretándose junto a ella, se envolvió con capas alrededor de ambos, rezando para que su calor corporal la mantuviera con vida hasta que llegara el equipo de rescate. Tiritó y se encogió, con los sentidos en alerta máxima por los primeros síntomas de hipotermia.

Cinco

—Inspector Bone. Una voz lo sacó de la semiinconsciencia.

Bone abrió los ojos. Una luz blanca y brillante le golpeó el fondo de las retinas, y hizo una mueca. La ventisca se había detenido y los rayos del sol se filtraban entre la hilera de árboles que rodeaban las tumbas.

—¿Está bien? —continuó la voz.

Bone volvió a enfocar la silueta que se cernía sobre él. Entornó de nuevo los ojos, y de la niebla mental emergió una figura con un plumífero Puffa amarillo chillón y un gorro a juego.

—¿Está herido? —Los rasgos del hombre barbudo se definieron.

—Sí... quiero decir, no —Bone negó con la cabeza. Luego se acordó y se giró—. ¿Sigue viva?

—Entonces, ¿sin lesiones? —preguntó el hombre.

—No, solo el frío. Necesito entrar en calor. Pero ella está muy mal, y la otra ya se ha ido.

—Sí, vamos a levantarle y apartarle de en medio—el hombre ayudó a Bone a desenredarse del abrigo de Kilpatrick y a ponerse en pie.

—Creo que puede tener hipotermia de primer grado. Póngase esto—el hombre le guió los brazos hacia una chaqueta térmica—. Beba esto y luego le llevaremos de vuelta a la orilla—desenroscó un termo y sirvió una taza de chocolate caliente humeante.

—Soy nadador en aguas abiertas, sé de qué va esto. No estoy tiritando. Estaré bien en cuanto me mueva y vuelva a subir la

temperatura corporal.

Dos miembros del equipo de rescate se le adelantaron a empujones. Uno comprobó a la fallecida, ya casi enterrada en un pequeño montón de nieve, mientras el otro atendía a la mujer.

Bone alzó la vista.—El tipo que ha hecho esto puede que siga en la isla.

—Beba, por favor—insistió el hombre.

Bone cogió la taza.—Vale, pero se lo digo en serio. Tienen que registrar la isla. ¿Ve las huellas allí? Y alguien volvió junto a estas dos mientras yo estaba abajo, en la barca de Lonnie, dando la voz de alarma. ¿Cuántos son ustedes?

El hombre echó un vistazo por el campo.—No creo que haya nadie más aquí, inspector. ¿Está seguro de que no son suyas o de Lonnie esas huellas? Probablemente esté desorientado.

—No, no estoy malditamente desorientado —Bone se detuvo—. Un momento: ¿Quién es usted y cómo sabe quién soy?

—Danny Matheson, rescate costero. Hemos avisado por radio al hotel de camino. Gordon me ha dicho que usted y Lonnie habían salido esta mañana, y no me imagino que haya muchos turistas o embarcaciones de recreo ahí fuera con este infierno.

—¿Ha visto a Lonnie junto al embarcadero? Le han atacado.

—Sí, uno de nuestros sanitarios le está atendiendo en nuestro barco.

—Por eso tienen que registrar la isla. Estamos perdiendo el tiempo hablando—Bone miró a los sanitarios, que habían colocado a la mujer en una camilla y le estaban poniendo una vía en el brazo—. ¿Cree que saldrá adelante?

—Estamos esperando a que llegue el helicóptero de rescate para evacuarla en cuanto amaine el temporal. A usted le llevaremos al ambulatorio de Balhuish para asegurarnos de que está bien.

—De acuerdo, entonces necesito que parte de su gente me ayude a registrar la isla antes de que el cabrón escape. ¿Tiene algún agente de policía en su equipo?

—Sí, señor, Agente Especial Matheson.

—¿Está por aquí?

—Lo tiene delante.

—Pensaba que era de rescate costero.

—Lo soy, y además echo alguna que otra noche detrás de la barra del hotel de Balhuish. Por aquí solemos doblar trabajos— sonrió.

—Bien, necesito que revise la zona de bosque al otro lado del cementerio.

—Creo de veras que debería salir de este frío y...

—Haga lo que le digo —Bone miró al sorprendido agente—. Quiero decir, por favor. Mire, estoy bebiendo —sonrió y dio un par de sorbos a la taza.

—Bueno, si quien hizo esto sigue aquí y esas son sus huellas, la abertura entre los árboles de más allá es un atajo hacia el segundo embarcadero, al otro lado de la isla.

—¿A qué esperamos, entonces? —dijo Bone.

El agente Matheson se volvió hacia los sanitarios. —¿Os podéis quedar solos?

Uno de los miembros del equipo asintió.

Matheson silbó a una cuarta integrante que cargaba con una mochila casi tan grande como ella. —Quédate con los médicos y échales una mano si lo necesitan.

—Vale —resolló la mujer, sin aliento.

Matheson la ayudó a quitarse el pesado equipo de la espalda, y ella suspiró aliviada.

—Bien, vamos. Por aquí.

—¿No es en dirección contraria? —preguntó Bone.

—Conozco bien esta isla y hay atajos por todas partes. Vamos.

Bone dio el último sorbo a la bebida y le tendió la taza a la miembro femenina del equipo.

—Gracias. ¿Quiere que también se la friegue? —bromeó ella.

—¿Puede hacer unas fotos de la escena antes de que los muevan? —pidió Bone a la rescatista.

—Sí —la mujer asintió y sacó el móvil del bolsillo.

Bone siguió al joven agente a través del cementerio y de vuelta entre los árboles. Un sendero muy transitado por el bosque hacía el avance más fácil que antes.

—¿Me lleva por la ruta turística? —preguntó Bone.

—Ovejas —respondió Matheson.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—El laird las trae en barco tres veces al año para que mantengan a raya la maleza.

En menos de un minuto salieron por el otro lado, con vistas panorámicas del loch que abarcaban desde el puerto de Balhuish, a media distancia, hasta la desembocadura en el horizonte.

—Por aquí abajo —Matheson señaló otro tramo de escaleras empinadas.

Bone resopló. —Otra vez no.

Descendieron despacio, cuidando de no resbalar en la superficie tapizada de nieve.

—Ya podrían poner barandillas en estas malditas cosas —Bone resbaló en un peldaño y la espalda de Matheson le salvó—. Perdón.

Por fin, en el fondo, Matheson avanzó pegado al lateral del acantilado.

—¿Por qué demonios lo hicieron tan difícil de alcanzar? —protestó de nuevo Bone.

—Probablemente, cosa de contrabandistas, o de Bonnie Prince Charlie escondiéndose de los ingleses. ¿Sabe que se supone que buscó refugio aquí? —echó una mirada a Bone—. ¿Se encuentra bien, señor?

—Es esta maldita chaqueta térmica. Estoy ardiendo aquí dentro. ¿Cuánto duran las bolsas de calor?

Matheson contuvo una sonrisa. —Me parecía que tenía la cara un poco encendida —soltó una carcajada ahogada en la última sílaba—. Perdón, señor. Es cosa de los nervios. Me pongo así cuando hay mucho estrés alrededor.

—Sí, es horrible —Bone bajó la cremallera de la chaqueta y se abanicó con los laterales—. Y yo, pasando de la hipotermia al golpe de calor en menos de diez minutos.

Ambos se echaron a reír, y pareció que la tensión entre ellos se aflojaba.

Los dos se apretujaron para pasar junto a un saliente rocoso.

—¡Allí! —Matheson señaló una lancha motora de color crema, de unos cuatro metros, amarrada a un embarcadero de madera

desvencijado que se adentraba en el loch.

Matheson subió a la estructura medio podrida y crujiente, que se bamboleaba precariamente sobre las aguas picadas. Bone fue detrás.

—Estoy casi seguro de que esto pertenece a la finca del laird —dijo Matheson y, arrodillándose, agarró el costado de la embarcación para intentar controlar su movimiento mientras cabeceaba con el oleaje.

—Ajá, eso pensaba. ¿Ve la placa aquí? —Matheson raspó la nieve helada de una placa de latón atornillada en la popa— Propiedad de la Finca de Loch Gillan. Creo que tiene unas cuantas de estas con sus cabañas vacacionales que construyó hace un par de años o así —se incorporó y caminó hasta el extremo del muelle—. Si se asoma aquí, casi se alcanzan a ver en la orilla.

Bone sorteó con cuidado las tablas resbaladizas y asomó la cabeza.

—Le sujeto —Matheson le aferró el abrigo.

Bone se inclinó un poco más.

—Hubo mucha oposición local cuando arrasaron una vasta franja de bosque junto al loch para hacerles sitio.

—Vaya cicatriz, ¿eh? —dijo Bone— Espero que mi cabaña no causara un enfado parecido.

—La suya lleva ahí años, de una forma u otra, así que no; pero estas fueron otro berenjenal, y de pirañas, y muchos lugareños aún no se lo han perdonado.

Volvieron a la barca. Matheson subió a bordo y alzó dos chalecos salvavidas tirados en la cubierta.

—¿Algo más? —preguntó Bone.

Matheson miró bajo los bancos estrechos que recorrían la embarcación de proa a popa. —Nada. Espere —se agachó y recuperó una copa de champán.

—¿Cómo ha sobrevivido eso a las tormentas? —preguntó Bone.

Matheson golpeó el lateral. —De plástico.

Bone sacó una bolsa de pruebas de su mochila.

Matheson volvió a subirse al embarcadero y dejó caer la copa dentro. —Las cabañas han tenido mucho éxito para escapadas

románticas.

—¿Luna de miel gafada?

—Pues sí.

—¿Entonces, paseíto romántico en barca tras la boda? ¿Fotos para el recuerdo? —caviló Bone. Se arrodilló junto al amarre del lado opuesto.

—¿Le parece reciente? —hurgó en una zona dañada de una de las tablas.

—¿Algo se ha estrellado contra esto? —replicó Matheson.

—¿Quizá los tortolitos intentaron amarrar primero por este lado, pero estaba demasiado bravo?

—Es una lancha de fibra de vidrio. Lo que haya hecho eso habría abierto un boquete en el costado de esta. —Examinó el casco— No, no hay rastro. A mí me parece más bien el daño que hace una embarcación de madera.

Bone sacó el móvil y tomó un par de fotos. —Pero si nuestro agresor escapó en esa mítica barca de madera, ¿no la habrían visto al venir?

—No necesariamente. La visibilidad era nefasta y nos acercamos por el otro lado. Si bordea aquel cabo, puede vararla en tierra firme. Se lo enseño.

Volvieron a la orilla y siguieron por el sendero alrededor del saliente rocoso.

—¿Ve? —dijo Matheson, señalando al continente a unos cientos de metros.

—Dios, no tenía ni idea de que estaba tan cerca. Entonces, ¿hay algún sitio donde desembarcar allí?

—En teoría, sí: hay otro embarcadero medio destrozado como este, pero ese estrecho puede parecer angosto y un saltito de nada, y las corrientes son endemoniadamente traicioneras, sobre todo con este tiempo. Todo tipo de trampas mortales al acecho bajo ese agua negra, y además no hay carretera de salida, solo una pista de granja que, como esta, yo diría que es intransitable. Solo un necio lo intentaría.

—O un asesino desesperado a la fuga, y si el cabrón lo consiguió, no habrá ido muy lejos.

—Me inclino más por pensar que el agresor siguió costa adelante, donde es más seguro desembarcar, suponiendo que ahora creamos que de verdad ha abandonado la isla —entornó los ojos Matheson hacia Bone.

—¿Quién demonios lo sabe? Vi una luz en la isla sobre la una de la madrugada. Puede que el agresor fuera en la misma embarcación y lo del embarcadero sea otra cosa. Luego, cuando terminaron la faena, la ventisca arreció.

—Entonces, ¿siguen atrapados en la isla o escaparon en una segunda barca?

Bone asintió. —Lo ha clavado. Todas las opciones siguen abiertas. Tenemos que asegurar la isla lo mejor posible y pedir por radio apoyo para la búsqueda. ¿Tiene más voluntarios a los que pueda llamar?

—Su mejor baza es el equipo de rescate de montaña. También está el club náutico, con navegantes experimentados que saben lidiar con este tiempo, pero dudo que se arriesguen a sacar sus joyas del alma.

—¿Cuántos hay en el equipo de rescate de montaña?

—Seis, conmigo incluido.

—¿Cómo? ¿Eso también?

—Me temo que sí. O eso o quedarme en casa y comer mi propio peso en Cheetos —sonrió Matheson.

—¿Y puede usar la radio desde la lancha de rescate?

—Por supuesto, sí.

—Necesitaremos más gente peinando el bosque y todos los rincones de la línea de costa, y también tenemos que ir a ese otro embarcadero cuanto antes.

—Ni hablar —replicó Matheson—. Como le he dicho, es demasiado peligroso en esta época del año, o en cualquier otra, siendo sincero. Tal vez en una barca de fondo plano o en una canoa un día glorioso de verano, pero ahora es una maldita trampa mortal.

Bone hinchó las mejillas, frustrado. —¿Alguna otra forma de entrar? Quiero decir, desde el continente.

—Es una caminata y media, pero se puede, y probablemente sea más fácil por el lado de Loch Gillan.

—Entonces, si consiguieron desembarcar allí, ¿podrían escapar a pie?

—Aparte de la granja, poco probable, salvo que él o ella conozca muy bien la ruta de salida. Con este tiempo, estás perdido en un par de horas: hipotermia o te despeñas por un acantilado.

—¿Y hay alguna manera de contactar con la finca del laird?

—Con el teléfono y las carreteras caídos, será difícil. El hotel y las oficinas de la finca están aún más remotos que Loch Gillan.

—Cristo —maldijo Bone—. ¿Y su radio VHF?

—Si tienen algún problema con sus huéspedes en el agua, marcan el nueve-nueve-nueve y nos llega a nosotros.

—¿Podría llevarme hasta esas cabañas en la lancha de rescate?

—Sí, podemos pedirlo, desde luego, pero solo tenemos una embarcación disponible y estoy seguro de que la patrona insistirá en priorizar la emergencia de aquí. Ya se queja de que vamos desbordados. Y, aunque logre cruzar, hay otros tres kilómetros largos hasta la finca principal, por un camino forestal que supongo que también estará prácticamente intransitable.

—Vale, ocupémonos del aquí y ahora y ya resolveremos lo otro después. Este tiempo se está convirtiendo en un puñetero cómplice.

—Deberíamos imputarle por entorpecer a la justicia —añadió Matheson.

Regresaron a las escaleras y, con un suspiro y otra bocanada de su chaqueta calefactable, Bone emprendió el largo ascenso hasta la cima.

En la lancha de rescate, los dos paramédicos seguían atendiendo a la mujer, sujeta a una camilla en el embarcadero.

—¿Cómo va ahora? —preguntó Bone.

—Sigue con nosotros, por los pelos, pero necesitamos ese helicóptero de rescate —dijo el primer paramédico.

Bone siguió a Matheson a bordo. Lonnie estaba desplomado dentro del minúsculo camarote, envuelto en papel de aluminio como un enorme pavo navideño peludo.

—¿Nada? —murmuró.

—Aún no, pero no pueden haber llegado muy lejos.

Kilpatrick se frotó la parte posterior de la cabeza. —No sé con qué me dio, pero como le ponga las manos encima, ya encontraré algo más grande y más duro para devolvérsela.

—Tenemos que hacer que te vea alguien.

—Bah, estaré bien. He pasado resacas mucho peores. Nada que no cure un trago reparador.

Matheson cogió el micro de la radio y llamó a la estación de salvamento.

—Pídales que intenten localizar la comisaría más cercana o, mejor aún, la Unidad de Delitos Rurales en Kilwinnoch —dijo Bone.

Matheson asintió, pero su llamada se vio interrumpida por el rugido de un helicóptero que se acercaba.

La patrona saltó a bordo. —Vámonos antes de que la corriente descendente sea demasiado fuerte —dijo, y puso el motor en marcha.

Matheson terminó la llamada rápidamente y se sentó junto a Bone y Kilpatrick.

—He avisado al hotel y le he pedido a Gordon que vaya a por el doctor Cropper —gritó la patrona, antes de hacer retroceder la embarcación para alejarla del embarcadero—. Y ustedes dos también deben salir del frío.

—¿El médico se apellida Cropper? —preguntó Bone—. No lo sabía.

—Sirve tanto como un pedo en un traje espacial, pero al menos sabe de maltas —replicó Kilpatrick, mientras se masajeaba la coronilla pegajosa de sangre.

De vuelta en el puerto de Loch Gillan, Bone ayudó a Kilpatrick a subir al muelle. Urquhart los esperaba en el muelle, flanqueado por un hombre bajito con una chaqueta de tweed ligeramente grande y una gorra a juego de cazador.

—Y tú, Danny. Tienes que entrar en calor y recargar pilas —insistió la patrona.

Matheson desembarcó y el motor de la lancha rugió.

—¿Adónde va? —preguntó Bone.

—A volver a asistir —dijo la patrona.

—Vaya con cuidado. El lunático puede que siga allí.

—Oh, sabemos cuidarnos solas, no se preocupe por eso. La patrona sonrió.

—Es cinturón negro, señor. Yo no me metería con ella —le sonrió Matheson.

Ella negó con la cabeza y puso la embarcación de nuevo rumbo a la isla.

—¿Qué demonios pasa ahí, Duncan? —Urquhart se acercó a la pareja.

—Largo de contar. Buenos días, Doc —respondió Bone.

—Veo que conseguiste salir de Balhuish, ¿eh, Danny? —dijo Urquhart.

—Por los pelos.

—Y ahora ojalá no lo hubiera hecho —añadió Bone.

—Me han dicho que tenemos algunos heridos leves a los que atender —dijo el médico, apretándose más el cuello del abrigo.

—Sí, este —dijo Bone.

Kilpatrick dio un paso al frente.

—Estoy bien —protestó.

—De eso ya juzgaré yo —insistió el Doc.

Kilpatrick miró a Bone y articuló en silencio la palabra *help*.

El Doc intentó tomar a Kilpatrick del brazo. —Vamos, entremos. Y vosotros dos también tenéis que entrar en calor.

Lonnie se lo sacudió de encima con un chasquido de lengua y echaron a andar de vuelta al pueblo.

—Ross está preparando su especial de desayuno a la sartén. Ha reservado lo que queda de beicon y huevos para vosotros.

—Muy amable, pero ¿y los estadounidenses?

—Esta mañana se han terminado lo que quedaba de nuestras existencias de porridge, así que no te preocupes por ellos. Dijeron que querían la experiencia escocesa completa, así que Ross les sirvió UHU hecho con agua y sal. Y les encantó —Urquhart puso una cara —. O quizá estaban siendo educados. En fin, que te han salvado el beicon. ¿Lo pillas?

Bone hizo una mueca. —Creo que prefiero una hipotermia de grado tres a seguir oyendo más de esos. ¿Alguna señal de que vuelva la luz o el teléfono?

—Nada todavía. Por lo visto, Scottish Energy está en ello. Sería la primera vez.

—Bien, voy a volver a la cabaña para ducharme y cambiarme. —Bone se volvió hacia Matheson—. Nos vemos en el hotel en unos treinta minutos, Danny. ¿Le parece?

Matheson asintió.

—Puedes usar uno de los dormitorios para ducharte y cambiarte, Danny. Te dejo ropa si la necesitas —dijo Urquhart.

—Genial, gracias.

Seis

Después de repasar con Matheson lo sucedido en el día, asegurándose de que no se les había pasado ningún detalle, y de hablar de nuevo con Kilpatrick, que aun con una posible conmoción fue capaz de meterse unas cuantas pintas entre pecho y espalda, Bone volvió, rendido, a su cabaña.

Por fin había dejado de nevar y se hablaba de un inminente deshielo. Albergaba la esperanza de que en breve volviera la luz, los teléfonos y el acceso. La cabaña estaba a oscuras y helada, y encendió enseguida la estufa de gas y puso un par de fuegos de la placa para caldear las habitaciones. En el dormitorio, arrastró el edredón, se tumbó en el sofá y encendió una linterna a pilas pequeña en la mesita lateral. A tientas, sacó el móvil del bolsillo y pasó algunas de las imágenes que había tomado en la isla, pero al cabo de unos cuantos toques, el teléfono murió. Con un suspiro cansado, se hundió un poco más bajo el edredón, cerró los ojos y, en cuestión de segundos, se quedó dormido.

Un golpe fuerte en la puerta lo despertó sobresaltado. Incorporándose a trompicones, fue tambaleándose hasta la puerta, pero, al ver que los fuegos de la placa seguían a todo gas, se detuvo para apagarlos. La puerta volvió a sacudirse.

—¡Ya voy!

La recepcionista del hotel estaba en su puerta, tiritando.

—Dios, Fiona, ¿cuánto tiempo llevas ahí fuera? Pasa.

—Gordon me ha mandado. Tu compañero está en el cacharro de la radio.

—¿La inspectora Walker?

—No lo sé. Solo ha dicho que me acercara antes de que perdiera la señal.

—Mierda, vale. Bone cogió el abrigo y, calzándose las botas empapadas, siguió a la recepcionista de vuelta al hotel a través de la nieve.

—La tenía hace un minuto —dijo Urquhart, girando los mandos del equipo de radio.

Matheson estaba a su lado. El altavoz gimió. Urquhart alzó el micrófono e hizo otro intento.

—Detective Walker, ¿me oye? La estática chisporroteó.

—Por el amor de Dios, cualquiera diría que estamos en la puñetera Siberia. Estamos a menos de una hora de Kilwinnoch —se quejó Bone.

—¿Detective Walker? —repitió Urquhart.

—Sí. Vuelvo a oírla. La inconfundible cadencia de las Hébridas Occidentales de Walker cortó el siseo.

—¡De lujo! Urquhart aporreó la mesa. Le pasó el micrófono a Bone. —Pulse el botón cuando hable.

Bone puso los ojos en blanco. —Sí, ya lo sé. Pulsó el botón. —Rhona, Duncan al habla, ¿me oyes? —gritó.

—Hable con normalidad. No va a oírla mejor aunque le pegue berridos —indicó Urquhart, ahogando una risita.

—Señor, ¿está bien?

—Estamos bien —respondió Bone con un volumen más razonable —. ¿Cómo está por ahí?

—Es horrible. Todo está paralizado.

—Igual aquí, pero escucha, podemos perder esto en cualquier momento. Necesito que compruebes quién se ha casado recientemente en la zona de Loch Gillan y Balhuish.

—¿Cómo?

—Ha habido un asesinato. Una novia y un novio. No voy a perder tiempo explicándolo ahora. Intenta contactar con la Finca Balhuish y consigue la información de reservas recientes de sus cabañas vacacionales. La línea siseó. —¿Sigues ahí?

—Sí, la Finca Balhuish, ¿algo más?

—Revisa los registros de bodas de esta zona. Quién se ha casado recientemente. Y en cuanto tengamos acceso, vamos a necesitar al equipo de Cash aquí arriba, y apoyo local. Pídele a Gallacher que...

El aparato crepitó, chilló y se apagó.

—¿Hola? —ladró Bone al micrófono—. —Rhona, ¿estás ahí?

Miró a su alrededor hacia Urquhart, que cogió el micrófono y volvió a comprobar la unidad. Empujó y accionó interruptores arriba y abajo, pero el diminuto despacho se llenó del olor a plástico quemado. Tiró del enchufe de la pared.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bone.

—Esta dichosa cosa ha fundido una válvula.

—No me jodas.

—No se ha usado desde hace siglos.

—¿Válvulas? ¿Cuántos años tiene?

—De antes de Logie Baird. Casi nunca lo uso. A lo mejor el generador ha provocado una sobretensión o algo así.

—Esto va a mejor por momentos. ¿Puede arreglarlo?

—Oh, sí. Solo necesito otra válvula.

—Pues vaya a por ella.

—Eso sería en Amazon.

—Ay, Dios. Bone se pasó la mano por la cicatriz de la sien.

—Al menos se ha quedado con la idea —dijo Matheson, intentando sacar la situación del atolladero—.

Urquhart hizo aspavientos con los brazos. —Apesta que tira para atrás. Lo último que nos hace falta es un maldito incendio eléctrico.

Bone se encogió de hombros. —Bien, lo único que podemos hacer es seguir adelante. Se volvió hacia Matheson. —¿A qué hora mañana por la mañana?

—Diría que tendremos que salir al amanecer, así que, ¿a las seis y cuarenta y cinco?

—¿Adónde van? —preguntó Urquhart.

—Subir y cruzar el Ben Beulach —respondió Matheson—.

—Antes vosotros que yo —murmuró Urquhart—. Yo me quedo limpiando los grifos de cerveza.

—Bien, nos vemos por la mañana, entonces. Bone asintió y se marchó.

Siete

Otro golpe fuerte en la puerta lo sacó a Bone de un sueño extraño en el que Alice estaba atrapada dentro del vientre helado de un muñeco de nieve. La puerta sonó de nuevo y él saltó de la cama.

—Son las siete menos diez, señor —dijo Matheson, plantado en el escalón, debidamente equipado con ropa de montaña.

—Mierda. Me he quedado dormido. Dame diez minutos —se disculpó Bone.

—Estaremos fuera, en la entrada del hotel. El joven agente se retiró por el sendero.

Bone volvió corriendo al dormitorio para vestirse.

Al acercarse al hotel, Bone vio a Matheson revisando el equipo. Junior estaba sentado sobre una mochila de lona hecha polvo, liándose un cigarrillo.

—Perdonad por eso —dijo Bone.

—¿De juerga anoche, eh? —dijo Junior. Aspiró hondo y lanzó una columna de humo bien alto.

—Me alegra ver que has dejado los vadeadores, Junior —dijo Bone, evaluando sus pantalones impermeables, mucho más adecuados.

—No hay muchos salmones adonde vamos —gruñó Junior.

Urquhart apareció en la puerta del hotel y cruzó corriendo para saludarlos.

—Ross os ha preparado unos bollos de huevo —dijo, y les entregó a cada uno un paquete tibio envuelto en papel de aluminio

—. Para el camino.

Miró a un lado y Junior ya estaba asaltando el suyo. La yema salía a chorros por ambos lados del bulto y le chorreaba por el ya mugriento chaquetón de hule. Tras un par de bocados más, dio otra calada al cigarro y siguió aniquilando el bollo. Urquhart negó con la cabeza.

—Bien, creo que tenemos que ponernos en marcha. Hay una buena caminata arriba y abajo —dijo Matheson, que cogió su mochila y se la echó al hombro.

—¿Cuánto? —preguntó Bone.

—Unas cuatro horas de ida y vuelta, quizá más según cómo esté la nieve, aunque el tiempo parece haber mejorado —dijo Matheson, echando un vistazo al cielo azul, sin una nube.

—Aguanieve y luego lluvia para esta noche, por lo visto. Lo próximo serán malditas inundaciones —se quejó Urquhart.

Matheson se volvió hacia Junior: —¿Listo? Vamos.

El viejo parroquiano se limpió la boca, le devolvió a Urquhart su bola empapada de papel de aluminio y recogió su bolsa antiquísima, con el bolsillo lateral casi arrancado del todo.

—Tengo una versión más pequeña de esa en Kilwinnoch. ¿La tuya es de los años cincuenta?

—Ni idea. La encontré en la cabaña cuando me mudé hace diez años —dijo Junior.

Echaron a andar por la vereda, cruzaron una portilla y entraron en el campo más cercano, rumbo a un grupo de árboles. A medida que avanzaban trabajosamente, la nieve se hacía más profunda y ralentizaba el paso.

—Dios, si está así todo el camino, será otoño cuando volvamos —refunfuñó Bone.

—Bah, se irá aclarando cuando alcancemos la montaña —replicó Junior, abriéndose paso en la nieve como un quitanieves, con inexplicable destreza.

Al salir del bosque, siguieron la pista de la Comisión Forestal hasta llegar a otra portilla.

—Hay que subir y pasar por encima de ese cabrón —dijo Junior, con un gesto hacia el inmenso tsunami de roca sólida que se alzaba

ante ellos.

—¿Y no hay otra forma de llegar? —preguntó Bone.

Junior se echó a reír: —Siempre puedes ir a nado, si lo prefieres.

—No se preocupe, señor —intervino Matheson—. Llevamos con nosotros al Exocet humano.

—Eso es justo lo que me preocupa.

Treparon por encima y siguieron subiendo la pendiente.

Tras sortear una serie de crestas y barrancos traicioneros, por fin se acercaron a la cima.

Matheson trepó por encima de un gran bloque: —Ya casi estamos.

Más adelante, Junior desapareció tras un saliente y luego emergió arriba y alzó el puño al cielo.

—¿Qué se ha tomado? —jadeó Bone mientras se encaramaba a la roca.

—Whyte and Mackay, sobre todo, creo yo —sonrió Matheson.

Ayudó a Bone a subir y, con un último esfuerzo, ambos treparon para reunirse con Junior en la cumbre. Bone se dejó caer, respirando con dificultad.

—Mirad eso —dijo Junior, contemplando la vista panorámica del Loch Gillan y las montañas circundantes. El sol ya volaba alto, tiñendo el cielo de un intenso resplandor anaranjado.

Matheson se sentó junto a Bone. —No me canso nunca. Vale la pena el esfuerzo, ¿verdad?

—Si tú lo dices —rezongó Bone.

Matheson sacó de la mochila su bocadillo de huevo y un termo. —¿Café, alguien?

—¿Puedo casarme contigo? —preguntó Bone con una sonrisa.

Matheson le sirvió una taza de negro vaporoso. —¿Junior?

—Yo me quedo con la variedad «pulmón de arenque» —replicó, y se encendió otro cigarrillo de liar.

—Esa de ahí abajo es la isla de Balhuish —dijo Matheson, inclinándose sobre el acantilado.

Bone se acercó un poco. —Qué pintoresca parece desde aquí. Jamás imaginarías los horrores. Se inclinó para abarcar toda la isla. —¿Qué es esa cosa oscura en medio del bosque?

Matheson comprobó. —Es un viejo búnker de la Segunda Guerra Mundial. La Guardia Local lo utilizaba para abatir a la Luftwaffe cuando subían por el loch camino de bombardear a saco Clydebank.

—¿Y no se te ocurrió mencionarlo cuando estuvimos allí?

—Está todo sellado. Haría falta una retroexcavadora para entrar. De todos modos, seguro que el equipo lo revisó. Todo el mundo lo conoce.

—¡Ya se ve! —replicó Bone con sarcasmo.

—Bueno, lo que sube tiene que volver a bajar —dijo Junior. Pellizcó la punta del pitillo y se lo guardó en el bolsillo del abrigo.

Bone apuró el resto del café y, con un sonoro quejido, volvió a ponerse en pie.

Cuarenta minutos después, y con las rodillas doloridas, el grupo alcanzó el estrecho sendero de senderistas al pie de la montaña. Al cortar entre otra hilera de coníferas, el loch se abrió ante ellos.

—Si tomamos el sendero de la orilla, nos ahorramos diez minutos —dijo Junior.

Lo siguieron por una estrecha franja de nieve encajada entre la roca sólida y la orilla del agua.

—Mirad dónde pisáis, es mortal —añadió, y casi se pega un trompazo—. ¿Veis a qué me refiero?

Instantes después, Bone resbaló hacia un lado y la bota se le hundió en una poza de roca casi helada. La sacó de un tirón. —Joder, por Dios —maldijo, y siguió.

—Igual la pista del bosque habría sido más fácil, ¿eh, Junior? —se burló Matheson, pegado a la pared de roca mientras sorteaba otro pedrusco enorme y mojado.

—Sí, pero no tan divertido —replicó Junior, brincando delante.

Bone intentó seguirle el ritmo; el pie mojado le hacía pedorretas dentro de la bota. —Este tío es definitivamente una jodida cabra.

Por fin, regresaron a la pista que bajaba hasta un diminuto embarcadero de madera a la orilla del agua.

—Última parada, transbordo aquí para el pub —dijo Junior. Dejó la bolsa en el suelo, la abrió de un golpe y sacó una lata de Guinness.

—No estoy seguro de que debieras... —empezó Matheson.

Pero Junior ya iba por la mitad.

Bone subió al embarcadero y, caminando hasta el final, miró a ambos lados. —Aquí no hay nada.

Matheson saltó de nuevo a la playa rocosa adyacente. —¿Ves el embarcadero de la isla, allí? —Señaló la isla, a solo unos cientos de yardas al otro lado del estrecho—. Esperad. Desapareció tras una roca saliente. Segundos después, volvió a llamar.

—¿Qué pasa? —preguntó Bone, acercándose a Matheson, que estaba en cuclillas a la orilla del agua.

—Mira —señaló una lancha a motor casi sumergida, apenas visible bajo las olas. Matheson abrió la mochila y encontró un rollo de cuerda de escalada cuidadosamente atado.

—¿Qué más llevas ahí, Mary Poppins? —preguntó Bone.

Enrollando la cuerda lentamente en la mano, Matheson ató el extremo en un nudo corredizo y, tras calcular el objetivo, lanzó la cuerda. El lazo cayó sobre una bita que sobresalía. Tiró para ajustarlo y comenzó a arrastrar la embarcación.

Bone aplaudió. —Muy listo. ¿Dónde aprendiste a hacer eso?

—Mi viejo era John Wayne —dijo Matheson.

—El albañil —añadió Junior.

—Pues echadme un cable —bufó Matheson.

Los tres tiraron de la barca hundida y esta fue acercándose poco a poco a la orilla. Cuando estuvo lo bastante cerca, Junior se metió en el agua y la arrastró un poco más.

—Se te van a congelar los pies —dijo Matheson.

—Bah, esto es tropical —rezongó Junior, y, con la fuerza de una melé de rugby, alzó la proa de la barca sobre la playa.

—*Mirabel* —dijo Bone, leyendo el nombre escrito en letras doradas en el costado del casco de madera.

—Esa es la barca de Vincent Trough —exclamó Matheson—. Tiene un astillero en Balhuish.

—También alquila barcas —añadió Junior.

—Bien, puede que tengamos un vínculo —dijo Bone, inclinándose por el costado para mirar el interior anegado—. Iba a preguntar si la habían hundido adrede, pero ahí abajo hay un boquete enorme en el fondo.

Matheson se asomó al agua turbia. —Ajá, ha encallado. Ya lo dije, es traicionero.

—Entonces, ¿el ocupante se ha ahogado? —preguntó Bone.

Matheson se frotó el cuello. —La corriente en el estrecho es muy fuerte, así que si alguien intentó cruzar a vela podría haber sido absorbido hasta...

—Nueva York —interrumpió Junior.

—Pero, por lo cerca que está, sugiere que pudo tocar tierra primero y luego hundirse.

—¿O la hundieron? —propuso Bone.

—Sí, también es posible, supongo, si llevas un mazo en la mochila.

—La barca pudo hundirse hace tiempo. O sea, antes de que pasara toda esta mierda. ¿Se os ha ocurrido eso, inspectores Morse y Clouseau? —cortó de nuevo Junior.

Matheson se encogió de hombros. —No creo que siguiera por aquí después de esas tormentas.

—Así que, aparte de la montaña y el loch, no hay otra salida, ¿es así? —preguntó Bone.

Junior lo pensó un momento. —La granja de los Dulhoon está a unas tres millas justo al sur de aquí, pero hay que saberlo, porque todo son campos y caminos rurales para llegar, y con este tiempo seguramente el paso esté totalmente cortado.

—Esa franja de río es de ellos —añadió Matheson.

—Casi lo único que el terrateniente no posee —bramó Junior.

—Entonces, si fueras tú, ¿te resguardarías hasta que mejore el tiempo?

—En el bar del Loch Gillan Hotel, sí —respondió Junior.

—Hay un viejo refugio de pescadores al otro lado de la punta —dijo Matheson—. Podría valer la pena echar un vistazo.

Bone soltó un suspiro. —Ay, Cristo, por favor, dime que está cerca.

—Yo pensaba que los polis estabais en forma —bromeó Junior.

Bone se dio una palmada en el estómago. —Tengo que ponerme a tu dieta de «liar y stout irlandesa».

Dejaron la playa y siguieron por el sendero de la orilla y, al rodear la punta, se internaron en un estrecho estuario con un arroyo que desembocaba en el loch.

—Ahí está —dijo Matheson, señalando una chabola destartalada que se tambaleaba precariamente al borde de otro embarcadero.

Saltaron a una pista que desaparecía por la loma de una cuesta.

—¿Adónde lleva eso? —preguntó Bone.

Junior miró al frente. —A uno de los campos de los Dulhoon.

—Vale, en silencio, todo lo que podamos.

Se aproximaron con cautela.

—Tú ve por el otro lado —le dijo Bone a Matheson—. Junior, vienes conmigo.

—Ah, que ahora somos jodidamente Starsky y Hutch, ¿no? —sonrió Junior.

—He dicho en silencio —ordenó Bone, alzando la mano.

Se deslizó por el lateral de la estructura ruinosa y miró a través de una tabla rota en la pared. El interior era sombrío y demasiado oscuro para distinguir nada. Siguieron avanzando agachados. En la puerta, que colgaba a medias de las bisagras, Bone alargó la mano para abrirla cuando Matheson apareció de pronto por el otro lado.

—¡Jesús! —articuló Bone sin voz.

Matheson negó con la cabeza y, entre los dos, tiraron con suavidad de la puerta. Crujió y chascó y, por fin, se abrió de par en par con un alarido agudo, como el de un niño gritando de dolor. Un hedor a moho y podredumbre salió flotando. Bone entró el primero y escudriñó la oscuridad. El interior parecía vacío, pero no alcanzaba a ver los rincones más alejados. Matheson encendió la linterna del móvil, bañando la estancia con una luz blanca y dura.

—¿Qué es eso? —dijo Matheson, señalando una forma irreconocible en el suelo del rincón más alejado.

—¡Policía, quieto donde está! —gritó Bone.

El bulto no se movió.

Bone se acercó. —Somos tres y tú eres uno, así que ni se te ocurra.

Matheson ajustó el haz y la luz recorrió una lona mugrienta que cubría un montón de nasas de langosta.

—Jesucristo... —suspiró Bone.

Matheson volvió a barrer la choza con el haz.

—Dame eso un segundo. Bone tomó el móvil y dirigió el haz al rincón del fondo y se acercó.

—¿Has visto algo? —preguntó Matheson.

Bone recogió un guante térmico de color crema. Redirigió la luz para examinarlo. Era de talla adulta, del tipo que usaría un escalador o senderista profesional. Lo volteó. La palma y los dedos estaban cubiertos de una especie de fluido oscuro que relucía bajo la luz. Salió al exterior para examinarlo mejor a la luz del día.

—¿Eso parece sangre congelada? —preguntó Bone.

Junior se inclinó. —Y tanto que lo es —se estremeció—. Esto es una puta pesadilla de horror.

Bone se quitó la mochila, abrió una cremallera y encontró una bolsa de pruebas de plástico que se había acordado de meter en el último momento. Metió el guante y cerró la bolsa.

—¿Qué ha encontrado?

La interrupción de Matheson hizo que Bone volviera a girarse, sobresaltado.

—Jesús, Danny, ¿puedes dejar de hacer eso?

—Lo siento, señor —dijo Matheson.

—La primera norma en la policía es no acercarte a escondidas a tus compañeros —protestó Bone.

— —Pues es mi maldita norma, ¿vale? —Bone soltó aire por las mejillas—. ¿Nada de rastro?

—Ni una sola huella, pero vamos, que esto no es Florida precisamente.

Bone se volvió. —¿Y qué hay de esa granja?

—No sé cómo estará la nieve —dijo Matheson.

—Y habría que saberse el camino —añadió Junior.

—Pero merece echar un vistazo, ¿no? Quiero decir, salvo que esté jugándose el pellejo en la montaña, ¿adónde más puede ir?

Recogieron el equipo y se pusieron en marcha por la pista.

Ocho

Cuando llegaron al primero de los edificios de la granja de los Dulhoon, no había rastro de nadie. Unas cuantas ovejas rebuscaban en uno de los graneros, y un gato se acercó a recibirlos.

Entraron en el patio principal.

—¿Dónde está la casa? —preguntó Bone.

—Más adelante, ¿ves la chimenea asomando detrás de ese pajar? —indicó Matheson con un gesto.

Siguieron adelante, y el gato se fue detrás de ellos, para luego adelantarse a toda prisa cuando se acercaron a una puerta lateral de la casa de campo.

Bone hizo sonar el aldabón. La puerta se abrió de par en par.

—Hola, ¿hay alguien? —llamó a través de la rendija. Empujó la puerta con suavidad—¿Hola?—. Seguía sin haber respuesta.

Se encogió de hombros y entró, con Matheson pegado a él. Junior se quedó rezagado junto a la puerta.

—Señor Dulhoon, policía —llamó Bone por un pasillo oscuro y estrecho.

Se adentró un poco más, pasando una puerta a su derecha. Iba a probar el pomo cuando esta se abrió de golpe y un hombre salió y chocó de frente con él.

—¿Pero qué...? —exclamó el hombre, y por instinto apartó de un empujón a Bone, para luego alzar los puños en guardia.

—Tranquilo, Policía de Escocia —dijo Bone mientras se bajaba la cremallera del abrigo.

El hombre le sacaba una cabeza, su enorme corpachón casi llenando el pasillo.

—¿Señor Dulhoon? Soy el inspector jefe Bone, y este es el agente especial Danny Matheson. Creo que le conoce, ¿no?

Matheson entró en la casa y asintió.

—¿De dónde demonios habéis salido? —dijo Dulhoon, alisándose un mechón de pelo rubio.

—Hemos venido a pie desde Loch Gillan —respondió Bone.

El granjero bajó los puños. —Válgame Dios, ¿con este tiempo? Llevamos dos días aquí encerrados sin luz. Otro par de días y una de nuestras ovejas iba al matadero. ¿Qué os trae hasta aquí?

—¿Entonces no ha visto a nadie más en un par de días?

—No, ni un alma. ¿Por qué?

—¿Podemos pasar un momento? —preguntó Bone.

—Parece que ya estáis dentro, pero sí, claro, pasaos —dijo, girándose hacia la puerta—. ¿Ese que veo rondando ahí fuera es Junior?

—El mismo, sí —respondió Junior desde el patio.

—Bien, vosotros dos podéis entrar, pero él se queda fuera.

—Anda, Red, no seas rencoroso. ¿Perdonar y olvidar y todo eso?

—Aceptaste trabajo de ese capullo aunque dijiste que nunca lo harías. Para mí, eso no tiene perdón.

—Uno tiene que comer, Jock.

—Imperdonable. Cierra la puerta al salir, Danny.

—No tengo ni idea de lo que pasa entre ustedes dos, señor Dulhoon —dijo Bone—, pero a ese hombre le vendría bien una bebida caliente y entrar en calor. No querrá que le dé una hipotermia ahora, ¿verdad?

El granjero resopló. —Bueno, mientras mantenga ese hocico de traidor bien cerrado y no me mire ni de reojo. Pero no me hace ninguna gracia. Echó a andar por el pasillo. —Por aquí, ah, y quitaos las botas. Karen os sirve los genitales para cenar si llenáis sus suelos limpios de barro.

Se quitaron el calzado y siguieron a Dulhoon hasta una espaciosa cocina de granja, cálida y acogedora. La señora Dulhoon estaba sentada a la mesa, revisando una caja de escarapelas.

—Karen, tenemos visita —dijo Dulhoon.

Su mujer se levantó, sorprendida.

—Soy el inspector jefe Duncan Bone, y este es...

—A estos dos los conozco, pero no me esperaba a un detective. ¿Qué ha pasado? ¿Tiene que ver con la nieve? ¿Ha habido un accidente?

—Buscamos a una persona en relación con un incidente grave —dijo Bone.

Los ojos de Karen se agrandaron.—¿Qué clase de incidente?

—Karen, los hombres necesitan algo caliente —dijo Dulhoon—. Han cruzado el Ben a pie para llegar hasta aquí.

—Ay, Dios mío. Dejad que os prepare un café.

—Nos vendría de maravilla —sonrió Bone.

En una enorme cocina de leña, la señora Dulhoon puso una cafetera de percolación. Se volvió.—¿O preferís té?

—Un café rápido está bien para mí —asintió Bone.

Matheson y Junior estuvieron de acuerdo.

—Me sorprende verte por aquí, Junior —dijo la señora Dulhoon, echando una mirada a su marido.

—Tregua temporal, pero no está perdonado —negó Dulhoon con la cabeza—. El señor Bone preguntaba si hemos visto a alguien en los últimos días.

—Ay, no. El tiempo ha sido absolutamente atroz. Menos mal que tenemos la Aga, que si no, nos habríamos helado —se limpió las manos en el delantal—. Ha estado tan mal la cosa que me he puesto a ordenar todas nuestras escarapelas y por fin las estoy colgando en la pared de la cocina.

Bone bajó la mirada al despliegue de premios de vivos colores.—¿Ganado?

—Clydesdales —respondió el señor Dulhoon—. Somos de los pocos que aún los crían.

La cafetera silbó, y la señora Dulhoon sirvió las bebidas a los hombres.—¿Queréis algo de comer? Aún nos quedan unas cuantas salchichas que podría freíros.

—Oh, sí, por favor —se entusiasmó Matheson.

—No, estaremos bien —le cortó Bone.

Matheson frunció el ceño.

—Nos tomamos esto y, si no le importa, ¿podríamos echar un vistazo rápido por la granja? —dijo Bone.

—Sí, claro, pero no ha venido nadie —dijo el señor Dulhoon—. Hasta nuestro hijo está fuera, en Stirling.

—¿Y qué hace allí? —preguntó Bone.

—Estudiar agricultura. No entiendo por qué tiene que ir a un aula para aprender eso cuando aquí lo tiene todo, y mucho más barato, además.

—Ay, Red, estamos en el siglo veintiuno. Hay que ponerse al día. Quiere modernizar la granja, y esta es la mejor manera.

—¿Modernizar? Y un cuerno. Las granjas son granjas.

La señora Dulhoon negó con la cabeza hacia Bone.—¿Ve lo que tengo que aguantar?

—Bien, apurad, chicos. Gracias por todo, señora Dulhoon.

—Qué rápido. ¿Seguro que no os tiento con una salchicha?

—Es una oferta muy tentadora, pero tenemos que seguir. Gracias igualmente.

El señor Dulhoon se puso en pie.—Le enseño lo principal de la granja, inspector.

—¿Alguna novedad de las carreteras y de cuándo volverán los teléfonos? —preguntó la señora Dulhoon.

—En cuanto empiece este deshielo, seguro que no tardan —le dijo Bone con un gesto tranquilizador.

—Sí, será un alivio cuando por fin se largue. El martes tengo que recoger un carnero —asintió el señor Dulhoon.

—Ah, antes de que se me olvide. ¿No ha estado usted últimamente por esa choza de pescadores medio derruida al borde de su finca?

—¿A través de ese permafrost? ¿Está de broma? Ya ha sido bastante intentar subir a dar de comer a las ovejas del campo de arriba —replicó Dulhoon.

—Es que he encontrado un guante térmico color crema, de los caros, y he pensado que podría ser suyo.

Dulhoon se encogió de hombros.—Mío no es y, en cualquier caso, esa choza la tengo cerrada con llave para que a los furtivos no les dé

por pescar de noche. ¿Estaba la cerradura rota?

—No vi ninguna cerradura. La puerta estaba abierta.

—Por el amor de Cristo, si no es el equipo de la granja, es que nos tocan las narices con las existencias de pescado. Alguno de ellos se lo habrá dejado caer.

Siguieron fuera de la casa, cruzaron el patio y bajaron por un sendero hasta un antiguo cottage de revoco salpicado de guijarros, rodeado por una valla de alambre de espino.

—He pensado que mejor es comprobar aquí primero —dijo Dulhoon—. Hemos tenido un par de robos, y los muy cabroncetes arrancaron una de las chimeneas antiguas. Una maldita antigüedad, además, y valiosa. De ahí la seguridad.

—¿Tiene muchos problemas con los robos? —preguntó Bone, tirando de la valla.

—Lo que se te ocurra, nos lo han birlado, salvo que esté malditamente cementado, y aun así lo intentan. Tractores, arados, ovejas, plomo del tejado, equipos de ordeño. Lo que harán con eso, ni idea. Mira, hasta han arrancado madera del lateral de uno de los graneros. Una jodida epidemia. Como si no lo tuviéramos bastante crudo.

—¿Tiene cámaras o algo por el estilo?

—Teníamos, pero también se las llevaron. No, mi elemento disuasorio preferido es una escopeta con licencia.

Abrió la cancela de la valla y fue a revisar puertas y ventanas del cottage, para luego volver.

—Todo en orden —dijo.

Regresaron al patio.

—¿Para qué se utilizaba entonces el cottage? —preguntó Bone.

—Mi tío tenía un peón que vivía allí con su mujer, pero con la automatización y todo eso, los tres nos apañamos solos... cuando mi hijo está aquí, claro.

Los llevó al establo y comprobó el equipo, probó los candados de un trastero y luego pasó a un segundo edificio contiguo a la casa principal. Había dos tractores aparcados. Se encaramó a uno y miró por la ventanilla de la cabina, y luego revisó el segundo.

Se encogió de hombros.—Como dije, no ha venido nadie. Es lo único bueno de este tiempo: mantiene a los putos chorizos lejos de nuestras cosas.

Se oyó, al otro lado del granero, el petardeo de un motor poniéndose en marcha.

Se volvió. El motor rugió de nuevo.—¿Qué hace Karen con el quad?

—¿El qué? —dijo Bone.

Pero Dulhoon ya había echado a correr. Al rodear el granero a la carrera, un quad pasó disparado, por poco se llevó por delante a los tres. Matheson se giró en redondo y trató de agarrar las faldillas del conductor, pero el empuje del vehículo lo arrastró con tal fuerza que rodó por el suelo, y el quad salió disparado por la cancela de la granja.

—¡Ay, no! ¡Otra vez no! —gritó Dulhoon—. Voy a matar al puto... —Corrió hacia un Land Rover aparcado en la entrada junto a la casa y se metió dentro.

Bone se subió a su lado. Una escopeta que estaba atravesada sobre el asiento se le clavó en la espalda. Dulhoon sacó el arma por detrás, la abrió y, sacando los cartuchos de la guantera, los encajó en los cañones. Cargó ambos cañones.

Bone alzó el brazo.—Un momento, señor Dulhoon. No queremos pegarle un tiro a nadie.

—El cabrón ladrón está en mis tierras. Estoy defendiendo mi propiedad. Tengo todo el derecho.

—No es un perro vagabundo enredando con las ovejas, señor Dulhoon.

—Entonces coja usted el arma y dispárele.

—Esto es Escocia, no Estados Unidos...

Haciendo caso omiso de Bone, Dulhoon intentó arrancar el vehículo, pero el motor no giró.—El maldito gasóleo está congelado. —Soltó una maldición y aporreó el volante con los puños.

—¿Tiene otro vehículo? —preguntó Bone.

—Todos diésel, salvo el quad —saltó fuera—. —Puto niñato de mierda. Le dio una patada al suelo, frustrado.

Matheson se puso en pie trabajosamente.

—¿Estás bien? —preguntó Bone.

—Casi lo pillo, pero he conseguido esto. Mostró un jirón de tela verde.

—Vaya cambio por un quad, Danny. Ya veo cómo voy a atender a todas mis ovejas paridas con eso —gruñó Dulhoon.

—¿Dónde está Junior? —preguntó Bone.

—Lo sabía. Ha sido él —dijo Dulhoon.

—No creo que este tejido encaje con la elección de atuendo mugriento de Junior —dijo Matheson, examinando su botín.

—Siempre ha sido y siempre será un mentiroso, ladrón, falso de...

—El mentiroso y falso ladrón está aquí —interrumpió Junior, apareciendo por un lateral del pajar.

—¿Dónde estabas?

—Justo detrás de ti, y vi al tipo salir zumbando en ese trasto por el campo de allí, así que fui corriendo detrás, pero la nieve cada vez estaba más alta y se me perdió por una hondonada.

—No te creo. Enséñame —dijo Dulhoon.

—Jock, venga ya, ¿para qué demonios me iba a servir a mí un quad? —dijo Junior.

—Dinero. Eso es lo único que te interesa.

Junior negó con la cabeza y los llevó al campo. Las huellas de la moto habían abierto una hendidura profunda a lo largo de él, desapareciendo por una pendiente pronunciada, tal como Junior había descrito.

—¿Adónde lleva eso? —dijo Bone.

—A un arroyo, y después está la pista trasera que usamos para acceder al campo de abajo.

—¿Conecta con una carretera o un acceso principal?

—Sí, pero no cuando está así. La nieve ahí abajo puede estar tan alta como una casa.

—¿Y no hay forma de pasar a pie, Junior?

—Imposible.

—¡Mierda! —dijo Bone.

—¿Era él? —preguntó Junior.

—¿Quién? —preguntó Dulhoon.

—La persona de interés a la que intentamos localizar —respondió Bone—. Bueno, como ha dicho usted, señor Dulhoon, teniendo en cuenta lo difícil que nos ha sido llegar, no me parece que esto sea otro oportunista buscando hacer el agosto, ¿a usted sí? Se volvió hacia el granjero. —El ladrón de la moto necesitaría las llaves. ¿Dónde las guarda?

—En el colgador del cuarto de lavado. Lanzó una mirada hacia la casa.

Echaron a correr de vuelta.

—¡Karen! —gritó Dulhoon y corrió por el pasillo hasta la cocina.

Ella no estaba, pero las rosetas estaban esparcidas por el suelo.

—¡Dios santo! ¡Karen! —bramó.

Iba a mirar en el salón cuando ella apareció en el rellano de las escaleras.

—¿A qué vienen esos gritos?

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Bien, si solo os habéis ido diez minutos. ¿A qué viene esta bienvenida tan dramática?

—Acaban de robar el quad. Las rosetas están por el suelo ahí dentro. He pensado que te habían atacado.

—Ha sido la maldita gata. No las deja en paz.

—¿Has visto a alguien en la casa?

—No, o eso espero. Frunció el ceño.

Dulhoon fue directo al cuarto de lavado y comprobó el colgador de llaves en la parte posterior de la puerta. Cogió una. —Esta es —dijo.

—¿Dice que solo tiene una llave?

—Sí, solo una.

—¿Y la de repuesto? —interrumpió la señora Dulhoon.

Dulhoon se encogió de hombros. —¿Qué repuesto?

—Cuando la compraste, pegaste una llave de repuesto en la parte de abajo de uno de los cajones de tu taller.

—¿Ah, sí?

—Se lo juro, inspector, este hombre tiene demencia. Infló las mejillas al soltar el aire.

—Dios, sí, es verdad —dijo Dulhoon.

—Muy poco seguro, ahí —intervino Bone.

Salieron de nuevo, rodearon la casa y entraron en un cobertizo atestado de herramientas y piezas de maquinaria.

—Este es mi taller de reparaciones —dijo Dulhoon.

Los cajones del fondo del cobertizo estaban abiertos, y dos yacían volcados en el suelo.

—Dios santo, se han llevado la llave —dijo, arrodillándose junto al caos de tuercas, pernos y tornillos—. Todo esto lo tenía ordenado. Soltó un suspiro y le dio la vuelta al cajón.

—¿Cómo sabría el ladrón lo de su llave de repuesto? —preguntó Bone.

—No lo sé. Han revuelto todo el sitio. Igual han tenido suerte, sin más.

—¿Le comentó a alguien dónde estaba?

—Ni idea. Puede que lo mencionara a alguien en el pub cuando la compré, pero me había olvidado por completo de que la puse ahí.

—¿Entonces, solo usted, Karen y su hijo estaban al tanto?

—Creo que ni mi hijo lo sabía. Se detuvo. —Un momento, mi hijo está en Stirling. ¿Qué tiene que ver él con esto?

—Solo intento averiguar cómo supo el ladrón dónde estaba la llave. Es un hallazgo bastante aleatorio.

—Pensándolo bien, contrato temporeros cada año durante la cosecha por unas semanas. Uno o dos han usado el quad en el pasado.

—Necesitaré nombres y direcciones —dijo Bone.

—Hay uno o dos fijos en los que confío, pero de los demás, no sabría ni por dónde empezar. Todo era en B: hoja.

—Empiece por los fijos y cualquiera más que recuerde. También me gustaría hablar con su hijo.

—No entiendo en absoluto para qué quiere molestarlo con esto. Solo se preocupará por su madre.

—Quiero preguntarle si sabía dónde estaba la llave y si se lo dijo a alguien.

—Vale, pero, por favor, quítele hierro al asunto. No le diga que van detrás de un tipo buscado ni nada por el estilo.

—Por supuesto.

—Señor, creo que tendremos que empezar a pensar en volver pronto, que el día se nos echa encima —interrumpió Matheson.

Bone asintió y se volvió hacia Dulhoon. —Y si el quad cruza el arroyo y sube por el otro lado, ¿adónde va?

—O tire directo hacia el circo, pero por ahí no llegaría muy lejos, o gire a la izquierda y vaya hacia la carretera, pero va a ser horroroso.

—Entonces no hay salida, ¿no?

—Lo dudo, a no ser que conozca el terreno mejor que yo, ¿eh, Junior?

—No te he mangado el maldito quad, Pelirrojo. Junior frunció el ceño.

—Vale, no hay mucho más que podamos hacer aquí por ahora. Os sugiero que mantengáis puertas y ventanas bien cerradas esta noche hasta que podamos mandaros apoyo.

—No os preocupéis por nosotros. Sabemos cuidarnos solos. Dulhoon sonrió.

—No lo dudo, pero haga caso a lo que le he dicho sobre su arma.

La señora Dulhoon apareció en la puerta de la casa.

Bone se acercó.

—¿La han robado? —preguntó.

—Por ahora, sí, pero con suerte el ladrón no llegará muy lejos y quizá podáis recuperarla cuando empiece el deshielo.

—No creerá que volverán, ¿verdad?

—Le he dicho a su marido que lo deje todo bien cerrado esta noche. Manténganse tranquilos, e intentaré enviar a unos agentes por la mañana. Intenten no preocuparse. Estoy seguro de que, al vernos aquí, ya habrán puesto tierra de por medio.

—Gracias, inspector.

—Siento que no podamos hacer más hasta que nos quitemos de encima esta maldita cosa. Le dio una patada a un pequeño ventisquero que reptaba por la pared contigua.

Le tendió a Bone una bolsa. —Unos cuantos bocadillos de salchicha. Es un buen trecho hasta Loch Gillan.

—Muy amable, señora Dulhoon. Gracias.

Bone volvió con el grupo, se colgó la mochila y, con un gesto de despedida, echó a andar hacia la montaña.

—Robert Shaw en *From Russia with Love*, ¿no? —Bone asintió.

—Ah, te refieres al apodo de Jock Dulhoon. La gente dice que es clavadito al villano que interpretó Shaw en la de Bond, pero yo no la he visto, así que ni idea —dijo Matheson.

Bone se echó hacia atrás, sorprendido. —¿Nunca has visto *From Russia with Love*? Es una pasada. ¿Qué te pasa?

—Ser joven, eso me pasa.

—Touché—replicó Bone.

Aceleraron el paso para alcanzar a Junior, que prácticamente corría hacia las colinas.

Cuando llegaron al escalón de la valla al pie del Ben, Junior se detuvo. —¿Lo oís?

Bone volvió la cabeza hacia la brisa. —¿Árboles y un cuervo?

—Un motor —respondió Junior.

—Sí, yo también —dijo Matheson—. Viene de detrás de esa loma.

Cruzaron el escalón y giraron a la derecha por un talud empinado.

—Cuidado con los pies. Aquí hay hielo bajo la nieve —dijo Junior.

Pero Bone ya estaba de culo en el suelo. Se levantó y siguió, maldiciendo por lo bajo. A medida que subían, la nieve se hacía más profunda y el ronroneo del motor se intensificaba.

Cuando Junior llegó arriba, gritó hacia atrás: —Es el quad.

Desapareció por el otro lado. Matheson le siguió, con Bone no tan cerca.

La moto estaba de lado, con el frontal incrustado en un ventisquero profundo.

—Parece que el quinqui se quedó sin camino—dijo Junior. Se inclinó sobre el chasis y apagó el motor.

—Aquí hay un rastro en la nieve—gritó Matheson desde el otro lado—. Ha tirado por ahí arriba.

—Hacia donde vamos nosotros—dijo Junior.

Bone se agachó a inspeccionar una huella de bota. Había gotitas de sangre helada salpicando la impronta. —Parece que se ha hecho daño—dijo. Estiró la mano.—¿Qué dirías, un cuarenta y tres?

Matheson se inclinó.—Quizá un cuarenta y cuatro, difícil de decir, pero está claro que va con prisa.

—¿Me dejas un momento tu móvil? —pidió Bone.

Matheson sacó el móvil de la mochila y lo encendió. —Espera, te lo dejo para que no se apague—dijo, trasteó con el aparato y luego se lo pasó a Bone.

—No puede estar muy lejos, ¿no? —dijo Bone, haciendo un par de fotos de las huellas.

—Depende de lo acostumbrado que esté a moverse por este terreno con estas condiciones. Si fueras tú, Junior, ya estarías de vuelta en el bar del hotel, ¿a que sí?

—La cuarta pinta—respondió Junior.

—Bueno, al menos Robert Shaw recuperará su quad—dijo Bone —. Venga, vamos a encontrar a este gilipollas antes de que líe más.

Reuniéndose de nuevo con su ruta anterior, siguieron las huellas y los rastros que volvían hacia Loch Gillan. Al otro lado de la colina, Junior volvió a detenerse.

—Creo que las huellas de vuestro hombre han desaparecido. Estas son solo las nuestras, mirad.

Bone se inclinó.—Tienes razón. ¿Adónde se ha metido? Barrió con la mirada las laderas, por encima y por debajo de ellos.

—El muy caradura se ha ido pisando nuestras huellas un rato y luego se ha desviado por algún sitio ahí atrás.

—¡Mierda! ¿Volvemos y vemos si podemos retomar su rastro? Bone suspiró ante la perspectiva.

Matheson miró el reloj.—No creo que podamos arriesgar más tiempo aquí arriba. Ya está anocheciendo, y aún tenemos que cruzar el Gillan Pass.

—De acuerdo—dijo Junior—. Vamos, que yo estaría bien, pero vosotros dos acabaríais en el caldo ahí abajo. Se asomó por el borde del sendero.

—Si se ha desviado, ¿a dónde es más probable que haya ido? —preguntó Bone.

Matheson señaló hacia el cielo.—La única salida es hacia arriba, porque a unos metros por ahí hay un cortado que cae en vertical al lago.

—Con un poco de suerte, el capullo se congelará ahí arriba y santas pascuas—dijo Junior.

—Yo diría que solo un montañero o senderista experimentado sabría salir de la cumbre desde aquí—añadió Matheson—. Pero cuando oscurezca, entonces...

—Vale, venga. Volvamos—dijo Bone.

Siguieron adelante.

—Necesitamos que esto se deshiele para poder traer a más gente que nos ayude. Ahora mismo estamos dando vueltas en círculo.

—Lo que estás diciendo es que vamos a necesitar un barco más grande—respondió Matheson.

Bone lo miró entornando los ojos y luego soltó una carcajada. —Muy gracioso. Pensaba que decías que eras demasiado renacuajo para ver pelis viejas.

—Hay viejas, y luego está *Jaws*. Matheson se puso a cantar «Show Me the Way to Go Home», y, mientras el crepúsculo iba cayendo sobre el trío, su desentonada versión resonó sobre el lago.

Nueve

Agotados y helados hasta los huesos, los tres hombres por fin han regresado a Loch Gillan.

—¿Una pinta? —preguntó Junior.

—Primero, ducha caliente y ropa seca, pero ahí dentro hay un par con mi nombre, fijo. Bone asintió con entusiasmo.

Un rugido atronador quebró la calma. Una imponente quitanieves entró despacio en el pueblo; sus enormes faros inundaron el aparcamiento de una luz blanca deslumbrante. Bone se cubrió los ojos y entornó la mirada hacia la bestia que se les venía encima. Se detuvo justo delante de ellos y la pala delantera se alzó. El trío dio un paso atrás, temiendo un alud de nieve cayendo de aquellas enormes cuchillas de acero.

—Pues nada, barco más grande, entonces —dijo Matheson.

El motor se apagó, se abrió la puerta de la cabina y DC Harper saltó al suelo.

—¡Jesucristo, Will! —dijo Bone, y corrió a saludarlo.

—Pensé que quizá necesitaba un poco de ayuda, señor.

Sonrió y se estrecharon la mano.

—He traído a alguien más conmigo —dijo Harper.

Walker apareció por detrás de la quitanieves.—Buenas noches, inspector; qué casualidad encontrarnos aquí.

Se acercó y Bone le dio un abrazo.

—¿De dónde has salido? ¿Has venido a pie desde Kilwinnoch detrás de este cacharro?

—No, he venido detrás en esto —respondió Walker.

Bone rodeó el gigantesco tractor con la mirada hasta un Land Rover policial todoterreno.

—Con cadenas y control antideslizamiento, completo, pero aun así no ha sido fácil, ni siquiera para una banshee de las Hébridas como yo. Y hemos necesitado la ayuda de este monstruo para llegar.

—Me alegra muchísimo veros a los dos.

—Ajá, parece que habéis tenido un pequeño lío.

—Eso se queda corto —dijo Matheson.

—Agente especial Danny Matheson, te presento a mis compañeros, la inspectora Rhona Walker y el agente Will Harper.

—Un placer —dijo Walker.

—No me creo que estéis aquí —repitió Bone.

—Yo tampoco estoy muy seguro. Tenemos que darle las gracias a este tipo —dijo Harper cuando el conductor de la quitanieves salió de la cabina.

—Gracias, amigo —dijo Bone.

—Sin problema. Estaba a punto de terminar mi turno cuando me crucé con estos dos atascados en el Rest and be Thankful. Iba a dejarlos, pero me prometieron pescado con patatas fritas y una pinta.

—Era lo mínimo. Nos esperaba una noche larguísima y helada —respondió Walker.

—Atrapados en la cabina minúscula de un Land Rover con solo una bolsa de patatas fritas de queso y cebolla entre los dos —añadió Harper.

Walker echó un vistazo a las pintas de los senderistas empapados.—¿Y qué hacíais vosotros tres por aquí, a todo esto?

—Historia larga; te pongo al día en un momento —dijo Bone—. ¿Cómo están las cosas en comisaría?

—Casi igual de mal que aquí. Estamos funcionando al sesenta por ciento, más o menos; los agentes que viven en zonas apartadas no han conseguido llegar.

—¿Y el equipo?

—El Súper está dentro, y Sheila ha conseguido llegar a base de derrapes y patinazos.

—La dedicación habitual de la sargenta Baxter —asintió Bone.

—Pero el pobre Mark, que tenía que reincorporarse esta semana con tareas de oficina ligeras, ha visto cómo el tiempo le chafaba el triunfal regreso. Dice que hemos preparado el temporal a propósito.

—Parece que nuestro señor Mullens ha vuelto a su mejor versión de quejica. ¿Tenéis luz y teléfono?

—Suministros intermitentes, y estamos con el generador de emergencia la mayor parte del tiempo, pero el ayuntamiento promete que, antes de que termine la jornada de hoy...

A Bone le recorrió un escalofrío y se volvió hacia el conductor de la quitanieves.—Le sugiero que entre, se caliente y aproveche la invitación a comer. Ross, nuestro chef, es magnífico.

El conductor asintió.

—Y gracias de nuevo por el esfuerzo. Sé que no habrá sido fácil.

—Sin problema —repitió el conductor, y se dirigió al hotel.

Bone se volvió hacia el equipo.—Me temo que, antes de poder salir del frío, tenemos que hacer un barrido rápido del pueblo. Mientras estábamos en la granja de los Dulhoon, alguien birló el quad del granjero. Pero lo hemos encontrado abandonado de camino de vuelta, así que es posible que el ladrón se dirigiera aquí.

—¿Quad? —preguntó Harper.

—Un quad, sí, y creemos que podría ser nuestro sospechoso, y que puede haberse lesionado en su encontronazo con la montaña. Echó un vistazo a lo largo del pueblo.—Danny, ¿puedes llevarte a Will y empezar por el extremo de arriba e ir volviendo hacia el hotel? Nosotros revisaremos la zona del lago y nos vemos aquí en unos diez minutos o así.

—Vale, ¿vamos puerta por puerta y preguntamos si alguien ha visto algo o a alguien sospechoso merodeando?

—Solo si es estrictamente necesario. No queremos asustar a nadie.

Matheson y Harper siguieron su camino, y Bone y Walker se encaminaron hacia el lago para revisar el puerto y los edificios de oficinas.

Pocos minutos después, tras un registro minucioso de calles, callejones y edificios aislados que no dio fruto, se reunieron todos de

nuevo en el hotel. Matheson alzó las manos en señal de derrota.

—Podrían estar en cualquier parte y en ninguna. Es imposible saberlo.

—Por un segundo pensé que ibas a ponerte a cantar —dijo Walker.

Matheson ahogó una risa.

—Perdone, señor; el frío me está trastocando el sentido del humor —añadió ella.

—Disculpa denegada —dijo Bone con una sonrisa. Miró el reloj.

—Bien: ducha rápida y cambio de ropa para mí, y nos reagrupamos en el restaurante del hotel en treinta minutos, ¿de acuerdo?

El equipo asintió y, con suspiros colectivos de alivio y agotamiento, subieron tambaleándose los escalones y entraron en el acogedor calor del vestíbulo del hotel. Bone detuvo a Walker antes de que entrara.

—Voy a pasar a ver a Lonnie Kilpatrick, el barquero al que atacaron en la isla, a ver si recuerda algo más mientras lo tiene relativamente fresco.

—Usted también necesita entrar en calor, señor —dijo Walker.

—Lo sé, pero me pilla más o menos de camino y no me llevará más de cinco minutos. Solo necesito atar un par de cabos sueltos.

—Hasta ahora, entonces. Walker asintió y siguió a sus compañeros escaleras arriba.

Bone se acercó a la casita de Kilpatrick. Estaba a punto de llamar cuando vio unas huellas en el umbral que iban hasta la carretera del puerto. Recordó que aún llevaba el teléfono de Danny, lo sacó del bolsillo, encendió la linterna y se arrodilló para inspeccionar las huellas. Había unas gotas de sangre salpicadas sobre la nieve removida. Rápidamente tomó otra foto y sacudió la puerta, pero nadie respondió.

Se asomó por la ventana contigua al diminuto salón. Las cortinas estaban abiertas, pero la estancia estaba vacía. Dio un paso atrás para buscar señales de vida en la planta de arriba, pero todas las

ventanas estaban a oscuras. Volvió a intentarlo con más fuerza y, al empujar el buzón, estaba a punto de mirar por la rendija cuando la puerta se abrió de golpe.

Kilpatrick apareció con el batín atado a la cintura a la buena de Dios, el pelo desgreñado, los ojos casi cerrados.

—Inspector Bone —croó, rascándose la barba—. Estaba dormido.

—Siento despertarle. ¿Puedo pasar un par de minutos?

—Sí, claro, pero todavía estoy un poco aturdido.

Bone pasó por encima de las huellas del umbral y siguió a Kilpatrick al salón en penumbra.

—Déjeme que busque algo de luz. Desapareció en la cocina y volvió con una lámpara de aceite. Encendió la mecha y la habitación se llenó de un resplandor anaranjado y tenue. —Siéntese. ¿Le apetece un café o algo?

—No, no le entretengo. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Hecho polvo. El médico dijo que la conmoción puede dejarte así.

—¿Entonces tiene una conmoción?

—No estaba seguro. Nunca lo está de nada, el matasanos, pero no me encuentro al cien por cien. He estado en la cama casi todo el día.

—Siento mucho que le atacaran —dijo Bone.

—Fue cosa de un instante. Si me hubiese dado la vuelta antes, lo habría visto venir, y entonces se habría enterado.

—Me lo imagino. Y cuando le golpeó, ¿se cayó al suelo de inmediato?

—Creo que sí, ajá. Debí de quedarme KO uno o dos segundos, porque no recuerdo caer al suelo. Un momento estaba cruzando la playa hacia la barca y al siguiente estaba desplomado en las rocas con un dolor de cabeza de mil demonios.

—Y dijo que vio a su agresor salir corriendo por las rocas, ¿es así?

—Apenas alcancé a ver un abrigo desapareciendo por la punta, pero tenía la vista hecha un Cristo con el golpe. —se apretó el gran apósito blanco pegado en la nuca—. Por suerte, sin puntos. Dios,

pensar en las manos temblorosas de ese borracho metiendo una aguja en mi cráneo me da repelús.

—¿Recuerda de qué color era el abrigo?

—Vaya preguntita. Sinceramente, todo me parece un sueño... o más bien una pesadilla.

—Entonces, ¿cuándo destrozó el asaltante la radio de la barca?

—Tuvo que hacerlo justo antes de que yo volviera al embarcadero.

—¿No después, entonces? Quiero decir, ¿podría haber estado inconsciente más de unos segundos?

—No estoy seguro, pero no me pareció que pasara mucho tiempo.

—¿Y no oyó ni vio nada?

—Ni mijita. Iba con los ojos en la nieve y en los bolos helados, intentando no pegarme un trompazo. Pero no había nadie en la barca cuando llegué.

—¿Y no tiene ni idea de quiénes son las personas de la isla ni de quién podría haberles hecho eso?

—Ni idea. Pero es de las cosas más aterradoras que he visto en mi vida. Quiero decir, ¿qué clase de psicópata hace algo así? —se sentó—. Perdone, me siento un pelín mareado. ¿Cómo os ha ido por allí hoy?

—¿Conoce a Jock Dulhoon? —preguntó Bone—. ¿Red?

—¿El granjero?

—Eso es, sí.

—Ajá, ¿lo ha visto? ¿Les ha pasado algo?

—No, justo cuando pasamos a echar un ojo, alguien les birló el quad delante de nuestras narices.

—¿De verdad? Por Dios. ¿Cree que fue el tipo de la isla?

—Encontramos una barca hundida cerca del embarcadero en el continente y seguimos un rastro en la nieve hasta la granja de los Dulhoon.

—Mierda, ¿adónde fue el tipo con el quad?

—Lo encontramos abandonado de vuelta hacia Loch Gillan.

—Esto es para preocuparse, y mucho, sobre todo si ese lunático se está escondiendo por aquí cerca.

—He visto sangre en su umbral al entrar.

Kilpatrick alzó la vista, sorprendido. —¿Qué?

—Hay sangre y huellas en la nieve ahí fuera que llegan hasta la carretera del puerto.

Kilpatrick se quedó mirando a Bone un par de segundos. —Ah, ya, perdone, me martillea la cabeza. Estaba cambiándome el apósito y la gata saltó por la ventana. La tengo dentro porque es tan tontorrona que se helaría hasta morir. Así que tuve que salir detrás de ella. Cuando por fin la atrapé, esto se me volvió a abrir. Las heridas en la cabeza sangran que da gusto. Se apretó la palma contra el vendaje.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace un par de horas.

—¿Y dónde está su gata ahora?

—¿Dónde cree? Arriba, en mi cama, como siempre, la muy bola.

—¿Conoce al hijo de los Dulhoon? —Bone siguió apretando.

—Ajá, Fergus y yo fuimos al colegio juntos.

—¿Le ve a menudo?

—Desde que empezó la carrera, no. Está en el Agricultural College de Stirling. El cabrón con suerte consiguió escapar del loch.

—¿Y cuándo fue la última vez que lo vio?

—La fiesta de Hogmanay en Balhuish, creo. Volvió por el fin de semana y fuimos de primera visita del año y luego a la fiesta en el salón del pueblo. Dios, me puse como una cuba. Negó con la cabeza.

—Quienquiera que robara el quad debió de salir bastante mal parado y puede que esté con una lesión seria.

—Lástima que no se rompiera el puto cuello.

Un golpe fuerte retumbó en el techo.

—Ya está, esa es CaraGatita cayéndose de la cama otra vez. Lo hace con cierta regularidad.

—¿Su gata se llama CaraGatita?

—Ajá, no fue mi mejor idea, sobre todo cuando sales de noche a intentar que vuelva a casa. Los del pueblo no paran de descojonarse a mi costa por eso.

—De acuerdo, gracias por su ayuda. Si se le ocurre algo más mientras tanto, estoy o bien en mi cabaña o en el hotel, con mis compañeros.

—¿Se refiere a Danny Matheson?

—Dos de mi equipo de Kilwinnoch se agenciaron una quitanieves y a su conductor y han conseguido pasar, así que tenemos algo de caballería para atrapar al responsable.

—Y, de paso, me dieron una farola a mí.

—Gracias de nuevo por dar la cara. Hizo falta valor.

Se estrecharon la mano y Bone le dio un abrazo rápido.

—Bah, no hice nada, salvo dar la lata a los de rescate costero.

—Pues se lo agradecemos muchísimo —repuso Bone.

Kilpatrick lo acompañó a la salida.

Diez

Cuando Bone regresó al hotel, despejado y muerto de hambre, Urquhart había abierto una de las salas de actos para que Walker, Harper y Matheson montaran un centro de operaciones provisional.

—Joder, eso ha sido rápido —dijo Bone, entrando en una sala pensada para bodas y funerales.

Sus compañeros habían movido los muebles ostentosos y colocado un par de portátiles en escritorios al fondo. Urquhart apareció detrás de él, forcejeando con un soporte de rotafolios.

—¡Paso! —advirtió.

Bone se apartó. —Dios mío, ¿de dónde ha sacado eso?

—Del almacén del sótano. Aunque no lo crea, una vez tuve la ambición de convertir el hotel en un centro de conferencias, pero las pocas empresas que logramos captar se quejaron de que sus empleados lo único que querían era ponerse como cubas e ir a pescar caballas.

—No le veo el problema —dijo Bone.

El gerente se detuvo a mitad de camino. —¿Dónde quiere esto? —le preguntó a Walker, que estaba instalando una impresora en la esquina.

Walker levantó la vista. —Justo junto a la pared donde está, perfecto. ¿Está seguro de que no le importa que requisemos equipo del hotel?

—Mientras Police Scotland lo pague todo, a mí no me molesta. Encantado de ayudar en lo que pueda. —Se volvió hacia Bone— Y,

dicho esto, supongo que todos querrán comer.

—¿Qué le queda?

—¿Caballa frita recién hecha con patatas fritas?

—Suena estupendo, gracias.

—Bueno, digo fresca: quiero decir congelada... por los pelos.

—Mientras no nos mate, nos lo comemos —replicó Bone.

Urquhart se marchó.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —preguntó Walker, soltando un cable y acercándose a su jefe—. Cuando avisé por radio, solo pillé que habían asesinado a una pareja de recién casados y que había que comprobar bodas recientes por la zona.

—Igual quieres tomar notas, Will —dijo Bone.

Harper abrió uno de los portátiles y acercó la silla.

—Hace dos noches, en medio del temporal, vi unas luces en la Isla de los Muertos.

—¿Así la llamas ahora o es su nombre real? —preguntó Harper.

—Me temo que su reputación la precede. A primera hora de la mañana siguiente fui a investigar y encontré a una novia y un novio, con todo el atuendo nupcial, colocados en un minúsculo cementerio. El novio ya estaba muerto, apuñalado y tan helado como un palito de pescado; su esposa, igual, pero con signos de vida.

—Qué macabro —dijo Harper, empujándose la montura de las gafas hacia arriba.

—Creo que, en ese momento, me rondó la cabeza la idea de que podía ser un asunto doméstico entre ellos dos. La pareja estaba de la mano.

—¿En ese momento? —preguntó Walker.

—Me quedé con la mujer para intentar mantenerla con vida. Envié al barquero, Kilpatrick, a dar la alarma, pero como no volvía fui a mirar y vi que lo habían atacado; estaba fuera de combate en la playa y su agresor había destrozado la radio, supongo que para intentar retrasar el rescate.

—Así que no fue un asunto doméstico, ¿y el asesino seguía en la isla? —preguntó Walker.

—El tiempo era tan malo que pensamos que probablemente se había quedado atrapado, pero después de descubrir a mi barquero

herido, volví con las víctimas y vi que alguien había regresado a por ellos. Al menos eso creí. Mi abrigo había sido arrojado a un lado y había huellas nuevas en la nieve. Pero una primera batida no encontró a nadie, así que no estoy seguro. No obstante, había un embarcadero en tierra firme a unos cientos de metros de la isla, pero Danny —Bone asintió al agente— me advirtió de que el estrecho era traicionero.

Matheson asintió. —Sí, así es. Sugerí que fuéramos desde Loch Gillan a pie a ver si dábamos con el escondite de este psicópata.

—Así que, al amanecer, Danny, Junior y yo nos fuimos montaña arriba para rastrear a nuestra persona de interés. En el embarcadero encontramos una barca sumergida, o bien hundida a propósito o encallada, pero sin rastro del ocupante. Lo que sí encontré fue un guante manchado de sangre en la cabaña abandonada. —Rebuscó a sus pies—. Mierda, sigue en mi mochila, en la cabaña.

—¿No crees que el atacante podría haberse ahogado? —preguntó Walker.

—Lo barajamos, pero decidimos seguir hasta una granja propiedad de un tal Jock Dulhoon, a unos cinco kilómetros más arriba por una pista. Y, resumiendo: mientras hablábamos con el granjero y su mujer, alguien birló un quad de una de sus dependencias y se nos escapó en nuestras narices.

—¿Identificasteis al ladrón? —preguntó Walker.

—No, pero Danny consiguió arrancarle una tira, literalmente.

Matheson alzó una bolsa de pruebas. —Le arranqué un trozo del abrigo, un Barbour verde militar.

—Pero de vuelta encontramos el quad volcado. La sangre en la nieve indicaba que el ladrón probablemente había sufrido alguna lesión, con el rastro de vuelta hacia Loch Gillan.

—Eso explica la batida, pero ¿creéis que volvería aquí con todos nosotros pululando?

—Eso parecía, pero los rastros se perdieron al pie de la montaña y, siendo sincero, puede que se desviara y se perdiera, y si es el caso, a estas alturas estaría muerto, así que de momento estoy al cincuenta por ciento.

—¿Sabemos cómo va la novia ahora? —preguntó Harper.

—La evacuaron en helicóptero cuando amainó. Lo último que supimos es que luchaba por su vida en el Stirling Royal.

—Danny y yo hicimos un montón de fotos de las víctimas y de las escenas —dijo Bone—. Me figuré que el forense tardaría un ratillo en poder llegar. —Encontró el móvil y se lo tendió a Harper—. ¿Podrías cargarlo y subirlas al portátil y quizá imprimir algunas? Las de Matheson también.

—Sí, claro —respondió Harper, recogiendo los teléfonos—. He traído una bolsa de cables.

—Como hace cualquiera en pleno temporal de nieve —sonrió Walker.

—La contraseña es... —empezó Matheson.

—Tranquilo, ya he entrado —le interrumpió Harper.

Matheson se encogió de hombros. —¿Eh?

—No preguntes, Danny, algo de las prácticas de Will en el MI5. Si te contara lo que hace, tendría que borrarte la memoria, o algo así —dijo Walker.

—Eso me lo hace casi todos los días —interrumpió Bone y le sonrió a su joven compañero.

Harper puso una mueca. —Echas de menos a Mark, ¿no? Suena a uno de sus dardos.

—Los Dulhoon tienen un hijo en la universidad, en Stirling —continuó Bone—. Pero lo que me pareció raro fue que el ladrón diera con la llave de repuesto del quad, que estaba pegada bajo un cajón del taller del granjero.

—Qué suerte —dijo Walker.

—En lo nuestro no existe la suerte. Dijeron que los únicos que sabían de la llave eran ellos dos, e insistieron en que el hijo no estaba implicado porque seguía en Stirling, en la Escuela de Agricultura.

—¿Les creíste? —preguntó Walker.

—¿Por qué iban a mentir? ¿Y tú, Danny?

—Parecían bastante conmocionados con todo —dijo Matheson—. No daban la impresión de estar encubriendo nada. Quiero decir, te hablaron abiertamente de la llave de repuesto; si estuvieran protegiendo al hijo, ¿por qué iban a hacerlo?

—Pues eso. La eterna pregunta —Bone se frotó la cicatriz de la frente.

—Aunque si insinuas que Fergus está implicado o incluso es responsable de los ataques, no estoy seguro de que eso se sostenga. Hace un par de años que no lo veo, pero lo conocí bastante bien cuando crecíamos y trasteábamos juntos en el colegio. Fergus era bondadoso y sensible, al menos cuando yo lo traté, así que salvo que le haya pasado algo muy gordo que le haya retorcido la personalidad, no creo que sea capaz de hacer algo tan atroz.

—Y para ponernos todos al día: esta mañana pasé a ver a Lonnie Kilpatrick para volver a contrastar su versión.

Harper levantó la cabeza. —¿Quién era, otra vez? Perdón, intento hacer dos cosas a la vez y aún tengo el cerebro medio congelado.

—El barquero herido —respondió Bone—. Repitió más o menos lo mismo de antes, y poco que nos sirva.

—¿Te dio una descripción de su agresor?

—No, solo un destello de un abrigo. Estuvo un rato inconsciente, así que tiene la memoria un poco borrosa.

—Me huelo un «pero» —se metió Walker.

—Había manchas de sangre en la nieve con huellas que iban hacia la carretera principal de salida del pueblo. Cuando le pregunté, dijo que se le escapó el gato y salió corriendo detrás y que la sangre era suya, de la herida del ataque.

—¿Creíble?

—No lo sé. Pareció un poco sorprendido cuando se lo pregunté.

—¿Uno al que vigilar, entonces?

—Además, es colega del hijo del granjero y me dijo que habían estado juntos en una fiesta de Hogmanay, pero que no lo ha vuelto a ver desde entonces.

—Señor, siendo justos, aquí todo el mundo es familia, colega o enemigo jurado. Aparte de vosotros, no existen los desconocidos.

—Sí, lo sé, pero de pronto todo me parece un poco endogámico y enrevesado.

—Bienvenido a mi mundo, señor —replicó Matheson—. *Emmerdale* no es nada comparado con este sitio.

La impresora repiqueteó.

—¡Lo tengo! —exclamó Harper, mientras la máquina escupía papel.

—Y así estamos ahora —retomó Bone—. Dos recién casados sin identificar y mutilados, y el asesino suelto, herido, atrapado, posiblemente cerca y desesperado por escapar.

—¿O muerto en la montaña? —interrumpió Walker.

—Sí, o eso también. El móvil de Bone emitió un pitido, seguido de una andanada de bocinazos, zumbidos, silbidos, timbres y ding de los demás aparatos de la sala.

Harper cogió el más cercano de su mesa.

—E.T. ha llamado a casa —dijo, y le pasó su móvil a Bone.

Bone lo agarró al vuelo.

—Funciona. ¿Y los vuestros?

—Sí, el mío está operativo —dijo Walker.

Matheson asintió.

—Bien, llama a comisaría y pide que suban al forense y a un equipo de apoyo cuanto antes. Y dile a Sheila que intente localizar a ese Fergus Dulhoon y averigüe dónde demonios está.

—En ello, aunque otra cosa es que consigan llegar —dijo Walker.

—También necesito que el superintendente dé el visto bueno a nuestras pesquisas aquí con Central. Necesitaremos permisos formales y colaboración de la policía local, ya que estamos justo fuera de nuestra jurisdicción.

—Vale, está sonando ya.

—Ya me callo. Bone repasó sus mensajes. Tenía ocho o nueve textos y más de una docena de llamadas de su mujer.

—Vuelvo en dos minutos —dijo, y salió al pasillo.

Urquhart bajó corriendo a su encuentro. —Han vuelto los teléfonos.

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo? Bone pulsó el botón de llamada y, a los dos tonos, su mujer contestó.

—¡Alice! —gritó, incapaz de contener el alivio por lograr por fin comunicarse.

—Duncan, ay, gracias a Dios. ¿Estás bien?

—Aquí estamos todos bien.

—Estaba tan preocupada por ti... No podía localizarte y el tiempo ha sido apocalíptico.

—Tranquila, estoy bien. Los teléfonos acaban de volver, pero todo lo demás está caído.

—Debes de estar muriéndote de frío ahí arriba en esa cabaña.

—Todavía tengo gas, y el hotel tiene generador y suficiente caballa y patatas como para aguantar hasta el próximo milenio, así que no te preocupes. Yo temía que tú y Michael hubierais salido y os pillara de camino. Entró a toda pastilla.

—Estábamos a punto de salir cuando mi vecina me avisó y, cuando intenté llamarte, la llamada no entraba.

—Bueno, estamos todos bien, gracias a Dios, y parece que llega el deshielo, así que con suerte podré salir de aquí de una vez y volver con vosotros en un par de días.

—Michael quiere saludar —dijo Alice, y se oyó el clic del manos libres.

—Hola, papá —dijo su hijo.

—Michael, me alegra oírte, hijo. ¿Estás disfrutando de la nieve?

—Sí, genial. Llevo dos días sin ir al cole.

Alice gritó de fondo.

—Mamá dice que es una pesadilla —se rió Michael—. ¿Sigues incomunicado por la nieve?

—Atrapado en el bar del hotel. Lo peor de lo peor.

Michael volvió a reírse. —¿De qué altura son los ventisqueros?

—Míralo así: el Saab ha desaparecido por completo.

—Eso es bueno, ¿no? —bromeó Michael.

—Ay, ¿tú también?

—Te lo paso.

—Vale, hasta pronto, hijo.

—Así que supongo que tú también te estás volviendo loca, ¿no? —le dijo a Alice cuando volvió.

—Solo hay un número limitado de veces que puedes ir en trineo con los amigos del cole de Michael y sus padres raros. Vuelve en cuanto puedas, por favor, ¿Duncan?

—A ver quién coño me para.

—Fui a comisaría para ver si habían sabido de ti. Dijeron que Rhona y tu agente...

—Will.

—Sí, que iban de camino para unirse a ti. No me lo podía creer. ¿Están locos?

—Sí, bastante. De hecho, han llegado, pero tuvieron que requisar un quitanieves.

—¿Pero por qué se arriesgarían? ¿Pasa algo ahí arriba?

—Oh, ha habido una ola de robos. Se ofrecieron a echarme una mano y, tontamente, dije que sí. Bone no quería preocuparla, pero se sintió mal por mentir.

—Con tal de que estés bien...

—Todo está perfectamente, cariño. Estaré en casa muy pronto. Escucha, tengo que dejarte. Hay un pescado frito con mi nombre esperando lanzarse a mi jeta hambrienta.

La línea se cortó.

—¿Hola? —dijo. Volvió a marcar, pero falló la señal. —Joder, otra vez no. —Lo intentó una vez más y luego regresó a la sala de operaciones.

—Se ha ido la cobertura —dijo Harper.

—Lo sé. ¿Conseguiste hablar con Sheila?

—La llamé a casa y está en ello. Dice que a primera hora nos dará más, así que ojalá sea un bache temporal y estén trabajando en ello.

—Ojalá —convino Bone—. ¿Los demás han logrado llamar?

—Llamé a Maddie después de Sheila, pero nos cortaron a las tres frases. Eso sí, alcancé a decirle que estoy bien —dijo Walker.

Bone frunció el ceño. —Lo siento, Rhona.

—No es culpa tuya.

—Debería haberte dejado llamar primero a tu pareja.

—Bah, no te preocupes. Está bien.

—¿Y vosotros dos?

—Sí, hablé un momento con Catriona —dijo Harper.

—¿Danny?

—Llamé al centro de rescate de montaña y pedí más apoyo.

—¿Te dio tiempo a llamar a algún ser querido?

—¿Y quién sería ese? —dijo Matheson con un guiño.

Urquhart apareció en la puerta.

—La cena está servida, caballeros y dama —dijo.

—Damos por terminada la jornada y seguimos con la cabeza fresca por la mañana —dijo Bone.

Y, sin una décima de segundo de duda, hubo una estampida educada hacia el comedor.

Once

De vuelta en la cabaña, Bone se dejó caer, rendido, encima del edredón. Los acontecimientos del día le dieron vueltas en la cabeza durante unos minutos, pero tenía las extremidades tan machacadas que no pudo evitar el inevitable derrumbe en un sueño profundo e intranquilo.

Un estrépito en el salón lo despertó de golpe. Se incorporó y escuchó, mirando fijamente la oscuridad impenetrable que engullía el dormitorio. Un segundo porrazo. Se levantó, se deslizó en silencio hasta la puerta y pegó la oreja a la madera. Entonces llegó el leve sonido de una respiración y el roce y quejido de muebles al moverse. Contó en silencio hasta tres y estaba a punto de irrumpir cuando sonó la alarma del móvil.

—*Mierda.*

Tiró de la puerta y la abrió de golpe. La estancia estaba vacía, pero las puertas francesas se mecían en las bisagras. Cruzó corriendo y salió a la tarima. Vio una sombra en el sendero contiguo, en dirección al camino de la playa. Volvió dentro a toda prisa, se calzó las botas y, con los cordones desatados, echó a correr tras él.

La figura desapareció tras unos árboles más adelante. Bone siguió resbalando, tratando de mantenerse en pie sobre la nieve. Al llegar a los árboles, escudriñó la oscuridad, pero no distinguió nada. A su derecha sonó un crujido sonoro. La figura iba hacia la playa. Bone se lanzó tras él, pero el terreno era traicionero y, al final del

sendero, resbaló hacia atrás y se deslizó, de culo, hasta la orilla de guijarros.

—¡Joder! —maldijo, y volvió a ponerse en pie de un salto.

La figura había vuelto a desvanecerse. Trepó por la nieve hasta la orilla para poder echar un vistazo al puerto. La silueta reapareció entre la penumbra más arriba.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó, pero la figura siguió. —Oh, por el amor de Dios, ¡para ya! —resopló Bone.

Se acercó al muro del muelle y se puso en marcha un motor de barca. Subió por la escalerilla del muro hasta el muelle y escaneó el grupo de barquitas amarradas al otro lado. Pero estaba demasiado oscuro para distinguir gran cosa. Estaba a punto de rodear de nuevo el muelle cuando una de las embarcaciones emergió de la flotilla y aceleró pegada al muro del puerto.

Bone dio la vuelta y corrió, resbaló y tropezó por el muelle en persecución del intruso. El motor de la barca rugió otra vez y la embarcación se lanzó hacia el lago abierto. Bone siguió corriendo, ya casi en paralelo a la lancha, pero el final del espigón se acercaba deprisa. Sopesó un salto loco y desesperado a la cubierta, pero se libró de una lesión segura cuando la barca hizo un giro brusco al final del muelle y escapó cruzando el lago. Yendo sin control hacia el borde, Bone consiguió detenerse justo antes de volcar. Se inclinó, tomó varias respiraciones largas y profundas y vio cómo el bote se perdía en la noche.

—¡Cabronazo! —jadeó, y emprendió el camino de vuelta al centro tan rápido como pudo.

En la cabaña de Kilpatrick, volvió a aporrear la puerta. —¿Nos vamos de juerga, eh? —gritó, y, instantes después, se encendió la luz del vecino de al lado. Bone volvió a aporrear la puerta. —Oh, me pregunto por qué.

Se abrió la ventana de la vecina. Una anciana, con una melena gris, salvaje, asomó la cabeza. —¿Se puede saber qué demonios está haciendo?

—Perdone que la moleste, pero quería hablar con su vecino —jadeó Bone.

—¿A estas horas? ¿Qué es usted, un maldito vampiro? —se quejó, y luego se encendieron más luces a lo largo del callejón.

—Ay, Jesús —murmuró Bone—. Es un asunto policial.

—Ah, muy bien. ¿Y podría llevar a cabo su asunto policial un poco más bajito, que para los mortales es plena madrugada?

El vecino de la vecina apareció en su ventana del dormitorio.

—¿Eres tú la que está armando ese maldito jaleo, Pauline? —dijo, asomándose.

—No, es Drácula ahí abajo.

—¿Duncan?

—Sí, buenas noches, Gaz —respondió Bone.

—Si vienes a por comida o algo de eso, lo llevas claro.

—Sí, viene a por sangre —se burló su vecino.

—Déjalo ya, tú, con las pamplinas de fantasmas y aparecidos. Ahora ya no pego ojo.

—No me eches la culpa a mí, échasela a Vincent Price ahí abajo, que está berreando a pleno pulmón.

Bone estaba a punto de disculparse otra vez cuando se abrió la puerta de Kilpatrick.

—Inspector, ha vuelto —dijo entre un bostezo—. Esto empieza a ser costumbre. Asomó la vista a la oscuridad.

—¿Qué hora es?

—¿Ha salido usted en algún momento esta noche?

—¿Cuándo?

—¿Hace unos diez minutos? —prosiguió Bone.

—Oh, sí, he subido al corrie a hacer un poco de parapente.

—Perdón, es que alguien ha entrado en mi cabaña y se ha largado en una lancha.

—¿Y ha pensado que era yo? ¿Tengo pinta de James, el jodido Bond? —replicó Kilpatrick, con la ira en aumento.

—El intruso llevaba un vendaje blanco en la nuca, como usted.

Kilpatrick se dio la vuelta. —Se acabó. Me lo quité esta tarde. Al tumbarme me apretaba en la herida.

—¿Así que ha estado en la cama toda la noche?

—Y la mayor parte del día. He estado hecho una mierda.

—Bueno, quizá debería volver a hablar con el médico.

—Por mucho que me encante estar aquí congelándome los cojones para charlar con usted, ¿hay algo más en lo que pueda ayudarle? Si no, me vuelvo a la cama.

—Perdone las molestias —dijo Bone.

—Y a nosotros —gritó la vecina desde abajo.

—Buenas noches a todos. —Bone saludó con la mano y se largó de allí.

—Ya se vuelve a su ataúd antes de que salga el sol.

—¡Pauline! —protestó Gaz y cerró la ventana de un portazo.

De vuelta en la cabaña, Bone registró el caos que el intruso había hecho en su salón. Por suerte, no había nada roto, sobre todo su querida Dansette, pero habían saqueado los cajones, volcado cojines y armarios sobre la moqueta y las chaquetas yacían esparcidas por la estancia. Buscó su mochila, pero había desaparecido.

—El guante —dijo y, en la tarima, se asomó por el borde de la terraza hacia el agua. Al otro lado, vio la mochila boca abajo sobre la grava, junto a la piragua de su hijo. Saltó y metió la mano dentro. Estaba vacía. —¡El muy chorizo!

Volvió a la cabaña, echó el cerrojo y se preparó una bebida caliente. No podía hacer nada hasta la mañana.

Doce

Walker pasó a recogerle poco antes de las siete y, por una vez, él ya estaba levantado.

—¿Cuándo ha sido esto? —preguntó Walker, entrando en el camarote e intentando procesar lo que su jefe acababa de contarle.

—Sobre las dos de la madrugada. Se llevó el guante.

—Cargadito de ADN —replicó Walker—. ¿Definitivamente un «él», entonces?

—Sin ninguna duda. Fui tras él, pero se largó en una lancha.

—¿Se largó adónde?

—Cruzó el lago, rumbo a Balhuish y a la isla.

—Entonces tenemos que ir para allá, ¿no?

—Ach, a estas alturas estarán a tomar por saco. No van a volver a la escena del crimen.

—A menos que eso sea justo lo que crean que daremos por hecho y nos hagan un doble farol.

—¿Qué? —Bone puso una mueca.

—Necesitas desayunar.

—Si ayuda a descifrar tus desvaríos, me apunto —sonrió Bone.

—¿Pudiste reconocer al intruso?

—Le vi un destello blanco en la parte de atrás de la cabeza, así que pensé en Lonnie Kilpatrick. El tipo parecía lo bastante grande como para ser él.

—¿Y...?

—Cuando me dio esquinazo, fui directo a su casa.

—¿Y...?

—Estaba y no le hizo ninguna gracia que le despertara, y a sus vecinos tampoco. Yo iba un poco acelerado y puede que levantara algo la voz.

—Vale, vamos a meternos algo al cuerpo y a trazar un plan —dijo Walker.

—A la orden, Captain Birdseye —guiñó un ojo Bone.

—Perdón, señor. ¿Estoy tomando el mando otra vez?

—No, todo bien. Solo te estoy tomando el pelo. Todos a una.

En el hotel, el equipo se había reunido en el bar, donde Ross estaba sirviendo caballa escalfada sobre tostadas.

—¿Más pescado? —hizo una mueca Bone.

—Estamos llegando al fondo del congelador ya —dijo Ross.

—¿No queda bacon? —preguntó Harper.

—Ja, no a menos que estés escondiendo un cerdo en tu habitación —el chef levantó la vista—. Perdón, eso no ha sonado nada bien. No quería decir...

El equipo se echó a reír.

—En tantos niveles —replicó Bone—. ¿Has traído tu táser, inspectora Walker?

Ross dejó un fajo de cubiertos y platos. —Si las cosas se ponen muy feas, aún nos quedan tres barriles de Guinness. En Irlanda la llaman aguacate líquido. Igual acabamos todos tajados, pero de hambre no morimos. Servíos. Disfrutad.

—Espero que todos hayáis dormido bien, a diferencia de mí —dijo Bone cuando él se hubo ido.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Harper, sirviéndose uno de los pescados en el plato.

—Me han entrado en la cabaña. En resumen: sobre las dos de la mañana, el intruso robó una pieza clave de prueba y escapó en una barca cruzando el lago.

—¿El guante? —preguntó Matheson.

—El mismo.

—Joder. Nos queda el bolsillo rasgado; algo es algo.

—Si estás pensando en hacerte detective, vas a tener que bajarle unas cuantas rayas a ese optimismo, Danny.

—Si era el asesino, supongo que la buena noticia para Loch Gillan es que ya no se esconde por aquí —dijo Harper.

—Sí, y la mala es que ahora pueden estar en cualquier puñetero sitio —replicó Bone.

—¿Alguna novedad con los teléfonos y la luz?

—Nada de momento —dijo Walker.

—Parece que el deshielo llega esta noche, pero antes caerá lluvia helada, así que puede empeorar antes de mejorar —añadió Matheson.

Bone puso los ojos en blanco—Estupendo.

—Sigo pensando que mi teoría del doble farol se sostiene —dijo Walker—. El asesino, o quien fuera que recuperó su guante, probablemente sabrá que la zona va a estar cerrada al menos otras veinticuatro horas, así que ¿por qué no pasar por allí, tan seguro como en cualquier otro sitio?

—O puede que se diera la vuelta más tarde por la noche y esté otra vez con nosotros, e incluso se pase a por una pinta esta tarde, en esta misma sala.

—También puede ser.

—Lo primero es averiguar si falta alguna barca y de quién es. Luego me temo que vamos a tener que morder la bala y empezar con las entrevistas puerta a puerta. Entre todos, no tardaremos en dar la vuelta al pueblo.

—¿Y el pánico del que hablaste ayer? —preguntó Matheson con la boca llena de pescado.

—A estas alturas seguro que todo el mundo sabe lo que está pasando, y la gente de Loch Gillan no es precisamente tímida. Diremos que buscamos a una persona de interés en relación con un incidente en la isla y que estén atentos a desconocidos o a cualquiera que actúe de forma sospechosa.

—Entonces nos pillan a nosotros —bromeó Harper.

—Y a tres cuartas partes de la población de Loch Gillan y Balhuish —añadió Matheson.

—Danny, ¿te acuerdas de quién hace de encargado del puerto? Se me ha ido—preguntó Bone.

—¿Encargado del puerto? Qué gracia. ¿Dónde crees que estamos, en Ardrossan? —se rió Matheson—. Uno de los lacayos del laird se sienta en la caseta del puerto una vez por semana para cobrar los amarres y comprobar que todo esté bien.

—¿Crees que estará hoy?

—Con este tiempo, lo dudo mucho, pero puedo pasarme a mirar.

—Acaba primero el desayuno —dijo Bone.

—Hay un límite a la cantidad de caballas que uno puede comer en veinticuatro horas. —Cogió el abrigo.

Bone volvió a su plato de filetes blancos nadando en una salsilla lechosa.

—Espera, voy contigo —dijo, y siguió a Matheson fuera.

La caseta del puerto estaba cerrada con llave, y un cartel improvisado en la ventanilla decía: *Cerrado por mal tiempo.*

—Ni me había dado cuenta —bromeó Bone, y luego vio a un lugareño en cuclillas al final del muelle. Se acercó.

—Buenos días.

El hombre barbudo que estaba asegurando los amarres de una de las barcas de abajo se volvió sorprendido.

—Buenos días, Harry —dijo Matheson—. Tu barca sigue entera, ¿eh?

—Sí, por los pelos. —Siguió pasando una gruesa cuerda musgosa alrededor del poste metálico.

—¿Conoce usted todas las barcas que hay aquí en el puerto? —preguntó Bone.

Harry dejó lo que estaba haciendo, se puso en pie y se limpió la porquería de las manos—Sí, ¿queréis alquilar una o qué?

—No. Anoche tarde alguien salió zumbando en una lancha y me preguntaba si podía haber sido robada.

—¿Qué tipo de lancha? Aquí hay para elegir.

—Clara, con una parte de atrás rara, como puntiaguda.

—¿Esos son términos náuticos, los tuyos? —sonrió Harry—. Suena a la barca de Vinnie. Normalmente la amarra en Balhuish, pero la vi aquí hace un par de días.

—¿Vinnie?

—Vincent Trough.

—Otra vez ese nombre —dijo Bone a Matheson—. ¿Dónde está?

—Creo que al otro lado. —Harry volvió a la cuerda, hizo un nudo rápido y se desplazó por el muelle—. Tened cuidado ahí, que hay hielo —dijo, rodeando un charco liso y sólido encastrado en la nieve —. Pues qué raro. Estaba aquí hace un par de días fijo. —Se inclinó por el borde y recorrió con la vista toda la longitud del muelle—. No, se ha ido.

—¿Y el dueño se había quedado atrapado en Loch Gillan o qué?

—A Vinnie no le veo por aquí desde hace meses.

—¿Y no le pareció raro que su barca estuviera aquí sin él?

—¡Qué va! Va y viene con ella todo el tiempo, y a veces sus barcas se quedan aquí semanas si alguien le lleva de vuelta a Balhuish después de una sesión larga en el bar del hotel.

—¿Quién podría habérsela llevado anoche, qué crees? —preguntó Matheson.

—Ni idea. Todo se ha ido al garete. Llevo dos días comiendo de lata.

—¿Y no vio ni oyó a nadie llevarse la barca anoche? —continuó Bone.

—Vivo al final del pueblo, así que nada de nada. Pero me preocupa si algún payaso la ha mangado. Malditos parásitos. He oído que ha habido una especie de agresión en la isla de Balhuish, ¿es así?

—Estamos intentando aclarar un incidente allí, sí.

—¿Y creéis que la barca de Vinnie puede estar relacionada?

—Como he dicho, es pronto aún, pero si se te ocurre cualquier cosa, por pequeña o tonta que parezca, o por el boca a boca...

—¿Como qué? —interrumpió Harry.

—Si alguien ha visto algo sospechoso o tiene alguna inquietud pero piensa que no merece la pena contárnoslo, que nos avise igual.

—¿Como Huggy Bear, quieres decir? —dijo Harry.

—¿Quién? —replicó Matheson.

—Ya sabes, como el de Starsky y Hutch.

—¿Qué os pasa a vosotros con ese puñetero programa? —dijo Matheson.

—¿Qué? —frunció el ceño Harry.

—Solo intentamos arreglar esto lo antes posible —dijo Bone.

—Ach, si es broma, hombre, sin problema —dijo Harry—. Pero si resulta ser cosa de familia, puede que os cueste que la gente os hable del tema.

—¿Por qué dices eso?

—Aquí los líos suelen tener que ver con alguna trifulca o rencilla familiar. Todo el mundo o es pariente, o quiere serlo, o lo fue, o no debería serlo, si me entiendes.

—Tal cual —asintió Matheson.

—¿Hay alguna familia en particular en la que estés pensando? —preguntó Bone.

—Ach, casi sería mejor haceros una lista de los que no se pelean, y suele ser porque la mayoría ya están muertos y les queda el último pariente.

—Vale. Gracias, Huggy —asintió Bone.

Walker se unió al grupo. —Ya llega otra vez la caballería. Señaló la lancha de rescate costero que se acercaba veloz al pueblo.

Deslizándose junto al muelle, un miembro de la tripulación saltó y amarró la cuerda, seguido de una mujer con parka blanca de combate, pantalones impermeables a juego y gafas espejadas.

—¡Dios mío! —Walker fue a saludarla y se abrazaron.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó la mujer, quitándose las gafas de sol.

—Trabajando, ¿y tú?

—Lo mismo. —La mujer sonrió—. Pero pensaba que estabas en Inverness.

—Y yo pensaba que estabas en Stranraer.

—Reasignada —dijeron las dos a la vez y estallaron en carcajadas.

—Buenos días —dijo Bone.

—Señor, esta es Lesley Buchan, una antigua compañera de la Academia de Policía. Lesley, él es el comisario Bone.

—Duncan —añadió Bone.

—Sabía que vivías por aquí ahora, así que me alegro de conocerle por fin, señor. Solo he oído cosas buenas de usted —dijo Buchan.

—Esa es nueva —replicó Bone.

—Y hola a ti también, agente Matheson.

—Señora.

—Ah, ahora soy "señora". Supongo que tú también estás de servicio, ¿no?

—Vuelvo a doblar turno —Matheson guiñó un ojo.

—He oído que ha habido una agresión grave y un fallecido en la isla de Balhuish.

—Has oído bien —Bone miró a Harry, que fingía no estar escuchando—. Gracias de nuevo por su ayuda, Harry.

—No hay problema —respondió Harry, aún pegando la oreja a la conversación.

—Pues al lío, entonces —Bone asintió.

Harry se quedó un momento de pie, mirando a los detectives. —Ah, vale, sí —volvió a su barco.

—La última vez que te vi, Danny, estabas desgañitándote con 'I Will Survive' en el karaoke de la fiesta de Nochevieja de Balhuish —continuó Buchan.

—Ni me lo recuerdes, aunque, siendo justos, diría que tú destrozaste 'Wonderwall'.

—¿Cómo has conseguido venir desde Drumgoil? —preguntó Bone.

—Inshore nos hizo llegar un aviso, y conseguí traer el todoterreno hasta Balhuish. Bueno, eso digo: en realidad me quedé atascada a unos ocho kilómetros y tuvo que venir el equipo de rescate de montaña a sacarme, pero aquí estoy.

—¿Y ahora qué eres, Les? —preguntó Walker.

—Inspectora de Policía, para mis pecados.

—¡Igual! —respondió Walker.

—Qué risa. Míranos, de altos vuelos, las muy puñeteras. ¿Quién lo habría dicho cuando andábamos haciendo el tonto en la academia? Oye, ¿te acuerdas de Vicky Grogan?

—Lo del 'egg-gate', ay, Dios, hacía años que no pensaba en eso —Walker soltó una risita y se volvió hacia Bone—. La muy imbécil decía que podía comerse ciento cincuenta huevos duros de una sentada.

—¿Y cuántos logró al final?

—Treinta y ocho. Fue uno pasado por agua el que por fin la hizo vomitar —hizo una mueca Lesley—. Se hinchó como un globo cautivo, la jodía.

Walker resopló. —Gracias a Cristo que no estábamos en el mismo dormitorio que ella.

—Gracias por haberse acercado. No conozco la comisaría de Drumgoil. ¿Cuántos detectives tienen allí destinados? —intervino Bone.

—Solo una, y trabajo entre las comisarías de Drumgoil y Lomond. Mi jefe, el DCI Harris, está en la oficina de Lomond, y hace días que no he conseguido comunicarme con ellos. Esta mierda blanca tiene sus ventajas.

—¿No se llevan bien? —preguntó Bone.

—No me corresponde a mí decirlo, pero si hubiese un concurso para elegir al hombre más irritante del país... —alzó la vista—. Perdón, ha sido poco profesional por mi parte.

Bone sonrió. —No se preocupe. Su secreto está a salvo con nosotros.

—Menos mal que Mullens no está aquí entonces —añadió Walker.

—¿Quién? —preguntó Buchan.

Walker negó con la cabeza. —Mejor que no lo sepas.

—Así que, resumiendo, tenemos un muerto, uno crítico en la isla de Balhuish, otra víctima en el continente, Kilpatrick con dolor de cabeza y el asesino suelto en algún lugar de los alrededores —prosiguió Bone.

A Buchan se le abrieron los ojos. —Dios mío, eso ya es delincuencia de peso. Aquí estamos más acostumbrados a furtivismo, robos en granjas y broncas domésticas, con alguna que otra bolsita de polvo chungo que aparece de vez en cuando. —se volvió hacia la patrona—. Gracias por traerme, patrona.

—Inshore Taxis, ningún encargo es demasiado grande —bromeó la patrona.

—¿Alguna novedad más sobre la víctima?

—Lo último que he oído es que sigue luchando. Por lo visto, los médicos están un poco más confiados que ayer.

—¿Sabes si ya está consciente o si ha dicho algo sobre el ataque?

—Ni idea. Mi conversación con el equipo del helicóptero medicalizado se cortó cuando les avisaron para una salida.

—Necesito ir a Balhuish para hablar con Vincent Trough, ¿lo conoces?

—¿Te refieres a Vinnie, el del astillero de reparaciones de barcos? —preguntó Buchan.

—A Vinnie lo conoce todo el mundo —añadió la patrona—. Es parte del ADN de Balhuish. El astillero de su familia lleva allí desde la Edad Media. No pensarás que tiene algo que ver con esto, ¿no?

—El intruso que entró en mi cabaña anoche se largó en su barco.

Buchan miró a Walker. —Vosotros, los de la RCU, no hacéis las cosas a medias, ¿eh?

—¿Puede llevarme hasta allí? —preguntó Bone a la patrona.

—Por supuesto, sí —dijo la patrona.

—Y luego, a la vuelta, ¿podemos parar otra vez en la isla? Tengo que comprobar una cosa.

—Se supone que esta tarde debemos patrullar la desembocadura del lago, y si pasa algo allí, estaremos demasiado lejos para responder. Pero podemos parar de camino a Balhuish siempre que sea bastante rápido.

—Estupendo —Bone se volvió hacia sus compañeros—. Vale, iré a hablar con el señor Trough.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Walker.

—No, quedaos aquí los tres. Podéis poner al día a la DI Buchan de lo que llevamos y seguir con el puerta a puerta. Solo estaré una hora o así.

—Vale —Walker asintió—. ¿Por qué vuelves a la isla?

—Hay algo que me escama. Te lo cuento cuando vuelva.

Los agentes regresaron al pueblo y Bone siguió a la patrona al barco. Un segundo tripulante le dio a Bone un chaleco salvavidas y soltó la amarra.

—Un poco más tranquilo que en nuestra última visita —dijo Bone.

La patrona asintió y la embarcación puso rumbo a la isla.

En el embarcadero de la isla, Bone saltó a tierra. —El búnker de la Segunda Guerra Mundial está al otro lado del cementerio, ¿es así?

—Sí, por entre los árboles, tire a la derecha cuando llegue al cementerio y, en la parte de arriba, verá otra abertura estrecha entre los árboles. El búnker está a unos treinta metros hacia dentro.

—Gracias.

—Pero estoy segura de que alguien de nuestro equipo ya lo ha revisado —añadió la patrona.

—Curiosidad profesional, tenga paciencia. No tardaré —dijo Bone.

La patrona miró su reloj. —Veinte minutos como mucho, ¿de acuerdo?

—Seré todo lo rápido que pueda —dijo él, y echó a subir la ladera, siguiendo un sendero muy pisado en la nieve hasta los árboles.

Entró en el cementerio. Amainó la brisa y un silencio sobrecogedor lo envolvió. Fue sorteando las primeras lápidas y se detuvo cerca de donde había descubierto a los novios. Graznó un cuervo sobre él y siguió con la mirada su vuelo por el cielo hasta perderse en el bosque. Una figura encapuchada apareció en el extremo más alejado del claro.

—¡Eh! —gritó.

Se volvió y desapareció detrás de una alta cruz celta. Corrió hacia ella, casi tropezando con una lápida a ras de suelo perdida bajo la nieve. Bone se rehizo. La figura estaba ante él. Era la criatura, la grotesca manifestación de su mente dañada por la bomba.

Cu-cú, tras.

—¡Tú! —exclamó Bone.

De la capucha emergió el cráneo podrido y chamuscado del espectro, con una cuenca sin ojo de la que rezumaba un fluido negro, como alquitrán.

La criatura alzó una mano esquelética, sin carne, hacia su boquete sin dientes.

—*Sangre* —silbó un susurro tenue en los oídos de Bone.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bone, ya sin miedo a las andanzas de su aparición indeseada.

La criatura bajó el brazo e inclinó la cabeza.

—Mira, no puedes aparecer así, sin invitación, y no explicar a qué te refieres. Se está haciendo muy cansino.

Bone avanzó hacia ella, pero a cada paso la criatura se escurría más lejos.

El cuervo volvió de repente y, con un chillido agudo que le taladró los oídos, batió las alas junto a su cara. Tropezó hacia atrás y chocó con una cruz justo detrás. Se incorporó como pudo, pero la criatura había desaparecido.

—Típico —se quejó—. Supongo que lo del cuervo ha sido idea tuya, ¿no? —gritó hacia el cementerio.

Sacudiéndose la nieve y localizando la abertura entre los árboles, siguió adelante. A unos treinta metros, el dosel se aclaró y distinguió una fina línea de hormigón que asomaba en lo alto de un montón de nieve. Se aproximó.

El búnker estaba semienterrado y una profunda capa de nieve encima casi lo había tapado por completo. Bone se deslizó por una pendiente, y el búnker se alzó sobre él. Apartó la nieve con las botas y buscó una ventana o una puerta en la estructura sólida, de forma circular. La inclinación aumentó de nuevo y bajó a trompicones por tres escalones ocultos hasta golpear contra un pequeño portón metálico oxidado.

Había profundas marcas de arañazos en el metal alrededor de un candado robusto del tamaño de un puño. Se inclinó para examinar las marcas y, agarrando el candado con ambas manos, tiró de él con toda la fuerza que pudo reunir. El arco saltó y él cayó de espaldas a un ventisquero, aún aferrando el mecanismo roto entre las manos. La puerta se abrió ante él y escapó un hedor húmedo y mohoso.

Asomó la cabeza, pero la oscuridad era impenetrable. Encontró el móvil, encendió la linterna y el haz llenó de luz el espacio circular. El búnker estaba vacío.

Entró con cautela y la temperatura subió ligeramente. Paseó la linterna por las paredes. La nieve de arriba había bloqueado unas ventanas estrechas abiertas en el hormigón que recorrían la circunferencia del búnker. Justo sobre su cabeza, la nevada había cubierto una rejilla oxidada en el techo. La forma de cúpula hacía

que el búnker pareciera una especie de nave alienígena en descomposición.

Tiritó y devolvió el haz al suelo embarrado y húmedo. Un destello plateado al otro lado le llamó la atención. Salvando un charco medio helado en el centro, dirigió la luz hacia el objeto. Se inclinó y recogió una tira fina de papel de aluminio. Le dio la vuelta y lo olfateó.

—Wrigley's —murmuró.

Sacó de la mochila una bolsa de indicios y dejó dentro el envoltorio. A su derecha, vio un montón de pañuelos amontonados en un rincón. Se arrodilló, retiró un par y dejó al descubierto un mojón medio helado, enrolladito y posado con orgullo sobre una piedrecita.

—Ay, Jesús —exclamó y soltó los pañuelos.

La puerta dio un portazo de repente y la estructura retumbó como un cañón de artillería disparando munición real. Presa del pánico, Bone corrió y empujó con fuerza. Voló hacia afuera y cayó a la luz, listo para enfrentarse a quien estuviera allí. Pero, aparte del viento que movía los árboles de alrededor, todo estaba en silencio. Echó un vistazo al interior del búnker. Unos ojos rojos le devolvieron la mirada desde lo hondo de la oscuridad, y una voz queda en su cabeza volvió a sisear.

—*Sangre.*

Cerró la puerta de un golpe y recolocó el candado roto en su arco.

—¿No decía que su gente había revisado el búnker? —dijo Bone a la patrona cuando volvió al barco.

—Dijeron que sí, ¿por qué?

—El candado había sido forzado y luego vuelto a colocar de mala manera, con señales claras de que alguien había usado el búnker como refugio o escondite.

—Mierda. Se les habrá pasado.

—Sí. A simple vista, supongo, el candado parecía bien puesto.

—¿Cree que estaban allí cuando desembarcamos?

—Eso no lo sé, pero estuvieron un rato. Dejaron una tarjetita de visita con peste.

—Mierda —repitió la patrona.

—Mierda, y con razón.

—Bien, ¿Balhuish?

—Sí, por favor, vamos al lío.

Bone se acomodó el chaleco salvavidas y se sentó, aún dándole vueltas a qué intentaba decirle su compañero del TEPT.

Trece

Vincent Trough aflojó la sujeción de la cuerda y se deslizó por el costado del barco, un yate de veintiocho pies, uno de los más grandes que había restaurado en mucho tiempo. Estaba colocado en un ángulo de cuarenta y cinco grados en lo alto de la rampa del dique seco, lo que dificultaba la tarea de Trough de repintar el casco. Estiró el brazo para coger la brocha y la metió en un bote de pintura negra para cascos que descansaba al extremo del banco del arnés. Trabajó la pintura en la madera, deteniéndose una o dos veces para raspar uno que otro percebe de la superficie.

Cuando terminó una sección, equilibró la brocha en el borde del asiento y ajustó de nuevo la cuerda. La parte superior se enganchó en el costado de un gancho de amarre y, cogiendo el bote, se deslizó de lado, liberando la cuerda. El arnés cayó tres o cuatro pies, sus piernas se estrellaron contra el casco y la brocha volcó sobre los carriles de la rampa bajo el barco.

—¡Ay, Jesús! —maldijo.

El proceso de restauración había sido poco menos que una pesadilla, con muchos más problemas de los que había previsto o presupuestado. Ya llevaba dos semanas de retraso y sus clientes —un acaudalado matrimonio de Edimburgo— no estaban nada contentos. Tiró de la cuerda con rabia. La polea chirrió y el arnés elevó a Trough de nuevo hacia la cubierta.

Un fuerte estrépito metálico resonó bajo él. Dejó de tirar y, inclinándose, intentó localizar el origen del ruido.

Un segundo estrépito, y el barco se estremeció. Giró hacia el otro lado y alcanzó a ver a alguien moviéndose cerca de la rampa.

Un tercero fue seguido por un cuarto estampido, y el barco se lanzó hacia delante.

—¡Aléjate de ahí, joder! —gritó Trough.

Tiró de la cuerda otra vez, pero antes de llegar arriba, el barco se lanzó por la rampa, haciéndole ir de lado fuera de control y casi salir del asiento de madera. Intentó frenéticamente desenganchar la línea de seguridad del arnés para poder saltar y ponerse a salvo.

Con un estruendo ensordecedor, el barco golpeó el agua; la proa se hundió profundamente bajo la superficie, enviando una ola inmensa por todo el lago.

Aún sujeto al arnés, Trough fue arrastrado bajo el casco. Su cuerpo giró como un sacacorchos en el oleaje, y el violento movimiento le exprimió el aire de los pulmones.

Medio consciente, tanteó de nuevo el clip de seguridad para liberarse de la embestida, pero ya se estaba ahogando, con los pulmones clamando oxígeno.

El barco siguió a toda velocidad por el lago, hacia aguas más profundas. La línea del arnés se desenrolló y Trough se deslizó más bajo la popa, la cuerda enredándose alrededor del enorme timón. Lo agarró e intentó hacer palanca para apartarse, pero la cuerda azotó y se retorció alrededor de su espalda, aplastándole el pecho contra la estructura de acero.

Emitió un borboteo de agonía y el agua le bajó por la tráquea, saturándole los pulmones.

El barco redujo la marcha hasta una deriva lenta. La ola se retiró y se apaciguó.

El último aliento de Trough afloró con un vano y patético plop.

Catorce

Cuando la lancha de rescate llegó al puerto de Balhuish, la patrona intentó explicar dónde estaba el astillero de Trough y luego decidió que sería más fácil enseñárselo a Bone en persona. Se acercaron a la entrada. La verja alta de hierro forjado se balanceaba con la brisa. Pasaron bajo un arco metálico con el nombre de Trough escrito en letras doradas encima.

—¿Por si se le olvida cómo se llama? —comentó Bone.

—¿Vinnie? —llamó la patrona. Se volvió.—Vamos a mirar en su despacho, por aquí.

—¿Vinnie? —volvió a llamar cuando llegaron a la puerta de un taller de chapa ondulada negra.

Entró, con Bone detrás. El abrigo de Trough estaba en el respaldo de la silla y su radio atronaba con alguna canción folk en gaélico. Había una taza de café a medio beber en el escritorio. Bone se inclinó.

—Aún está caliente.

—Debe de estar en alguno de los barcos —respondió la patrona.

Volvieron al astillero. Al otro lado, un cobertizo abierto estaba abarrotado de embarcaciones a medio desmantelar, con diversas piezas apiladas en un rincón. Un motor de lancha, destripado, yacía hecho trizas sobre un banco. Siguieron hacia la zona de dique seco. Había tres en total.

—Dios, no me imaginaba que sería tan grande —dijo Bone.

—Sí, sus habilidades son solicitadas en todo el país, incluso en todo el mundo. Es lo que llamarías un maestro artesano de la vieja escuela.

El primer dique era un foso más bien pequeño que albergaba un bote de unos doce pies con un boquete en el costado del casco.

—¡Auuuch! —dijo Bone—. ¿Ataque de tiburón?

—Yo diría que ataque de las traicioneras corrientes del Loch Gillan —replicó la patrona.

El segundo dique seco estaba vacío, pero a lo largo de la rampa que bajaba al loch había tendidas multitud de cuerdas guía.

—Parece que acaba de botar uno —dijo la patrona.

—¿Es ese? —Bone señaló a un yate que flotaba a la deriva a unos cientos de metros.

La patrona se volvió.—Podría serlo, pero ¿adónde va?

La proa del barco miraba a la orilla y la popa se dirigía lentamente hacia el muro del puerto.

—¿Está él a bordo? —dijo Bone.

—Ese barco está fuera de control. Mierda, va a chocar. Vamos.

La patrona echó a correr de vuelta por el astillero y salió a la carretera. Bone la siguió, intentando mantenerse en pie como podía entre la nieve y el barrillo. Cuando llegaron a la diminuta y pintoresca calle principal de Balhuish, atajaron por un callejón que los llevó al puerto. Corriendo por el embarcadero, la patrona pidió ayuda, pero no había nadie.

Delante, el yate se estampó contra la estructura de madera del embarcadero, atravesando las tablas y arrancando de cuajo un tramo del extremo. Continuó, con el casco chirriando y arañando lentamente a su paso. Cuando la patrona llegó al barco, ya estaba demasiado lejos como para intentar saltar a bordo y controlarlo.

Bone por fin la alcanzó.—Dios mío, mira el destrozo que ha hecho.

—Se dirige al muro principal. Si choca a esa velocidad, puede hundirse.

—¿Qué es eso? —Bone señaló un objeto rojo que flotaba en la estela del barco.

La patrona se quedó mirando el agua un instante.

—¡Jesucristo, es Vinnie! —gritó.

Bone se quitó el abrigo y tiró de los cordones de las botas.

—¿Qué estás haciendo?

—Se está ahogando.

—No puedes meterte. El agua está demasiado fría.

—Confía en mí —dijo, y antes de que la patrona pudiera detenerle, corrió hasta el extremo del embarcadero dañado y se zambulló.

Tras tres o cuatro inspiraciones cortas, su cuerpo se adaptó a la temperatura y se lanzó hacia el cuerpo inerte de Trough. Al acercarse, el barco giró en el agua, arrastrando a Trough de lado y alejándolo de Bone, pero él continuó la persecución y, cuando lo alcanzó, agarró el mono empapado de Trough y tiró de su peso muerto hacia sí.

Agarrándole un brazo, intentó voltearle el cuerpo para ponerlo boca arriba, pero un lío de cabos no dejaba de tirarle hacia atrás. Bone palpó alrededor del torso y el pecho de Trough y, al localizar el mosquetón del arnés, trasteó con el mecanismo. El clip hizo clic, el cabo de seguridad se soltó como un latigazo y Trough dio la vuelta, con el rostro ceniciento emergiendo del agua, la boca abierta de par en par y los ojos sin vida fuera de las órbitas. Sosteniendo el cuello de Trough por encima del agua, Bone se puso boca arriba y pataleó hacia una playita estrecha junto al dique seco. La patrona se metió hasta la cintura y ayudó a Bone a arrastrar a Trough fuera, y de inmediato le practicó RCP.

Bone se desplomó a su lado, tiritando y jadeando.

La patrona comprobó si Trough mostraba signos de vida y reanudó las compresiones torácicas.

—¿Tenéis un desfibrilador? —preguntó Bone, temblando tanto que apenas podía articular las palabras.

La patrona le ignoró y, tras unas cuantas compresiones más, se detuvo.

—No —dijo, y bajó la cabeza.

—¿Está muerto?

—Bien ido. —Se volvió hacia Bone— Maldito idiota. Podrías estar tú ahí tirado también. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Te lo he dicho, mi cuerpo está acondicionado para estas temperaturas.

—Pero no cuando estás nadando alrededor de un barco de nueve metros peligrosamente a la deriva, con el peso de un cadáver encima. Infló las mejillas al soltar el aire.

—No había otra manera —replicó Bone entre castañeteos.

—Tienes que entrar en calor. A la lancha de rescate. Ahora. Dile a Gary que venga.

Bone se quedó un momento más tiritando, mirando fijamente el cadáver ahogado que acababa de arrastrar hasta la playa.

—¡Ahora! —ordenó la patrona.

Bone se puso en pie a trompicones y, volviéndose a poner el abrigo, dejó a la patrona ocupándose del cuerpo y se encaminó de vuelta a la lancha de rescate.

Su compañero Gary le proporcionó a Bone un cambio de ropa, un par de jerséis enormes y unas mallas anchas, y lo llevó al hotel más cercano, donde el gerente le permitió ducharse y entrar en calor en una de las habitaciones vacías.

Cuando Bone recuperó su temperatura corporal, volvió a reunirse con la patrona y con Gary en el bar del hotel.

—Gracias por esto —dijo Bone, entregándole al gerente la toalla mojada.

—Lo mínimo después de que se tirara a por él así. No me lo puedo creer. ¿Ahogado, dice? —dijo el fornido gerente.

Bone miró a la patrona. —¿Se lo has contado?

—Pronto se sabrá de todos modos.

—Pero es Vinnie. Vinnie no suelta un barco así y luego se ahoga en el proceso. Lleva demasiado tiempo en esto como para hacer una tontería así —intervino el gerente.

—¿Podemos hablar un momento? —dijo la patrona a Bone.

—Le pongo algo caliente, inspector —dijo el gerente—. ¿O prefiere algo más fuerte?

—No, un café estará bien, gracias.

—Tremendo —repitió el gerente—. Todo el mundo va a quedar destrozado.

Bone y la patrona se sentaron junto al fuego.

—¿Estás bien ya? —preguntó ella.

—Perfectamente.

—No diré nada más sobre esto, pero por favor, no vuelvas a hacer una locura así.

—Creo que en eso vamos a tener que estar en desacuerdo. ¿Qué habéis hecho con el cuerpo de Trough?

—Lo pusimos en una camilla y lo llevamos a la lancha de rescate. Por suerte, nadie nos vio.—Se frotó la frente.

—No te preocupes por mí. ¿Estás bien?

—Es todo un poco… ya sabes.—Suspiró.

—Sí, intenso. Lo siento mucho. ¿Crees que fue un accidente?

—De eso quería hablar contigo y por eso es aún más jodidamente impactante. El encargado tiene razón. Es imposible que el barco se haya soltado así sin una interferencia considerable.

—¿Qué quieres decir?

—Todos los borriquetes que sujetan el barco estaban tirados a un lado, y las cuerdas, cortadas.

—Trough llevaba un arnés y he tenido que desenredarlo. Por eso he tardado tanto en sacarlo.

—¿Ves? Un auténtico cepo mortal ahí fuera.—Negó con la cabeza —. En fin, suena a que probablemente estaba colgado del costado haciendo alguna reforma.

—¡Pero parecía que acababa de pasar!

—No mucho antes de que llegáramos, diría yo.

—¿Cuánto?

—Unos pocos minutos, quizá diez como mucho.

—Eso significa que, si no ha sido un accidente, el culpable está aquí, en el pueblo.—Bone se puso en pie—. Hay que registrar la zona. Pero la cabeza le dio vueltas y se dejó caer de nuevo.

—Tú no vas a registrar nada —insistió la patrona.

—No es nada, solo un mareo por el cambio en mi temperatura corporal—Se frotó la cicatriz de la sien—. Esto se está volviendo una locura. Hay que parar a este lunático. Claramente no quería que yo hablara con Trough. Anoche su barco estaba en el Loch Gillan, y el mismo cabrón que entró en mi casa y robó pruebas vitales se largó en el barco de Trough y ahora parece estar de limpieza.

—Bueno, es un pueblo de dos mil habitantes. Ese monstruo podría estar escondido en cualquier parte y no tenemos suficiente gente sobre el terreno para organizar una búsqueda eficaz de ningún tipo.

—¡Este puto tiempo!—Bone golpeó la mesa. Alzó la vista.—Hipotermia incipiente, obviamente.—Sonrió y luego soltó un suspiro de frustración.

—A este paso, no va a quedar nadie en la zona de Loch Gillan.

El encargado se acercó con dos tazas de café y unas galletas.

—Gracias—dijo Bone, y dio un par de sorbos mientras veía alejarse al encargado—. —Necesitamos forenses y equipos de búsqueda aquí ahora mismo. ¿Dónde está ese deshielo?

—Te dejaremos de vuelta en Loch Gillan y llevaremos al señor Trough al hospital comarcal —dijo la patrona—. Se estarán preguntando qué demonios hacemos aquí arriba.

—¿Y sus familiares más cercanos? —preguntó Bone.

La patrona llamó de nuevo al encargado.

—¿Vinnie tiene algún familiar cerca? —preguntó ella.

El encargado frunció el ceño y miró al suelo un segundo. —Vivía solo en una casita cerca de su taller. Me parece recordar que estuvo casado hace ya unos cuantos años, pero ella se largó con un ganadero australiano o algo así.

—¿Hermanos, hermanas, padres? —preguntó Bone.

—Que yo sepa, no. Era muy de ir por libre. Bastante humilde y de vida sencilla, para lo que ingresaba su taller cada año.

Bone se levantó otra vez, con la cabeza ya comportándose. —¿Dónde está su casita?

—Hay una pequeña hilera en un callejón estrecho detrás del taller. La suya es la del extremo, con vistas a la bahía.

Bone cogió el forro polar desteñido que le había dado Gary y se dirigió a la puerta.

—Espera —dijo la patrona y le siguió fuera—. Te he dicho que vayas con calma.

—Sí, claro. Bone asintió y siguió adelante.

La casita de Trough, una minúscula vivienda anterior a la época victoriana con dos plantas y dos estancias, estaba pegada a un

cortado que caía a plomo sobre el puerto, y su mampostería hecha a trompicones daba la impresión de que podía venirse abajo en cualquier momento. Se asomó por la ventanita contigua, pero no alcanzaba a ver nada más allá de la mugre del cristal. Probó el pomo.

—¿Qué estás haciendo?

—Asunto policial —respondió Bone.

La puerta se abrió de par en par y golpeó contra algo al otro lado.

Bone examinó el marco. —A mí me parece que alguien ha forzado la entrada.

—¿Ah, sí? La patrona no veía marcas. —Por aquí la gente no suele cerrar con llave.

Pero Bone ya estaba dentro. El salón, del tamaño de una caja de cerillas, estaba patas arriba, con los muebles volcados y restos esparcidos por toda la moqueta.

La patrona se quedó rezagada detrás de él. —¿Estás seguro de que esto es legal?

—Muerte sospechosa, sí.

—¿Qué estás buscando?

—Más bien, ¿qué estaban *ellos* buscando? Bone señaló el desorden.

—Oh, Dios.

—A todas luces, algo que relacione a Trough con quien lo mató —añadió Bone—. Su teléfono o su agenda, un ordenador, fotografías, cualquier cosa de ese tipo.

—¿Por dónde se empieza con todo esto? La patrona suspiró.

Bone pasó a una cocina estrecha tipo galera al fondo del salón. La devastación era similar, y tuvo que ir pisando por encima de ollas, sartenes y vajilla hecha añicos sobre el suelo de piedra.

—Se han empleado a fondo —dijo Bone en voz alta.

La puerta del frigorífico estaba de par en par, con el contenido desparramado en un montón húmedo y pringoso debajo. Retrocedió por el salón y subió una escalera empinada y estrecha encajada entre las dos estancias. La primera puerta daba a un cuarto de baño minúsculo con un sanitario verde oliva antiquísimo. El mueble sobre

el lavabo había sido saqueado, y botes y frascos estaban volcados o rotos por el suelo.

Siguió hasta la puerta de al lado, un dormitorio igual de diminuto, con una cama de matrimonio que prácticamente ocupaba todo el espacio. En la esquina del fondo habían encajado un armario increíblemente estrecho. Se escurrió por el pie de la cama. La ropa desbordaba y estaba tirada por el suelo. Un impermeable yacía desechado sobre la cama, con los bolsillos del revés.

Arrodillándose como pudo en el estrecho hueco, recogió algunas de las prendas tiradas y las fue colocando junto al abrigo; había un par de jerséis apolillados, unas cuantas camisas y pantalones de trabajo, muy manchados de pintura y aceite. Volvió al armario y sacó la última prenda que colgaba de un perchero, a punto de caerse: un traje amarillo chillón, de tres botones, con camisa de cuello mao, chaleco y tirantes aún sujetos al pantalón. Registró los bolsillos, sin saber bien qué buscaba, y la mano se le topó con algo afilado.

—¡Ay! —dijo, dejando caer el traje y examinando una picadura sangrante en el índice.

Lo intentó de nuevo y sacó con cuidado un cúter Stanley. Le dio la vuelta. Era un modelo antiguo de los años sesenta y era bastante bonito, con el logotipo de la empresa grabado en metal a lo largo del lateral.

Un rayo de sol se coló por las cortinas entreabiertas de una ventanita al otro lado de la cama. El haz dio en la pared opuesta, iluminando una vitrina de vidrio de unos diez centímetros de alto. Con un rápido sorbo al dedo chorreante, Bone se escurrió alrededor de la cama para mirar de cerca.

Dentro había expuesto un escarabajo gigante del tamaño de un puño, con el caparazón negro azabache tan brillante que reflejaba la expresión de sorpresa de Bone. Una aguja casi invisible, insertada entre el cuello del insecto y unas alarmantes pinzas enormes, mantenía a la criatura en su sitio. Vio un pestillo en la vitrina y abrió despacio el frontal. Iba a meter la mano cuando sonó su móvil.

—¡Jesús! —exclamó, sobresaltado—. ¡Un momento! —dijo, palpándose un bolsillo y luego otro.

—¿Rhona?

—Hemos vuelto al siglo XXI —respondió ella—. Señor, ha vuelto la luz...

—No, escucha. Ha habido otro asesinato. Han ahogado al restaurador de barcos.

—Oh, Jesús.

—Espera. Abajo seguía sonando un teléfono. —¿Vas a contestar? —gritó escaleras abajo a la patrona.

Siguió sonando, y Bone bajó corriendo.

—No es el mío —replicó la patrona.

—Viene de la cocina —dijo Bone. Volvió a su teléfono. —No cuelgue un segundo. Echó a correr a la cocina, y el timbre se hizo más intenso. —¿Dónde está?

—Del armario —dijo la patrona.

Apartando ollas y sartenes que bloqueaban la puerta, Bone tiró de ella y cayeron al suelo una escoba y una fregona. Dentro habían encajado una lavadora antiquísima de carga superior, oxidada.

—Viene de dentro. Tiró de la tapa. —¿Cómo se abren estas cosas?

La patrona avanzó entre el caos para ayudar. —La palanca de ahí, échala hacia atrás.

La tapa saltó. La máquina estaba llena hasta los topes de ropa húmeda con olor a moho. Metiendo la mano, tiró del montón y un teléfono se escurrió del bolsillo de un mono asqueroso, manchado de aceite y pintura, y repiqueteó en el suelo. Lo agarró al vuelo y pulsó el botón de responder. Le hizo un gesto a la patrona para que guardara silencio y se llevó el aparato a la oreja. Al otro lado se oía una respiración tenue y áspera. Apretó más. La respiración cesó, el teléfono hizo un clic y la llamada se cortó.

—Creo que era él —dijo Bone.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Quién llama a alguien y luego no suelta ni palabra?

—¿Un pervertido?

—Bueno, sí, también puede ser. Yo creo que venía buscando esto, pero con los teléfonos caídos y esto escondido en el "vuelo a casa" de E. T., no iba a encontrarlo.

—¿Crees que le hemos asustado entonces? —dijo la patrona.

—Creo que ya se había ido. No hay puerta trasera.

Volvió a sonar el móvil de Bone. —Perdón, Rhona.

—¿Qué le ha pasado a Trough? —preguntó ella.

—Parece que nuestro asesino llegó a él antes que yo. Lo mandó al fondo con una de las embarcaciones que estaba restaurando.

—Ay, Dios. Ahora que han vuelto los teléfonos, llamaré a comisaría y averiguaré cómo va Sheila con la búsqueda por su lado.

—¿Algún avance con el puerta a puerta? —preguntó Bone.

—Nada todavía.

—Vale. Siga con ello. Bone colgó.

Volvieron a salir.

—Tenemos que cerrar esta puerta y dejar la casa precintada hasta que llegue el forense, cuando demonios sea —dijo.

—Tendrán faena cuando vengan. La patrona se inclinó, echó el pestillo y la cerró de un portazo.

—¿Está lloviendo? Bone alzó las manos.

—Creo que sí.

—Menos mal, joder. Bone asintió. —Démosle otro repaso al astillero y luego, ¿podrías acercarme de vuelta a Loch Gillan?

—Claro —dijo la patrona.

Se pusieron en marcha para proseguir la búsqueda.

Quince

—Seguimos con luz y teléfonos —dijo Walker— cuando Bone entró en la improvisada sala de incidentes.

—Genial —respondió Bone—. ¿Hay café puesto?

—Mi prioridad número uno, jefe. Se giró y señaló una cafetera burbujeando en una esquina. —Gentileza de la habitación ocho. Echó un vistazo a su atuendo improvisado. —Menudo modelito. ¿Estás haciendo horas extra en una banda tributo a Happy Mondays?

Bone tiró del chándal dado de sí. —Muy graciosa.

—Noticias impactantes de Balhuish —dijo Buchan—. ¿Algo más de por allí?

Pero Bone estaba delante de una exposición de imágenes de la escena del crimen dispuestas a lo largo de la pared del fondo. —Has estado ocupado, Will.

—Ya que la reina del tablón de incidentes no está aquí.

Walker se le unió.

—Esta de aquí me trae de cabeza —dijo, señalando una de las fotos.

—Sí, perdona que algunas tengan tan poca calidad. Hacía un frío de mil demonios y ya fue suerte que los teléfonos nos funcionaran.

—No, no es por eso.

—Señor —interrumpió Harper y señaló la puerta abierta con un gesto de cabeza.

Los turistas americanos se demoraban en la entrada.

—¿Puedo ayudarles? —Se acercó Bone.

La señora Ellis soltó un suspiro de asombro. —¡Vaya, qué emocionante! Así que aquí es donde ocurre todo. ¿Esta es su sala de incidentes de verdad? —añadió, con los ojos tan abiertos como platillos volantes.

—Eso pone en la puerta, y es privada. —Bone sonrió, dio un portazo y volvió junto a Walker.

—Dijiste que estaban de la mano cuando los encontraste —dijo Walker, señalando los dos cadáveres apoyados contra la lápida—, pero a mí me parece más bien que ella le agarra la muñeca. ¿O me lo estoy imaginando y necesito vacaciones?

Los demás se acercaron.

—Está bastante granulada, pero creo que tienes razón —dijo Bone—. ¿Le está tirando o sujetando? Qué cosas hace el frío con la cabeza. No tengo ningún recuerdo de eso. —suspiró— Antes de seguir con las cábalas, necesito cafeína. —Fue a la cafetera y se sirvió una taza.

—¿Qué ha pasado en Balhuish? —preguntó Buchan.

—Alguien saboteó la barca de Trough mientras él estaba trabajando en ella, y acabó en el lago con él debajo.

—Joder —dijo Harper.

—Alguien dio la vuelta a su taller y a su casita. En el despacho de la tienda encontramos un cargador de portátil, pero no el portátil, y esto... Metió la mano en la mochila y sacó una bolsa de pruebas. Al dejarla sobre la mesa, preguntó—: ¿Tenéis guantes?

Lesley rebuscó en una bolsa de deporte, sacó un par y se los dio.

—Es un libro de reservas —dijo Bone y deslizó el volumen hacia fuera—. Por desgracia, el cabrón ha arrancado un buen montón de páginas. —lo abrió— ¿Ves aquí? —Pasó el dedo enguantado por el desgarro.

—¿Alquiler de barcas del asesino? —dijo Buchan.

—Eso sospecho. Sin embargo, en la casa de Trough sí encontramos su móvil. Con los teléfonos caídos, nuestro hombre claramente no podía llamarlo, así que no dio con lo que buscaba. —Dejó sobre la mesa una segunda bolsa de pruebas con el teléfono—. Por suerte para nosotros, Trough debió de olvidarse de sacarlo del

mono, que estaba metido en la lavadora. Solo lo descubrimos porque ha sonado.

—¿Lo ha contestado? —preguntó Harper.

—No, Will, pensé que lo correcto era dejar que Trough contestara a su propio teléfono. —Frunció el ceño a su joven compañero.

—Perdón, señor. —Dejó su taza de café en la mesa.

—¿Cree que era él? —preguntó Walker.

—Bueno, a no ser que fuera un pervertido, como sugirió la patrona de la lancha, jadeando al otro lado de la línea, me la juego y digo que, desde luego, sí. Así que tengo un número para que lo compruebes, Will, junto con el resto del teléfono.

—Con mucho gusto. —A Harper se le iluminaron los ojos.

—Pero ahora el asesino sabe que tenemos el teléfono de Trough, así que su medidor de desesperación se va a salir de la escala —añadió Bone.

—Mala cosa —dijo Buchan.

—Pero la buena noticia es que tenemos luz y comunicaciones y ha empezado a llover.

—¿Cómo? —exclamó Walker.

—Sí.

—Menos mal, joder —replicó Walker.

—Justo eso he dicho yo. —Bone sonrió—. Así que, con un poco de suerte, podremos meter a Criminalística, junto con refuerzos urgentes, y empapelar a este cabrón antes de que provoque más desgracias.

Bone dio un par de sorbos más al café.

Buchan dio un paso al frente. —Danny y yo hablábamos de la fiesta de Hogmanay y nos acordamos de que hubo un altercado fuera, en el aparcamiento, que tuvimos que disolver. No fue nada serio, cuatro tonterías de borrachos, pero implicó a un grupo de hombres entre los que creemos que estaban Lonnie Kilpatrick y Fergus Dulhoon.

—¿De cuánta gente hablamos? —preguntó Bone.

—Tres o cuatro hombres.

—¿Se peleaban entre ellos o iban juntos?

—Fue más bien un forcejeo —respondió Matheson—. Difícil de decir, porque cuando salimos ya estaba prácticamente acabado. Pero Dulhoon tenía marcas rojas en la cara, así que seguro que se llevó un par de puñetazos.

—¿Y de esto os acordáis justo ahora?

—Perdón, señor, pero íbamos todos muy borrachos y, como digo, fue una chorrada y cada cual volvió a entrar o se fue a su casa.

—¿Qué pasó después de que salierais?

—No estoy seguro —respondió Matheson—. ¿Te acuerdas tú?

—Creo que Kilpatrick cantó otra canción, pero no recuerdo haber vuelto a ver a Dulhoon —dijo Buchan.

—Bien, así que tenemos dos muertos, un tercero crítico, dos barcas, una propiedad de Trough y la otra del terrateniente, el teléfono de Trough, un rifirrafe de borrachos en un aparcamiento...

—Y una perdiz en un peral —interrumpió Harper.

Bone le lanzó una mirada fulminante.

—Perdón, señor, es el café. No estoy acostumbrado. —Harper se encogió y siguió trasteando con el móvil—. Bingo, estamos dentro.

—Eres un friki de manual, ¿a que sí? —dijo Matheson.

—Con orgullo. —Harper sonrió de oreja a oreja y se empujó las gafas por el puente de la nariz. Recorrió con el dedo los mensajes y registros de llamadas de Trough. Mirando la semana pasada, aparece el mismo número —deslizó el dedo durante un momento— ocho veces.

—¿Es el mismo número que ha llamado esta mañana?

—Lo es, sí.

—¿Puedes rastrearlo?

—Desde aquí no, pero puedo pedir una comprobación de fuente cerrada.

—Hazlo —replicó Bone—. ¿Algo más?

—Mirando ahora los mensajes. El mismo número, mensaje de hace cuatro días. Solo un signo de exclamación. Luego, ayer... —volvió a deslizar—. Dos signos de exclamación.

—¿Código? —sugirió Buchan—. ¿O un aviso?

—Bien, sigue con eso —dijo Bone—. Rhona, ¿has conseguido hablar con Sheila?

—La he llamado hace unos minutos. Ha enviado un listado de bodas celebradas en un radio de cincuenta millas de aquí durante el último mes.

Harper alzó la vista del teléfono. —Ya lo tengo.

—Eso va a ser larguísimo, ¿verdad? —preguntó Bone.

Harper se colocó las gafas. —Sí.

—Vale, vamos a darle a eso entre todos lo más rápido que podamos. ¿Y el hijo de los Dulhoon, Fergus?

Walker consultó su libreta. —Ahora mismo está en segundo en la Facultad de Agricultura en Stirling, pero la secretaria del departamento dijo que su asistencia ha sido muy mala y que no había entregado varios trabajos ni pagado las tasas de alojamiento, así que está con un aviso oficial.

—¿Pero está allí ahora?

—Sheila también habló con el conserje de la residencia de Dulhoon. Dijeron que mandarían a alguien a comprobar si estaba y que nos dirían algo. Ella sigue a la espera, pero ha dicho que insistirá.

—Vale, ¿y probó con el número que me dieron sus padres?

—Por supuesto. Sin respuesta.

—Bien, entonces tenemos que encontrarlo cuanto antes. Danny, ¿crees que la carretera a la finca de Balhuish ya será transitable?

—En el Land Rover de la policía, podría ser.

—Creo que tenemos que intentarlo. ¿Te apetece, Rhona?

—En Lewis no existe el mal tiempo, señor. Solo la ropa mala.

—Bien, y mientras Rhona nos vuelve a dejar tirados en mitad de la puñetera nada...

—Gracias por la confianza, señor —le cortó Walker.

—Seguid con la lista de bodas y estad atentos al esquivo equipo de SOC.

—Voy a destripar este teléfono —dijo Harper.

—Seguro que sí, Will.

—Bien, vamos allá. Rezad por nosotros —bromeó Bone.

Dieciséis

El Land Rover derrapó hasta detenerse frente a la casa principal de la finca.

Walker soltó el volante y dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—Ha sido de aúpa —dijo—. Creo que la aguanieve es incluso peor que la nieve para conducir.

—Lo has hecho muy bien para mantenernos con vida. Bone sonrió.

—Más campo a través, pero al menos derechos. Walker flexionó las manos.

Bone salió y alzó la vista hacia las dos torres de piedra que se cernían sobre ambos.

—Tiene un maldito castillo —dijo Walker.

—Así mantiene a la chusma como nosotros a raya —replicó Bone.

Walker siguió a Bone escaleras arriba; atravesaron un rastrillo y entraron en la recepción principal. Dentro, el enorme espacio estaba amueblado con clichés de manual de la Oficina de Turismo escocesa: un fuego rugiendo en una chimenea con nicho del tamaño de una puerta de garaje, alfombras de tartán, cabezas de ciervo disecadas con cornamentas descomunales y paredes atestadas de retratos ostentosamente enmarcados de aristócratas pelirrojos, mofletudos y con falda escocesa, sujetando un sinfín de armas o piezas de caza de lo más variopinto.

—Hoots mon, ¿haggis? —murmuró Walker.

El recepcionista del hotel, trajeado de tartán, dio un brinco de sorpresa cuando se acercaron al mostrador.

—Disculpe, señor, no los he visto entrar. Se recolocó un rizo pelirrojo rebelde en el nido que llevaba encaramado en la cabeza. —Me han pillado desprevenido, llevamos dos días completamente incomunicados. ¿Han conseguido llegar conduciendo?

—Soy el inspector jefe Bone y esta es la inspectora Walker. Venimos de la Unidad de Delitos Rurales de Kilwinnoch; estamos investigando un incidente.

—Dios mío, han venido de lejos. ¿Qué tipo de incidente? ¿Aquí? —preguntó el recepcionista, con un deje de pánico en la voz.

—¿Podríamos hablar con el laird o con su directora general?

—Sir John no está disponible en este momento, señor, pero puedo intentar localizar a la señora Temple, nuestra directora general.

—¿Por qué no está disponible el laird? Nos sería de enorme ayuda hablar directamente con él —insistió Bone.

—Me temo que Sir John pasa los meses de invierno en el extranjero.

—Seguro —murmuró de nuevo Walker.

—¿Dónde?

—Tiene varias residencias. Este año creo que está en su propiedad de las Seychelles.

—A algunos no les va nada mal, ¿eh? —añadió Walker.

El recepcionista intentó una sonrisa incómoda. —Voy a llamar a la señora Temple ahora. Cogió el teléfono de recepción y marcó. —Me temo que no contesta. Les acompaño a su despacho. Es posible que esté en otra línea. Se echó la chaqueta de tartán al hombro y rodeó el mostrador.

—Creo que el ejército escocés debería rediseñar los uniformes en tartán —dijo Walker, siguiendo al recepcionista por el vestíbulo.

—¿Ah, sí, inspectora? —preguntó el recepcionista con cortesía.

—Es tan efectivo... Es como si se hubiera fundido con la alfombra.

Bone reprimió una carcajada.

El recepcionista siguió por un arco de piedra, subió un tramo de escaleras, recorrió un pasillo revestido de caoba hasta una segunda puerta de madera. Llamó suavemente. No hubo respuesta.

—Me temo que no creo...

—¿Puedo ayudarles? —llamó una voz desde el fondo del pasillo.

Los detectives se volvieron en redondo.

—Ah, Carol, estos agentes de policía la están buscando —dijo el recepcionista.

—¿Agentes de policía? ¿Ha habido un accidente?

—¿Podemos hablar con usted? —dijo Bone.

—Por supuesto, justo iba a revisar las existencias de cocina con el jefe de cocina, pero puede esperar. Por favor, pasen a mi despacho. Abrió la puerta y se volvió—Está bien, Rod, gracias.

El recepcionista esbozó una sonrisa cortante y se marchó.

—Siéntense, por favor. Disculpen el desorden. Llevamos unos días apagando fuegos, o debería decir ventiscas.

Apartó unos papeles de dos sillas junto a su mesa, y los detectives se sentaron.

—¿Cómo han conseguido llegar hasta aquí? —preguntó— He hablado esta mañana con el jardinero y me ha dicho que la carretera principal de acceso seguía bloqueada.

—Tengo aquí a mi experta piloto de rally. Bone asintió hacia su compañera.

—El deshielo está mejorando las cosas hora a hora —dijo Walker.

—Soy el inspector jefe Bone y esta es la inspectora Walker. Venimos de la Unidad de Delitos Rurales de Kilwinnoch.

—¿El inspector jefe Bone, el nadador en aguas abiertas que vive en Loch Gillan?

—Sí, eso es.

—Su reputación le precede, señor —dijo Walker, con una media sonrisa.

La directora sonrió. —Desde luego. He oído que ha causado bastante revuelo en el pueblo, con perdón por el juego de palabras. No sabía que su... ¿cómo se llama?, su demarcación cubriera también la zona del lago.

—El tiempo lo ha trastocado todo.

—Y tanto. Tenemos dieciocho huéspedes en el hotel y, digámoslo así, nuestra creatividad con el menú y las actividades bajo techo está siendo puesta a prueba.

—Ha habido un incidente en la isla de Balhuish —dijo Bone.

—¿Qué tipo de incidente?

—Dos víctimas de una agresión: una ha muerto y la otra está crítica. Tenemos motivos para creer que podrían haber alquilado una de sus cabañas junto al lago.

—Dios mío. ¿Cómo? —respondió la directora, con la boca abierta.

—¿Tienen registros de reservas que podamos revisar? Aún estamos intentando identificarlos.

—Por supuesto, por supuesto. Un momento. Encendió el ordenador—Bien, voy a abrir la hoja de cálculo. Se detuvo un segundo—Perdón, me tiemblan las manos. Tecleó unos instantes—Sí, aquí está. Solo hay una cabaña ocupada esta semana por el señor y la señora McDermid.

—¿McDermid?

—Sí, Laurence y Clare McDermid.

—¿Puedo verlo? —Bone se puso en pie.

La directora giró el monitor. —Han reservado nuestra oferta especial de luna de miel de una semana del 1º al 8º de abril, así que todavía están con nosotros.

—Eso espera —interrumpió Walker.

—Dios mío, ¿no serán esas las dos personas a las que han encontrado en la isla de Balhuish?

—Es posible —dijo Bone—. Una de sus embarcaciones fue recuperada en la escena.

—No, esto es horrible.

—¿Sus cabañas están equipadas con botes para uso de los huéspedes?

—Sí, pero no están disponibles hasta el fin de semana de Pascua, que es la semana que viene, así que no sé cómo uno de nuestros botes, o nuestros huéspedes, podrían haberlo llevado hasta allí.

—¿Se atienden las cabañas?

—Sí, se limpian a diario, y la oferta de luna de miel incluye suministros diarios de caprichos, como champán, flores y bombones. Pero este temporal lo ha puesto todo patas arriba, porque las cabañas están aisladas y a dos millas de aquí por una pista forestal que ya es difícil de transitar en el mejor de los casos. Es el aislamiento lo que más les gusta a nuestros huéspedes y por lo que la mayoría de las reservas de cabañas son escapadas románticas. Voy a consultar con la gobernanta y el jardinero para averiguar qué está pasando.

—Gracias —dijo Bone.

—Solo una pregunta rápida —intervino Walker—. ¿Cómo pagaron los huéspedes la reserva?

—Puedo comprobarlo ahora mismo. —la directora volvió a teclear —. Estoy segura de que probablemente...

Se detuvo.— Oh, pagaron en efectivo cuando llegaron. Qué raro, es bastante dinero para traerlo encima.

—¿Cuánto es «bastante»? —preguntó Bone.

—Nuestra tarifa para la oferta de luna de miel en esta época del año es de mil ochocientas por cabaña y por semana.

—Ya veo a qué se refiere. —Bone se echó hacia atrás, impresionado.

La directora cogió el teléfono, encajonado entre dos torres tambaleantes de archivadores sobre su mesa. El auricular golpeó la parte superior de una y los archivos cayeron al suelo.

—Perdón, todo esto es bastante perturbador —dijo.

Bone se inclinó, recogió uno y se lo devolvió.

—Buenos días, Fiona. ¿Podría venir un segundo a mi despacho? —dijo la directora. Hubo una pausa.— Bueno, deja eso por ahora y baje. Es urgente. Alzó la vista, sonrió con nerviosismo a los detectives y colgó. Marcó de nuevo.— Voy a probar el despacho del jefe de mantenimiento. Esperó uno o dos instantes y volvió a intentarlo.— Lo siento, debe de estar por ahí.

Unos instantes después, la puerta vibró y entró una mujer azorada, con el uniforme de tartán ligeramente desaliñado.

—¿Quería verme? —Echó una ojeada a los dos detectives.

—Fiona, estos son agentes de policía. Quieren hacerle un par de preguntas sobre los huéspedes de las cabañas.

—¿Ha habido algún tipo de queja?

—No, no, nada de eso, Fiona. —Bone sonrió—. ¿Cuándo fue la última vez que atendisteis las cabañas?

—Ya le dije, Carol, que no podíamos bajar hasta allí.

—No se preocupe, no se trata de su trabajo, Fiona —dijo la directora—. Es por el señor y la señora McDermid, de la cabaña número uno.

—Sí, ahora mismo solo hay una ocupada —respondió la gobernanta—. La pista forestal está bloqueada desde el martes y no hemos podido bajar. Pero creo que, cuando llegaron, pidieron que no se les molestara, incluida la limpieza diaria.

—Es bastante habitual con los recién casados —añadió la directora. Volvió a teclear—. Sí, es correcto. Recepción registró esa solicitud en nuestro sistema.

—¿Entonces nadie se ha pasado por allí en los tres días desde que hicieron el check-in? —preguntó Walker.

—¿Y la electricidad? —preguntó Bone.

—Las cabañas no están conectadas a la red —aclaró la gobernanta—. Funcionan con generadores de biocombustible. Llamé hace dos días y hablé con la chica. Dijo que estaban bien y que tenían comida y bebida de sobra por ahora.

—¿Y sabe si el jardinero consiguió abrirse paso entre la nieve hasta ellos? —prosiguió Bone.

—Hablé con él ayer y me confirmó que había luces encendidas, pero no llamó para no molestar a los tortolitos. Palabras textuales.

Bone frunció el ceño. —Me cuesta entender cómo pudieron dejar a una pareja joven sola en mitad de la nada con este tiempo horrendo.

—Les ofrecimos toda la ayuda posible, pero no la quisieron —dijo la directora—. Los deseos de nuestros huéspedes son primordiales, inspector. Nos aseguramos de que cada cabaña tenga abundantes provisiones como contingencia para solicitudes de este tipo o por inclemencias del tiempo.

Bone se volvió de nuevo hacia la gobernanta. —¿Sabe cómo el señor y la señora McDermid pudieron llevar el bote de su cabaña hasta la isla de Balhuish?

—No. Miró a la directora. —Pensaba que las embarcaciones no estaban disponibles hasta las vacaciones de Pascua.

—Vaya... Voy a intentar llamar a Peter otra vez. —la directora cogió el teléfono.

—Quizá sea mejor que hablemos con el jardinero en persona y luego, si es posible, intentemos llegar hasta la cabaña —interrumpió Bone.

—Sí, eh, por supuesto. No sé qué habrá pasado.

—¿Eso es todo, Carol? —dijo la gobernanta.

—Sí, gracias por su ayuda —dijo Bone.

—Si quieren seguirme, les llevo al despacho de Peter —dijo la directora.

Volvieron al pasillo, salieron del edificio y cruzaron un patio nevado hacia la parte trasera de la casa de la finca.

—Por aquí; cuidado con estas losas. —la directora se coló por un pasadizo estrecho y se dirigió hacia una hilera de dependencias—. Estas eran las cuadras. El antiguo laird corría caballos. Se acercó a la puerta más próxima, llamó y asomó la cabeza. —Me temo que no está.

—¿Puedo ayudarles? —Un hombre salió del callejón, con un rollo de malla gallinera en brazos.

—Ah, ahí está —dijo la directora.

—¿Me estaban buscando? —el jardinero dejó el rollo a sus pies—. He estado en los gallineros. Unos zorros hambrientos han intentado entrar otra vez.

—Peter, estos son los inspectores Bone y Walker —dijo la directora.

—¿La AA? ¿Con este tiempo? —El jardinero puso cara de extrañeza.

—No, agentes de policía.

—¿Ha habido más robos? No me ha llegado nada.

—Buenos días, señor —interrumpió Bone—. Estamos investigando un incidente grave que tuvo lugar en la isla de Balhuish

hace dos días.

—Ah, sí. ¿Qué ha pasado?

—Dos personas fueron brutalmente agredidas. Una está crítica y la otra, por desgracia, ha fallecido.

—Dios mío. Qué horror. ¿Cómo han... Quiero decir, con el tiempo tan atroz que ha hecho... ¿Qué demonios hacían en la isla de Balhuish? —balbuceó el jardinero.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar, señor. Hemos encontrado una de las barcas de la finca amarrada allí. ¿Cuál es su nombre completo, señor?

—Eh, Peter Conroy. No estaremos hablando de los huéspedes del lodge número uno, ¿verdad?

—Por el momento no hemos podido identificar a las víctimas. La mujer sigue inconsciente en el Stirling Royal. ¿Cuándo fue la última vez que comprobó cómo estaban los McDermid?

—El primer día, cuando llegaron. Me pasé para asegurarme de que tenían todo lo que necesitaban y que todos los servicios del lodge funcionaban.

—¿O sea, antes de que llegara la tormenta?

—Sí.

—¿Y no ha vuelto desde entonces?

—Dejaron muy claro, a mí y a las limpiadoras, que querían estar solos. El sueño de los tortolitos y todo eso.

—Las barcas están fuera de uso desde octubre hasta el festivo de primavera —interrumpió el gerente—. ¿Alguna idea de cómo ha llegado una hasta allí?

—No estoy seguro. Conroy frunció el ceño.

—¿Puede comprobarlo, por favor? El tono del gerente se agudizó.

—Sí, claro. Los condujo a su despacho y, en la pared, abrió con llave una caja metálica. —Aquí guardo todas las llaves maestras, incluidas las de las barcas de recreo. Pasó el dedo por un racimo de Yales y cerraduras de embutir, grandes y pequeñas, y se detuvo.

—La del uno no está aquí. No estoy seguro...

—No paras de decir que no estás seguro, Peter. Deberías estarlo. Nuestras normas prohíben explícitamente el uso de las barcas de los

lodges hasta Semana Santa, y solo cuando el tiempo lo permite —dijo el gerente, furioso—. Siento mucho esto, inspector.

—He estado desbordado con problemas causados por el tiempo y con un apoyo poquísimo. La mitad del personal no ha podido llegar. Ha sido un infierno —se quejó el encargado de las instalaciones.

—Pero es importante, sobre todo si nuestros huéspedes consiguieron de algún modo hacerse con una llave de la barca cuando no deberían haberse acercado al agua con la tormenta anunciada.

—Entonces, ¿cómo consiguieron la llave? —preguntó Walker.

—No tengo ni idea, lo siento. Conroy miró de reojo a su jefe.

—Tenemos que echar un vistazo al lodge —dijo Bone.

—He estado esta mañana en la pista del bosque y había tramos bastante malos —dijo Conroy.

—No le estoy preguntando —insistió Bone.

—Vale, iremos en el tractor. Lleva una pala delante por si nos topamos con un ventisquero.

—¿Hay sitio para tres? —preguntó Walker.

—Sí, justo.

Cruzaron el patio con paso pesado hasta uno de los cobertizos y subieron a un tractor que había sido aparcado marcha atrás en el hueco. Los detectives se colocaron a cada lado, agarrándose al asiento.

Tras un trayecto duro y lleno de baches por la pista forestal, Conroy aparcó junto a un sendero nevado que bordeaba el límite de los árboles. Walker y Bone saltaron.

—Vaya sacudida de huesos, Bone. Walker sonrió.

Bone se frotó las piernas. —Si lo que buscas es aislamiento, desde luego lo cumplen.

—Por aquí —dijo Conroy—. Cuidado con los peldaños bajo la nieve.

Al final del sendero entre los árboles, se abrió ante ellos la amplia extensión del lago. El primero de los lodges quedaba justo debajo de otro tramo de escaleras sepultadas que bajaban a la orilla, una estructura de madera rústica con tejado a dos aguas y ventanales en caja en la parte trasera.

—Esperaba algo ultramoderno —dijo Bone.

—Una de las condiciones de la licencia urbanística era que los lodges encajaran con el entorno —dijo Conroy—. Creo que el propietario quería algo más escandinavo, pero entre nosotros, me alegro de que el ayuntamiento se mantuviera firme.

—Sí, oí que los lodges fueron polémicos.

—Creo que sí. Mucha oposición local, pero fue antes de que yo llegara.

—¿Cuándo empezó, entonces?

—Hace dos años. Mi mujer y yo nos mudamos desde Gretna. Allí trabajaba de encargado de jardines en un hotel.

—¿Y por qué cambió de trabajo?

—El sueldo y las condiciones eran mejores, y mi mujer tiene familia en Perth. Ya estamos. Conroy se detuvo ante la puerta y rebuscó en un manojo de llaves maestras. —Llamaré primero, por si acaso.

—Antes de eso, ¿pueden ponerse esto? Walker entregó al encargado y a Bone sendos pares de guantes de goma.

—Dios, ¿en serio? —preguntó Conroy.

—Me temo que ahora esto es una posible escena del crimen y tenemos que minimizar la contaminación —dijo Bone.

Conroy luchó por ponerse los guantes y luego pulsó el timbre. Sonó al otro lado. Tras un par de momentos, reanudó la búsqueda de la llave, escogió una y abrió.

—¿Hola? —llamó por el estrecho recibidor, y luego entró.

Bone y Walker entraron detrás de él.

—¿Hay alguien? —volvió a llamar, y empujó la puerta interior que conducía a un salón de concepto abierto.

—Miren qué vistas —exclamó Walker, abarcando con la mirada el panorama que se abría más allá de unas puertas plegables, de suelo a techo, que ocupaban todo el ancho de la estancia.

—¿No había dicho que eran de diseño tradicional? —dijo Bone.

—Sí, con una concesión. Conroy asintió hacia el cristal. —Aún no sé cómo se salió con la suya. Claro que son todos ecológicos y de carbono cero, probablemente eso decantó la balanza.

El interior del salón era un clásico estilo alpino, con abundantes textiles y acabados y herrajes en roble claro. Había una estufa de leña en el centro con una enorme chimenea de acero que desaparecía por el techo.

Bone se acercó y, de rodillas, tocó el frontal de la estufa. —Helada.

Walker examinó la cocina abierta. —Vaya, esto es de lujo —dijo, abriendo un armario a juego de roble.

Dentro había algunas cajas, tarros y latas de comida. Tiró de una puerta inferior: un frigorífico con leche y varios otros productos refrigerados; dos botellas de champán y un par de botellas de cerveza descansaban en la balda superior. Abrió la puerta contigua, el congelador. Estaba a rebosar de platos preparados congelados del hotel.

—Hambre no iban a pasar, desde luego —dijo.

—Los lodges vienen bien surtidos —replicó el encargado.

—Pues ya pueden, a esos precios —murmuró Bone.

En el suelo, junto a la puerta principal, vio dos copas de flauta y una botella de champán abierta sobre una bandeja de plata.

—Normalmente, la limpieza recoge todos los residuos cada mañana, pero ellos no querían a nadie cerca —explicó Conroy.

—¿Dónde está el dormitorio? —preguntó Bone.

—Por aquí. Conroy los condujo por un pasillo corto hasta un dormitorio principal con otro juego de puertas plegables y, más allá, un patio que descendía hasta un pequeño embarcadero. La cama estaba sin hacer, con sábanas y nórdico retirados, y ropa tirada por el suelo. Unos vaqueros colgaban boca abajo del pie de la cama, con los bolsillos del revés.

Bone recogió algunas prendas y les registró los bolsillos.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Conroy.

—Buscando cualquier cosa que nos ayude en la investigación —respondió Bone.

—Pero ¿tiene permiso para hacer eso? Quiero decir, es privado, ¿no?

—El hotel nos ha concedido acceso. Bone siguió registrando.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Walker, señalando una puerta corredera.

—Vestidor y baño en suite.

Bone sacó unas monedas del bolsillo de una chaqueta y las dejó sobre el tocador. —No hay teléfono ni identificación, solo pelusa. ¿Dónde están sus bolsas?

—Hay un cuarto de servicio junto a la cocina —dijo Conroy.

Bone siguió al encargado de vuelta a la cocina, y este abrió una puerta estrecha en la parte trasera. El espacio estaba atestado, del suelo al techo, de electrodomésticos, y del techo colgaba un tendedero. Una fila de botas y zapatos de mujer, de moda, se alineaba a un lado. Bone cogió uno de los zapatos de tacón alto y comprobó la talla.

—Cuatro y medio. La mujer del hospital era menudita —dijo, medio para sí.

Había dos maletas pequeñas en el suelo, pero estaban vacías.

—¡Inspector! —gritó Walker.

Bone salió corriendo de vuelta al dormitorio. Ella estaba al fondo del armario.

—Más ropa aquí, y me he encontrado esto en el suelo. Le tendió un sobre.

Bone abrió con cuidado la solapa despegada y sacó un trozo de papel.

—Es un recorte de periódico. Lo desdobló y le dio la vuelta. —Es un anuncio de este sitio. Escapada romántica, mira. Le pasó el recorte y volvió a mirar dentro del sobre. —Espera, hay más. Sacó una tarjeta de visita. —Jon Hoskins Photography. ¿Lo conoce? —preguntó al encargado.

—Sí, Jon es un fotógrafo de bodas local. Trabaja mucho para el hotel: ceremonia y paquetes de recepción, ese tipo de cosas.

Bone revisó la poca ropa que había colgada. —No es mucha ropa para una semana. ¿Cómo es el baño?

—Míralo tú mismo, está por ahí. Walker volvió a entrar y Bone la siguió.

—Bonita bañera exenta de bordes redondeados —dijo Bone, admirando la bañera junto a un ventanal enorme con vistas

despejadas al lago. Se acercó. Había un fino cerco de jabón en la superficie interior. —Yo también estaría ahí metido todo el rato. Había algunos artículos de aseo alineados sobre el mueble del lavabo, y una afeitadora yacía a un lado, aún enchufada a la red. Bone se encogió de hombros. —Sigue pareciendo todo un poco escaso, ¿no? Y no hay rastro de bolsos ni tecnología: teléfonos, tabletas u ordenadores portátiles. ¿Se lo llevaron todo?

—Esa tarjeta sugiere que podrían haber salido a intentar alguna especie de sesión de fotos en la isla —dijo Walker—. ¿Eso explicaría su atuendo?

Bone se volvió hacia el encargado, que se demoraba en la puerta con gesto cada vez más incómodo.

—¿Es algo que hagan los recién casados de luna de miel? —preguntó Bone.

—Posiblemente, pero no tanto. No es precisamente romántico con todas esas tumbas ahí enfrente.

—¿Ceremonias de temática gótica, quizá? —dijo Walker.

—Pero ¿para qué, con las vistas tan espectaculares que hay desde aquí? —replicó Bone—. Entonces, ¿dónde amarra la barca?

—Delante. El encargado los acompañó de vuelta por el lodge, abrió las puertas plegables y salió a una zona con tarima.

—¿Dónde? Bone barrió con la vista el embarcadero vacío.

El encargado se frotó la cara. —Lo siento, inspector.

—¿Por qué?

—Es que...

—Sigue.

—De verdad no puedo permitirme perder este trabajo. Tenemos un bebé y la hipoteca nos ha vuelto a subir.

—¿Qué pasa? —apremió Bone.

—Cuando los conocí el primer día, estaban muy decepcionados porque no podían sacar la barca. Dijeron que habían pagado mucho dinero y estaban muy enfadados. Les expliqué que tendrían que haber reservado para unos días más tarde, pero estaban los dos bastante deshechos, el señor McDermid en particular. En fin... Hizo una mueca.

—Suéltalo ya —exclamó Bone.

—Se me acercó a solas cuando me iba y me ofreció dinero para que le entregara la llave de la barca unos días antes. Pensé que solo faltaba una semana y no quería fastidiarles la luna de miel; acepté el dinero y dejé la llave ese mismo día.

—¿Cuánto le pagó?

—Preferiría no decirlo.

—Me temo que tiene que decirlo.

—Doscientas cincuenta libras. He sido un imbécil. Tendría que haber dicho que no, pero jamás imaginé que pasaría algo así.

—Pero ¿no le preocupó, cuando entró la tormenta, que pudieran meterse en un lío? —interrumpió Walker.

—Supuse que lo sabían y que serían sensatos. He sido un auténtico gilipollas.

—Sí, creo que lo ha sido, señor Conroy —dijo Bone.

—¿Tiene que contárselo al gerente y al hotel?

—¿Cree que podemos olvidarlo sin más? —preguntó Bone—. Lo siento, pero me temo que tendrá que afrontar las consecuencias de sus actos.

—Ay, Cristo.

—Necesitamos que el lodge quede completamente precintado hasta que entre el forense a examinarlo.

Conroy volvió a forcejear con las llaves.

—Luego, llévenos de vuelta a recepción —ordenó Bone, quitándose los guantes.

El encargado empujó la puerta para asegurarse de que quedaba cerrada con llave y regresaron al tractor.

—¿Es aquella una lancha de la policía en la isla? —preguntó Bone, entornando los ojos hacia el lago.

—Lo es, desde luego —confirmó Walker.

Bone soltó un suspiro. —Por fin. A ver si los forenses sacan algo y hacemos avanzar de una vez esta maldita historia.

—¿Crees que hemos identificado a la pareja?

—No veo cómo podrían ser otros. ¿Puedes llamar a Will y pedirle que compruebe si hay un señor y una señora McDermid en la lista de bodas de Sheila? Encendió el móvil.

—¿Vas a llamar al Súper?

—Cuando volvamos. Primero a Mark. Quiero pedirle algo.

Diecisiete

Mullens llamó al timbre de la residencia y una enfermera vino a abrirle.

—Hola, Mark, ¿así que has conseguido llegar?

—Por los pelos. Ahí fuera es como una poza de aguanieve y barro.

La enfermera hizo una mueca.—¿Cómo estás hoy? ¿Qué tal te va el corazón?

—Bah, ya sabes. Me aburro hasta las co— —Miró hacia arriba—. Muy aburrido.

—¿Cuánto tiempo llevas de baja ya?

—Seis semanas. En realidad, he empezado a trabajar desde casa el lunes, pero los muy cabritos aún no me han dado nada que hacer.

—Bueno, al menos estás progresando bien. ¿Sin problemas después de la operación?

—No, el planeta va a tener que aguantarme un poco más. Hablando de cargas, ¿dónde está el vejestorio?

—Ah, sí, llegas justo a tiempo para unirte a él en la actividad de esta mañana.

—Dios, ¿otra vez el ventrílocuo? La última vez que vino, mi padre le hizo recitar todas las palabrotas que se le ocurrieron sin mover la boca.

—Lo sé, me acuerdo. La enfermera puso los ojos en blanco.—En justicia al artista, lo intentó. Aunque recuerdo que no se le daban muy bien las que empezaban por B y por F, y había unas cuantas.

Con las de C no se defendía tan mal. Se echó a reír.—No, por suerte hoy toca algo menos movido. Están aprendiendo, o intentando recordar, cómo se hace punto.

Mullens hizo una mueca.—Dios bendito. ¿Te parece buena idea?

—Ven y mira tú mismo. Por aquí. La enfermera llevó a Mullens a la sala de estar.

Un grupo de residentes estaba sentado alrededor de una mesa grande. La joven monitora estaba enfrente, ocupada ayudando a una anciana que miraba con la vista perdida su par de agujas de madera. Como de costumbre, el padre de Mullens estaba en medio del grupo, agitando su kit de punto y vociferando a pleno pulmón.

—¿Decías? —dijo Mullens a la enfermera.

—¿Qué es todo esto, George? —dijo la enfermera, acercándose a la mesa.

—No me deja hacer lo que quiero —se quejó George.

—Mira, George, tu hijo está aquí —dijo la enfermera, intentando distraerlo de su perorata.

—¿Quién? George clavó los ojos en Mullens.—Bah, él. Creí que decías a otra persona.

—¿Qué otra? Solo tienes un hijo, pa —replicó Mullens.

—Sí, y bien que lo sé, joder.

—Pues buenos días para ti también.

—¿Estás de coña? Este payaso quiere que teja —protestó, y volvió a agitar las agujas.

—Tranquilo, pa. Mullens le sujetó los brazos a su padre y se los bajó con suavidad sobre la mesa.

—Eh, Víctor, ¿tú qué estás haciendo? —George dio un codazo a su vecino más cercano.

Víctor lo miró y luego volvió a un ovillo enredado, apretándolo suavemente, una y otra vez.

—Diana, este es el hijo de George, Mark.

—Su padre es todo un caso, ¿verdad? Sonrió con nerviosismo.

—Se me ocurren otras palabras para describirlo.

—Eh, ¿de quién habláis? —interrumpió George.

—De ti, pedazo de plaga.

—Dennis, ese soy yo, ¿eh, chicos? —George aporreó la mesa.

Uno o dos de sus compañeros levantaron la vista y sonrieron.

—¡Gnasher! Un hombre en silla de ruedas, enfrente, se quitó la dentadura postiza y la hizo rebotar sobre la mesa.

—Las vas a necesitar a la hora de comer, Harry. La enfermera le ayudó a recolocar la traviesa dentadura.

—¿Es tu primera vez en la residencia? —preguntó Mullens.

—Sí —dijo la joven monitora.

—Ah, pues suerte entonces. Mullens echó un vistazo a la enfermera. —¿Qué es lo que quieres tejer, pa?

—¡Ay, Dios! —murmuró la monitora.

—Un tanga —anunció George a toda la sala.

—No estoy muy seguro de que eso sea apropiado, pa. ¿Qué tal una bufanda?

—¿Una bufanda? ¿Estás de broma? Aquí dentro deben de hacer cuarenta grados. ¿Pa' qué quiero yo una bufanda?

—¿Y para qué necesitas un tanga?

—Para animar nuestra vida sexual.

—Pa —intentó cortarlo Mullens.

—Tu madre siempre se queja de que soy un inútil en ese terreno, así que un poco de jugueteo con esto y, hala, presto. Soy un dios del sexo.

— —Anda, venga. Todo el mundo sale ganando. Tejo un par de calzones nuevos, tu madre contenta en la cama y hay menos que tejer. Cogió uno de los ovillos y se lo lanzó a la monitora.

—Vale, ya está bien, pa. Enfría los ánimos.

George infló los carrillos.

—Una bufanda, ¿vale?

—Vale —repuso George—. Pero tendrás que colarme un viaducto.

—¿Un qué?

—Un viaducto, ya sabes, para la media asta. Hizo un gesto con el brazo.

—Sí, ¿y quieres que te traiga también una barcaza con eso?

—¿Qué?

Mullens negó con la cabeza. Se apartó un momento para hablar con la enfermera. —¿A qué viene todo esto?

—Es solo la demencia. El cerebro le dispara recuerdos lejanos.

—Eso es lo que acojona, precisamente.

—La enfermedad lo distorsiona todo. En una hora estará con alguna otra función corporal.

—No, eso no es la demencia. Eso es su personalidad.

Volvió a la mesa y ayudó a su padre a desenrollar una hebra de lana, y juntos siguieron las instrucciones de la monitora. Por una vez, George cayó en silencio al concentrarse en el proceso. A la media hora, los dos habían completado con éxito tres vueltas. Sonó el teléfono de Mullens, interrumpiendo la demostración de la monitora.

—Perdón —dijo Mullens.

—Si es tu madre, dile que sigo trabajando. George guiñó un ojo.

Mullens salió al pasillo y respondió la llamada.

—Bueno, bueno, bueno, si no es el jefe para todo en persona. ¿Qué tal lo llevas, capullo número uno? Quiero decir, ejem, buenos días, jefe.

—Ya era hora —replicó Bone—. Y buenos días para ti también, cabezón. ¿Cómo estás hoy?

—Por desgracia para ti, sigo aquí, aunque estoy en la residencia de mi padre, y me hace plantearme si debería retirar mi eterna gratitud a Will por comerme la boca y salvarme la vida.

—Escucha, tengo un trabajo para ti, si te ves con fuerzas.

—Dios, sí. Lo que sea, con tal de salir de casa. Me estoy volviendo loco de aburrimiento. Unos días más y estarás investigando la brutal agresión y asesinato de tu compañero a manos de su mujer enloquecida.

—¿Qué tal el tiempo por ahí ahora? ¿Están las carreteras despejadas?

—Sí, matadero de granizados, pero las carreteras están bien.

—Necesito que conduzcas hasta el Stirling Agricultural College y hables con un estudiante llamado Fergus Dulhoon. Podría estar relacionado con un incidente grave aquí arriba.

—Sí, Sheila me puso al día. Apuesto a que los lugareños ya se arrepienten de haberos dado la bienvenida.

—La carnicería habitual de la RCU. ¿Cómo no va a gustar?

—*Sí, Sheila me puso al día*. Una de las residentes se le había acercado por detrás, imitando su acento grave.

—Lo sé, ya lo has dicho —dijo Bone.

—No, ese no he sido yo.

—*No, ese no he sido yo*, repitió la anciana, con una imitación inquietantemente precisa.

Mullens miró alrededor buscando ayuda.—Dentro hay punto —dijo, intentando persuadirla para que se fuera.

—*Dentro hay punto* —repitió como un loro.

Apareció una enfermera.—Señora Dawson, venga conmigo.

—*Venga conmigo* —dijo la residente, subiendo la voz un par de octavas.

La enfermera se la llevó y, en la puerta de la sala, la anciana se volvió y saludó con la mano.

—Perdón, jefe, esto hoy está como en *El exorcista*. ¿Qué decías?

—El chaval está en segundo curso en la facultad. Tiene habitación en la residencia de estudiantes.

—¿Y qué tiene que ver con el follón de ahí arriba con vosotros?

—No estoy seguro aún, pero hay algo que no me cuadra con este tío, o con su familia, ya puestos.

—¿Seguro que no es tu cabeza la que no te encaja bien en el cuello?

—Bueno, también está eso, pero es un crío de la zona. Sus padres tienen una granja cerca, y bastante cerca de la escena del crimen. Si consigues dar con él, pregúntale dónde estaba hace dos días cuando ocurrió el crimen y si cogió el quad de su padre prestado. Cuando hablábamos con sus padres en la granja, alguien se lo llevó. Si necesitas más, Sheila lo sabe todo.

—Vale, a ver qué puedo averiguar. Gracias, jefe.

—Dios mío, ¿me acabas de dar las gracias? Espera, que lo grabo con el móvil.

—¿Ves? Estoy perdiendo la puta cabeza encerrado en casa. Como siga así, hasta dejaré de soltar tacos.

—No te esfuerces demasiado, ¿de acuerdo? Sigues recuperándote de una operación de corazón importante y, técnicamente, estás oficialmente trabajando desde casa.

—Solo es Stirling en coche. No es precisamente una carrera de fondo de cincuenta kilómetros.

—Hasta luego, Mark.

—Señor. Mullens colgó y volvió a la sala de estar.

Se sorprendió al encontrar a su padre aún completamente absorto en la actividad, igual que el resto de residentes.

—Vaya, buen trabajo —dijo Mullens a la monitora.—La única vez que está tan callado es cuando duerme. Le dio una palmada en el hombro a su padre.—Estupendo, pa, dos vueltas más.

George miró a su hijo, con la lengua fuera de la boca por la concentración, y volvió a la tarea que tenía entre manos.

—Le ha cogido el truco de verdad —dijo la monitora.

—Va a salir una bufanda estupenda —continuó Mullens.

—Es una rebeca para tu madre. Le encantan las rebecas, ya lo sabes. George volvió a mirar.—¿Crees que le gustará?

—Le va a encantar, pa —respondió Mullens, y le sonrió a la monitora.

Dieciocho

Cuando Bone y Walker regresaron al pueblo de Loch Gillan, el aparcamiento del hotel estaba hasta los topes de vehículos policiales.

El jefe forense Frank Cash saltó de uno de los Land Rover.

—Una visión que alegra la vista —dijo Bone, acercándose a su colega—. ¿Qué demonios os ha entretenido?

—Cosa de Dios; échale la culpa a él, o a ella —replicó Cash—. Hemos tardado un ratillo en pasar el equipo por el desfiladero, pero no ha habido que lamentar vidas, así que todo bien. Me han dicho que vuelves a estar hasta el cuello de fiambres, Duncan.

—Ha sido jodidamente difícil, dejémoslo ahí.

—Nos han llamado para asistir al equipo forense de Lomond, que creo que anda por ahí —Cash señaló hacia el lago—. Al parecer, tienen demasiados escenarios del crimen para apañárselas solos. No haces nada a medias, ¿eh?

—Hace un par de noches descubrí a dos víctimas en la isla de Balhuish...

—La Isla de los Muertos —le cortó Cash—. Con ese nombre, el asesinato estaba cantado. El Súper me ha puesto al día de casi todo. ¿Uno muerto, uno crítico y otra víctima en el pueblo de Balhuish?

—Correcto —contestó Bone—. Aún sin identificar, pero lo más probable es que sean forasteros.

—¿Recién casados, no? DC Harper me ha mandado una galería de fotos.

—O al menos iban vestidos como tales. Acabamos de pasar por el Loch Gillan Estate Hotel. Tienen cabañas junto al agua, exclusivas, aisladas, muy populares para escapadas románticas.

—Y perfectas para un asesinato —interrumpió Cash.

Buchan se acercó desde el hotel.

—DI Buchan, te presento a nuestro jefe de forenses, Cash. Lesley es de la comisaría de Drumgoil.

Cash asintió. —Así que te ha enganchado en una de sus telarañas, ¿eh?

—Más nudos por hora, señor.

Bone recorrió el aparcamiento con la mirada. —¿Dónde está Danny, Lesley?

—Está en Balhuish ayudando al equipo forense a montar todo.

—Creemos que las víctimas podrían haberse alojado en la finca y que salieron en una de las barcas que vienen con la cabaña —continuó Bone.

—¿A estas alturas del año? —frunció el ceño Cash.

—Un jardinero avaricioso aceptó un soborno y entregó las llaves una semana antes. La cabaña está precintada, así que es toda vuestra.

—Vale, pero tendré que coordinarme con la forense Bennett. Técnicamente, manda ella: es su territorio. La llamaré por radio para avisarla de que estamos aquí. Me vendría bien ir a la Isla de los Muertos para hablar cara a cara, ver a qué nos enfrentamos y qué ayuda necesita. Me encanta ese nombre, Isla de los Muertos. —bajó la voz con afectación—. ¿Por qué se llama así?

—Está sembrada de tumbas de reyes celtas y soldados rebeldes —dijo Bone.

Cash frunció el ceño. —Antes nobles, valientes y vigorosos, ahora perdidos y olvidados. Qué triste. Miró hacia el lago y su ceño se acentuó.

—La lancha de rescate costero no está ahora mismo, pero puedo pedirle a un pescador local que te lleve —dijo Bone, cortando su inevitable descenso a la melancolía existencial.

—No, no te preocupes. Con suerte enviará una barca a recogerme. ¿A qué distancia está, por cierto?

—En una de sus lanchas policiales a toda pastilla, diez o quince minutos, como mucho.

—Estupendo, la llamo ahora.

—No hace falta. Walker asintió hacia la lancha policial que se acercaba.

Se aproximó al puerto a toda velocidad, y los forenses reunidos en el muelle dieron un salto atrás, alarmados. Viró con rapidez, desaceleró y quedó atracada con precisión de experto contra el muelle. Un hombre bajo, rechoncho y de cara encendida se apeó de la embarcación con torpeza y subió al muelle; el chaleco salvavidas, demasiado apretado, le estrujaba el torso como un puño furioso estrangulando un bote de kétchup. Se volvió hacia la tripulación y, segundos después, soltó una carcajada atronadora que resonó por toda la bahía.

—Y ahí lo tienes —dijo Buchan, al acercarse—. El DCI.

—Esto no es precisamente la puñetera Cunard, ¿verdad? El DCI volvió a berrear de risa con su propia broma.

Bone torció la cabeza para intentar protegerse los oídos.

—DI Buchan, de todos los garitos de whisky del mundo... —empezó el DCI.

—Es ginebra —interrumpió Buchan.

El DCI puso cara de disgusto. —¿Cómo?

—De todos los garitos de ginebra, *Casablanca*.

—Gracias, Barry Norman. Ah, seguramente eres demasiado joven para acordarte de él. Qué viejo chocho de mierda soy. El DCI volvió a reírse.

Bone miró a Walker y puso una mueca. La valoración previa de DI Buchan sobre su jefe estaba resultando inquietantemente certera.

—Por esa cara de pasmo deduzco que tú eres el DCI Bone, ¿no? El DCI soltó una risita.

—Por desgracia, no. Este es el DCI Bone —corrigió Cash.

—DCI Robert Harris, de la comisaría de Lomond. Mis amigos me llaman Hannibal, pero tú puedes llamarme Robert, ja, ja, ja. Se le cayó la papada y todo su cuerpo empezó a bambolearse arriba y abajo.

—¿No fue Thomas Harris quien escribió esos libros? —preguntó Bone.

—Ya, unos puñeteros zoquetes, ¿eh? Pero es lo que hay cuando entras en el puñetero cuerpo. Harris se carcajeó y un par de gaviotas posadas en el tejado del hotel salieron volando despavoridas.

—Espero que no le importe que me haya metido en esta investigación —dijo Bone.

—No había alternativa. Estábamos totalmente incomunicados allí. Ni siquiera podía comunicarme con la encantadora DI Buchan. *Gracias a Cristo, puñeteramente*, la oigo pensar.

—No podría comentarlo, señor —Buchan forzó una sonrisa.

—Acabo de venir en el cometa del vómito desde la isla. Disculpad un segundo... Harris desenganchó el salvavidas, y las correas salieron disparadas como un sujetador masculino descontrolado. —Ah, mucho mejor. Hacen estas cosas demasiado pequeñas. No sé cómo aguantáis vosotras esos artilugios día y noche. Estiró los brazos y la barriga le empujó los botones del abrigo. Miró a Bone. —Tú eres el nadador en aguas abiertas de Kilwinnoch, ¿verdad?

—Correcto, sí.

—Pues mis dieses, pero estás como una puñetera cabra. Como ves, yo prefiero comer peces antes que nadar con los puñeteros bichos, a ser posible con patatas fritas. Harris se frotó la panza prominente. —Bueno, gracias por lo que habéis hecho hasta ahora con el caso. Ahora que estoy aquí, me quedo, encantado, como responsable de la investigación.

—Si eso es lo que desea, pero llevo metido en este vendaval tres días y quizá tenga un par de ideas; perdone el lenguaje —Bone se esforzó por contener la frustración.

El DCI soltó otra carcajada atronadora. —¡Esa cara! Tranquilícese, DCI Bone. Esto es demasiado puñeteramente 3D para mí. Soy más de estar detrás de mi mesa con un trago de whisky... quiero decir, café. Y usted también debería. Está mancillando la reputación de los DCI como vagos redomados.

—Encantado de servir.

Walker se mordió la risa.

—Solo he pensado en dejarme ver y comprobar que estáis conformes con seguir sobre el terreno, por así decirlo, y yo coordinaré las operaciones desde mi despacho. En lo que a mí respecta, cuanto antes salga de este paisaje horriblemente hermoso y de este aire puro, mejor.

—A mí también me parece bien.

—¿Entonces responsables conjuntos? Vosotros hacéis todo el trabajo y yo me fumo el puñetero porro. Harris se rió tanto que casi se atragantó con su propia broma.

—Quizá trabajemos por separado en distintas partes de la investigación y nos juntemos cuando haga falta. Así ahorramos tiempo —convino Bone.

—Como una oferta 2x1 —aventuró Buchan.

—¿Ves? Sabía que por ahí detrás de esa cara de culo apaleado había escondido un sentido del humor —dijo Harris.

—Eso fue lo que acordamos el equipo forense de Lomond y yo. Si no, nos estorbaremos mutuamente —intervino Cash antes de que la cosa se torciera.

—Bien, sí. Vale, digamos que yo me ocupo de la isla y la escabechina de Balhuish, y tú te centras en la carnicería de aquí. ¿Qué te parece? —propuso Harris.

—No es exactamente como yo lo diría, pero me parece un plan —dijo Bone.

—No lo bastante lejos —murmuró Buchan.

—Vale, pero antes, ¿podrías ponerme al día de la secuencia de acontecimientos hasta ahora? —preguntó Harris.

Bone estaba a punto de improvisar una excusa para escapar de semejante tortura cuando Harper bajó corriendo las escaleras del hotel.

—Perdone que interrumpa, señor. Nos acaban de avisar desde el hospital. La víctima femenina está consciente.

—¿Y habla?

—No lo han dicho.

—Bien, tenemos que ir para allá.

—Ejem, tengo que autorizar yo esa decisión —dijo Harris.

Bone se volvió en redondo.

—Es broma —bufó Harris—. No, venga, id, dejaos la piel. Yo sacaré el resto de la información de mi colega, Lesley, y de vuestro doble de Joe 90.

—DC Will Harper, señor —replicó Harper.

—¿Tu madre sabe que estás en la calle? —soltó Harris entre risitas.

—Mi madre falleció hace un par de años, señor, así que no —replicó Harper.

—Oh, lo siento. Aunque está claro que, si tú eres su retoño, no murió de vieja. Harris siguió cavando.

Walker negó con la cabeza.

—Cáncer terminal. Harper frunció el ceño.

—Ah, vale. Me callo la puñetera boca.

—Podría ser una buena idea —dijo Buchan.

—¿Cómo están ahora las carreteras principales, lo sabéis? —preguntó Bone, cambiando de tema.

—Mejorando. Deberíais estar bien, con el ocasional roce con la muerte segura. Harris soltó una risita. Echó un vistazo hacia la entrada del hotel. —Pero primero tengo que vaciar los viejos tanques de sentina. Nos vemos ahora. Se alejó tirando de la cinturilla del pantalón.

Bone se volvió hacia los demás. —Bien. Will, ¿puedes avisar al enlace familiar para que nos espere en el hospital? Lesley, necesito que vayas a entrevistar a Jon Hoskins en su estudio de fotografía en Drumgoil y averigües si la pareja lo contrató para una sesión en la isla de Balhuish.

—Vale, hecho. ¿Cómo llego hasta allí?

—Roba uno de los vehículos de apoyo. Seguro que no les importa. Bone sonrió.

Buchan suspiró. —Tengo que decir que es un alivio trabajar con vuestro equipo en vez de con el imitador de David Brent que me ha tocado aguantar.

—No dirías lo mismo si Mullens estuviera aquí —bromeó Walker

.

—Rhona, ¿nos vamos? —preguntó Bone.

Walker puso los ojos en blanco. —Pensé que no lo dirías nunca. Y, inclinándose hacia Buchan, susurró—: —Suerte.

—Les no se equivocaba —dijo Bone cuando ya habían cruzado el aparcamiento.

—No sé cómo sus compañeros de Lomond no le han puesto precio a su cabeza. O sea, o sueltas tacos o no sueltes ni uno. ¿Qué coño es esa mierda? Y los chistes, ¡Jesucristo! soltó Walker, encendida.

Bone contuvo la risa. —Un «puñetero» más y lo tumbaba. Bien, ¿quieres que conduzca yo?

—¿Estás putamente de la puñetera olla? —respondió Walker, imitando la carcajada estentórea del DCI Harris.

Diecinueve

El Stirling Agricultural College estaba a unas cinco millas de la ciudad, en las estribaciones de los Ochils. El último tramo de carretera era un poco más delicado de lo que a Mullens le habría gustado, pero el coche del parque móvil que un agente le había llevado hasta la puerta era más que suficiente para afrontar las condiciones meteorológicas.

Siguió el GPS por un camino con ventisqueros derritiéndose a ambos lados, giró hacia la entrada del college y continuó por una avenida sinuosa, completamente despejada de nieve, hasta llegar al edificio principal, que parecía una antigua casa de campo con toda su grandeza asociada. Aparcó junto a la puerta principal, en una plaza reservada para el vicerrector, y sintió de pronto el impulso de salir corriendo y garabatear Miami en la placa junto al cargo.

—Lo siento, detective Crocker, mis necesidades van primero. Salió despacio del coche con un gemido y, cogiendo el abrigo y su iPad nuevo—un regalo de su mujer, Sandra, que pensó que un juguete nuevo lo mantendría contento y fuera de su pelo al menos por un rato—, subió los escalones.

—Lo siento, agente. Me temo que no puedo dar ese tipo de información así como así a cualquiera —la secretaria del college le lanzó una mirada por encima de unas gafas de montura de pasta. Estaba encaramada tras un mostrador, como una mantis esperando a atacar al primero que entrara en el vestíbulo—. Existe algo llamado protección de datos, ¿sabe?

—Por favor, no me haga volver hasta Kilwinnoch para pedirle a mi jefe, que está hasta arriba, que me firme un formulario, señora... —Se fijó en su placa con el nombre—. Menzies.

—Se pronuncia Ming-is —le corrigió.

—De nombre y de naturaleza —murmuró Mullens.

—¿Cómo?

—Mire, señora Ming-is, estamos investigando un incidente muy serio. No querrá usted entorpecer nuestras pesquisas, ¿verdad?, y arriesgarse a que haya más daños.

—Lo siento, detective Mullens.

—Es Mullens —replicó con sarcasmo.

—Sí, es lo que he dicho, Mullens —replicó ella con brusquedad—. Podría perder mi trabajo, uno del que estoy muy encariñada. Lo siento, pero hasta que no me demuestre que se han seguido los procedimientos formales, me temo que no puedo ayudarle. Y ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo acumulado. Es mi primer día de vuelta tras la tormenta. Deshizo la mirada fulminante y volvió a aporrear el teclado con exceso de énfasis.

—Puedo llevar esto más arriba, si es lo que quiere —dijo Mullens, probando con las amenazas.

—Está en su derecho, pero estoy segura de que el vicerrector coincidirá con mi postura.

Mullens suspiró. —¿Le han dicho alguna vez que se parece notablemente a la difunta Margaret Thatcher?

—¿Cómo dice? —preguntó la recepcionista.

—Como dijo Arnie en su día, *Volveré* —Mullens hizo una mueca —. Pero sí que puedo dar una vuelta por el campus, ¿o eso también vulnera la protección de datos?

—Adelante, haga lo que quiera —la recepcionista resopló y siguió arremetiendo contra el ordenador.

Al salir, Mullens se fijó en una estudiante que había entrado detrás de él y esperaba su turno para hablar con la recepcionista. Ella le siguió fuera.

—No he podido evitar oír lo que acaba de pasar ahí —dijo, subiéndose la cremallera del anorak.

—Ah, ¿te refieres a la bronca que me ha caído?

—Es una pesadilla total. Todo el mundo le tiene pánico.

—Añádeme a tu lista de víctimas traumatizadas.

—¿A quién buscas? Este college es pequeño.

—A Fergus Dulhoon, ¿lo conoces?

—Más o menos, sí. Su piso está en el bloque C. Puedo llevarte si quieres.

—Sería estupendo. ¿Vuelvo y se lo digo a nuestra amiga?

—¿Estás de broma?

—Sí, lo estoy.

Se rieron y ella llevó a Mullens por el pequeño campus y bajaron un tramo de escaleras entre dos bloques modernos.

—El bloque C está al fondo, junto a los campos.

Siguieron por un sendero despejado de nieve.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Karen Maguire, pero prefiero Kallie —dijo la joven estudiante.

—Dijiste que conoces a Fergus Dulhoon.

—No mucho. Salimos unos tres días.

—¿Amor a la deriva?

—Creo que no le gustó cuando le dije que besaba como Hitler.

—Ya, eso lo explicaría.

—En mi defensa, iba ciega perdida, pero entre nosotros, probablemente era incluso peor que eso.

—Mi mujer me lo dice a menudo, y seguimos juntos —bromeó Mullens—. Así que, aparte de tener la técnica de morreo de una babosa salada, ¿cómo es?

Kallie se echó a reír. —No hablas como un policía.

—Maldición, me has calado —Mullens soltó una risita.

—Era majo. Del tipo callado, ¿sabes?

—Apuesto a que de esos por aquí no abundan.

—Sí, los hijos de granjeros saben cómo montar una fiesta. Comparte con otros dos. Ellos podrán contarte algo más de él. —Se detuvo en el bloque del fondo y pasó el dedo por los porteros—. C doce, creo. Sí, justo en el último piso.

Tecleó un código y la puerta se abrió.

Al pie de la escalera, Mullens se paró. —¿Hay ascensor?

—¿En serio? Si son solo tres plantas.

—Estoy guardando energía para el besucón hitleriano —replicó Mullens.

Kallie resopló de risa. Lo llevó de vuelta por el vestíbulo hasta un conjunto de dos ascensores.

Arriba, comprobó los números de las puertas. —C doce, esta —dijo, y llamó al timbre.

Sonó con estridencia al otro lado.

—Seguro que siguen todos en la cama —dijo ella.

—¿O en clase?

—¿Lo dices en serio? —sonrió y llamó de nuevo.

—Ya va —sonó una voz ronca al otro lado, y la puerta se abrió.

—¿Sí? —un joven con una camiseta descolorida y pantalones de pijama los miró con los ojos legañosos.

—Sargento detective Mullens, de la comisaría de Kilwinnoch. ¿Podemos hablar, señor? —Mullens le enseñó la acreditación al estudiante, que se quedó de piedra.

—¿Qué? —dijo el joven, aturdido, con el pánico subiéndole a la cara—. Ya estaban puestas las llaves en el tractor. Solo lo llevamos al otro lado del campo. Si es culpa de alguien, es del servicio de fincas por dejarlas allí de entrada. —Vio a la chica riéndose junto a Mullens —. Ah, hola, Kallie. —Intentó arreglar el nido enmarañado que se le tambaleaba encima de la cabeza.

—Solo te estoy tomando el pelo —Mullens sonrió y Kallie soltó una carcajada—. Busco a tu compañero de piso, Fergus Dulhoon.

—Ah, vale, sí, sin problema. —Echó un vistazo al interior del piso —. Eeeh, será mejor que paséis, supongo. No hagáis caso al desorden. Aún no hemos limpiado después del finde —dijo el compañero, entrando con cautela en la cocina compartida.

—Creo que podríamos presentar cargos por uso indebido del término «desorden». Esto es una obra de arte. Mullens examinó la devastación en descomposición que tenía delante.

—Tienes que abrir una ventana, Callum, aquí huele fatal —dijo Kallie, alzando las cejas.

—Sí, esas hierbas con las que estáis «cocinando» son fuertes de narices. Unos minutitos más respirando eso y salimos volando como cometas. Mullens sonrió.

El estudiante, apurado, se rió con nerviosismo y abrió todas las ventanas.

—Entonces, ¿está en casa? —preguntó Mullens.

—¿Quién? Ah, Fergus, perdón, llevo una resaca de caballo. ¿Le importa si me cojo una bebida?

—¿La del perro? —preguntó Mullens.

—Dios, no. —Se le revolvió el estómago— Irn Bru.

—Nunca más, ¿eh?

—Algo así. Abrió uno de los armarios y una caja de cereales se vino abajo, esparciendo copos por el suelo.

—Si fuera yo, echaría la leche ahí mismo y me pondría a comer —comentó Mullens.

—Ya veo que aquí encajarías de maravilla —dijo Kallie.

Callum encontró una botella sin abrir en un armario casi vacío y, con un gran siseo, se bebió de un trago la mitad.

—Eh, eso es mío, cabrón. Apareció un segundo compañero, vestido y con un portátil en la mano—. Ah, hola, Kallie —añadió con la misma expresión bobalicona. Entonces vio a Mullens en un rincón, sentado en la única silla que quedaba libre de trastos.

—Scott, este es el detective...

—Sargento detective Mullens, y antes de que empecéis, no es por vuestras aventuras con maquinaria agrícola anoche.

—Vale, entonces... El segundo estudiante miró a su compañero.

—El detective viene por Fergus.

—No está. Llamé a su puerta esta mañana. Pensé que por fin había vuelto anoche, pero debía de ser alguno de vosotros —dijo el segundo compañero.

—¿Os importa si os dejo ya? —preguntó Kallie—. Tengo clase en diez minutos.

—Sin problema —dijo Mullens.

—Encantada, y nos vemos luego, chicos.

Mullens se volvió hacia los dos conejos deslumbrados por los faros que tenía delante. —Así que tú eres Callum.

—Hargreaves —respondió el Compañero Preocupado Uno.

—¿Y tú eres?

—Scott Meharg —tartamudeó el segundo compañero preocupado.

Mullens sacó el iPad de la bolsa, miró un segundo la parte delantera y luego buscó el botón de encendido.

—Está arriba, ahí —indicó Callum.

—Gracias. Es nuevo del todo y aún me estoy haciendo a él. Mullens toqueteó los botones torpemente.

—Se toca la pantalla; solo dale un toque —añadió Callum.

Mullens le metió un porrazo con el puño y no pasó nada.

—No, suave.

Lo intentó de nuevo, pero el aparato siguió negándose a obedecer.

—A la mierda. Devolvió el objeto a la bolsa y lo cambió por su vieja y fiable libreta.

—A la antigua usanza. Sonrió y pasó a una página nueva, garabateando sus nombres. —Vale —dijo con un suspiro—. Vamos a empezar de nuevo, ¿os parece? Habéis mencionado que ha estado fuera. ¿Ha estado ausente mucho tiempo, entonces?

—Un par de semanas —dijo Callum, echando un vistazo a su compañero de piso.

—Creo que podría ser más, quizás —repuso Scott.

—¿Sabéis por qué se ha largado sin dar señales?

—Él, eh... —empezó Callum.

—¿Qué? —apremió Mullens.

—Tenía algunos problemas para pagar la factura del alojamiento del trimestre.

—¿Os lo dijo?

—Sí, estaba preocupado porque fueran a echarlo.

—¿Sabéis por qué no lo pagaba y si ahora ya lo ha pagado?

—No lo sé. Nunca parecía tener dinero. Siempre nos estaba gorroneando —intervino Scott.

—¿Habéis avisado a la facultad de que no aparece?

—No es que esté desaparecido. Quiero decir, no pensábamos que lo estuviera, pero ahora que está usted aquí, quizá deberíamos haberlo hecho. Solo pensamos que quizá se habría ido a casa para que sus padres pagaran o algo así.

—¿Puedo ver su habitación?

—Seguro que estará cerrada con llave —dijo Callum.

—Yo tengo una de repuesto —interrumpió de nuevo Scott—. Siempre se deja las llaves dentro, así que se hizo una extra de manera ilegal. Se detuvo y miró a Mullens.

—Por una pequeña propina, no se lo cuento a la dragona de recepción. Mullens sonrió.

—Ah, vale, está de broma —respondió Scott con un suspiro de alivio—. No sé por qué acepté quedarme la llave, si me ha despertado Dios sabe cuántas veces para que le dejara entrar.

—¿Puede dejar *que yo* entre?

—Oh, sí, claro. Por aquí.

Mullens se despegó de la silla y siguió a los dos compañeros de piso hasta el final del pasillo. Scott se agachó en su habitación y reapareció empuñando la llave.

—Esta es su habitación, aquí, enfrente —dijo Scott.

Trasteó con la cerradura un momento, empujó la puerta y Mullens entró.

La habitación estaba sorprendentemente recogida. La cama individual, pegada a la ventana, estaba hecha, y una guitarra eléctrica descansaba encima. Las paredes contiguas estaban cubiertas de pósteres de varias bandas de metal.

—Me encanta Motörhead —dijo Mullens—. ¿Es músico?

—Creo que eso es estirarlo un poco. Sabe tocar dos canciones —dijo Scott.

—Una y otra vez, y a todo volumen —añadió Callum, asomándose por la puerta.

Mullens echó un vistazo al resto de la habitación. —¿Es siempre así de pulcro?

—Las limpiadoras vienen todas las semanas. Tenemos que limpiar antes de que lleguen; si no, nos ponen multas.

—Supongo que vuestra cocina no entra en su ruta de limpieza, ¿no?

—Creo que han dejado hasta de entrar ahí —respondió Scott.

—Entonces, ¿habrán estado aquí desde que hizo su numerito de desaparecer?

—Diría que sí.

Mullens se acercó al escritorio de estudio encajado bajo la ventana. Los libros y papeles estaban apilados con cuidado encima. Abrió un bloc A4 y hojeó páginas de garabatos, cálculos y mapas mentales toscos.

—¿Cómo es él, entonces? ¿Os lleváis bien con él los dos?

—Sí, está bien. Trabaja duro, pero también le gusta salir.

—¿Bien?

—Quiero decir, buenos colegas, sí, pero no está mucho por aquí, la verdad —matizó Callum.

—¿Muy bebedor?

—Somos estudiantes de Agrícolas —dijo Scott.

—Ya, pregunta tonta. Y esto de la preocupación por el dinero, ¿cuándo empezó?

—No me acuerdo. Al principio del primer trimestre estaba bien, pero la cosa parecía ir a peor.

—¿Hablaba de por qué estaba sin un duro?

—La verdad es que no. Creo que le daba un poco de vergüenza —dijo Callum.

Mullens revisó un perchero con ropa colgada en un armario sin puertas.—¿Eso es toda su ropa?

—Ni idea —dijo Callum. Se volvió.— Su abrigo no está. Asintió hacia el colgador vacío de la puerta.

—Y las botas tampoco. Se supone que deberíamos guardar las botas llenas de barro en estas cajas —dijo Scott, levantando un contenedor de plástico del tamaño de los de reciclaje.

Mullens vio una papelera junto a la cama y, arrodillándose, revisó su contenido. Debajo de dos latas vacías de Coke y unos cuantos envoltorios de chocolatinas, rescató unos papeles de color rosa, retorcidos en un rulo apretado. Desplegó el ovillo sobre la cama y lo fue deshaciendo, separando uno, luego otro, hasta contar ocho en total.

—Son resguardos de apuestas —dijo Mullens—. ¿Le iba el juego?

—Primera noticia —dijo Callum.

Scott se encogió de hombros.—Aunque siempre estaba con esos juegos online, Cal.

—¿Qué juegos online?

—Las tragaperras, las slots —dijo Scott.

Mullens frunció el ceño.—Pues eso es juego, ¿no?

—No lo veía así. A bastantes estudiantes les va. Nos ayuda a desconectar.

—Mientras las empresas os despluman hasta el último céntimo.

—Bah, normalmente la gente juega con calderilla.

—Empieza con calderilla y acaba con la camisa perdida —replicó Mullens—. Es una jodida pendiente resbaladiza, chavales, y mejor ni acercarse. Entonces, ¿creéis que podría haberse metido en algún lío con su distracciónita, eh?

—Desde luego que lo explicaría.

—¿Sabéis si estaba pidiendo dinero prestado a alguien?

—¿A otros estudiantes, quiere decir?

—A quien fuera: estudiantes, bancos, empresas de préstamos, usureros.

—¿Usureros? —respondió Callum, sorprendido.

—Si tiene un problema con el juego, es como una enfermedad, tan mala como la adicción a la heroína. Y cuando se pone fea, los adictos hacen lo que sea por alimentar el hábito, incluidas visitas a usureros.

—Dios, no lo sé —dijo Callum.

—¿Algún doble de Hulk Hogan llamando a vuestra puerta a medianoche, amenazando con confiscaros los cojones?

—No estará metido en líos, ¿no? O sea, ¿no creerá que le han dado un palo o algo así? —preguntó Scott.

—Nos gustaría hablar con él en relación con una investigación en curso.

Callum negó con la cabeza.—De verdad que no creo que Fergus fuera adicto al juego. Lo habría dicho.

—No sé —se metió Scott—. Igual le daba una vergüenza enorme admitirlo.

—Suele pasar con los adictos —dijo Mullens.

—Desde luego estaba más preocupado y más quejica justo antes de irse —añadió Scott.

—¿Cómo de quejica?

—Estaba harto, sin más. Pero todos lo estábamos al final del primer trimestre. Es larguísimo, con un montón de trabajos de mierda, ¿sabe? —dijo Callum.

Mullens aplanó uno de los resguardos.

—Esto es un resguardo de carreras de caballos —dijo. Alisó el pliegue de la parte superior—. —¿Saben dónde está Bonanza Bookmakers? Se echó a reír—. —Bonanza de los cojones, menuda broma.

—En la High Street de Stirling, creo —dijo Callum.

Mullens se puso en pie—. —Bien, gracias, chavales. Aquí tienen mi tarjeta. Si Kenny Rogers vuelve a la carga, denme un toque.

—¿Quién? —preguntó Callum.

—Kenny Rogers, 'The Gambler'? Mullens negó con la cabeza—. —Da igual. Simplemente avísenme si aparece, ¿de acuerdo? Y si se os ocurre cualquier otra cosa que nos ayude a dar con él, sería estupendo.

Lo acompañaron hasta la puerta.

—Muchas gracias por su ayuda.

—No hay problema, y si sabemos algo, le llamamos enseguida —dijo Callum, agitando la tarjeta de Mullens, y cerró la puerta.

Mullens volvió hacia el aparcamiento de recepción. En el coche del parque móvil llamó a Baxter, pero su teléfono dio tono sin que contestara. Se subió y, antes de poder girar la llave, ella le devolvió la llamada.

—No me digas: ¿has salido a comprar más acciones de Golden Virginia? —bromeó Mullens cuando contestó.

—¡No! —replicó Baxter—. —¡Cómo te atreves! Que sepas que estaba empolvándome la nariz y, antes de eso, sí, estaba fuera dándome el segundo del día.

—Y los que te quedan.

—Toda la verdad y nada más que la verdad. En fin, basta de mí y de mis pulmones: ¿qué tal vas o, mejor dicho, cómo le va al mundo contigo de vuelta? ¿Has conseguido montar algún follón ya?

—No, eso se lo dejo a nuestro jefe. Oye, ¿me harías un favor?

—Por ti, jamás —respondió Baxter.

—Gracias. ¿Podrías mirarme usureros en activo que operen por la zona de Stirling?

—Si vas justo de pasta para una empanadilla rebozada, seguro que puedo estirarme y comprarte una.

—¿Por qué has tenido que mencionar eso? Sabes que tengo prohibido hasta pensar en ellas.

—Perdón, eso ha sido un golpe bajo.

—Sí, y un cinturón que cada vez me queda más grande, además —dijo Mullens.

—Enseguida me pongo con ello. ¿Qué tal te ha ido en la facultad?

—Dulhoon no está, pero puede que el viaje no haya sido en vano. Llámame cuando lo tengas, ¿vale?

—¿Adónde vas ahora? —preguntó Baxter.

—A buscar un sitio que venda ensilado y mierda de conejo haciéndose pasar por un fish supper de Sandino. Tengo un hambre canina.

—Ni voy a preguntar —replicó Baxter, y colgó antes de que Mullens pudiera explayarse.

—Vale, Mark —se escrutó en el retrovisor—. —Tú di que no. Tú di que no —murmuró una y otra vez, y salió del aparcamiento.

Veinte

Cuando Bone y Walker llegaron al hospital, a la novia herida la habían trasladado de la UCI a una unidad de cuidados especiales. Bone les dijo a los dos agentes de enlace con la familia que se quedaran en el pasillo, fuera de recepción, y luego entraron.

—Por el momento, la señora McDermid está estable, y el cirujano consultor está satisfecho con su evolución, pero sigue muy delicada —dijo la enfermera del mostrador.

—Un momento, ¿sabe su nombre? ¿Le ha llamado alguno de mis compañeros? —Bone miró a Walker.

—No, sus padres han venido hace unos veinte minutos.

—¿Cómo?

—Clare pidió ver a su madre, y conseguimos su número fijo a partir de la dirección que nos dio. Íbamos a llamarla.

La enfermera condujo a los detectives por recepción hasta una pequeña sala con cuatro unidades separadas por mamparas. Al fondo, se detuvo ante una puerta con la persiana echada en la ventana.

—Disculpen un segundo. —Entró y cerró la puerta tras de sí. Instantes después, la puerta se abrió y salió con otra enfermera, que llevaba un cuenco medio lleno de un líquido amarillento rojizo y apósitos empapados.

—Solo unos minutos, ¿de acuerdo? Sigue muy débil y traumatizada. —Les hizo pasar.

Clare estaba incorporada en la cama, con tubos y cables conectados a los brazos y la cara. Sus padres estaban a su lado. La madre, angustiada, se inclinaba sobre su hija y le acariciaba la cara con suavidad. El padre, un hombre alto de mediana edad con un traje impecable, rondaba más cerca de los pies de la cama.

—Soy el inspector jefe Bone, de la RCU de Kilwinnoch —dijo Bone en voz baja.

El padre se volvió en redondo. —Ya era hora, caramba. ¿Han detenido al animal que ha hecho esto?

—Lo siento muchísimo. —Bone se acercó a la cama. —¿Cómo se encuentra? —preguntó a la paciente, lívida.

Ella cerró los ojos y giró la cabeza.

—¿Cómo cree que está, maldita sea? —exclamó el padre, exasperado.

La madre se volvió hacia él. —James, cálmate. Este es el policía que salvó a Clare, ¿es así?

—No, yo solo la encontré. Quienes la salvaron fueron los paramédicos de rescate costero con su trabajo valiente.

—Gracias —sollozó la madre. El rostro se le arrugó mientras contenía más lágrimas y volvió a acariciar la mejilla de su hija. —Mi pobrecita. ¿Qué monstruo te ha hecho esto?

El padre inspiró hondo y estaba a punto de hablar, pero se contuvo.

Bone intervino. —¿Puedo saber sus nombres, por favor?

—James Willerby, y mi esposa es Lynda.

Bone volvió a dirigirse a la chica. —Clare, necesitamos hacerle unas preguntas.

—¿Cómo? ¿Ahora mismo? —saltó el señor Willerby.

—A menudo es mejor hacerlo cuanto antes.

—Pero sigue muy enferma. ¿No pueden al menos esperar unas horas más?

—Me temo que no.

—Llevábamos días sin poder localizarla, quiero decir, antes de la ventisca, y nos preocupaba que hubiera vuelto con él.

—¿Con quién?

—Con ese tipejo con el que salía —respondió el señor Willerby.

Clare farfulló algo.

La señora Willerby se inclinó. —¿Qué has dicho?

—Quiero a Laurence —repitió, esta vez lo bastante alto para que los demás la oyeran.

—Salgamos un momento, señor —dijo Bone al señor Willerby.

Le hizo un gesto a Walker, y ella se acercó a la cama.

Bone llevó a Willerby al pasillo del otro lado de la sala.

—¿Cuánto les ha contado el hospital de lo sucedido?

—Muy poco. Algo de que la habían encontrado en una isla remota de Escocia. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? ¿La secuestraron, la llevaron? Esta falta de información es absolutamente inaceptable. Nuestra hija está ahí dentro con lesiones graves y somos los últimos en enterarnos.

—Yo fui el primero en encontrar a su hija y a su marido en la isla de Balhuish —interrumpió Bone la diatriba de Willerby.

—¿Marido? ¿Cómo que marido?

—Cuando los encontré, ambos iban vestidos de ceremonia: ella con vestido de novia y él con chaqué.

—Dios mío, ¿de verdad se casó con el cabrón? Esto va de mal en peor. ¿En qué estaba pensando?

—¿No sabían que se iban a casar?

—No. Hasta donde sabíamos, lo habían dejado, y le puedo decir ahora mismo que el día que me lo dijo fue de los mejores de mi vida.

—Entonces, supongo que no le cae bien.

—Es pura escoria.

—¿Cómo se llama?

—¿Y dónde está entonces? Espero que lo tengan detenido, porque si le pongo las manos encima, le retuerzo el maldito pescuezo. Laurence McDermid. No me puedo creer que la haya engañado para casarse con él. ¿Qué demonios hacían tan arriba?

—Se habían alojado en un hotel de cinco estrellas, hasta el 8º de abril.

—¿Cinco estrellas? ¿De dónde sacaron el dinero para eso? Desde luego, de nosotros no.

—Habían reservado uno de sus alojamientos de luna de miel. Estamos intentando recomponer sus movimientos antes de la agresión en la isla de Balhuish.

—Si fuera usted, empezaría su investigación interrogando a esa gentuza de McDermid. Es evidente que coaccionó a Clare para hacer algo que ella no quería, y no me extrañaría nada que esté detrás del ataque.

—¿Tenían entonces una relación tormentosa?

—Intentamos una y otra vez convencerla de que él estaba podrido hasta la médula y que podía aspirar a alguien muchísimo mejor, pero tenía algún tipo de influencia sobre ella. Hasta le amenacé con pedir una orden judicial contra él, pero no quiso escuchar. No consentía que se dijera nada malo de él.

—Si no le importa que le pregunte, ¿a qué se dedica, señor Willerby?

—Soy director de un bufete con despachos en Bridge of Allan y Stirling, Willerby and Wilson. Verá, en mi profesión uno aprende a detectar a los Laurence McDermid de este mundo. Estafadores egoístas y arteros que no se detienen ante nada para conseguir lo que quieren. Si revisa sus archivos, encontrará una retahíla de delitos interminable. Ese hombre tiene la delincuencia en los genes.

—¿Qué tipo de delitos?

—Robos, fraudes, lo que quiera. Es un monstruo corrupto, mentiroso, manipulador y narcisista, y no me sorprendería ni lo más mínimo que todo esto fuera cosa suya, otra de sus marrullerías para hacerse con el dinero de Clare o, ya puestos, con el nuestro.

—Señor Willerby, tenemos razones de peso para creer que Laurence McDermid está muerto. No sobrevivió al ataque en la isla de Balhuish.

—¿Muerto?

—Me temo que sí.

—Ah. Ya. —Willerby respiró hondo—. Bueno, es trágico, pero no voy a derramar ni una lágrima.

—¿Conoce a alguien que pudiera querer hacerle daño a su hija o al señor McDermid?

—Mi hija es un ángel, inspector. La quiere todo el que la conoce. Ese despojo, en cambio, seguro que tiene enemigos a montones, todos cortados por el mismo patrón inmundo que él. Incluso me atrevería a plantear la hipótesis de que él mismo estuviera detrás de esto, pero que en algún momento su malvado plan no saliera como esperaba.

—Desde luego.

Se frotó la frente.—Aún no me creo que se haya casado a escondidas de nosotros.

—A estas alturas de la investigación no sabemos si llegaron a casarse realmente. Pero por lo que ha dicho, parece que no les habría dado su bendición.

—Habría hecho todo lo que estuviera en mi mano para evitar que él arruinara su vida.

—¿De veras?

—Por la vía legal, inspector —Willerby frunció el ceño—. Me preocupa que haya involucrado a alguno de sus amigos delincuentes de baja estofa en todo esto y que vuelvan a por nuestra hija.

—Por eso es imprescindible que su hija hable con nosotros cuanto antes.

—Ya ha visto cómo está. Es como si la hubieran dejado sin vida a golpes, y cuando se entere de que McDermid ha muerto... —Alzó la vista—. ¿Tiene que saberlo ahora mismo?

—No, podemos aplazarlo un poco. ¿El señor McDermid tenía familia?

—Nos dijo que su madre y su padre habían fallecido, pero seguramente era mentira —Willerby se quedó pensando un momento—. Una vez mencionó a un hermano mayor al que no veía desde hacía años. Sin duda también lo habría fastidiado.

—No tendrá alguna dirección o forma de contacto de ese hermano, ¿verdad?

—Tuvimos el menor trato posible con Laurence y su vida tóxica, pero recuerdo que el hermano se llamaba Kenneth, o Ken —suspiró de nuevo—. Ella jamás nos habría excluido de su propia boda así, de manera voluntaria. Sabe lo que eso nos dolería.

—Al menos se va a poner bien.

—Físicamente quizá, pero las cicatrices mentales de algo así no se curan nunca, ¿verdad?

—Aprendemos a vivir con ellas —respondió Bone, y Willerby le echó una mirada—. ¿Podría darme su dirección y un teléfono de contacto, y su hija tenía piso propio?

—Sí, tiene un piso en Stirling.

—Necesitaremos también esa dirección y un juego de llaves, si las tiene, además del número de móvil de su hija, el fijo si dispone de él, y el del novio.

—No se me acelere. Lo último que necesita ahora es un montón de policías arrasando su piso y hurgando en sus cosas.

—Estoy seguro de que desea que detengamos cuanto antes a quien le hizo esto a su hija, señor Willerby. Los agentes serán muy cuidadosos y tratarán las pertenencias y la propiedad de su hija con respeto —Bone le entregó su tarjeta—. Envíe los datos aquí, por favor.

El abogado la contempló unos instantes, como si hubiera perdido el norte, y luego la guardó en el bolsillo del traje.

—¿Volvemos?

—Por mi mujer, ¿podrían, por favor, no mencionar la posibilidad de que nuestra hija se haya casado con ese bastardo, al menos por ahora? Está a punto de venirse abajo del todo. Clare la necesita aquí, y nuestra hija nos necesita cerca.

—Tendremos que volver a entrevistarla muy pronto, aun así. Mientras tanto, facilítenos toda la información que puedan sobre Laurence McDermid, su vida y la relación de su hija con él. Además, si se les ocurre algo en lo que su hija pudiera haber estado involucrada que haya podido desembocar en esta agresión.

—¡Esto es cosa de él, no de ella! —exclamó Willerby.

—De acuerdo —Bone se volvió para regresar.

Willerby le agarró del brazo.—No quiero hablar mal de un muerto. Sé que es una tragedia para su familia; no se la deseo a nadie. No soy mala persona. Pero me temo que no puedo desperdiciar fuerzas en él. Necesito ayudar a mi hija a superar esto y apoyar a mi mujer en esta crisis.

Los interrumpió un alarido gutural y estruendoso. El señor Willerby volvió a toda prisa.

—Laurence está muerto, James —dijo la madre, con el rostro contraído de dolor.

Clare volvió a gritar, esta vez un alarido abrasador, casi mudo, e intentó levantarse de la cama. El señor Willerby corrió a detener a su hija para que no se incorporara ni arrancara el soporte vital de sus brazos. Entró una enfermera y ayudó a sujetarla y calmarla.

Walker salió corriendo y, al poco, regresó con los agentes de enlace, que se quedaron junto a la puerta.

—Mis compañeros están aquí para ayudarles —dijo Bone—. Lo sentimos muchísimo por su pérdida, Clare.

—Déjennos solos, por favor —soltó el señor Willerby, y siguió forcejeando con los brazos descontrolados de su hija.

—Nos encargamos nosotros, señor —dijo uno de los agentes de enlace.

Los detectives se marcharon.

—Pues ha sido todo un éxito —dijo Bone de camino al coche.

—No paraba de preguntar por él, rogándome que fuese a buscarlo. Sentí que tenía derecho a saberlo.

—Desde luego. ¿Dijo algo antes?

—Está gravemente traumatizada y dice que recuerda poco de lo ocurrido, solo destellos de un forcejeo, y luego la caída.

—¿Un forcejeo?

—Cuando insistí, se agitó mucho y la madre también.

—¿Recordaba algún detalle de su agresor?

—Un recuerdo vago de un hombre con pasamontañas. Pensó que era el fotógrafo.

—¿Jon Hoskins Photography? Entonces fue una sesión de fotos, o se suponía que lo era. Volvamos y veamos qué ha averiguado Buchan.—Le sonó el móvil cuando Willerby le envió los datos que había solicitado. Iba a reenviarlos a Baxter y Harper con una actualización de lo sucedido cuando le llamaron.

—¿Le pitaban los oídos, Will?

—Perdón por interrumpir. Unas cuantas novedades. Acaba de llamar el jefe Cash. Forenses pasó una comprobación rápida de ADN

del varón fallecido y ha salido en los registros policiales.

—Laurence McDermid, lo sé.

—Eso es. ¿Cómo se las ha apañado para dejarme fuera de juego?

—Puedo ir más allá. Acabo de conocer a los padres de Clare McDermid.

—¿Quién?

—Los padres de la víctima han aparecido en el hospital.

—¿Sabían algo de lo ocurrido?

—Ni idea, y tampoco de que pudiera haberse casado. El padre tenía cosas interesantes que decir del novio. Le pongo al día luego. ¿Algo más?

—Cuando Cash dio la identificación por teléfono, encontramos una coincidencia en la lista de bodas. Se casaron hace tres semanas, el 17 de marzo en el Registro de Monteith. Llamé y hablé con la registradora. Dijo que no lo recordaba, pero luego volvió a llamar para confirmar que se casaron solos, con solo dos testigos, sin invitados.

—Vale, entonces definitivamente casados. Por el tono de emoción en tu voz, noto que tienes algo más que contar.

—También he estado revisando el móvil de Trough, y hubo tres llamadas y mensajes del mismo número el día antes del ataque.

—¿Qué dicen los mensajes? —preguntó Bone.

—Son algo crípticos. Tres en total. El primero dice: *¿Seguimos mañana a las dos?* El segundo es la respuesta de Trough: *¿De verdad?* Y el tercero, del llamante, unos minutos después, un emoji de cara riéndose.

—¿Puede rastrear el número?

—Sí, ya lo he hecho, y aquí es donde se pone interesante. El número está a nombre de un tal L. Kilpatrick, de Two Harbour Lane, Loch Gillan.

—Esto sí que *es* interesante —respondió Bone—. Vale, aguanta. Vamos para allá. —Iba a colgar—. Ah, Will, ¿sigue ahí?

—Sí.

—La víctima, Laurence McDermid, tiene un hermano que vive en Stirling, Kenneth McDermid. ¿Puede pedirle a Sheila que vea si

localiza dónde está? También va a necesitar agentes de enlace familiar.

—Señor. —Hubo una pausa—. ¿Algo más?

—Seguramente sí, pero ahora no caigo —Bone colgó.

—¿Noticias? —preguntó Walker.

Bone sonrió.—Posible portada. Vamos, te lo explico por el camino.

Veintiuno

Mullens abrió el recipiente de plástico con ensalada de alubias variadas y olisqueó.

—Joder —se estremeció—. Mis pedos huelen más apetitosos que esto. Con cautela, se metió en la boca una cucharada de aquella pasta marrón y espesa, y se le desencajó la cara. —Virgen santa. Escupió el pegote otra vez en la caja y cerró la tapa a toda prisa. Miró hacia el aparcamiento del supermercado y se planteaba volver para coger algo un poco más comestible cuando sonó el teléfono.

—Me has salvado por la campana —dijo—. Buenas tardes, Sheila.

—Acabo de enviarte la lista de los usureros que tenemos en nuestros archivos o en el radar, como pediste.

—Espera. Abrió el adjunto, pasó la vista por la lista de nombres y se detuvo.

—Craig Sneddon sigue en ello, por lo que veo. ¿No pensabas que él y sus hermanos seguían entre rejas?

—Libertad anticipada el año pasado tras cumplir seis de ocho por buena conducta.

—¿Él, buena conducta? ¿Y ahora está otra vez al lío?

—Eso parece.

—¿Y los hermanos también?

—Siguen dentro, pero en SCD creen que continúan implicados en sus actividades de una manera u otra.

—¿Así que SCD está investigando a Sneddon?

—Sí, por todo lo de siempre: usura, blanqueo, extorsión, bla, bla, pero Craig es una anguila y aún no han podido pillarle nada.

—¿Operaciones encubiertas?

—Creo que sí.

Mullens repasó la lista. —Me sorprende que haya más operando tan cerca de su barrio.

—La lista cambia casi cada semana.

—Sí, según va espantando a la competencia.

—O algo peor.

—Esperemos que no —replicó Mullens—. Vale, iré a tener unas palabritas con el señor Sneddon.

—¿Seguro que es buena idea? Vosotros dos tenéis historial, ¿no?

—Bah, será entretenido.

—¿Quieres que confirme con SCD y con el comisario si les parece bien que vayas a verle?

—Solo dirán que no. Dejémoslo para después de que haya ido a verle.

—No me hace ninguna gracia, pero vale. Tengo su dirección aquí, espera.

—No te preocupes, sé dónde vive.

—Ten cuidado —dijo Baxter.

—Ahora parece que ese es mi segundo puto nombre —rezongó Mullens.

—Yo creía que era «cabeza de huevo» —Baxter soltó una risita.

—Muy bueno, Sheila. Y algún día te enseñaré a decirlo sin ese saco de ciruelas de colegio pijo en la boca.

La casa de Sneddon, una antigua vivienda social reconvertida en fortaleza, estaba en el oscuro corazón de la urbanización Raphorse, o, como la llamaban cariñosamente los lugareños, «The Ratarse».

Mullens zigzagueó con el coche del parque móvil por una extensión de descampado, esquivando coches calcinados y montones de basura arrojada ilegalmente, podrida y oxidada. Entró en un callejón sin salida, y la presencia de dos osos rapados y

mazados en el cruce indicaba que estaba entrando en el territorio de Sneddon. Redujo y bajó la ventanilla.

—Buenas tardes, chavales, ¿podéis indicarme el camino al Castillo de Stirling? Me he debido de equivocar de giro.

Los hombres se acercaron, uno dándole un codazo al otro, pero al llegar al coche, ambos se detuvieron.

—Pensabais que ibais a pillar una propinilla, ¿eh?

Uno de los quinquis olfateó el aire. —¿Lo hueles?

—Sí —dijo el otro—. Huele a madero, fijo.

—¿Podéis decirle a vuestro jefe que me gustaría tener una palabrita, señor Gusanito?

—Ese no es mi nombre —replicó el primer matón.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿cómo te llamas? Mullens se llevó la mano al bolsillo superior de la chaqueta, fingiendo buscar un bolígrafo.

—No está —dijo el segundo quinqui.

—Oh, yo creo que sí, si no, no estaríais por aquí pululando como dos zurullos atascando el codo del desagüe. Id a decírselo.

Uno de los guardas echó a andar por el centro de la calle; sus muslos como troncos chocaban entre sí mientras se bamboleaba lentamente hacia la guarida de Sneddon. Mullens le siguió con el coche y se acercó despacio hasta que el parachoques rozó la pantorrilla hinchada del guarda. Este se dio la vuelta y aporreó el capó. Mullens le guiñó un ojo y el quinqui cruzó a la acera. Mullens se detuvo a su altura y salió.

El quinqui se acercó a una puerta pintada de negro en el centro de una valla alta y maciza de acero que cercaba la propiedad. Una cámara justo encima de sus cabezas giró. Mullens le hizo un gesto con la mano y sonrió, como un padre saludando a un niño pequeño. El interfono crepitó.

—La pasma —dijo el quinqui.

El altavoz chasqueó y carraspeó.

—¿Tiene orden? —siseó la voz al otro lado.

—Dile a tu jefe que soy el inspector Mullens y que traigo buenas noticias.

El altavoz silbó y chirrió y, segundos después, con tres o cuatro golpes secos, la puerta se abrió y apareció un tercer armario

idéntico.

—Los brazos —ordenó el mastodonte.

—¿Abrazos? Qué detalle —replicó Mullens—. No llevo micro ni voy armado, si es lo que le preocupa a tu jefe, ¿o esperabais un poco de acción de *La jungla de cristal*?

—Los brazos —repitió el matón.

Mullens obedeció de mala gana.

El armario cacheó a Mullens y le dejó pasar a un patio delantero asfaltado con un reluciente BMW 4x4 aparcado junto a la casa.

—Bonito coche. Se ve que las prestaciones de la Seguridad Social están generosísimas últimamente. Echó un vistazo al edificio de delante.

Sneddon se había quedado con dos antiguos adosados municipales y los había tirado para hacer uno solo. Un par de enormes, ostentosas columnas blancas de plástico flanqueaban otra puerta reforzada de acero. A Mullens le hizo gracia el contraste.

—Con mucho gusto —dijo, dando golpecitos al plástico hueco al pasar.

El armario llamó a un segundo timbre, y otro armario empotrado recibió a Mullens con un segundo cacheo.

—Vaya, ¿se acabaron los preliminares? Me estaba gustando, pedazo de bollito ardiente —bromeó Mullens cuando terminaron.

El Guarda Uno condujo a Mullens hacia dentro, seguido muy de cerca por el segundo. Al llegar a una puerta al final del pasillo sombrío, el esbirro la aporreó con el puño y se abrió. La estancia daba a un salón de concepto abierto con tres sofás gigantes dispuestos en un amplio semicírculo alrededor de una tele casi del tamaño de la habitación. Había un videojuego en marcha, con el volumen a niveles atronadores. La pantalla estaba llena de carnicería salpicada de sangre mientras gánsteres de dibujos animados se disparaban, apuñalaban y decapitaban entre sí.

Sneddon estaba desparramado en uno de los sofás de espaldas al detective, mirando la tele, moviendo de un lado a otro un mando. El guardaespaldas le llamó, pero los gritos y explosiones que salían de los altavoces, tamaño equipo de sala, eran demasiado fuertes. Se acercó y tocó suavemente a su jefe en el hombro. Sneddon se giró

como si anticipara un ataque. Luego, al ver a Mullens, reanudó la partida. Mullens se aproximó. El guardaespaldas se le puso delante para cortarle el paso. Sneddon alzó la mano y le indicó a su hombre que le dejara pasar.

—Excuse moi —dijo Mullens, y se escurrió con paso vivo a su alrededor.

—Buenas tardes, Craig. ¡Cuánto tiempo sin verte! —vociferó Mullens.

Sneddon le ignoró y siguió jugando. Llevaba unos bóxeres y una camiseta gris llena de agujeros, demasiado corta para su tripa descomunal, que se desbordaba por encima del pantalón. Tenía la cara empapada en sudor y el sudor le chorreaba por la camiseta. Bajó un poco el volumen, pero mantuvo la vista en la pantalla.

—¿Qué coño quieres? —gruñó.

—Encantador. Después de tantos años, ¿eso es lo mejor que sabes decir? —replicó Mullens.

—¿Has venido a acosar otra vez a un honrado pilar de la comunidad?

—Sí, he visto tus pilares fuera. ¿Dónde los pillaste, en Pontins?

—Como ves, estoy demasiado jodidamente ocupado para hablar con salchichitas como tú.

—Graciosísimo. Ya veo lo que has hecho. Dos insultos en uno. Eres más listo de lo que recordaba.

Sneddon aporreó el mando con violencia, pero el sonido murió, el juego desapareció un segundo y luego un «fin de la partida» bailó por la pantalla.

—¡La puta que me parió! —bramó Sneddon—. ¿Ves lo que me has hecho hacer? Iba primero y me has hecho perder, joder.

—La historia de tu vida.

Sneddon tiró el mando al sofá contiguo y se pasó la palma por la parte superior del cráneo calvo y brillante.

—Te lo pregunto otra vez. ¿Qué cojones quieres? —dijo. Su fuerte acento de Govan hacía su gruñido aún más bronco.

—¿Qué tal la vida en las alturas estos días? —preguntó Mullens.

—¿Charla trivial? Vale, hagámosla. Bien, gracias. ¿Y cómo va esa jeta de culo de yegua tan fea a la que llamas tu mujer?

—La leche, ¿hiciste un curso de monologuista en la cárcel? —bromeó Mullens entre dientes—. Tu tiempo cómico ha mejorado una barbaridad.

Sneddon se levantó de golpe. —¡Bú! —le gritó en la cara a Mullens.

Mullens dio un respingo, sorprendido.

—Ah, no ha colado. Qué pena. Solo quería probarte ese corazón nuevo tuyo. Sneddon soltó un sonoro bufido y se recolocó la entrepierna de los bóxeres.

—Es alucinante. Ahora tengo la fuerza de un veinteañero. Soy como Lobezno. Tengo que tener mucho cuidado. Podría romperle el cuello a alguien con el golpecito más tonto de mi puño.

El guardaespaldas de Sneddon dio un paso al frente. Sneddon alzó el brazo y la bestia volvió a su sitio.

Sneddon se puso en pie. —Vale, se acabó esta gilipollez, me estás apestando el aire.

Craig era más bajo de lo que Mullens recordaba, pero no le preocupaba. Era más que capaz de abrirse paso a puñetazos en la mayoría de situaciones, incluso en inferioridad numérica. Cuando Sneddon se giró para encararse con él, Mullens se fijó en que a Sneddon le faltaba por completo la oreja izquierda.

—¿Pequeño accidente ahí, Craig? —Mullens se tiró de su propia oreja—. ¿Tu colega también signa para sordos?

—La cambié por la cara entera del tío —rezongó Sneddon—. Vamos, inspector, suéltalo ya, ¿o te va más tragar?

—¿Has tenido algún trato con un tipo llamado Fergus Dulhoon?

—¿Tratos? —Sneddon volvió a rascarse los bóxeres.

—Venga ya —suspiró Mullens.

—Llevo una empresa legítima de mensajería y taxis. Repartimos pizzas y llevamos despedidas de soltera y soltero a los garitos.

—¿Le prestaste dinero al señor Dulhoon?

—Esos días se han acabado, inspector Mullens. Ponte al día. Ya cumplí mi condena y, gracias al cariño y los cuidados recibidos de nuestro maravilloso servicio penitenciario, estoy totalmente rehabilitado. Soy un hombre nuevo.

—Ah, sí, ¿y estos son todos tus novios, y la valla de seguridad es para que no te asalten las fans?

—Tú mejor que muchos de tus compañeros salchichitas sabes que he acumulado enemigos, y muchos aún querrían despellejarme, rebozarme y freírme. Así que soy muy cauto.

—Las pizzas y los taxis deben de ser muy lucrativos para costear todo esto, ¿eh?

—Sorprendentemente, sí. Te lo recomiendo. Seguro que podrías ganar diez veces, o incluso más, que ese sueldillo patético tuyo.

—Preferiría una irrigación de colon por las cuencas de los ojos —replicó Mullens—. ¿Cuánto pidió prestado?

—Ah, que no escuchas, ¿verdad? —Sneddon se volvió hacia el guardaespaldas—. Nunca lo hacen, Clarence.

—¿Clarence? —dijo Mullens con una sonrisa.

Se volvió hacia el combi humano, que fruncía el ceño con tanta fuerza que la piel de la frente casi le engullía los ojos.

—Qué nombre tan cuqui. Seguro que tu mami está orgullosísima de ti, Clarence.

El guarda dio otro paso al frente, pero Sneddon negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho: ya no presto dinero y no conozco a ese perdedor.

—¿Perdedor?

—Bueno, cualquiera que se mete en deudas es un perdedor, para mí.

—Eso es jerga de usurero. ¿Sabes que hay muertos en Loch Gillan?

—¿Dónde?

—En Balhuish también. Está aquello sembrado de cadáveres. Si te vuelven a trincar, sobre todo si andas metido en alguna trapisonda por allí, vamos, que te van a caer diez años o incluso más que esos seis que acabas de cumplir.

Sneddon miró a Mullens un segundo y luego se dejó caer de nuevo en el sofá. —Si no te importa, tengo cosas que hacer, sitios a los que ir, gente a la que ver y todo eso. Así que te agradecería que te largaras de mi casa y de mi propiedad.

—Aquí no hemos terminado, Sneddon —dijo Mullens.

Sneddon alzó la vista. —Yo cuidaría bien de ese corazoncito. No querrás dejar a tu mujer sola, con tu miserable excusa de pensión. Ahí fuera hace mucho frío.

Mullens estalló. —Como vuelvas a amenazar a mi mujer, te abro un segundo agujero del culo en el cráneo y te cago en los sesos.

Se abalanzó sobre Sneddon, pero el guarda corrió y lo arrancó hacia atrás de un tirón.

Mullens alzó los brazos en señal de rendición. —Vale, calma, bombón —dijo, zafándose de los enormes brazos de excavadora del quinqui.

Sneddon se recolocó la camiseta y arrancó otra partida. —Adiós, inspector. Muérete despacio y con dolor.

Mullens sostuvo la mirada del armario un segundo y, con una sonrisa ladeada, salió de la habitación. El guarda que seguía merodeando por el pasillo le acompañó hacia fuera y de vuelta a la calle, y luego cerró la puerta de acero de un portazo metálico. Mullens se metió en el coche y, con un gruñido de frustración, lo puso en marcha y salió acelerando del callejón sin salida, tocando el claxon a los dos pazguatos que habían vuelto a su puesto en el cruce.

Veintidós

El estudio de Jon Hoskins estaba escondido en una callejuela justo al lado de la calle principal de Drumgoil. Buchan se detuvo en la puerta y echó un vistazo a la selección de retratos dispuestos en el escaparate donde ofrecía sus servicios. Una de las fotos era de una pareja joven, del brazo, en una playa con un atardecer ámbar resplandeciente detrás. A primera vista pensó que era el Caribe o el Mediterráneo, pero luego se dio cuenta de que era la diminuta franja de arena de la isla de Balhuish, con el pequeño embarcadero como punto de referencia detrás de ellos.

Entró y una campanilla tintineó sobre la puerta. La recepción estaba vacía y había varias fotos y marcos de cartulina dispuestos sobre el mostrador. Las paredes de la tienda estaban cubiertas con imágenes similares de parejas felices en paisajes escoceses pintorescos, fundidas en abrazos románticos.

—¿Puedo ayudarte?

Se volvió hacia la vocecilla. —¿El señor Hoskins?

—Sí. —El hombre asintió, se quitó el gorro de lana y aplastó un trasquilón del peinado. —Lesley, perdona, yo... no me he puesto las gafas. ¿Te has recuperado ya de todo aquel karaoke de Nochevieja? —bromeó.

—¿Quién demonios no estuvo en esa fiesta? En fin, perdona, estoy aquí en calidad oficial, Jon.

—Ah, vale. Déjame... —Trasteó por su mesa.

—Tienes las gafas enganchadas al gorro —dijo Buchan.

El fotógrafo las desenredó con vergüenza.

—Así mejor —dijo, ajustándose la montura—. Perdona otra vez, y por no contestar enseguida. Estaba fuera intentando que arrancara la caldera, pero creo que el conducto se ha vuelto a congelar. ¿Ha habido algún accidente o algo así? Quiero decir, el tiempo ha sido absolutamente atroz y...

—No, estamos investigando un incidente en la isla de Balhuish.

—Suena preocupante. ¿Qué tipo de incidente?

—¿No te has enterado, entonces?

—No, los teléfonos y la luz acaban de volver, así que hemos estado en la más completa incomunicación por aquí.

—Una pareja fue brutalmente agredida en la isla.

—Dios mío. Qué horror.

—El señor y la señora McDermid.

—¿Laurence y Clare McDermid, los recién casados? —balbuceó Hoskins.

—Es correcto, sí. ¿Los conoces?

—Yo... eh, sí. Se suponía que iba a hacerles una sesión de fotos hace unos días.

—¿Se suponía?

—Sí, cancelaron en el último momento. ¿Están bien?

—Nuestras pesquisas siguen en curso —esquivó Buchan—. ¿Te reuniste entonces con los McDermid?

—En persona no, y solo traté con el señor McDermid por correo electrónico.

—¿Tienes constancia de eso y de la reserva?

—Sí, claro. —Se sentó a su mesa, con un montón de fotos a un lado, y sacó de un cajón un cuaderno tamaño A4. —La reserva original era para el 3.º de abril. —Déjame comprobar. —Abrió el libro de registro y fue pasando las páginas con el pulgar. —Aquí está. La anoté a lápiz, pero, como ves, la he tachado. —Le dio la vuelta al libro.

—¿Cuándo hizo la reserva y cuándo la canceló?

—No estoy seguro de cuándo contactó por primera vez, pero la cancelación fue justo el día antes de la cita. Eso sí que lo recuerdo,

porque no me hizo ninguna gracia, ya te digo. La política de cancelación en mi web es meridianamente clara: una semana de antelación. Pero, siendo sincero, fue una suerte, porque no me habría apetecido nada quedarme atrapado en la madre de todas las tormentas.

—Dices que te mandó un correo, ¿puedo verlo?

—En realidad, creo que usó el formulario de contacto de mi web —se levantó—. El ordenador lo tengo en la habitación de al lado.

Llevó a Buchan a su casa, detrás de la tienda, y a un pequeño despacho atestado de equipo fotográfico.

—Bienvenida al centro neurálgico, o, como lo llama mi pareja, mi centro de neurastenia —se acercó a un ordenador de sobremesa arrimado a la pared—. Apartó un revoltijo de trípodes y se encajó en una silla.

—Voy a encender esto un segundo —dijo, y tecleó un par de veces, se recostó un instante y luego se inclinó—. Ah, no está enchufado, perdón. Estoy de los nervios. Dos segunditos. Manoseó la regleta y lo intentó de nuevo.

—Cuando la gente rellena el formulario, el mensaje se envía a mi correo de trabajo —se quedó mirando la pantalla unos segundos —.2.º de abril, ya está: remitente, L McDermid.

Buchan sorteó el caos alrededor de la mesa para inclinarse y leer el mensaje.

Mil disculpas. Tengo que cancelar la cita de mañana.
L. McDermid

Hoskins se encogió de hombros.—Así, sin más, sin ofrecer ninguna compensación por las molestias ni nada.

Buchan sacó una libreta y anotó la entrada y la dirección de correo del remitente.

—¿Tienes la reserva original?

—Sí, seguro —escribió «McDermid» en la barra de búsqueda, pero no salió nada—. ¿Eh? —dijo, y retrocedió por las fechas hasta que se detuvo—. Aquí está. Y aquí. Dos en el mismo día. La primera,

esta, era una consulta sobre una sesión en Balhuish. Preguntaba por precios y opciones. Y yo le respondí con mis tarifas y fechas disponibles, aquí —hizo una pausa para que Buchan leyera el mensaje—. Luego me contestó enseguida dando el visto bueno, y yo confirmé. Todo hecho y bien atado en cuestión de minutos.

—¿Sin fianza?

—Trabajo sobre la base de la confianza, pero he tenido tantas cancelaciones este año que estoy pensando en poner una.

—Esta dirección de correo es distinta —dijo Buchan, apuntándola.

—Anda, no me había fijado. Por eso no me apareció en la primera búsqueda.

—Cuéntame un poco en qué consisten tus servicios, señor Hoskins.

—Ofrezco tres paquetes de boda: bronce, plata y oro. El bronce es solo fotos en la iglesia, el banquete y demás. El de plata puede incluir fotos en una localización especial, fotografías adicionales para familiares y amigos, y el de oro incluye vídeo; para eso subcontrato a un socio.

—Entonces, ¿el señor McDermid reservó la opción plata?

—Eso es, sí.

—¿Y sueles trabajar en la isla de Balhuish?

—Puedo hacer sesiones en cualquier parte de la zona. Hay una lista de ubicaciones preferidas en la web, y los clientes pueden marcar la que prefieran.

—¿Y el señor McDermid eligió Balhuish?

—Sí, aunque mi presupuesto incluía un recargo para cubrir mi propio traslado de ida y vuelta a la isla, ya que el señor McDermid explicó que su esposa y él irían por su cuenta desde una de las cabañas del Balhuish Country Estate.

—¿Tienes muchas reservas del hotel de Balhuish?

—Oh, sí, mi pan de cada día. Las cabañas nuevas han sido una auténtica mina de oro para el hotel y para mí, sobre todo entre los recién casados y el mercado de escapadas románticas. Pero esto es una pesadilla en toda regla. Quiero decir, ante todo por la pobre

pareja, pero una noticia tan espantosa tendrá un efecto terrible en mi negocio.—Alzó la vista.—Perdón, suena frío.

—Para nada. Tienes facturas que pagar como todos, Jon. ¿La isla es una elección popular?

—No la más popular, pero sin duda está entre las tres primeras. Creo que es toda esa misteriosa historia céltica, junto con las vistas impresionantes desde lo alto de la isla, lo que la convierte en el lugar soñado para muchas parejas. Te enseño.

Entró en la página principal de su web y abrió la sección de galería. Fue pasando despacio varias fotos espectaculares de la isla y de clientes en distintas poses.—Esta, en particular, me gusta mucho.

Se detuvo en una pareja del brazo entre las tumbas en lo alto de la isla. Iban vestidos con lo que parecían trajes vikingos completos, con escudos, espadas y cascos con cuernos.

—De hecho, llegaron en un drakkar que él mismo había construido.

—¿Y eso es bastante habitual?

—Menos mal que no, pero fue muy divertido y la pareja fue un auténtico encanto: estaban como cabras, pero majísimos.

—Entonces, ¿el señor y la señora McDermid iban a encontrarse contigo en la isla?

—Sí, como puedes ver en mi respuesta aquí. Había quedado en un punto de encuentro con ellos. Es horrible. No entiendo por qué iban a cortar por lo sano, pero aun así fueron para allá, y más con la tormenta que se venía encima.

—Eso es lo que intentamos averiguar, señor Hoskins. ¿Y no tuviste ningún otro contacto ni con el señor ni con la señora McDermid después de la cancelación?

—No.—Se recostó.—Dios los ampare y todo eso.

—De acuerdo, gracias por ahora. Si se te ocurre algo más, por favor, llámame.—Buchan le dio su tarjeta al fotógrafo, todavía conmocionado.

—No soy sospechoso, ¿verdad, Lesley?—preguntó Hoskins.

—Intenta no preocuparte. Solo estamos intentando encajar las piezas.

Hoskins asintió y acompañó a Buchan hasta la puerta.

—Gracias otra vez, Jon. Has sido de gran ayuda.

—Eso espero, Lesley. Y diría que ha sido un placer volver a verte, pero dadas las circunstancias, no parece lo más adecuado.

De camino al coche patrulla, ella se volvió. Hoskins seguía en la puerta, despidiéndose con la mano, hasta que por fin entró.

Veintitrés

De vuelta en Loch Gillan, Bone fue a ver cómo estaba Harper. —¿Lesley no ha vuelto todavía?

Harper levantó la vista del portátil. —¡Qué pronto! Supongo que conducías tú, Rhona.

—¡Qué morro tiene! —Bone se encogió de hombros.

—Ah, el equipo de Criminalística ha pasado por la casa de la víctima.

—¿Y?

—Siguen con la inspección, pero allí estaban las pertenencias de Laurence McDermid, así que está claro que llevaba tiempo viviendo con ella. También enviaron un escaneo de uno de los extractos bancarios de Laurence que recuperaron de un cajón de la mesilla —tecleó en el portátil y se lo giró.

Bone examinó la imagen.

—He resaltado el pago del día 14º de marzo por quinientas libras de parte de un K. McDermid.

—¿El hermano, Kenneth?

—Eso parece, sí. Ah, y el Super ha llamado dos veces.

—¡Dios! Se me ha olvidado llamarle hoy. ¿Estoy en la lista negra?

—No lo ha dicho, pero quiere que vayas a comisaría a las cuatro.

Bone miró el reloj. —¡Joder! Acabo de volver de Stirling. ¿Dijo por qué?

—No, solo que fueras a su despacho.

—Pues tocará bronca. —Bone se volvió hacia Walker. —¿Podrías hacer los honores e interrogar a Kilpatrick? Yo sacaré a Bertha a dar una vuelta.

—O un derrape, un calado o unos tirones—replicó Walker.

—Menuda autoridad impongo entre mis tropas, ¿eh? —Bone echó una mirada a la cafetera vacía y soltó un suspiro.

—¡Ay, perdón, jefe! Eso se lo cargó Lesley.

—Esa es tu versión y de ahí no te mueves—replicó Bone, y se marchó con Walker pisándole los talones. —Cuando termines con Kilpatrick, ¿puedes poner al equipo al día de las juergas del hospital y avisar a la DCI Harris de cómo está el patio? Esa os la jugáis a suertes.

—Ruleta rusa. —Walker hizo una mueca.

Al pasar junto al bar, Bone echó un vistazo dentro. —Hablando del rey de Roma...

Kilpatrick estaba en la barra inclinado sobre una pinta de Guinness, con Junior colgado del taburete de al lado.

Bone siguió hacia recepción. —Si no vuelvo luego, estoy en Andalucía con la pensión íntegra.

—Hasta luego. —Walker saludó con la mano, entró y se acercó a la pareja achispada.

—¿Puedo hablar con usted, señor Kilpatrick?

—Sí. —Kilpatrick sonrió y dio otro buen trago a su cerveza.

—Me refiero a solas.

Walker miró a Junior, que ahora estaba casi doblado en dos. —¿Qué estás haciendo?

—Le estoy enseñando al chaval unos movimientos de Tai Chi—farfulló Junior, visiblemente peor que mal.

—¿Practicas Tai Chi?

—Tiene cinturón negro o como demonios lo llamen—dijo Urquhart, saliendo de la trastienda.

Junior intentó hacer que la boca le obedeciera. —Linway, lineudge holder —arrastró las palabras.

—¿Nivel top? La leche, Junior. ¿Hay algo en lo que no seas puñeteramente bueno? —preguntó Walker.

—Pagar la cuenta del bar —replicó Urquhart—. Y no te sirvo ni una más hasta que lo zanjéis, ¿capisce?

—Ninganprobla —murmuró Junior y, alzando el vaso vacío, brindó con la concurrencia; luego intentó bajarse del taburete, pero este se le escurrió.

Walker le sujetó del brazo antes de que cayera.

—Tienes que irte a casa, comer algo y empapar ese alcohol, Junior —ordenó Walker.

—A la orden, teniente Uhura. —Se echó a reír y salpicó sin querer de cerveza a Walker—. —Ups. Encontró las piernas y las forzó a avanzar hacia la puerta.

—¿Va a estar bien? —preguntó ella.

—Ese hombre va a enterrar a Keith Richards —respondió Urquhart.

Walker volvió a Kilpatrick, que apuraba su pinta a grandes tragos. —Espero que no haya intentado seguirle el ritmo.

—Tengo más capacidad, inspectora. —Se frotó la barriga abombada, que le tensaba la camisa de cuadros.

—¿Podemos usar tu despacho cinco minutos, Gordon? —preguntó Walker.

—Sí, sí, haced lo que os dé la gana. Total, ya tenéis barra libre por todo el maldito sitio —bufó.

—Por aquí —dijo Walker.

Kilpatrick apuró el resto de la pinta y siguió a la detective rodeando la barra hasta el despacho. Ella cerró la puerta tras ellos.

—Siéntese —dijo, señalando la única silla de oficina de la sala.

Kilpatrick se dejó caer en ella y soltó un suspiro de borracho, inundando la habitación con el hedor a alcohol.

—¿Cuántas lleva? —preguntó Walker.

—He perdido la cuenta —dijo Kilpatrick entre hipos.

—¿Algún motivo en particular por el que se esté poniendo ciego? —Walker se sentó en el borde de la mesa a su lado, pero aun así quedaba por debajo de él.

—Ah, ¿se refiere aparte de todos los cadáveres amontonándose y siendo aplastados por el psicópata que los mató? No. No se me

ocurre nada. —Puso una mueca y pareció quedársele fija. Se pasó la mano por la boca para intentar resetearla.

—Cuando la DCI Bone pasó por su casa ayer para ver cómo estaba, dijo que le pareció oír a alguien más allí.

—Era la gata durmiendo arriba, se lo dije. Es un pedazo de trasto inútil.

—También comentó que usted le dijo que acababa de levantarse, pero al darle la mano, la tenía helada, y el albornoz igual. ¿Había estado fuera justo antes de que pasara por su casa?

—¿Qué? Me vendría bien otro trago. Estoy seco. —Chasqueó la lengua.

—¿Había estado fuera justo antes de que llegara? Había sangre en su escalón.

—Sí, de esto. —Se señaló el vendaje, medio colgando entre el pelo apelmazado.

—Recuperamos el móvil de Vincent Trough en su propiedad, y al revisar el historial de llamadas, dimos con un número de móvil registrado a su nombre.

—¿Cómo? —Kilpatrick alzó la vista, desconcertado.

—Le llamó y le envió mensajes tres veces el día antes de los ataques. ¿Quiere explicarlo?

—¿Cuándo fue eso? —Kilpatrick negó con la cabeza—. Voy bastante pedo. No recuerdo...

—El 2º de abril a las 7:33, luego a las 13:22. Una llamada y dos mensajes. El primer texto decía: *Still on for two p.m. tomorrow?* Trough respondió con la palabra «Legit?», y usted contestó con un emoji sonriente.

—Ah, sí, espera, ya sé lo que era. Iba a llevarle un fueraborda para que me lo arreglara. Solo estaba confirmando que seguía apuntado.

—¿Llegó a llevárselo?

—No, cuando oí que entraba la tormenta, no quise arriesgarme a quedarme ahí tirado.

—¿Por qué usó el término *legit*?

Kilpatrick lo pensó un momento. —Bah, tenemos esta broma —se detuvo—. *Teníamos* esta broma de que yo pienso que él es un poco Del Boy y él piensa lo mismo de mí.

—¿Y lo es usted? —preguntó Walker.

—¿El qué?

—Un poco Del Boy —repitió ella.

—Siempre estoy a la caza de buenas gangas, así que supongo que sí, y Trough también era de esos. Podíamos pasarnos horas en el bar negociando el precio de una reparación. Al final, probablemente nos gastábamos más en beber que lo que conseguíamos rascarnos el uno al otro.

—¿Y aún tiene ese fueraborda estropeado?

—Eh, bueno, al final lo arreglé yo mismo. —Kilpatrick bostezó.

—¿Y dónde estaba el día de los ataques?

—Joder. Qué corto soy. Ya caigo. Crees que estoy metido en el ajo, ¿no?

—¿Dónde estaba? —insistió Walker.

—Jesucristo. Llevé a tu jefa allí y me dieron una puta paliza. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Limítese a responder a mi pregunta. —Walker se inclinó aún más.

—Estaba aguantando el temporal en casa, en Loch Gillan, como la gente sensata. Sabía por los partes que iba a ser duro, y cuando el tiempo dice que es malo, aquí arriba siempre es peor.

—¿Habló o vio a alguien esa tarde?

—Iba a venir aquí, pero cambié de idea, así que, aparte de mi gata gorda e inútil, a nadie. A la primera persona que vi fue a tu jefa al día siguiente. Vamos, inspectora, ¿cómo cojones iba a poder ir a la isla y volver en esa tormenta?

—Bien dispuesto estuvo a llevar a la DCI Bone allí al día siguiente, y la tormenta seguía en pleno apogeo.

—Era de día. Se nota que no eres marinera. Si me hubiera ido allí esa noche, no estaría aquí pidiendo a gritos otra pinta. Venga ya, inspectora. Esto es una tontería. —Tosió e hipó a la vez, luego se echó a reír.

—Vale, Lonnie, lo dejamos aquí por ahora, pero por favor no se marche de Loch Gillan mientras siga la investigación, ¿de acuerdo?

—¿Arresto domiciliario, eh?

—No se mueva.

—Adiós a mi viaje a las Bahamas, entonces. —Se encogió de hombros y se incorporó de la silla de oficina dando traspiés, casi cayendo sobre un archivador detrás.

—Usted también tiene que irse a casa y despejarse.

—A la orden... —Se detuvo, alzó los brazos y volvió tambaleándose a la barra.

Veinticuatro

Una vez Bone hubo retirado los tres días de permafrost de la Edad de Hielo amontonados alrededor de su vetusto Saab, para su sorpresa y deleite, el motor arrancó a la primera. Estuvo tentado de volver corriendo al hotel para compartir la noticia, pero decidió que mejor no tentar a la suerte y se puso en marcha antes de que su vieja fiel cambiara de opinión. En las afueras del pueblo, una figura salió de entre los árboles y se metió en la carretera. Bone pisó el freno. La figura siguió hasta el otro lado y desapareció. Bone salió, se acercó al talud y se asomó a una hondonada profunda con un arroyo helado en el fondo. No había rastro de nadie. Volvió a subir y continuó. Una voz le susurró al oído: —*Sangre.*— Y lanzó una mirada al retrovisor. El cráneo chamuscado, de cuencas vacías, de la criatura se cernía sobre él y lo que quedaba de sus labios abrasados se curvó en una estrecha mueca, dejando al descubierto una hilera de dientes negros y rotos. Detuvo el coche de nuevo y se giró en seco, pero su némesis fantasmal había desaparecido. Se acercó una furgoneta y la conductora tocó el claxon. Bone maniobró rápido el Saab hasta un apartadero. —¿Cuál era la jodida gracia de eso? —Se frotó la cicatriz de la frente, frustrado, y volvió a ponerse en marcha.

De vuelta en Kilwinnoch, en la recepción de la comisaría, el sargento de guardia Brody le dio la bienvenida.

—Dios mío, es el Abominable Hombre de las Nieves, escapado de su cautiverio.

—Buenas tardes, sargento. ¿Qué tal todo?

—Todo ha vuelto a la normalidad más o menos. Menudo temporal de los que hacen época, ¿eh?

—Tenías que haberlo visto ahí arriba.

—Locura de helarte los huevos —Brody hizo una mueca—. Hablando de eso, me han dicho que ha habido lío en tu nuevo territorio.

—Te quedas corto —respondió Bone—. ¿Está dentro?

—Esperándote.

—¿Y Mark?

—Ya ha llegado. Me ha alegrado verlo. Echo de menos esa diatriba vitalista de insultos personales.

—¿Alguna idea de qué va esto?

—No puedo hacer comentarios. —Brody le abrió con el zumbador.

Bone subió de dos en dos las escaleras hasta el despacho de Gallacher. Se detuvo ante la puerta y llamó.

—Adelante —gritó el Super desde el otro lado.

Mullens estaba sentado frente a la mesa de Gallacher, con el jefe al otro lado.

—Buenas tardes, señor, Mark.

Mullens se volvió y le guiñó un ojo a Bone con cero sutileza.

—Así que has conseguido volver bien, ¿eh? —Gallacher dio unos golpecitos a una hoja suelta que asomaba del montón frente a él.

—Sí, en cuanto pasé de Loch Lomond, casi ni dirías que habíamos tenido la tormenta del siglo.

—¿Volviste conduciendo el Frog Face? —preguntó Mullens.

—Sí, y se portó de maravilla.

Mullens soltó una risita. —Esa sí que es nueva.

Llamaron de nuevo a la puerta.

—Adelante —repitió Gallacher.

Entró una mujer vestida con impecable elegancia.

—Gracias por venir, inspectora Kelly. He pensado que sería mejor tratar esto cara a cara.

—¿Tratar qué? —Bone miró a la inspectora, que se sentó a su lado.

—Inspectora de policía Kelly, le presento al inspector jefe Bone y al sargento detective Mullens.

La detective asintió.

—La DI Kelly viene de la SCU.

—Ah, vale, ya caigo —murmuró Mullens.

—¿Que ya caes en qué? —se metió Bone.

—Hoy el sargento Mullens ha visitado la propiedad del señor Craig Sneddon.

—Craig Sneddon, el usurero y cabronazo integral, con perdón del francés —dijo Bone, volviéndose hacia Mullens.

—El mismo —confirmó Gallacher.

—¿Y qué hacías tú yendo a su casa? ¿No tenéis historia los dos? —preguntó Bone.

—Estaba a punto de ponerle al día, señor, cuando el Super llamó y me dijo que esperara.

—Más vale que sea bueno —Bone entrecerró los ojos mirando a la inspectora, con gesto adusto, a su lado.

—Bien, basta —dijo Gallacher—. ¿Podría explicarse, inspectora Kelly?

—Desde hace dieciocho meses, la SCU lleva a cabo operaciones de vigilancia, monitorizando y registrando los movimientos y actividades de Craig Sneddon desde que salió de la prisión HM Northlands el año pasado. Tenemos pruebas contundentes de que es el cabecilla de una vasta red criminal que opera a lo largo y ancho del centro de Escocia. Tenemos gente sobre el terreno trabajando de incógnito.

—Así que cuando este notas se presentó allí, ¿puso en peligro la operación? —preguntó Bone—. ¿Va por ahí la cosa?

—¿Y cómo coño iba yo a saberlo? —interrumpió Mullens.

—Debería haberlo consultado con su jefe, sargento Mullens —dijo Gallacher.

—Lo que él ha dicho —se metió Bone.

—Lo sé, pero estaba en racha y me estaba volviendo loco de mierda... Perdón, *loco de encierro*, en casa. Me sentó bien volver a salir a dar por saco a los malos.

—¿Así que nos ha llamado para echarnos la bronca? —Bone se volvió hacia Gallacher—. Señor, solo quiero recordarle que durante tres días hemos intentado llevar una investigación de múltiples homicidios de gran envergadura con las manos atadas a la espalda. No hemos tenido teléfonos, ni luz, ni forma de comunicarnos con la comisaría. Ni entre nosotros, ya puestos, y apenas ahora empezamos a ponernos al día.

—Basta —interrumpió Gallacher.

—Señor, tiene que ser de lo más dif—

—He dicho que basta —bramó Gallacher.

Bone alzó la vista, con la cara encendida por su arenga.

—La inspectora Kelly no ha venido a quejarse. Ha venido a ofrecer su ayuda y apoyo y a compartir e intercambiar información.

—¿Cómo?

—Así es —respondió la DI Kelly—. El sargento Mullens nos hizo un favor y creó una distracción oportuna y necesaria sobre la que no voy a entrar.

—Bueno, esa sí que es la primera —dijo Bone.

—En todos los sentidos —añadió Mullens—. Encantado de servir.

—Nos sería útil para la investigación que compartierais cualquier información que tengáis sobre Craig Sneddon —dijo Kelly.

—Hoy me he enterado de que una persona de interés... —empezó Mullens, y luego miró a Bone—. Es una persona de interés, ¿no?

Bone asintió.

—Que una de nuestras personas de interés en la investigación de los asesinatos que llevamos, un tal Fergus Dulhoon, puede que pidiera dinero a Craig Sneddon para cubrir una adicción al juego. Todo esto es especulación a estas alturas, pero por la reacción de Sneddon, diría que le he metido fuego en el culo, con perdón. —Alzó la vista hacia Gallacher.

—Creemos que Craig Sneddon amplió su repertorio en prisión —dijo Kelly— y que, además de la lista de actividades delictivas en las que estaba metido, también está obteniendo beneficio económico de asesinatos por encargo.

—Vaya asquerosa verruga de mierda putrefacta —gruñó Mullens.

—Lenguaje, sargento Mullens —dijo Gallacher.

—Pero es lo que es, un puto mierdas. No hay manera agradable de describirlo.

—Perdónelo —dijo Bone a la inspectora.

—No, su compañero tiene razón. Craig Sneddon supone una amenaza mayúscula para la sociedad y, ya de paso, para nuestro cuerpo. Por eso estamos tan empeñados en sacarlo de las calles y meterlo entre rejas lo antes posible, y a ser posible por mucho tiempo.

—Junto con sus socios también, supongo —dijo Bone.

—Exacto. Por eso nuestro caso tiene que ser a prueba de fugas. Como haya grietas, se nos viene abajo todo el tinglado. No anda falto de pasta, así que contratará al mejor y probablemente más corrupto abogado que encuentre para defenderlo —dijo, mirando a Bone—. Ese Fergus Dulhoon. ¿Por qué es persona de interés?

—Tenemos muy poco por ahora —respondió Bone.

—¿Pero compartirán cualquier cosa que lo conecte con Sneddon?

—Por supuesto, y lo mismo al revés, ¿sí? ¿Su vigilancia incluye pinchazos telefónicos, grabaciones encubiertas, registros bancarios, ese tipo de cosas?

—Los medios que hagan falta, inspector jefe Bone —Kelly sonrió.

—Entonces, nos interesan los movimientos de Sneddon a finales de marzo, principios de abril. Cualquier cosa que pueda vincular a esos dos.

—No sé si lo pillo —interrumpió Gallacher.

—¿Qué es lo que no pilla? —frunció el ceño Bone.

—Vale, este tipo tiene deudas de juego y ha tirado de un usurero. Eso no lo convierte en asesino.

—No, pero puede ponerlo contra las cuerdas y, con los antecedentes de Sneddon, si Dulhoon no paga, Sneddon no se quedaría en amenazas; iría a por su familia y hasta a por sus amigos —intervino Kelly.

—Y si Sneddon ha añadido sicario a su cartera, quizá los novios fueron un encargo —dijo Mullens.

—Así que, como ve, hay tela que cortar aquí, señor —replicó Bone.

—Desde luego, puedo comprobar qué tenemos de esas fechas —confirmó Kelly.

—Igualmente —Bone se recostó—. Bueno, esto está siendo muy productivo y no era por donde pensaba que iba a ir.

—Lo ideal sería una confesión que hundiera a Sneddon de una vez por todas y, si existe la posibilidad de que su investigación la propicie, la recompensa potencial compensa el posible riesgo de quemar nuestra tapadera —dijo Kelly.

—¿Tienen agentes infiltrados en las operaciones de Sneddon, entonces? —indagó Bone.

—No estoy autorizada a compartir esa información con usted.

—La madre que me parió, casi le endiño a uno —dijo Mullens.

Bone se giró en seco. —No lo hiciste, ¿no?

—He dicho "casi".

—Bien, lo dejamos aquí por ahora —dijo Gallacher—. Seguramente, lo mejor es que la información compartida me llegue a mí. Así podemos llevar el control y yo estoy al tanto al mismo tiempo. ¿Les parece bien a ambos?

—Sí, señor —dijo Kelly.

—Por supuesto —asintió Bone.

—De acuerdo, gracias otra vez por venir desde Glasgow.

—La oficina de la SCU se mudó el año pasado, ¿no? —dijo Bone —. ¿Qué tal el nuevo hogar?

—¿Qué no va a gustarme? Siendo de Glasgow, era una aberración tener que patearme Edimburgo cada día.

—Y lidiar con los de la Costa Este —añadió Mullens.

—¿No naciste en Auchtermuchty, Mark? —preguntó Bone.

—Nunca se lo he perdonado a mis padres.

—Bueno, seguro que todos estamos muy ocupados y no queremos retener más a la inspectora Kelly —dijo Gallacher.

—Encantada de conocerle, inspector jefe Bone —dijo Kelly.

—Duncan.

Kelly asintió. —Sargento Mullens, señor —dijo, y se marchó.

—Han tenido muchísima suerte, los dos. Esto podría haber sido una cagada monumental —dijo Gallacher.

—No me creo que de verdad la haya ayudado —dijo Mullens.

—Desde luego, no por intentarlo —replicó Bone—. En adelante, manténme al tanto, ¿vale?

—Y eso va por mí también, inspector jefe Bone —intervino Gallacher.

—Señor —respondieron a la vez los dos agentes. Se levantaron.

—¿Nos deja un segundo, Mark? —dijo Gallacher.

Mullens salió detrás de Kelly. Un momento después, ella soltó una carcajada al otro lado de la puerta.

—¿Cómo va, Duncan? —preguntó Gallacher, volviendo a su mesa.

—Al margen de los múltiples asesinatos y de las condiciones imposibles para investigar los crímenes, fetén, señor.

—Solo quería ver cómo estabas; ha sido especialmente duro para todos.

—¿Y pensó que igual se me iba otra vez la olla?

—No he dicho eso, pero ya sabe que el tiempo tiene que estar muy, pero que muy malo para que se aplazara el partido del Old Firm, y usted estaba allá arriba sin apoyo mientras pasaba toda esa mierda.

—Lo llevé y lo sigo llevando bastante bien, modestia aparte.

—¿Y lo de nadar y esas mandangas?

—¿Se refiere a la terapia?

Gallacher asintió.

—Sigo hablando con Josh cada semana; a veces, cada quince días si no tengo de qué quejarme.

—Siempre tenemos de qué quejarnos, Duncan.

—¿Y usted qué? ¿Todo en orden por aquí mientras yo estaba en mis queridas vacaciones de esquí infernales y no deseadas?

—Ha sido un reto con las plantillas, y hemos tenido que lidiar con coches atascados y pensionistas varados con el culo helado, pero aparte de eso, el tiempo contuvo bastante la actividad delictiva por la zona, así que aunque estuvimos al límite, lo llevamos sin hacer ruido.

Se inclinó sobre la mesa y apretó la grapadora, volcándola de lado. Con cuidado, la colocó de nuevo en su sitio y se alisó la coronilla excesivamente lacada.

—Me alegra oír sus progresos, Duncan. Parece que por fin ha ganado la guerra a su TEPT.

—En cuanto uno empieza a contar pollos, es cuando viene el zorro, ¿sabe?

—Sí, pero en cualquier caso son buenas noticias. Y dé gracias a sus estrellas de la suerte de que la inspectora Kelly no venía de guerra. Nuestro estimado compañero podría haberse metido en un lío serio, bypass o no bypass.

—Ese sería mi problema, señor. Mark solo estaba haciendo lo que mejor se le da.

—Como un elefante en una maldita cacharrería.

—Desde luego, pero, ya sabe, de algún modo funciona.

—Lo sé —Gallacher asintió—. Vale, Duncan. Gracias por la actualización y, como ya le he dicho antes, manténgame informado de sus progresos.

Bone se puso de pie de nuevo.

—Entonces, ¿de vuelta a Loch Gillan? —preguntó Gallacher.

—Creo que sí, pero quizás me pase a ver a Alice de camino. ¿Le parece bien?

—No he oído eso. ¿Qué ha dicho? —sonrió Gallacher.

En la puerta, Bone se detuvo.—Gracias, señor.

—Salúdala de mi parte, y también a ese peque de los suyos.

—Quiere ser policía, ¿sabe? No para de hablar de ello.

—Que Dios le ampare. Pensé que ya le habrías quitado esa idea de la cabeza hace años. —Gallacher se detuvo—. Perdón, eso ha sido un golpe bajo.

—No, no, certero y ha valido la pena solo por ver su cara al arrepentirse de decirlo. —Bone se echó a reír.

—Lárgate. —El Super le dedicó un gesto desdeñoso con la mano.

Bone cerró la puerta tras de sí. En el pasillo, inspiró hondo y soltó un largo suspiro de alivio.

Mullens le estaba esperando en recepción.—Han llegado tus colegas.

—¿Quién es ese? —Bone entornó los ojos hacia la puerta de entrada. Un pequeño grupo de reporteros se agolpaba en la verja. —Oh, no, ¿cómo se han enterado?

—¿Quizá tenga que ver con esto? —Brody se inclinó sobre el mostrador y le tendió a Bone su móvil.

—¿Qué es esto?

—Una pieza de STV desde la comisaría de Lomond. El DCI de allí acaba de dar una rueda de prensa.

Bone le dio al play y la cara bulbosa y congestionada de Harris apareció en la pantalla; su vozarrón de bocina llenó la sala.

—¿Quién demonios es ese? —preguntó Mullens, encorvándose sobre el hombro de Bone.

—El DCI Robert Harris, un hombre cuya personalidad usa el MI5 como método de tortura psicológica.

—También te menciona —dijo Brody—. Respuesta conjunta y todo eso.

—Ay, Dios mío. Eso explica a la brigada de los tiñosos de fuera. Supongo que era cuestión de tiempo, ahora que todo vuelve a funcionar. Pero podría habernos avisado. —Al móvil de Bone le llegó un aviso.

—Y ahí lo tienes, justo a tiempo.

—¿McKinnon? —preguntó Mullens.

—Probablemente esté fuera ya.

Mullens volvió a mirar. —Sí, justo delante. Dio un paso atrás. —Alto ahí, se acerca un ciudadano.

Las puertas se abrieron y una mujer con un chubasquero con capucha luchaba por controlar el paraguas.

—Permítame ayudarla con eso, señora —dijo Mullens.

La mujer se volvió. —Gracias.

—Señora Willerby —dijo Bone, sorprendido.

—No me esperaba todo eso ahí fuera —dijo con nerviosismo, cepillando como una posesa la lluvia de su abrigo.

—Sí, lo siento —dijo Bone.

Miró a los tres agentes que la observaban.

—Yo, ejem, llamé a su colega, la detective Walker, y me dijo que estaba usted aquí.

—Salgamos del vestíbulo, señora Willerby. Por aquí, por favor. ¿Quiere tomar algo, una taza de té o agua?

—No, estoy bien.

Bone la hizo pasar y la condujo a una de las salas de atención psicológica. —Por favor, déjeme que le coja el abrigo.

Ella se lo quitó y lo sacudió de nuevo, luego se lo entregó a Bone junto con el paraguas.

Bone colgó su abrigo en la puerta. —Perdone otra vez por los periodistas de fuera. Me temo que la noticia de la agresión a su hija ya es de dominio público. Le aconsejo que no hable con ninguno de ellos. No quiero alarmarla, pero a medida que la investigación avance pueden intentar contactar con usted. Si ocurre y se siente acosada de algún modo, díganoslo, y le daremos todo el apoyo que necesite. Por favor, siéntese.

La señora Willerby se quedó mirando el sofá y los sillones a juego. Bone se sentó en uno de ellos y la señora Willerby se sentó enfrente.

—¿Tiene alguna noticia que quiera compartir? —preguntó.

Entrelazó y desentrelazó las manos y parecía al borde del llanto. —Ha sido todo tan chocante...

—Desde luego que sí —Bone acercó una caja de pañuelos que estaba sobre la mesa baja—. Tómese todo el tiempo que necesite.

Sacó uno, se secó los ojos con suavidad y se sonó la nariz. —Siento no habérselo contado antes, pero cuando me enteré de que Laurence había muerto... Olisqueó.

—¿Contarme qué?

—Es que James no lo sabe, y actué a sus espaldas.

—¿Sobre qué, señora Willerby?

—Fui yo.

—Continúe —apremió Bone.

—Pagué yo la luna de miel.

—Vale.

—Mi hija me llamó la noche antes de la boda y dijo que lo harían en secreto porque no quería que intentáramos impedirlo. —Se sonó de nuevo—. Me dolió tanto que lo hiciera a nuestras espaldas, pero me dolió más que sintiera que la habíamos acorralado así. Jamás quise que pasara. Es nuestra hija, ¿sabe? Esas cosas no se pueden dejar estar, ¿verdad?

—Debió de ser muy duro para usted.

—Yo solo quería que mi hija fuera feliz, y si casarse con Laurence era lo que quería, entonces yo no tenía derecho, *we* no teníamos derecho, a impedirlo. Sabía que, si no hacía algo para intentar enmendarlo, la perdería para siempre.

—Así que pagó su luna de miel para compensar su desaprobación del compañero de su hija.

—No confiábamos en él, pero eso no nos daba derecho a tratarle como lo hicimos. Clare nos repitió una y otra vez que había cambiado, pero nos negamos a creerla. Había tanto que perdonarle y olvidar, ¿sabe? Pero no hay excusa por nuestra parte. Nos comportamos de forma abominable.

—Entonces, ¿qué hizo?

—Al día siguiente la volví a llamar y le ofrecí pagarles una luna de miel, porque no podían permitírsela. Pero me lo tiró a la cara. Así que a la semana siguiente lo intenté de nuevo, pero esta vez contacté con Laurence en secreto y le dije que le daría el dinero a él para que lo pagara, así ella no sabría que venía de nosotros.

—¿Y cómo se lo tomó él?

—Al principio dijo que no, pero luego le envié un anuncio de los lodges y la oferta de luna de miel que tenían, y me devolvió la llamada y aceptó; así que me reuní con él y le di el dinero para pagarlo.

—¿Le entregó en mano el pago del lodge, mil ochocientas libras, en efectivo? Es mucho billete. ¿Por qué hizo eso?

—Dijo que era mejor así por si Clare veía el movimiento en el extracto bancario. Se estropearía todo el plan. Pero había algo más. Se detuvo y respiró hondo.

—Tómese su tiempo.

—Pensé que podría ser una prueba.

—¿Qué clase de prueba?

—Para ver qué hacía con el dinero. Si realmente seguía adelante o si se lo quedaba para él.

—A ver si lo entiendo: se sentía culpable por cómo lo habían tratado, ofreció compensarlo pagando la luna de miel, pero luego usó ese dinero para tentarle a que se lo robara.

—No fue así. A pesar de lo que decía Clare, yo también necesitaba saber que podíamos confiar en él. Es muy difícil aceptar que tu hija se haya enamorado de un delincuente condenado.

—¿Y no pensó que, si su hija se enteraba, estaría aún más disgustada con ese arreglo?

—Era un riesgo, lo sé, pero sentía que tenía que hacer algo para demostrar que me importaban los dos, aunque antes no lo hubiera demostrado.

—¿Y la sesión de fotos en la isla de Balhuish?

—No sabía nada de eso. Debió de organizarlo él más tarde por su cuenta.

—¿Así que eso no lo pagó usted también?

—No.

—Es que encontramos un recorte de periódico y un folleto del estudio del fotógrafo de bodas entre las cosas de Clare y Laurence en el lodge.

—Fue un shock absoluto cuando supimos que los habían encontrado en esa islita. Por eso pensé que la habían secuestrado.

—Entonces, ¿no sabe por qué lo reservó y luego lo canceló?

—No, pero tengo mis sospechas.

—Adelante.

—Que usó mi regalo como un... Se volvió a detener y rompió a llorar.

—No pasa nada, señora Willerby. Entiendo que le resulte muy difícil.

Poco a poco volvió a recomponerse.—Que mi prueba salió horriblemente mal, y él usó el dinero para montar todo aquello.

—¿Cómo que montarlo?

—Vamos, inspector. Organizó que la... —Tomó aire de nuevo— matara en la isla.

—¿Pero por qué?

—Había conseguido lo que quería, un certificado de matrimonio, y así podía reclamar su herencia. Ella tenía un piso, un saldo saneado en el banco y una cuenta de ahorros que le habíamos puesto nosotros. Vio la oportunidad y la aprovechó.

—Pero él está muerto, señora Willerby.

—Sí, lo sé. —se acomodó en la silla— Pero quizá algo salió mal. Clare mencionó a un hombre enmascarado. Tal vez entró en pánico e intentó matarlos a los dos, no lo sé. Pero, dígalo así: si Laurence hubiera sido una persona respetable, cumplidora de la ley y con principios morales, ¿habría ocurrido algo de esto?

—Se sorprendería. ¿Y su marido lo sabe ya?

—No, todavía no se lo he dicho. Está tan furioso y tan desbordado por todo esto... Me ha dado miedo.

—Creo que debe saberlo, señora Willerby.

—Se lo diré hoy, lo prometo.

—Voy a tener que pedirle que haga una declaración formal sobre esto.

—Siento muchísimo no haber hablado antes. Es muchísimo que encajar.

Bone asintió.

—Se me revuelve el estómago al pensar que mis estúpidas intromisiones pueden haber llevado a todo esto y estoy dispuesta a afrontar las consecuencias. Es todo culpa mía. Volvió a sollozar.

—Vale, váyase a casa de momento, señora Willerby, y organizaré que unos agentes pasen por allí para tomar una declaración formal. ¿Le parece bien?

—Sí, por supuesto.

Se levantó y recogió su abrigo y el paraguas. —¿Ha venido conduciendo?

—Mi coche está en el aparcamiento de visitantes de la entrada.

—Sería buena idea evitar a la prensa. Si tiene las llaves, puedo mover su coche a la parte de atrás y usted sale por la puerta trasera.

—Ay, sí, no estoy en condiciones de lidiar con nada de eso. Revolvió en el bolso. —Es el Mini Coupé. Le entregó las llaves.

—Espere aquí. Vuelvo en un momento.

De vuelta en la entrada, Bone salió afuera. Al verle, la marabunta de periodistas se abalanzó hasta el pie de las escaleras. Colin McKinnon, redactor jefe de asuntos sociales en The Kilwinnoch Chronicle, estaba delante, como de costumbre.

—¿Algún comentario sobre los recientes ataques en Balhuish, DCI Bone? —gritó, con su quejido nasal taladrándole los oídos a Bone.

Bone bajó los escalones directamente hacia él.

McKinnon reculó, chocando con los brazos que sujetaban micrófonos y las caras vociferantes tras él.

—Has decidido exportar tu incompetencia a montes y valles, por lo que veo. Espero que en la comisaría de Lomond sepan lo que se les viene encima. —se burló McKinnon.

Bone lo apartó de un empujón y se abrió paso a codazos hacia el coche.

—¿Por eso te han degradado a segundo de a bordo, eh? —intentó provocarle McKinnon de nuevo.

Bone no mordió el anzuelo y abrió el Mini. El coche soltó un pitido sonoro.

—Bonitas ruedas. Ya sé que ahora vives en Balamory, pero esto es pasarse, ¿no?

Se oyó una carcajada colectiva.

—Quiero decir, ¿sabe Josie Jump que le has birlado el coche?

Las risas continuaron. Bone se volvió y McKinnon sonreía.

—Vamos, inspector Bone, sabes que te apetece.

Bone apretó el puño, se metió en el coche y dio marcha atrás con brusquedad, parando a menos de un par de pies de McKinnon. Giró, tocó un claxon agudísimo, lo que provocó más carcajadas y graznidos, y avanzó despacio hacia el grupo, obligándoles a abrirse y dejarle pasar. En la verja, McKinnon se plantó delante. Bone bajó la ventanilla.

—Apártese de mi camino, McKinnon —gritó Bone.

—Vamos, inspector. Solo bromeaba. Lo único que queremos es una actualización. Los nombres de las víctimas y a qué hospital las han llevado, posibles sospechosos. Ya sabes que, tarde o temprano, nos enteraremos igual.

Bone dio un tirón hacia delante y McKinnon por fin se apartó.

Bone salió a toda velocidad de la entrada, giró la esquina y se metió en el aparcamiento del personal, en la parte trasera de la

comisaría, asegurándose de que el portón automático se cerraba tras él.

Se quedó un momento sentado para dejar que le bajara la tensión y se le pasara la rabia.

Se apeó del plátano encogido, dio un portazo y fue a recoger a la señora Willerby antes de hacer algo de lo que volvería a arrepentirse.

Veinticinco

Cuando Bone por fin llegó a casa de Alice, un camión estaba aparcado frente a la granja descargando materiales de obra. Bone paró junto a la cancela y se bajó. Alice apareció por detrás de la grúa, que estaba bajando una jaula de bloques de hormigón celular sobre la grava.

—¿Has venido andando todo el camino desde Loch Gillan? —dijo Alice, acercándose.

—Me matan los pies —sonrió Bone.

Alice le dio un abrazo de lo más bienvenido.—Te he echado de jodidamente menos.

—Y yo a ti. Encantado de recuperar la libertad de movimientos. Arriba ha sido horroroso.

—Por más de un motivo, por lo que me han contado —dijo Alice.

Bone dio un paso atrás.—¿Quién te lo ha dicho?

—Mark. Llamó para ver qué tal estaba. Te juro que desde la operación del corazón es como una persona totalmente distinta.

—Desde luego se tira menos pedos —bromeó Bone—. Pero la bocaza la sigue teniendo.

—¿Qué está pasando, en serio? —preguntó ella.

—¿Podemos salir de este ruido primero?

Alice asintió, y él la siguió por la parte trasera de la granja.

—¿Cómo va todo? —preguntó Bone.

—La ampliación está ya a pleno rendimiento. El tiempo la dejó parada en seco, así que me alegra ver que los obreros han vuelto a

ello. Pero quería enseñarte otra cosa primero.

Siguieron bordeando la casa hasta un grupo de dependencias.

—Mira el nuevo hogar de las chicas —dijo, señalando con un gesto de cabeza un gallinero y un corral de madera recién estrenados, rodeados por una valla cerrada. Cinco gallinas felices correteaban escarbando, picoteando la tierra y comiendo de unas bandejas de acero relucientes.

—¿Cuándo has hecho eso?

—Los albañiles lo han apañado esta mañana. Llevaba semanas queriendo hacerlo, pero ellos lo montaron todo en una hora. Acabo de dejar entrar a las chicas y míralas. Les encanta.

Bone se arrodilló junto a la valla, y las gallinas cacarearon y dieron vueltas a su alrededor.

—Al menos se acuerdan de quién eres —dijo Alice.

Bone le lanzó una mirada por encima del hombro.—Siento mucho haberme quedado atascado y que no hayáis podido subir.

—No pasa nada, ya estás aquí.

—Hablando de eso, ¿ha vuelto Bonzo del cole ya?

—Está en casa. Ha tenido otro día libre. Se ha estropeado la caldera del colegio.

—Ay, madre. ¿Y qué has hecho con el trabajo?

—He pasado un par de reuniones a formato online, así que sin problema. Ha estado como un santo, obsesionado con su nueva afición.

—¿Otra? ¿En menos de una semana? ¿Qué toca ahora?

—Ya lo verás, vamos.

Entraron en la casa de labor y Alice encendió la antigua Aga.—Supongo que quieres café.

—Supones bien. Miró alrededor de la cocina. —Espero que no vayas a cambiar mucho la cocina vieja de tu madre. Tiene algo especial, ¿no?

—Salvo algún electrodoméstico y unas cuantas baldas y armarios más, no. Hay demasiados recuerdos entre estas paredes.

—Junto con la grasa y los años que tu madre se dejó sobre esa Aga cocinando para ti y tu padre.

—Y sudando también por las facturas que se le acumulaban.

—¿Está en su cuarto? —preguntó Bone.

—Sí, suerte —sonrió Alice.

Bone siguió por un pasillo y subió una escalera estrecha hasta la habitación de su hijo en el desván. En la puerta, leyó en voz alta el cartel escrito a mano y pegado con masilla azul en la parte de fuera*: NO MOLESTAR*

Sonrió y llamó suavemente, pero no hubo respuesta. Llamó de nuevo.

—Vete, estoy ocupado —gritó su hijo.

Bone empujó la puerta y la abrió.

—Mamá, por favor. Estoy intentando hacer esto. —se dio la vuelta—. ¡Papá! —chilló y echó a correr para saludarle.

—Hola, Michael. Bone abrazó con fuerza a su hijo. Se separó. —Si quieres que me vaya, no pasa nada.

—No tú, solo mamá —respondió Michael.

—Eso no está nada bien —dijo Bone.

—Jo, es que siempre está encima de mí con los deberes y esas cosas, y ya lo tengo todo hecho.

—He oído que has tenido otro día sin cole.

—¡Sí! —Michael alzó el puño en el aire.

—Tu madre dice que estás con algo entre manos.

—Estoy montando este F14 Tomcat. Llevó a Bone hasta un banco lleno de piezas de plástico para una maqueta de avión, rodeadas de instrucciones, tubos de pegamento y pinturas. El fuselaje, a medio construir, descansaba de lado. Michael lo cogió y se le quedaron los dedos pegados al lateral. Los despegó y se quitó con las uñas los pegotes de pegamento acumulados en las yemas.

—Guau, está genial. ¿Por qué has elegido un F14?

—Era lo único que tenían en la tienda. Era eso o el buggy de playa de Barbie.

—Fantástico —dijo Bone.

—Puedes ayudarme, si quieres. Hay un par de cosas del plano que no tengo claras.

Bone levantó con cuidado el lateral del avión y lo examinó más de cerca. —Vaya, el nivel de detalle es increíble.

—Hasta lleva piloto —dijo Michael, levantando una parrilla de piezas.

—Sabes, a tu abuelo le gustaba hacer maquetas. De pequeño montábamos galeones y cohetes juntos.

Michael asintió con entusiasmo. —Un galeón molaría.

—¿Qué te ha dado por probar con esto?

—Mi amigo Adam, del cole, tiene una revista con algunas maquetas.

—Vale, a ver qué es cada cosa.

Bone se apretujó a horcajadas junto a su hijo en el taburete, y se pusieron a trabajar juntos en el fuselaje, yendo y viniendo entre lo que llevaban hecho, las instrucciones y el surtido de piezas que aún quedaban en la caja.

A los pocos minutos, Alice interrumpió su silencio concentrado.

—Ejem, el café se os está quedando frío, igual que los huevos revueltos con tostadas.

Ambos miraron hacia ella, con la vista un poco vidriosa por el olor del pegamento.

—Y también te he hecho a ti, Michael, así que ¿podéis dejar eso y volver a la cocina? —Dio media vuelta.

Bone puso una mueca y su hijo la imitó.

—Será mejor que vayamos, o estamos listos. Bone ayudó a su hijo a bajarse del taburete y siguieron a Alice escaleras abajo.

—Estos son huevos de nuestras chicas, así que más os vale decir cosas bonitas de ellos —Alice sirvió una montaña de comida en el plato de Bone—. He supuesto que llevas al menos una semana sin comer, así que a hincar el diente.

—La madre que me parió, ¿cuántos huevos has usado? —preguntó Bone, mirando fijamente la pequeña montaña de proteína amarilla que tenía delante.

—Ocho o nueve. Ponen muchos y hay que darles salida.

Michael se sentó junto a su padre y echó un pegote enorme de kétchup en el plato.

—Por el amor de Dios, Michael. Así solo vas a saborear azúcar.

—Me gusta con los huevos. Golpeó el fondo de la botella hasta que salió otro chorro.

—Es demasiada amabilidad, Alice. No merezco tantas atenciones.

—No, no la mereces —replicó Alice, y se sentó enfrente con su propio plato.

Bone dio un sorbo a su café. —Ah, esto sí que es una taza en condiciones. Lo del hotel empezaba a saber peor que el alquitrán que bebemos en la comisaría. Volvió a sorber y luego se metió una cucharada enorme de huevo y tostada.

—Tranquilo. No queremos que se te vaya ningún cubierto para dentro —bromeó Alice.

Michael imitó a su padre, pero luego se atragantó.

—¿Ves? —Alice negó con la cabeza.

Bone le frotó la espalda a su hijo hasta que se le pasó.

—Creo que me he tragado a una de las chicas —croó Michael con otra risita.

—Anda, ten cuidado —dijo Alice.

Comieron en silencio un minuto o dos, y entonces Alice dejó el cuchillo y el tenedor.

—Entonces, ¿te quedas a dormir, o más tiempo? —preguntó.

—¿Te parece bien que me quede? Se está haciendo un poco tarde para volver y, la verdad, me vendría bien un respiro.

—Encantada de complacer —dijo Alice con el ceño fruncido.

Michael vitoreó. —Puedes ayudarme a terminar el F-14.

—Pero por la mañana tengo que volver a subir. Estamos en mitad de...

—Una investigación, ya lo sé —le interrumpió Alice.

—Volveré seguro el fin de semana o, si arreglamos las cosas allí arriba, podéis subir vosotros como habíamos planeado. ¿Qué os parece?

—¡Sí! —Michael volvió a alzar el puño—. ¿Podríamos salir en la canoa?

—Hace demasiado frío y es peligroso, Michael —dijo Alice.

—Tu madre tiene razón. Pero si te llevas la maqueta, podemos seguir con ella. Y quizá empezar otra si te apetece. Bone sonrió a su hijo.

—Tienes huevo en la barbilla —dijo Michael.

—¿Qué? —Bone miró hacia su bragueta.

—No, huevo de verdad —añadió Alice, conteniendo la risa.

—Dios, vaya sabueso estoy hecho, ¿eh? Bone dio un codazo a Michael.

—Súper Huevo Man —dijo Michael con voz de narrador de Hollywood.

—Alice, ¿tú qué opinas?

—Es lo que hay —dijo, y apartó el plato a un lado—. Al menos te tenemos esta noche.

—Si todo va bien, ¿os apetece subir?

—Tendré que ver cómo va lo de los obreros. La verdad, con ellos aquí está siendo un poco una locura, así que ahora mismo no lo sé.

—Jo, mamá, anda —resopló Michael.

—¿Podemos decidirlo más cerca del fin de semana y ver cómo están las cosas aquí?

—Lo que tú quieras, siempre —respondió Bone.

—¿De verdad? —Alice cogió su plato y lo llevó al fregadero. Bone la siguió.

—De verdad. Me adaptaré a ti, pero ahora mismo tengo que estar en Loch Gillan —se inclinó hacia ella—. Tenemos que pillar a este maniático antes de que se vaya del todo de las manos —susurró, para que Michael no lo oyera.

—Lo he oído —dijo Michael, y se metió más huevo con kétchup en la boca.

Bone hizo un gesto a su mujer y salieron al pasillo.

—Hay varias muertes, y el sospechoso sigue suelto. No puedo largarme y dejar a mi equipo allí.

—Siempre hay algún maniático suelto, Duncan. Cansa muchísimo. Prometiste una vida más normal cuando volvimos, pero esto es un puto desastre. Sigue siendo un puto desastre —suspiró.

—Lo sé y lo siento. No sé qué más decir.

—Podrías decir: voy a dimitir o a coger la jubilación anticipada, o a quedarme detrás del escritorio y hacer el trabajo que debe hacer un DCI —empezó Alice.

—Si quieres que haga eso, lo haré.

—Quiero *que tú* lo *quieras* hacer, no yo. No me lo perdonarías nunca si te hiciera dejar a tu verdadero amor.

—No es mi verdadero amor. Ay, Jesús, ¿por qué empezamos con esto cada vez?

—Porque nunca se ha arreglado. Nunca se ha ido. Soy la amante en esta relación, y nunca dejarás tu trabajo por mí ni por ti mismo, admítelo.

—Ahora no puedo con esto —Bone se frotó la cicatriz de la sien.

—¿Con el elefante en la habitación, quieres decir? —replicó Alice —. Pues perdona mientras me parto el cuello intentando esquivarlo para volver a la cocina. Tengo que preparar la mochila del cole de mi hijo para mañana. —Se fue hecha una furia.

Bone dejó escapar un suspiro largo y hondo.

—La vida —murmuró, y la siguió de vuelta a la cocina.

—¿Os vais a separar otra vez? —preguntó Michael, sin mirar a ninguno de los dos.

—Solo estamos trabajando algunas cosas, Michael, no te preocupes —dijo Bone.

Alice chasqueó la lengua, abrió el grifo, dejó caer el plato y los cubiertos en el fregadero con estrépito, lo llenó de agua templada y hundió las manos hasta las muñecas.

—Perdona —dijo Bone, acercándose con cautela y rodeándole la cintura con el brazo.

Ella se volvió lentamente.—Yo también lo siento.

Se abrazaron.

—Es que es todo: los obreros, mi trabajo, Michael aún en casa y estar entre las cosas de mi madre; me noto un poco al límite.

—Y yo no soy ninguna ayuda, joder.

—No, no lo eres. —Lo empujó en broma—. Perdona, te he empapado la camisa.

Le salpicó agua a la cara, y él la agarró, la atrajo hacia sí y se besaron.

—¡Puaj! —gritó Michael desde la mesa—. Voy a potar.

Bone corrió hacia él y fingió arcadas encima de Michael. Michael se levantó de un salto y Bone persiguió a su hijo hasta el salón, lo empujó al sofá y le hizo cosquillas.

—Parad, los dos, o alguien va a vomitar de verdad —les gritó Alice y volvió a recoger el desastre que habían dejado.

Veintiséis

A primera hora de la mañana siguiente, el teléfono de Bone lo despertó de uno de los mejores sueños que había tenido en semanas. Lo cogió de la mesilla, manoseó el botón de llamada y pulsó mantener.

—¿Qué hora es?—murmuró Alice desde debajo del nórdico.

—Demasiado temprano, vuelve a dormirte.

Ella gimió, se dio la vuelta y siguió roncando. Bone se levantó de la cama y, cerrando suavemente la puerta del dormitorio tras de sí, respondió a la llamada.

—Buenos días, Rhona.

—Señor, ¿al final decidió ir a Puerto Banús?

—Ya me gustaría. No, lo segundo mejor. Kilwinnoch. Anoche decidí quedarme a dormir aquí.Miró el reloj.—Jesús, si son solo las 6 de la mañana.—Se frotó los ojos.

—Lo siento, pero hemos encontrado al hermano de Laurence McDermid, el señor Kenneth McDermid, y tenemos una dirección suya en Stirling. Sheila también ha visto en los registros policiales que fue amonestado en 2003 y otra vez en 2007 por provocar un altercado en el piso de su hermano en Stirling.

—Así que mucho cariño entre ellos no había, ¿no?

—Quizá algo más serio que rencillas entre hermanos.

—¿Recibió el mensaje que le envié anoche?—preguntó Bone.

—Sí, y por el texto supuse que no quería que le devolviera la llamada.

—Correcto, tuve un encontronazo con McKinnon en la comisaría anoche y no estaba para charlas.

—Sí, vi la rueda de prensa del policía risueño, y le alegrará saber que también están aquí.

—Cristo bendito. Como ratas en un vertedero.—gruñó Bone.

—Bien, en cuanto a la revelación de la madre, no hemos encontrado nada que haga levantar ni una ceja. Ciudadanos modélicos y toda esa mandanga.

—Siempre me mosquea cuando a la gente le cuelgan esas etiquetas.

—Cínico.

—Gajes del oficio. ¿Cómo van los equipos de búsqueda?

—Nada de nada. Han cambiado el foco a las colinas de alrededor. Matheson y el equipo de rescate de montaña están ayudando.

—¿Siguen ahí Cash y compañía? Perdón por tanta pregunta.

Walker se rió.—Solo te has ido doce horas, por el amor de Dios. No, se han marchado. Los equipos forenses de Lomond siguen en la isla y en Balhuish.

—¿Y nada más de su parte?

—Nada, aunque Will ha confirmado que uno de los correos enviados al fotógrafo lo mandó sin duda Laurence McDermid. Está trabajando en el segundo.

—Así que, de momento, todas las miradas puestas en Laurence McDermid, ¿no?

—Y en su cómplice, el misterioso asesino encapuchado con pasamontañas.

—Eso es adelantarse un poco, ¿no?

—Solo dejo la idea ahí para que vaya calando.

Se abrió la puerta del dormitorio.—¿Qué es todo ese parloteo?—murmuró Alice, apartándose el flequillo desordenado de la cara.

—Tengo que irme. Envíame por mensaje la dirección y me paso de camino de vuelta.—Colgó.—Perdona, cariño. No quería despertarte.

—Bueno, ya estoy despierta.

—Tengo que ponerme en marcha.

Alice suspiró, fue a la cocina y llenó el hervidor.—¿Vas a volver esta noche?

—No lo sé, lo siento. Te llamaré.

Se acercó para abrazarla.

—No. Me martillea la cabeza—se lo quitó de encima con un gesto.

—¿Quieres que me quede un poco más y te ayude a preparar a Michael para el cole, o a apañar lo de los albañiles?

Entornó los ojos hacia él.—Anda, lárgate —sonrió y le hizo un gesto para que se fuera—. Estaré bien después de un café. Volvió a girarse hacia el hervidor.

Bone la observó un segundo, trasteando con el interruptor, el pelo por todas partes y el cinturón de la bata arrastrando detrás, dándole aspecto de leona soñolienta. Sonrió y se metió en la ducha.

La casa de Kenneth McDermid estaba en una calle arbolada, a tiro de piedra del castillo de Stirling. Había un coche patrulla aparcado fuera con dos agentes dentro. Bone dio unos golpecitos en la ventanilla del conductor.

Mostró su acreditación.— Comisario Bone. ¿Agentes de enlace?

—Sí, señor. Acabamos de intentar ofrecer nuestro apoyo, pero su esposa no nos ha dejado pasar.

—Vale. Dejadme intentarlo.

Bone llamó al timbre y le abrió una mujer. Tenía la cara enrojecida, como si hubiera estado llorando.

—Soy el comisario Duncan Bone, de la comisaría de Kilwinnoch...

—Ya les he dicho que mi marido no quiere ningún tipo de apoyo por ahora. Si eso cambia, se lo haré saber.

—No, soy el inspector jefe de policía Bone, de la comisaría de Kilwinnoch. Dirijo la investigación sobre la muerte de Laurence McDermid y la agresión grave a su esposa, Clare.

—Ah, de acuerdo. Perdón. Soy la señora McDermid. Susan. Será mejor que pase entonces, pero le advierto que Ken no está en condiciones de hablar mucho. Estamos destrozados.

—Siento muchísimo su pérdida—dijo Bone, y la siguió a un salón decorado con elegancia.

Kenneth McDermid estaba sentado a una mesa junto a una ventana con unas vistas imponentes del castillo. Sostenía un vaso, y una botella de Bells descansaba junto a su codo.

—Ken, este es el inspector Bone—dijo Susan.

—Mi más sentido pésame, señor McDermid—Bone se acercó.

McDermid alzó la vista y dio un sorbo de whisky.— Estoy alzando un vaso por mi hermano.

—Ken, por favor, no bebas tanto. No te va a ayudar. Susan se acercó a la mesa e intentó coger la botella.

Él se la arrebató.

—No, esto es por Laurence—pegó un gran trago.

—Perdón, inspector, acaba de volver del depósito.

—Eso es, no todos los días te toca identificar el cadáver de tu hermano. ¡Salud!—volvió a alzar el vaso.

—Ken, por favor—suplicó su esposa.

—Lo siento muchísimo, señor McDermid. No lo sabía.

—¿No sabía que está tumbado como un trozo de carne en el tajo de un carnicero en el Stirling Royal?

Bone se sentó a su lado.

El señor McDermid sonrió a Bone.— Susan, tráele un vaso al inspector; brindamos juntos.

—No, así estoy bien.

—El inspector está aquí para ayudar, Ken—dijo Susan, intentando de nuevo apartar la botella, pero él la sujetaba con demasiada fuerza.

—¿Ayudar? ¿Cómo? ¿Eres Jesucristo? ¿Puedes devolverle la vida?

—¡Ken!—interrumpió Susan.

Bone alzó la mano y asintió.— Señor McDermid, estamos intentando recopilar toda la información posible sobre su hermano y su esposa en los días previos a la agresión.

—¿Ya los han detenido?

—Todavía no, no, pero estamos trabajando sin parar.

El señor McDermid se rió.—Es irónico.

—¿El qué?

—Siempre fue la oveja negra, el hijo pródigo, metiendo la pata en cada jodido cruce. Entrando y saliendo de líos con la policía.—alzó la vista—Robaba coches. Aunque ya lo sabrán.

—Sí, tenía antecedentes.

—Más discos que la HMV, eso decía nuestro viejo. Yo siempre era el niño bueno—universidad, buen trabajo, carrera, familia estable—, pero él no le dio más que disgustos a mamá y papá.Bebió un gran trago de whisky y se rellenó el vaso.

Susan volvió a mascullar y se retorció las manos.

—Pero seguía siendo su favorito.

—Eso no es verdad—intervino Susan.

—Que sí, mujer. A pesar de todo el dolor y los quebraderos de cabeza, en sus ojos no podía hacer nada mal.

—Se morían de preocupación por él, lo sabes—dijo Susan.

—Por el hijo pródigo.Se echó otro trago y hizo una mueca.

—¿Sus padres viven en Stirling?—preguntó Bone.

—Los dos muertos, cáncer y ataque al corazón. Salud, hijo pródigo.Guiñó al techo.

—Ha dicho que es irónico. ¿A qué se refería?—insistió Bone.

—Se había enderezado, inspector—dijo Susan.

—Eso es, cariño. Se había enderezado.—intentó cantar la canción —¿No es irónico?

—¿En qué sentido?

—Fue cuando conoció a Clare. Cambió. Dejó de robar coches y buscó ayuda para su adicción. Por primera vez en su vida estaba trabajando de verdad—respondió Susan.

—¿En qué?—preguntó Bone.

—Trabajos básicos de peón y empaquetando en un supermercado. Con antecedentes le costaba, pero estaba decidido a cambiar.

—Eso es, ¿Ve, inspector? ¿No es irónico?—dijo Kenneth.—Así nos recompensa Dios el arrepentimiento. Haz el bien y serás asesinado.

—Por el amor de Dios.Susan arrebató la botella.

Forcejearon un par de segundos y luego el señor McDermid cedió y la soltó.

—¿Y todo esto empezó cuando conoció a Clare Willerby?—confirmó Bone.

—Le sentó bien—dijo Susan—.Parecía calmar toda esa inquietud que tenía antes.

—De mucho le sirvió.McDermid se quedó mirando el whisky que quedaba en el fondo del vaso.

—¿No se llevaba bien con su hermano, entonces?—preguntó Bone.

—La verdad es que no. No hasta este último año, cuando conoció a Clare, entonces mejoraron las cosas entre los dos—respondió Susan por él.

McDermid sonrió y luego hizo una mueca.—Sí, éramos uña y carne.

—Siento tener que mencionarlo, pero a usted la policía le amonestó dos veces por pelearse con su hermano, ¿es así?

McDermid soltó una risita.—Nos peleamos toda la vida. Tenía un arte para sacarme de quicio. No es algo de lo que esté orgulloso, pero, ya sabe, a veces se merecía un buen bofetón. Solo intentaba que espabilara y entrara en razón en vez de tirar su vida por la borda.

—Y desde 2007, ¿ha habido algún otro incidente?

—Por favor, no me diga que está preguntando si Ken pudo hacerle esto a su propio hermano.—interrumpió Susan.

—Lo siento. Mi trabajo es revisar todos los detalles en una investigación.

—Está bien, Susan. El inspector tiene razón, y hace unos años, yo me habría quedado a gusto estampándole un martillo en el cráneo a mi hermano.

—¡Qué cosa tan horrible de decir!—exclamó Susan, horrorizada.

—No, es verdad. Nos estaba haciendo la vida imposible a todos, sobre todo a mi madre. Se preocupó hasta irse a la tumba antes de tiempo, por el amor de Cristo.Volvió a mirar a Bone.—Así que, para responder a su pregunta, inspector, no: decidimos que probablemente lo mejor era mantenernos alejados un tiempo. Lo que usted llamaría una tregua tensa y, siendo sincero, no había

sabido de él en un par de años hasta que se puso en contacto conmigo de la nada.

—Fue Clare quien le convenció—dijo Susan.

—Sí, y las cosas eran muy distintas, mejores.

—¿Sabía lo de su boda?

—Me llamó y me dijo que se iban a casar, a solas, sin familia. Le dije que no contar con los padres de ella acabaría en lágrimas, pero que me alegraba por ambos. No por parte de ella.

—¿Sus padres?

—Sí, sobre todo su padre, ¿cómo se llama?

—James Willerby—confirmó Bone.

—Sí, ese. Nunca me cayó bien. Es lo que se dice un puto estirado.

—¡Ken!

—Que sí. Dándose aires ahí en Bridge of Allan con sus bufetes por todo el oeste de la jodida Escocia.

—¿Así que los han conocido los dos?

—Una vez, y ya fue demasiada.McDermid hizo una mueca.

—A mí Lynda me cayó bastante bien—dijo Susan.—Me dio la impresión de que solo quería lo mejor para su hija y que veía que Laurence estaba haciendo un esfuerzo enorme por cambiar.

—Si no les importa que pregunte, ¿a qué se dedican?—les preguntó Bone.

—Soy responsable de finanzas en una ingeniería local—dijo Susan.

McDermid volvió a reír.—Y yo llevo un concesionario en Bridge of Allan. Ahora, ¿no es *that* jodidamente irónico?

—Recuperamos un extracto bancario de la casa de su hermano, y usted transfirió quinientas libras a su cuenta el día 14º de marzo, tres días antes de la boda.

A McDermid se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Solo un pequeño gesto para demostrarle a Laurence y a Clare que contaban con todo nuestro apoyo. Dijo que tenía algo especial planeado para su mujer y que usaría el dinero para ayudar a pagarlo. Se terminó lo que quedaba de whisky.

—¿Sabe de alguien que pudiera haberles hecho esto?

McDermid se encogió de hombros.—Vivió años en el culo del mundo, inspector. Se granjeó bastantes enemigos. Puede que no les hiciera gracia que los mandara a la mierda.

—¿Sabe quiénes podrían ser esos conocidos?

—Conocidos. Qué palabra más fina para ellos. Ni idea. Robaba coches por encargo con quince años, así que eso es un lodazal de mierda muy hondo.Se llevó el vaso a los labios, luego cambió de idea y lo estampó en la mesa.—Siempre fue un maldito idiota, pero era mi hermanito.Se apretó el puño contra la boca.

Su esposa se abalanzó y le rodeó con los brazos.

—Siento entrometerme en este momento imposible para ustedes. Dejo mi tarjeta aquí y me voy. Si se les ocurre cualquier cosa que pueda ayudar a la investigación, aunque les parezca pequeña o trivial, llámenme. Y los agentes de enlace familiar están justo fuera.

Susan asintió y siguió consolando a su desolado marido.

—Me voy yo solo. Bone se retiró a la calle.

En el coche, llamó a Baxter y le pidió que revisara de nuevo los antecedentes penales de Laurence McDermid para ver si entre los cargos aparecían nombres conocidos.

Veintisiete

Walker se recostó, apartándose del portátil. —Vale, me voy a tomar el aire. Llevo con esto desde las cinco y media de la mañana y tengo el cerebro frito.

Harper se echó hacia atrás en su silla. —He visto que esta mañana me has ganado. ¿Por qué tan temprano?

—No podía dormir, y mi cama tiene más bultos que las gachas del hotel. ¿Cómo es la tuya?

—Una delicia —bostezó y se estiró.

—Capullo —murmuró Walker— y cogió el abrigo.

—Antes de que te vayas —interrumpió Harper—, ¿podrías echarle un vistazo rápido a esto?

Walker bostezó. —Perdona, no eres tú. Bueno, sí, pero... —esbozó una sonrisilla.

—El Super envió unas imágenes de vigilancia del equipo de la SCU. Es de un pub en la urbanización Raphorse, The Curlew Bar, conocido por la policía como el local de Craig Sneddon, donde lleva parte de su, ejem, negocio de taxis y logística.

—Qué glamuroso —Walker se frotó los ojos y se acercó a la imagen granulada en blanco y negro que llenaba la pantalla del portátil.

—Es material en time-lapse, pero he aislado y revisado las imágenes del periodo en torno a los ataques. —pulsó el botón de pausa—. Así que esto es 30.º de marzo, unos días antes de que las víctimas llegaran a su cabaña de vacaciones.

—¿Qué se supone que tengo que ver? —Walker siguió entornando los ojos.

—¿Ves ese coche aparcado al fondo de la calle?

—¿A duras penas?

—Le pedí a digital que pasaran el fotograma por su software de limpieza y... —se inclinó sobre la mesa y sacó una impresión de la imagen congelada—. Esto es una copia, claro, pero de la versión mejorada, con la matrícula ya visible.

—¿Es un Mercedes?

—Lo es.

—Por el tono cada vez más agudo de tu voz, deduzco que ya has rastreado la matrícula, así que suéltalo, antes de que te dé una hernia. ¿De quién es el coche?

—Está registrado a nombre de Willerby and Wilson Solicitors.

—¿El coche de James Willerby?

—El coche de su empresa.

—Bueno, sabes cómo armar un buen revuelo, eso te lo reconozco, Will.

—Pensé que eso te espabilaría.

—Vale, guarda esa pista. Vuelvo en veinte minutos.

Salió del hotel por la puerta trasera para esquivar las furgonetas de la prensa apostadas fuera y cruzó el jardín de atrás hasta un sendero entre los árboles, para luego salir a la carretera principal que se alejaba del pueblo. En el primer paso del vallado, trepó y empezó a subir por la senda de la montaña, ya casi libre de nieve. Un camión pasó disparado por la carretera de abajo, y alcanzó a ver la mole de Lonnie Kilpatrick al volante. El Toyota siguió por la carretera principal y desapareció al coronar la colina.

—¿Adónde irá con tanta prisa? —se preguntó en voz alta y, tras una rápida y frustrante mirada hacia la soleada cima, volvió a trepar el paso y regresó al hotel.

—Les, coge el abrigo —dijo, irrumpiendo en la sala de incidentes improvisada.

Buchan acababa de llegar y se estaba sirviendo un café. —¿Ahora?

—Ahora mismo.

Buchan miró su taza vacía y, con un suspiro, la dejó de nuevo en el carrito.

—¿Adónde vamos? —preguntó, siguiendo a Walker hacia fuera.

—¿Queréis que vaya yo también? —preguntó Harper.

—No, tú quédate aquí y aguanta el fuerte.

Los agentes encontraron a Urquhart en su despacho.

—¿Tiene algún coche que podamos tomar prestado? —preguntó Walker.

—¿No les basta a ustedes con todo el hotel y medio pueblo, entonces? —dijo Urquhart.

—¿Ahora mismo? —dijo Walker.

—¿Y qué pasa con la docena larga de vehículos, barcos, helicópteros y drones que tienen fuera?

—Demasiado llamativos. ¿Lo tiene? —apremió.

—Vale, llévense la furgoneta de servicio. Está asegurada para cualquier conductor. Pero si me la destrozan, querré que Police Scotland me compense íntegramente con un reemplazo equivalente.

—No vamos a destrozarla, por supuesto —respondió Walker.

—Un Lamborghini debería bastar, pero me conformo con un Ferrari si no les llega el presupuesto. Sacó las llaves del bolsillo y se las lanzó.

Walker las atrapó al vuelo y salió disparada hacia la puerta.

—Querrán saber dónde está aparcada —dijo Urquhart con una sonrisa—. Detrás del bar público, para que Hollywood ahí fuera no los vea.

Salieron corriendo y se metieron en la furgoneta blanca con el logo del hotel en el lateral.

—¿Adónde vamos? —repitió Buchan.

—Acabo de ver a Lonnie Kilpatrick salir del pueblo hacia la carretera principal. Si vamos rápidas, quizá le alcancemos.

—¿En esta cosa? —hizo una mueca Buchan.

—A ver. —Walker arrancó el motor y la furgoneta salió chirriando del aparcamiento, pasando junto al grupo de periodistas, demasiado ocupados atiborrándose con los panecillos matutinos de Urquhart para fijarse en ellas.

—Menos mal que la nieve se ha derretido —dijo Buchan entre dientes cuando Walker tomó otra curva cerrada a toda pastilla—. Me acuerdo de tu conducción en la academia.

—Echa un ojo por si ves su Toyota azul familiar y a los que vienen de frente, como este. —Walker pisó el freno, y la furgoneta se detuvo a unos centímetros del parachoques de un furgón de reparto. Metió marcha atrás y se metió en un apartadero. Al pasar, el repartidor le sacudió el puño y, devolviéndole el gesto, volvió a salir disparada.

—Estamos a unos ochocientos metros de la carretera principal —dijo Buchan, consultando el móvil.

—¿Lo ves?

—No.

—Mierda. —Walker pisó a fondo. La furgoneta tomó otra curva cerrada dando bandazos y siguió rugiendo.

—Carretera principal en doscientos metros —dijo Buchan al cabo de unos minutos.

—¿Sigue sin aparecer?

—Sigo sin verlo.

Se acercaron al cruce y se detuvieron con un chirrido. Un tráiler pasó a toda velocidad, casi se lleva por delante el morro de la furgoneta.

—¡Jesús! —exclamó Buchan.

—¿Lo ves? —Walker miró a izquierda y derecha.

Buchan señaló. —¡Ahí!

—¿Dónde?

—A la derecha, a la derecha.

Walker se lanzó invadiendo el carril de un coche que venía de frente y pasó por los pelos. El claxon del coche bramó indignado.

—No lo veo —gritó Walker.

—Sigue, sigue.

Aceleró. La calzada por delante estaba despejada.

—¿Estás absolutamente segura de esto? Walker limpió el vaho acumulado en el parabrisas.

Un cruce se alzaba al frente con el semáforo en rojo, con tres coches esperando.

Buchan se pegó a la ventanilla del acompañante.

—Toyota azul al principio de la cola —dijo.

—Lo tengo. —Walker redujo para unirse a la fila de tráfico y se detuvo.

El semáforo cambió y el Toyota giró a la derecha hacia Balhuish junto con el coche siguiente de la cola. Walker siguió detrás, usando ese coche como cobertura. Al acercarse a Balhuish, la carretera se estrechó, y luego el Toyota se desvió. Walker se detuvo junto al cruce y esperó un momento o dos; después, continuó.

—¿A dónde lleva esto? —preguntó.

Buchan hojeó el mapa del móvil con el dedo. —Lleva a unas granjas. No va a ningún otro sitio.

El firme fue empeorando hasta que fueron por un camino embarrado.

—¿Dónde coño está ahora? —Walker miró al frente.

—Debió de apartarse otra vez —Buchan comprobó el letrero—. Granja de los Dulhoon.

—Interesante —dijo Walker, y paró la furgoneta junto al portón de entrada de la granja—. Vamos a pedir apoyo aquí.

Buchan lo comunicó por radio.

Bajaron y, acercándose a la entrada, Walker asomó la cabeza por el portón. El Toyota estaba aparcado en el patio, con la puerta del conductor abierta.

—¿Entramos? —dijo Buchan.

Walker llamó a la puerta principal y un perro ladró en algún lugar al otro lado. Llamó otra vez. Seguía sin haber respuesta. —Por detrás.

Fueron por el sendero hasta la parte trasera de la casa. Al pasar junto a una de las ventanas, Walker vio a Kilpatrick y a otra figura escabulléndose por el pasillo. Sacudió el cristal y desaparecieron.

—Quédate aquí. —Walker corrió de nuevo hacia la parte delantera de la casa.

Kilpatrick estaba subiéndose a su camión.

Agarró la puerta antes de que pudiera dar un portazo. —¿Se va a alguna parte, señor Kilpatrick?

Kilpatrick dio un respingo. —Dios, qué susto me ha dado. Intentó sonreír.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Walker.

Se abrió la puerta de la casa.

—Ha venido a vernos —intervino el señor Dulhoon desde la entrada—. ¿Quién es usted?

—La inspectora Walker. Trabajo con el inspector jefe Bone, con quien creo que ya se han visto. —Volvió a mirar a Kilpatrick—. Parecía que tenía muchísima prisa, Lonnie.

—Se me olvidó que tengo cita con el dentista en Balhuish. Le juro que este maldito golpe en la cabeza me ha dejado demencia.

—¿Podemos volver a entrar, por favor? —insistió Walker.

Kilpatrick miró el reloj. —La voy a perder y encima me van a clavar.

—El zoquete vino a ayudarme a arreglar la empacadora —dijo el señor Dulhoon.

—Usted primero, Lonnie —apremió Walker.

—¿Esto va por mi quad robado y la reciente oleada de robos? —preguntó el señor Dulhoon, regresando a la cocina.

—Hace un momento había aquí una tercera persona con ustedes —dijo Walker.

—¿Es su compañera la que está por ahí fuera? —Kilpatrick señaló a Buchan, que tenía la cara pegada al cristal de la ventana de la cocina.

—Ah, sí, ¿podría dejarla pasar, por favor?

El señor Dulhoon abrió la puerta trasera y ella se unió a ellos.

—Esta es...

—Sí, ya sabemos quién es. Hola, Lesley —dijo el señor Dulhoon.

—Hoy es la inspectora Buchan, Jock —replicó ella.

—¿Dónde está la tercera persona que estaba con ustedes? —preguntó de nuevo Walker.

—Mi mujer está... —empezó el señor Dulhoon.

—Buenas —dijo un joven, entrando desde el pasillo. Era alto, fornido y con la misma mata de pelo rubio que su padre.

—¿El escurridizo señor Fergus Dulhoon? —preguntó Walker.

—Sí, correcto, aunque lo de escurridizo no sé yo. —Lanzó una mirada a Buchan—. Buenas tardes, Lesley. Perdón, inspectora Buchan.

—Vaya ojo morado que te han hecho —dijo Buchan.

—¿Esto? —Se dio unos golpecitos en el amplio moretón que le rodeaba el ojo izquierdo y la mejilla—. En la facultad se me vino una puerta del tractor a la cara. Algún zoquete la dejó sin echar.

—¿Podría decirnos por qué salieron todos corriendo cuando llamamos? —insistió Walker.

—Yo estaba arriba, en el aseo. No salí corriendo —respondió Fergus.

—Pues no es lo que parecía desde donde estábamos —añadió Walker.

—Y ya le he dicho que tengo una cita con el dentista, y ya pasan de las dos y media y me la he perdido —interrumpió Kilpatrick.

—Diría que en mis veinte y tantos años como agente de policía, no creo haberme topado con un grupo de gente comportándose tan sospechosamente como ustedes.

—Estaba en el aseo. Puede ir a olerlo si quiere —insistió Fergus.

—¿Pueden sentarse todos un segundo? No me gusta que se nos echen encima.

Los tres hombres se sentaron a la mesa de la cocina.

—¿Dónde está su esposa, señor Dulhoon?

—Se ha ido a casa de su hermana. Está con tratamiento de quimioterapia y mi mujer la ayuda.

—¿Qué hace usted aquí, Fergus?

—Quería ver cómo estaban mis padres, con todo el jaleo que ha habido y, con el tiempo, además, me preocupaba que les pasara algo.

—Yo le dije que estábamos bien y que nos valemos solos, pero insistió en venir y no hubo manera de convencerlo —se metió el granjero.

—¿Qué tal la facultad? —intervino Buchan.

—Bien, va bien. Apartó la mirada.

—Mi hijo está en la Escuela de Agricultura de Stirling, detective Walker.

—¿Pero no se está saltando clases? —preguntó Buchan.

—Solo un par. Pensé acercarme por aquí antes de que empiecen las prácticas.

—Entonces, ¿cuánto tiempo lleva aquí? —continuó Walker.

—Vine anoche —replicó Fergus.

Walker se volvió hacia el señor Dulhoon.—¿Y sabía usted que su hijo estaba de visita?

—Ni idea. Pero me alegra ver su careto feo.

—Entonces, ¿no subió antes de la tormenta? —preguntó Buchan.

—Dios, no, ¿y quedarme tirado en la carretera? La gente muere con un tiempo así.

—Desde luego —respondió Walker—. Me alegro de que recuperase su quad, señor Dulhoon. Espero que no fuese siniestro total.

—Solo el manillar torcido, fácil de arreglar. Hemos tenido suerte esta vez. Echó una mirada a su hijo, que retiró las manos de la mesa.

—¿Cuándo piensa volver entonces, Fergus? —preguntó Buchan.

—Probablemente mañana. Tengo una salida de campo que no puedo perderme.

La puerta traqueteó y el señor Dulhoon casi saltó de la silla. Hubo un segundo golpe. —¿Quiere que abra? —dijo, por fin.

Walker asintió. Momentos después, volvió.

—Hay dos agentes fuera —dijo—. ¿Qué está pasando?

—DI Buchan, ¿podrías hablar con el señor Kilpatrick en el salón? Señor Dulhoon, ¿podría esperar con los agentes fuera? —dijo Walker.

—¿Y yo? —preguntó Fergus.

—Quisiera hablar con usted.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? —alzó los brazos, a la defensiva.

—No le llevará más de un minuto —dijo Walker.

Buchan siguió a los dos hombres fuera y cerró la puerta tras ellos.

—Mi compañera visitó su alojamiento de la universidad —dijo Walker.

—¿Ah, sí? —Fergus se removió en la silla.

—Sus compañeros de piso no han visto ni rastro de usted desde hace más de dos semanas, quizá más.

—He estado, eh, de aquí para allá, ya sabe, quedándome a dormir por ahí.

—¿De aquí para allá también por Balhuish?

—No, por Stirling, de fiesta y durmiendo en pisos de colegas, en el suelo o, si hay suerte, no. —Se rió para sí.

Walker siguió mirándolo fijamente. —Mi compañera también habló con el secretario de la universidad. No ha estado pagando sus tasas de alojamiento y le han emitido un último aviso.

—Es solo un estúpido malentendido. Tenían mal los datos bancarios. Iba a arreglarlo cuando volviera mañana. —Fergus volvió a pasarse la mano por la cara, ahora un poco más brillante de sudor.

—¿Tiene calor? —preguntó Walker—. Abriría la puerta de atrás, pero creo que a lo mejor le apetecería volver a salir corriendo.

—Le he dicho que no salí corriendo, estaba cagando —gruñó Fergus, cada vez más enfadado.

—¿Tiene problemas de dinero? —prosiguió Walker.

—Soy estudiante, claro que sí.

—¿Tantos como para acudir a un usurero?

—¿A qué?

—¿Ha pedido dinero prestado a un prestamista ilegal que pueda estar amenazándole de algún modo?

—Cristo bendito. Tengo un descubierto que entra y sale de números rojos. El banco me echa broncas y yo lo voy cubriendo. Me debe tomar por totalmente bobo si cree que iría a uno de esos chorizos.

—¿Y sus problemas de dinero vienen de una afición al juego?

—¿Cómo? No —replicó Fergus, sorprendido.

—¿Y por eso es incapaz de pagar sus tasas de alojamiento?

—Esto es una locura. Solo soy un estudiante que se divierte un poco mientras se deja la piel para aprobar la carrera y así ayudar a mi padre a transformar esto en una granja que de verdad nos haga ganar dinero. ¿Dónde está el maldito delito en eso?

—Delito ninguno, pero por si no se ha enterado, por aquí han abundado últimamente.

Fergus cruzó los brazos y suspiró. —¿Hemos terminado? Me gustaría seguir poniéndome al día con mi madre y mi padre, y con mi amiga del cole.

—No, me temo que no hemos terminado. No me convencen sus respuestas a mis preguntas.

—Me da igual si la convencen o no. Es la verdad.

—Eso está por ver. —Buscó el móvil y lo encendió.

—¿Qué está haciendo?

—Estoy llamando a la comisaría de Lomond para que preparen la sala de entrevistas para usted. Se viene conmigo.

—¿Cómo dice? ¿Estoy detenido o qué? Venga ya, ¿qué es esto? Seguro que no creerá que tengo algo que ver con esos asesinatos.

—Conectando —dijo Walker.

Fergus resopló y se removió en la silla.

—Buenos días, habla la DI Walker.

—Vale, espere. Escuche —interrumpió Fergus.

—¿Puede pasarme con la DCI Harris, por favor?

—¡Pare! —gritó Fergus.

—La llamo ahora —dijo Walker y colgó.

—Vale, me he metido en un problemilla de deudas, acabo de contárselo a mi padre y está un poco alterado. Lo último que necesita es que lo suban a una lechera —alzó la vista—. Perdón, pero él no tiene nada que ver con mis problemas.

—¿Juego?

—Sí, se me ha ido de las manos últimamente. Pero estoy intentando controlarlo.

—¿Cómo lo está haciendo?

—Por eso estoy aquí ahora. He venido a pedirle a mi padre un préstamo para poner fin a esto de una vez por todas. Incluso me he apuntado a Jugadores Anónimos. Puedo enseñarle los correos. Lo estoy intentando.

—¿Y pidió dinero a un usurero?

—¡No! El banco no me prestaba más y me exigió el dinero de vuelta, así que, desesperado, fui a una de esas empresas de préstamos rápidos de "día de pago". Pero ahora los intereses de eso

superan a los pagos originales al banco. Es una puta pesadilla. —Bajó la cabeza y respiró hondo.

—¿Puede enseñarme el contrato de ese préstamo rápido y los movimientos del banco?

—Por supuesto, sí.

—¿Y sostiene que llegó aquí anoche?

—Sí, lo he estado temiendo. Mi padre ya piensa que soy un maldito desastre en el mejor de los casos.

—¿Cómo subió hasta aquí?

—En autobús, y luego vine andando desde Balhuish.

—¿Tiene el billete?

—No, no creo que lo haya guardado.

—¿Y cómo pagó?

—En efectivo.

—Así que no hay rastro de papel de que usted haya estado en ningún autobús.

—Sí, estuve en el autobús. El de las nueve y tres de Stirling a Gillan Pass.

—¿Iba lleno? ¿Conocía a alguien? Alguien tendría que haberse bajado con usted en Balhuish.

—No vi a nadie. Estaba tan preocupado por lo que le iba a decir a mi padre que venía con la cabeza gacha.

—Esto no pinta bien, Fergus. Sin justificante y sin un alma conocida en un autobús rural de vuelta a su pueblo. Sabe que pediremos a la compañía los vídeos del CCTV del trayecto. La mayoría de los autobuses los tienen ya.

Fergus alzó la vista y la miró un segundo. —Vine en autobús. Fue así.—Se encogió de hombros.

—¿Puede esperar aquí un momento, por favor?

—¿Va a detenerme igualmente? —gritó.

Walker no le hizo caso y fue a buscar a Buchan. El señor Dulhoon se cruzó con Walker en el pasillo.

—¿Podría hablar con usted un momento? —preguntó.

Se lo llevó de nuevo al patio.

—Mire... —se frotó la sien—. Esto es muy difícil. Mi hijo se ha metido en un problemilla.

—¿Qué clase de problemilla?

—Ha estado jugando bastante, por lo visto, y se ha metido en un pozo con ello. De todo esto me acabo de enterar hoy, y no estoy muy centrado. ¡Maldito idiota! —maldijo—. Pero por eso nos hemos comportado así... ya sabe. Pensábamos que eran los alguaciles.

—¿Por qué?

—Por no pagar lo que debe. Dijo que la empresa de préstamos rápidos estaba a punto de denunciarlo.

—¿Y ha venido para pedirle que lo saque del apuro antes de que le caigan los matones? —preguntó Walker.

—Eso es, sí. No sé lo de los matones, pero desde luego antes de que tenga ningún lío con la ley o algo igual de tonto. Lo último que necesita el chico es antecedentes.

—¿Y va a ayudarle?

—Es que no tenemos ese dinero.

—¿Cuánto exactamente?

—Aún no me lo había dicho, pero por la cara que traía, sospecho que son miles, el muy jodido idiota. —suspiró—. Quiero decir, estamos de rodillas con esta granja.

—¿Sabe que obstruir la justicia es un delito, señor Dulhoon? Si me miente y lo descubrimos, podría ser muy serio para usted.

—Esa es la verdad, inspectora. Ojalá no lo fuera, pero es mi hijo, y uno intenta hacer lo mejor por ellos, aunque no lo merezcan ni de lejos.

—De acuerdo, gracias. Y ya que estamos sincerándonos, ¿cuándo llegó su hijo?

—Ya se lo he dicho: anoche.

—¿Y fue entonces cuando le contó lo de sus deudas?

—Sí.

Walker asintió. —Espere aquí con los agentes, por favor. Hizo un gesto a un par de agentes que merodeaban junto a su coche y fue a buscar a Buchan.

—Es como intentar pastorear gatos —dijo Walker cuando Buchan salió del salón y cerró la puerta—. ¿Qué tal con Kilpatrick?

—Disparates. No para de dar la brasa con una cita dental imaginaria. Si tuviera una conmoción, creo que una cita dental

estaría bastante abajo en mi lista de prioridades, pero es fácil buscarle las mentiras. ¿Qué hay del hijo?

—Canta a la legua. Hace unos minutos ha admitido que tiene problemas de deudas y que estaba a punto de pedirle a su padre que lo rescatara, pero luego su padre me acaba de decir que esa era la razón de que se comportaran raro: pensaban que éramos los alguaciles.

—Vaya morro. Quiero decir, ¿tenemos pinta de alguaciles?

—Me temo que probablemente sí.

—Los chicos tropiezan con sus propias mentiras, como conejos con las patas atrapadas en sus propias trampas.

—Y sin pizca de suerte —añadió Walker—. ¿Tiene tu comisaría salas donde podamos tomarles declaración formalmente a los dos?

—¿Drumgoil? ¿Hablas en serio? Es una caja de cerillas con dos habitaciones y un calabozo que hace de baño del personal. Me parece que tendremos que llevarlos a Lomond.

—Ay, madre... ¿Y más fiesta con la DCI Harris?

—Me temo que sí.

Walker infló las mejillas y soltó el aire. —Vale, llevadlos allí y a ver si desenredamos este embrollo.

—¿Y el padre? —preguntó Buchan.

—Con él no lo tengo claro, aunque parecía sinceramente impactado y preocupado por el apuro económico de su hijo. Yo diría que nos centremos de momento en los dos pájaros y veamos adónde nos lleva.

—De acuerdo —replicó Buchan.

—Yo me encargo de Fergus. ¿Quieres darle tú la buena nueva a su cómplice?

—Vale —dijo Buchan.

Volvieron a entrar.

—Señor Dulhoon, me gustaría que nos acompañara a la comisaría de Lomond para poder repasar su versión con más detalle —dijo Walker al volver a la cocina.

—¿Cómo? ¡No! —exclamó Fergus—. ¡Pensaba que lo habíamos dejado claro! Le estoy diciendo la verdad.

—Si es así, no tiene de qué preocuparse.

Walker lo ayudó a levantarse, pero él se zafó.

Delante, Walker llevó a Fergus hasta el coche patrulla y, antes de que pudiera quejarse más, el agente que esperaba allí le agachó la cabeza hacia el asiento trasero. Buchan apareció en la puerta con Kilpatrick, y Jock Dulhoon siguió detrás.

—Esto es absolutamente ridículo —protestó el señor Dulhoon—. ¿Con qué motivo arrastran a los chicos hasta...? —Frunció el ceño a Walker.

—La comisaría de Lomond —respondió ella.

—Le conté lo que pasaba de buena fe, inspectora.

—Solo queremos aclarar unas cuantas cosas más. Les conviene a su hijo y al señor Kilpatrick cooperar plenamente con nosotros.

—Se lo he dicho, inspectora: mi hijo llegó anoche tarde. Si por un segundo cree que él o Lonnie están implicados de algún modo en los robos recientes o los allanamientos o incluso en los ataques en Balhuish, está muy equivocada.

Buchan metió a Kilpatrick en el segundo coche patrulla.

—Si te vas con Kilpatrick —dijo Walker a Lesley—, yo llevaré de vuelta la furgoneta del hotel y nos vemos en la comisaría de Lomond. Llamaré a la DCI para que se nos una.

—Vale. —Buchan asintió.

—Tengo que rematar antes una cosa, así que cuando llegue Duncan, por favor, poneos con los interrogatorios, y yo iré lo más rápido posible.

—¿Adónde vas?

—Algo que ha encontrado Will. Te lo cuento cuando vuelva.

—Vale, nos vemos allí; aunque ¿seguro que no es una excusa cutre para evitar ver a Harris otra vez?

—No, pero ahora que me lo recuerdas, puede que tarde un poquito más de lo que pensaba.

—Qué cruel. —Buchan se subió al asiento del acompañante del coche patrulla y el agente arrancó.

—Ay, por favor, cállese —le gritó a Kilpatrick, que seguía protestando atrás, mientras los coches se ponían en marcha.

Veintiocho

Una administradora desbordada condujo a Walker por la recepción del bufete hasta el despacho de James Willerby, al fondo del edificio. Cuando entró, el abogado estaba al teléfono. Él asintió, le dio la espalda y siguió con su acalorada conversación. Walker se quedó de pie un instante, pero la impaciencia pudo con ella y carraspeó con fuerza. El abogado se volvió de golpe, negó con la cabeza y por fin colgó.

—Mis más sinceras disculpas, inspectora. Estamos lidiando con un cliente bastante exigente ahora mismo, y pondría a prueba la paciencia de un santo. ¿Tiene alguna novedad?

—Quería aclarar un par de cosas, si no le importa.

—Por supuesto, cualquier cosa para resolver esta pesadilla horrible. Al menos nuestra hija se está recuperando físicamente, pero Dios sabe con qué cicatrices mentales tendrá que vivir después de todo esto. Por favor, siéntese. ¿Le ha ofrecido Fiona un té o un café?

—Estoy bien, gracias. Se sentó frente al escritorio. —He de decir que me sorprendió cuando su esposa me dijo por teléfono que estaba trabajando hoy, después de todo lo que ha pasado.

—Fue Lynda quien me sugirió que viniera. Estoy tan furioso con todo esto... Me cuesta, la verdad, y el trabajo es una distracción.

—No le quito más tiempo. Solo quería confirmar que no sabía nada del matrimonio de su hija con el fallecido, Laurence McDermid.

—Desde luego, y me quedé completamente en shock y algo contrariado cuando Lynda me dijo que le había dado a Laurence dinero en efectivo para la luna de miel. Pero hizo lo que hizo, y ahora no podemos cambiarlo.

—¿Y sostiene tajantemente que era una mala influencia y un marido inadecuado?

—Totalmente, y este espantoso ataque me da la razón. Estoy seguro de que él estaba detrás y lo tenía todo planeado desde el principio. Un buen negocio para él cuando todos sus bienes, incluido su piso, le fueran traspasados. Hizo una pausa. —¿Adónde quiere ir a parar, inspectora?

—Se lo pregunto otra vez porque, aparte de usted, todas las personas a las que hemos entrevistado aseguran que el señor McDermid había reconducido su vida y se había rehabilitado con la ayuda de su hija.

—Ya se lo he dicho antes y se lo diré otra vez: gente como él no se rehabilita nunca. Son parias sociales de nacimiento, y lo sé bien; he tenido que defender a unos cuantos en mi carrera.

—¿Puedo enseñarle algo? Abrió el bolso y sacó una fotocopia en A4 de la imagen capturada de la pantalla de The Curlew Bar y la calle contigua. La dejó sobre el escritorio y se la empujó hacia la cara.

—¿Qué es esto? —preguntó, sacando unas gafas de una funda.

—Este es The Curlew Bar, en la barriada de Raphorse.

—Uno de los antros de McDermid, supongo. Examinó la foto granulada.

—¿Ha estado alguna vez en este pub?

—Este bar es de sobra conocido. ¿Cree que tengo ganas de que me maten o qué?

—¿Ve ese coche aparcado más arriba en la calle, más allá del pub?

—No se ve muy bien. Entrecerró los ojos.

Sacó una segunda impresión, esta vez el primer plano mejorado del vehículo de Harper. —El coche es un Mercedes Clase E blanco.

—Escoria de narcos, sin duda.

—He visto un Mercedes en su aparcamiento, señor Willerby. Parece que algún camello le ha birlado la plaza reservada.

—Creo que verá que hay una diferencia abismal entre alguien como yo, que ha estudiado, se ha dejado la piel y ha trabajado día y noche para construir una carrera y un negocio, un activo valioso para su comunidad y su economía locales, y la escoria de alcantarilla que probablemente robó este de aquí.

—¿Le han robado el coche recientemente, entonces?

—No, ¿por qué?

—Hemos rastreado las matrículas y el titular es usted. —replicó Walker.

El abogado alzó la vista. —¿Cómo?

—Ese es su coche, señor Willerby.

Examinó con lupa la impresión. —No se distingue la matrícula en esta.

—Contamos con tecnología que la descifró, y es sin duda su coche.

—Vaya. Se quedó mirando la imagen un momento.

—¿Señor Willerby? —apremió Walker.

—¿Cuándo dijo que se tomó?

—El treinta de marzo, cuatro días antes de los ataques, —dijo Walker.

—Déjeme comprobar la agenda. Buscó en el bolsillo de la americana y sacó una mini Filofax.

—Treinta, dice. Pasó las páginas. —Ah, sí, ya me acuerdo. Cerró el cuaderno. —Necesitaba hablar con un cliente que estaba en libertad bajo fianza y tenía que comparecer en el juzgado esa semana.

—¿Quién era ese cliente?

—Temía que fuera a darse a la fuga, así que tuve que asegurarme de que no lo hiciera. Lo último que necesito es una humillación completa ante los magistrados. Uno desarrolla un sexto sentido para los que salen corriendo, y él disparaba todas las alarmas.

—¿Cómo se llamaba?

—Hmm... ¿cómo se llamaba? Tratamos con tantos que al final tienden a fundirse en un solo despojo. Se acarició la barbilla. —Barraclough, creo que era. Puedo comprobar nuestros registros y confirmárselo. Pero, como era de prever, no apareció para verme.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el pub?

—Oh, menos de un minuto. Fui primero a su domicilio y su novia, si es que era su novia, me dijo que podría estar en The Curlew. Vive a unas calles, como cabría esperar. No quería quedarme por allí y encontrarme en el lado equivocado de un puño, una navaja o un arma de fuego. Así que me largué de allí pitando antes de quedarme sin coche.

—¿Suele ir a barriadas peligrosas después del trabajo, de noche?

—Como he dicho, me preocupaba que fuera a saltarse la comparecencia y era el último recurso y, a juzgar por la expresión de su cara, uno que ahora lamento.

—Pensaba que tendría asistentes o pasantes que hicieran eso por usted.

—No quería arriesgarme a mandar a un recién licenciado ingenuo allí. Se lo comerían con patatas.

—¿Conoce a un hombre llamado Craig Sneddon?

—Por supuesto. Es uno de los cabecillas de bandas más notorios de Stirling.

—También opera como usurero, entre otras cosas. Suele usar The Curlew como base para sus actividades criminales.

—Exacto, y precisamente por eso no quise quedarme por allí.

—Entonces, ¿nunca se ha reunido con él?

—Nunca, gracias a Dios. He conocido a algunas de sus víctimas y a sus supuestos empleados, a quienes hemos tenido que defender, pero nunca al rey de las cucarachas en persona.

—¿Sabe que se ha metido también en los asesinatos por encargo?

—¿Cree que Sneddon estuvo implicado en el ataque a mi hija?

—Nuestras investigaciones siguen en curso. Solo intentamos aclarar unas cuantas anomalías. Pero gracias por ayudarnos con esta.

—Dios mío. Ya lo veo. Willerby asintió. —McDermid contrató los servicios de Sneddon para asesinar a mi hija.

—Como le digo, hay varias líneas que estamos siguiendo.

—Me he enfrentado a muchos hijos de puta malvados en mi vida, pero esto alcanza las cotas más bajas de la depravación.

—Gracias por su ayuda. Walker se levantó para marcharse.

—Por el bien de todos, por favor, ponga fin a esto.

Walker asintió.

Ya en la calle, llamó a Baxter y le pidió que comprobara la versión de Willerby, y luego mandó un mensaje a Buchan para avisarla de que iba de camino.

Veintinueve

Cuando los coches patrulla llegaron a la comisaría de Lomond, Buchan registró a los dos hombres. Los llevaron a dos calabozos separados y, antes de que Harris se enterase de que estaba allí, se fue a dar un paseo por la orilla del lago para esperar a que llegasen Bone y Walker.

Al poco rato, vio un coche patrulla que se detenía delante del anexo prefabricado de la comisaría de Lomond, pegado al lateral de un bungalow reformado, y a Walker apeándose.

Se acercó a saludarla. —Entonces, ¿vas a contarme en qué andabas metida?

—Han visto el coche de Willerby en el garito favorito de Sneddon. He ido a ver qué tenía que decir al respecto

—¿Y?

—Ha soltado una coartada de lo más endeble. Le he pedido a Sheila que lo investigue y me diga algo. Walker miró hacia el lago. —Estas vistas no se acaban nunca, ¿eh?

—Salvo por ese pegote —Buchan señaló la comisaría—. Los dos están en los calabozos.

El inspector jefe Harris apareció en la entrada de la comisaría.

—Ay, por Dios —murmuraron al unísono.

—Bienvenida a nuestro humilde hogar, inspectora Walker. Adelante —dijo Harris.

Con desgana, le siguieron al interior.

—Probablemente no llega ni a la suela de vuestro chiringuito, pero por lo menos tenemos mejores puñeteras vistas, ¿eh, Les?

Se carcajeó estruendosamente y el sargento de la mesa corrió un poco más la mampara de cristal.

—Inspectora Walker, le presento al sargento de guardia Fleming, un hombre para todas las estaciones, pero sobre todo las de invierno, con lluvia y viento. Harris rió tanto que la pantalla vibró en sus correderas.

El sargento Fleming saludó con un gesto de cabeza.

—Así que habéis traído a dos nenazas, digo... a dos sospechosos —continuó Harris.

—¿Cómo? —preguntó Walker, sintiéndose ya un poco aturdida por la presencia avasalladora de Harris.

—Perdón, personas de interés. Nota mental: hay que usar la jerga woke.

—¿Le gustaría unirse a nosotros cuando hagamos las entrevistas? —preguntó Buchan.

—¿Yo? ¿Estás de broma? Creía que me conocías mejor que eso, Les. No, estaré en mi despacho, pasando papeles de un lado a otro con mucha importancia, como se supone que hacemos todos los inspectores jefes. Alzó la vista hacia ella.

Ya viene, pensó Buchan.

—¿He dicho papeles? *GQ*, la puta revista, más bien. Soltó literalmente una risotada con eructo incluido.

Walker dio un respingo.

—Disfrutad. ¡Hala, hasta luego! —dijo, y se fue escaleras arriba.

—Señor —llamó Buchan—. Subiré a ponerle al día.

—Oh, qué espléndido. Y yo pensando que me había librado de ese jodido marrón. Venga, vamos, que sea rápido. *Escape to the Country* empieza en diez minutos —resopló—. Esa cara, inspectora Walker.

Se dio la vuelta y subió las escaleras a toda prisa, con Buchan siguiéndolo a regañadientes.

La mampara de la mesa volvió a abrirse.

—Tranquilo, ya es seguro volver a salir —dijo Walker al sargento, que asomó la cabeza por la rendija de la ventanilla.

—Perdónale— dijo él.

—¿Cómo le aguantas día tras día?

—Drogas, y más drogas.

—Voy a dejar a esos dos ahí abajo que suden un rato mientras esperamos a que llegue mi jefe.

—El inspector jefe Bone, ¿no?

—Eso es.

—He oído que volvió al servicio en la UCI.

—Ya hace un par de años.

—Si no le importa que pregunte, ¿qué tal es trabajar para él?

—Un dolor de muelas. ¿Es que no lo son todos los jefes? Sonrió. —No, he tenido unos cuantos en mi tiempo, y él es el mejor con diferencia, pero por el amor de Dios, no le diga que he dicho eso.

—Igual pido un traslado. Se echó a reír.

—Adelante, pero estarías cambiando las Bonnie, Bonnie Banks por bancos de alimentos.

—Oh, aquí también tenemos de esos, no te engañes.

—Lo sé, yo me crié en Lewis. Miró alrededor del diminuto vestíbulo. —¿Hay algún sitio donde pillar un café?

—Hay una pequeña cafetería en la primera planta, pero está...— se inclinó sobre el mostrador y susurró— al lado de David Brent.

—¿Algún otro sitio?

—La cafetería del pueblo está al final de la calle, giras a la izquierda. No tiene pérdida. Está entre la capilla y el pub.

—Gracias, ha sido un placer.

—Cuando llegue el inspector jefe y vuelva la inspectora Buchan, ¿se los mando para allá?

—Estupendo, pero a nadie más. Abrió mucho los ojos.

—No tengo ni idea de adónde ha ido, señor— dijo Fleming. El teléfono sonó y, con un gesto a Walker, descolgó.

La diminuta cafetería Bonnie Brae estaba desierta. Un vejete solitario estaba encorvado sobre un periódico en la esquina, removiendo cucharadas colmadas de azúcar en un capuchino espumoso. Cuando vio entrar a Walker, la saludó con la mano y siguió a lo suyo.

—¿Qué te pongo?— preguntó desde detrás de la barra una chica joven con rastas y camiseta arcoíris.

Mientras Walker repasaba la pizarra, bostezó y, al recuperarse, volvió a bostezar. —Tranquilo esto, ¿eh?

—Ajá. La chica suspiró.

—Pensé que ya tendríais más turistas.

—El tiempo ha dado al traste con eso, de momento. En un par de días volverán todos con sus chubasqueros de plástico que crujen, no te preocupes. Le echó a Walker una ojeada de arriba abajo. —¿Estás tú de vacaciones? Intentó una sonrisa falsa, quizá engrasando las ruedas de una posible propina generosa.

—Estoy en la comisaría.

—¿Eres poli?

—Me temo que sí. Walker sonrió.

—¿Entonces eres detective?— preguntó, fijándose en la acreditación de Walker.

—Sí.

—Entonces querrás un café solo— respondió.

—¿Somos tan previsibles?

—Yup. Se detuvo. —¿Es para una, o...?

—Sí, para tu alegría, seguro. Guiñó un ojo.

Walker se sentó junto a la ventana para disfrutar de las vistas del lago Lomond.

A los pocos minutos, la chica le llevó la bebida junto con una porción de bizcocho.

—Perdona, yo no he pedido esto.—

—Invita la casa. Bueno, en realidad, está tan flojo ahora que acabará en la basura al final del día o me lo zamparé yo, así que he decidido cortar por lo sano.—

—Pues gracias —dijo Walker.

La chica volvió a la barra.

Bone apareció en el umbral.—Te he pillado, poniéndote morada.

—Has tardado poco —dijo Walker.

—Las carreteras estaban tranquilas. Creo que la gente aún está con reparos para moverse por aquí.— Bone se sentó enfrente.—Así que ha habido movimiento, ¿no?

—Puede decirse. Lesley acaba de dejar a Lonnie Kilpatrick y a Fergus Dulhoon en la comisaría de Lomond. Están cociéndose en un par de celdas allí enfrente.—

—Entonces, ¿por qué entrevistas en comisaría?—

—Seguimos a Lonnie Kilpatrick hasta la granja de Jock Dulhoon, y cuando hicimos notar nuestra presencia, intentó largarse a la carrera, junto con el hijo de Jock Dulhoon. O al menos esa es mi conclusión, aunque ambos insistían en que tenían que irse a toda prisa a otro sitio.—

—Esa ya nos la han contado unas cuantas veces, ¿no te parece? —

—Exacto. Los dos actuaban de culpables como un crío con la boca llena de golosinas a granel en un Woolworths.—

—¿Dónde? —preguntó Bone.

—No empieces.—

—Entonces, ¿por qué fue allí Lonnie Kilpatrick en primer lugar?—

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Y también qué hacía allí Fergus.—

—¿Dijo el hijo cuándo llegó?—

—Ah, la noche anterior; a eso se aferraban tanto él como su padre.—

—¿Y el padre? Si crees que le cubre, ¿por qué no te lo trajiste también?—

—A Lesley y a mí nos pareció que el padre estaba sinceramente conmocionado por la repentina avalancha de gente entrando por su puerta.— Se detuvo.—Perdona, mala elección de palabras. Aún estaba tambaleándose por la noticia de que su hijo estaba hasta el cuello de deudas de juego.

La barista se acercó a la mesa.

—¿Café solo? —preguntó.

—Sí, ¿cómo lo has sabido? —preguntó Bone.

—Largo de contar —dijo la chica—. ¿Algo para comer?

—No, así está bien —respondió Bone.

—Podemos compartir este monstruo —dijo Walker, pinchando el triángulo de bizcocho con la cuchara.

—Lesley está poniendo al día al inspector jefe Harris; se reunirá con nosotros aquí en un rato —dijo Walker.

—Llevo queriendo preguntarte por vosotros dos.—

—¿Nosotros dos?—

—¿Erais pareja cuando estabais en la academia?—

—Oh, no se corte, señor.—

—Perdón, es cosa mía y cotilla; no contestes.—

—Ya sé lo que haces; estás jugando al clásico doble farol, para que yo diga ahora: *no, no, claro que no estás siendo cotilla, estoy encantada de contestar*, si no, pensarás que sí salimos juntos.— Alzó la vista.—Pero, con todos los respetos, señor, lo está siendo.— Negó con la cabeza.

—Perdón, tienes toda la razón. No ha sido apropiado por mi parte.— Se detuvo un segundo.—Lo sabía —murmuró en voz baja.

—Vale, tienes razón. Salimos muy brevemente en primero, pero se acabó antes de empezar.

—Era evidente en cuanto os vi juntos.

Walker volvió a negar con la cabeza. —Ya, claro —se encogió de hombros.

—Anda ya, os pusisteis rojos como dos adolescentes, por el amor de Dios.

—A eso se le llama vergüenza. Éramos unos críos tonteando entonces. ¿Nunca te has cruzado con una exnovia?

—Por suerte, no tenía ninguna con la que cruzarme.

Walker negó con la cabeza. —¿Quién miente ahora? En fin, va a venir a casa para conocer a Maddie y a Erin. Le hizo muchísima ilusión saber que Maddie y yo tenemos una hija. Y antes de que preguntes, Maddie lo sabe todo.

—¿Todo?

—Sí, todo, y mucho más de lo que jamás soñaría contarte a ti, carita de cotilla. O sea, señor.

La barista volvió con el café de Bone.

—Americano. Lo dejó sobre la mesa. —A ver, déjame adivinar: dos azúcares, y a veces tres cuando estás estresado, ¿verdad?

—¿Pero esto qué es? —Bone se echó hacia atrás, sorprendido.

—Nos han calado, señor —replicó Walker. Se volvió hacia la chica. —Has nacido para ser detective.

—Sigo sin entender nada —dijo Bone.

—Es cosa de la edad —le dijo Walker a la chica.

Bone dio un sorbo a su bebida. —Joder, qué bueno.

—Otra razón para unirte. Nunca van a rechazar a una recluta formada como barista —dijo Walker.

La chica sonrió. —Buena observación.

—En fin, dejando mi vida amorosa, ¿has conseguido hablar otra vez con Alice? —preguntó Walker. —Seguro que habrá estado preocupada por ti.

—Ni me lo recuerdes.

—¿Y ahora qué ha pasado?

—Nada, lo de siempre.

—¿Problemas de conciliación?

—Conciliación de la vida con la vida. El bocazas de Mark ya la había puesto al tanto del asesinato aquí arriba, así que estaba atacada por eso —Bone suspiró—. No sé. Este trabajo y el matrimonio quizá simplemente no sean...

—¿Un matrimonio perfecto?

—Algo así, pero a vosotros dos os va bien, por lo que parece.

—También tenemos nuestros momentos, no te engañes. El truco es dejarlo fuera al llegar a casa, y Erin desde luego me ayuda a hacerlo.

—Algo que a mí nunca se me ha dado bien. Desde mi rehabilitación creí que iba mejor, pero Alice sigue odiando lo que hago, y eso no va a cambiar.

—Tú sigue y sigue, eso digo yo. Sois almas gemelas. A veces hace falta un petardo en el culo para darse cuenta, pero está ahí, a la vista. Solo hay que seguir buscándolo.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Ahora bébete el café y vamos a rematar esta investigación para que puedas irte de una puta vez a casa. Perdone mi francés, señor.

Bone alzó la taza. —Así se habla, inspectora Walker. Pegó un par de buenos sorbos.

Buchan entró a trompicones por la puerta y se acercó a la mesa.

—Necesito un café. Se dejó caer junto a Bone. —Buenos días, señor. Informe con el inspector jefe Harris completado. Necesito un horno de gas para meter la cabeza. Echó un vistazo. —Perdón, no ha sido muy profesional por mi parte.

—Nuestros pensamientos están con usted en estos momentos tan difíciles —dijo Bone—. Bien, cinco minutos para ponerme al corriente y luego vamos a ver qué tienen que decir de sí mismos Tweedledum y Tweedledee.

Treinta

Lonnie Kilpatrick esperaba en un minúsculo cuarto de interrogatorios en el igualmente minúsculo sótano de la comisaría. Su corpachón estaba encajado en una silla entre la estrecha mesa y la pared. Cuando Bone entró, se echó hacia atrás con una sorpresa ansiosa.

—Perdone la espera.—Bone se sentó enfrente, incómodamente cerca.—¿Quiere un vaso de agua o algo? Tiene un poco de calor.

—Llevo más de media hora sentado aquí sin una palabra de explicación.—Kilpatrick resopló y se pasó la manga por la frente húmeda y encendida.

—Gracias por su paciencia. Solo hay un par de cosas que necesitamos aclarar y ya podrá irse.—Bone se volvió hacia el aparato de grabación que descansaba al final de la mesa, un antiguo reproductor de casetes de carga frontal.—A la última, ¿eh? ¿Le importa que grabemos la entrevista?

—Si no he hecho nada malo, ¿por qué me iba a importar?—replicó Kilpatrick.

Al echarse hacia atrás, Bone encontró un cajón en la mesa y, dentro, tres o cuatro casetes aún sin abrir.

—Apuesto a que no había visto una de estas en su vida.—Bone desprecintó la cinta y la dejó caer en la máquina.—A veces ser un carcamal tiene sus ventajas. Puso el contador a cero, pulsó «grabar» y recitó el preámbulo.

Al final de la parrafada, Kilpatrick se retorcía las manos bajo la mesa.

—Vale, volvamos al momento en que me llevó a la isla.

—¿Cuándo me agredieron?

—Exacto, sí. Sobre esa agresión... Hablé con el doctor Cropper y le pregunté si era posible que sus lesiones fueran autoinfligidas, y desde luego no lo descartó.

—¿Cómo? ¿Que me di yo mismo? ¿Para qué?

—Y luego, al poco, encontramos su número en el móvil de Vincent Trough.

—Le dije que estaba dejando un fueraborda para reparar.—Kilpatrick se recostó.—Un momento, no he terminado con lo de la lesión. Uno: el doctor es un borrachuzo y deberían haberlo inhabilitado hace años. No me fiaría de ninguno de sus diagnósticos ni para ir a mear, y dos: ¿por qué iba a ofrecerme a llevarle a usted, un detective, a la isla, la escena del crimen, si yo estuviera intentando tapar algo?

—Ahí ha dado en el clavo, si se me permite la expresión, aunque quizá no algo, sino al*guien*.

—¿Quién? Ah, espere, ¿cree que Fergus está metido en esto de alguna manera?

—Lo ha dicho usted, no yo. ¿Cuántos años llevan de mejores amigos?

—No somos mejores amigos, somos amigos.

—Fuisteis juntos a primaria y secundaria, ¿es así?

—¿Y qué? Ya verá cómo casi todo el mundo en Loch Gillan y Balhuish fue al colegio juntos; eso no los convierte automáticamente en compinches de un asesinato. Alzó la vista.—Ah, salvo usted, claro. Todo iba bien hasta que decidió colarse en nuestra comunidad y traer esta puta carnicería.

—Encantador. Lo siguiente serán horcas y antorchas al amanecer. ¿Qué va a hacer, echarme del pueblo, Lonnie? Bone sacó de su mochila una libreta, la abrió con teatralidad y se sacó un bolígrafo del bolsillo.—Discúlpeme un segundo mientras repaso todas sus actividades sospechosas que he anotado aquí. La memoria ya no es

lo que era. Necesito uno de estos, ¿eh? Dio unos golpecitos en la parte superior de la grabadora y sonrió.

Kilpatrick hizo una mueca.

—Dejemos ese tema por ahora y pasemos a lo que ocurrió más tarde esa tarde, cuando volvimos a Loch Gillan desde la isla de Balhuish. ¿Recuerda cuando pasé por su cabaña?

Kilpatrick se encogió de hombros.—¿Y bien?

—¿Recuerda la sangre en su umbral?

—Mi sangre, de la cabeza, de una herida profunda infligida por la persona que atacó a la gente en la isla.

—¿Y los ruidos de arriba?

—Mi gato, sí.

—Estoy seguro de que ya lo dije, pero debe de ser un bicho tremendamente grande, ese gato escurridizo suyo. ¿Tiene arriba, en esa casita diminuta, un tigre devorador de hombres?

—¿Así que ahora también se inventa a mi gato?

—Le di la mano—interrumpió Bone—. La tenía muy fría. De hecho, estaba helado, como si acabara de estar fuera.

—Se había ido la luz, ¿recuerda?

—Tiene una estufa de leña y en su casa se estaba de maravilla. Recuerdo que me dio bastante envidia. Mi cabaña era como una morgue. Bone se inclinó hacia delante.—Acababa usted de salir para ayudar a su mejor amigo, Fergus, a volver después de hacerse daño con el quad que robó en la granja de su padre. ¿Me dejo algo?

—Eso es una gilipollez total.

—Si es una gilipollez, no le importará dejarnos su teléfono para que comprobemos el registro de llamadas.

—¡No pueden hacer eso! ¡Tendrían que detenerme y pedir una orden o algo así!

—Cálmese, Lonnie. Qué manera de exagerar. ¿Le he tocado la fibra?—Bone sonrió.

—Si va a seguir con esta ficción, entonces quiero hablar con un abogado.

—Tiene derecho a hablar con un abogado y podemos organizarlo, pero, si yo estuviera en su lugar, preferiría aclarar este malentendido antes de que vaya a más.

Kilpatrick soltó un suspiro.

—Mire, lo único que intento es establecer los hechos. Si no tiene nada que ocultar, dígame qué está pasando en realidad.

—Le estoy diciendo lo que está *pasando en realidad*—replicó Kilpatrick con sorna.

—Se enzarzó en un rifirrafe con su mejor amigo en la fiesta de Hogmanay en Balhuish hace unos meses, ¿es correcto?

—No—Kilpatrick se recostó.

—Tengo bastantes testigos que pueden corroborarlo, incluidos dos agentes que intervinieron. ¿Por qué fue?

Kilpatrick miró fijamente la pared de enfrente un par de segundos.—Ah, ¿aquello? Ya me acuerdo. No fue nada, demasiado alcohol y un malentendido.

—¿Sobre qué?

—No me acuerdo.

—¿Sobre las deudas de su amigo? ¿Le pidió que le ayudara?

—Por el amor de Dios. Habíamos bebido de más y sería por una chica o algo así.

—¿Discute mucho con su mejor amigo?

—No fue nada, de verdad—Kilpatrick suspiró.

—¿Su mejor amigo es el que corta el bacalao? ¿Le engatusa para que haga cosas o le acosa?

—No, somos solo...—Suspiró y apoyó las manos sobre la mesa.

Bone siguió mirándole fijamente.—Mire, ser cómplice de asesinato conlleva la misma cadena perpetua, Lonnie. A ojos del sistema de justicia penal, usted es un asesino.

—Yo no he hecho nada—suplicó Kilpatrick, con la voz temblorosa.

—Y súmele a eso encubrir a un asesino conocido.

—No tenía ni idea de lo que había pasado allí.

—Ahora que lo pienso, no creo que a un juez le temblara el pulso para imponer cadena perpetua, sobre todo a la vista de la naturaleza horrenda y brutal de los crímenes. Pero si coopera con nosotros y confiesa su implicación, entonces...

—¡No tengo nada que confesar!—cortó Kilpatrick.—No voy a ir a la cárcel, es una jodida estupidez.

—Lo estúpido es que esté protegiendo a un supuesto colega que le ha dejado con el culo al aire. Esa no es mi definición de amigo, y menos de uno con el que fue a primaria. Si yo fuera usted, me sentiría enfadado y traicionado. Le apuesto un billete a que su supuesto colega está ahora mismo en la sala de al lado deshaciéndose para hundirle hasta el cuello, mientras pacta una reducción de pena con mi compañera.

Kilpatrick se secó más sudor de la cara y tomó una larga y ansiosa bocanada de aire.

—Volvamos a su relación con Trough. Dijo antes que trabajaban mucho juntos, que se pasaban trabajos, ese tipo de cosas.

—No, pasárnoslos no. Él me derivaba los trabajos que eran demasiado técnicos para él. No se le dan bien los motores modernos de embarcaciones, la electrónica, esas cosas.—Alzó la vista.—Quiero decir, no se le daban.

—Sí, mencionó el fueraborda, pero ¿a veces arreglaba barcos enteros?

—Sí, si el barco llevaba motor interior y era demasiado técnico para él. Me pedía que le echara un vistazo.

—¿Cómo el barco con el que el ladrón que entró en mi casa salió pitando la otra noche?

—No tengo ni idea de qué barco era.

—Un barco con motor interior, propiedad de Trough, que reapareció misteriosamente en el puerto de Balhuish. Estoy pensando que quizá usted estaba arreglando ese barco para Trough y ese ladrón —llamémosle Fergus— se hizo mágicamente con las llaves y se largó con alguna prueba clave que le incriminaría en el asesinato y las agresiones graves que tuvieron lugar en la Isla de los Muertos.

—Eso es pura mierda. Vinnie estaba siempre yendo y viniendo de Balhuish con sus barcos. A veces los dejaba allí semanas.

—Eso no explica cómo consiguió el ladrón las llaves.

—Bah, Vinnie a menudo las dejaba puestas en el contacto, sobre todo si había estado bebiendo.

—¿Y el ladrón sabía eso?

—¿O tuvo suerte?

Bone suspiró y se recostó.—No. No cuela. Por aquí no hay escapatoria. Le ha dejado vendido, Lonnie. ¿Qué clase de persona le hace eso a su mejor amigo?

—Pura fantasía. Kilpatrick cruzó los brazos.

—Venga, Lonnie. Haga lo correcto. Usted es mejor que él, y mejor que esta pesadilla en la que tan alegremente le ha metido. Él está ocupado cerrando un trato que le va a mandar a la cárcel mucho tiempo. ¿De verdad cree que está en la otra sala procurando dejarle a usted libre de toda sospecha?

A Kilpatrick se le desmoronó la cara.—Cadena perpetua —dijo.

—Con suerte. Y un chaval joven y guapo como usted en la prisión de Northlands o en algún sitio peor... Jesús. Bone hizo una mueca.

Kilpatrick cerró los ojos y Bone se mordió la lengua.

—Yo no pedí nada de esto—dijo por fin Kilpatrick.—Se me ha ido de las manos. Soltó un resoplido y se frotó los ojos a toda prisa.

—Tranquilo, amigo—dijo Bone.

—Si le digo lo que sé, ¿me ayudará a salir de este lío?

—Haré todo lo que pueda. Sé que le han arrastrado a algo.

Kilpatrick inspiró hondo.—Como una semana antes de la tormenta, me llamó.

—¿Quién?—apremió Bone.

—Fergus. Me dijo que estaba en problemas, que le debía un pastizal a un usurero, y que la única salida era hacerle un encargo.

—¿Qué encargo?

—No me lo dijo. Le juro que es verdad. Solo dijo que mejor que no lo supiera, pero me prometió que no era nada serio y que era la única forma de saldar la deuda con ese gánster. El tipo amenazaba con hacer daño a la familia de Fergus si no obedecía.

—¿Y usted le creyó?

—Conozco a Fergus desde casi toda la vida y nunca le había oído así. Estaba realmente cagado y muerto de preocupación por que ese usurero matara a sus padres.

—¿Y qué quería que hiciera usted por él?

—Me pidió si podía prestarle una barca.

—Para ir a la isla de Balhuish.

—Eso es, sí.

—¿El día de las agresiones?

—Sí, pero le dije que no tenía experiencia para llevar ninguna de las mías, que quizá Vincent Trough le dejara alquilar una de sus lanchas. Dijo que vale, pero me pidió que llamara yo a Vinnie para apañarlo.

—¿Dijo por qué quería que lo hiciera usted?

—No quería que corriese la voz de que había vuelto a Balhuish ni que sus padres se enteraran del marrón en el que estaba, así que me pidió que llamara por él y le dijera a Vinnie que era para un turista americano dispuesto a pagar un dineral por el viaje.

—¿Y usted aceptó?

—Le creí, sí. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿No se preguntó qué era ese «encargo» que el usurero quería que hiciera su amigo?

—Claro que le di vueltas. Pensé que igual eran drogas o mercancía robada, algo así. No me hacía ninguna gracia, pero Fergus estaba desesperado y, ya sabe, nos conocemos de toda la vida y todo eso.—Se cubrió la cara con las manos.—No estaba pensando.

—No, no lo estaba. ¿Qué pasó después?

—Le reservé la lancha con Vinnie y ya está. Pero la noche de la tormenta, Fergus me volvió a llamar, antes de que se cayeran las líneas. Estaba fuera de sí, gritando y maldiciendo, diciendo que todo había salido mal y que había gente herida.

—¿Y aun así no le preguntó de qué iba todo?

—Sí, pero no quiso decirme. Le dije que el tiempo era demasiado malo y peligroso para cruzar y que tendría que quedarse donde estaba hasta que amainara la tormenta, pero se puso hecho una furia, gritándome.—Y colgó.

—Perdone, pero esto no me cuadra. ¿Por qué, entonces, aceptó llevarme a la isla a la mañana siguiente?

—Me entró el pánico. Pensé que probablemente seguía allí atascado y que quizá pudiera ayudarle de alguna manera.

—Ayudarle a huir, quiere decir. ¿Por eso rompió la radio?

—No me di cuenta de que habían matado a alguien hasta que llegamos allí—respondió Kilpatrick.

—Así que fingió su agresión.

—Sí, y me dolió de cojones.

—¿Para permitir que su amigo escapara?

Kilpatrick asintió.

—¿Adónde fue?

—A esconderse en la granja de sus padres.

—¿Cómo supo dónde estaba?

—No lo sabía. Pero pensé: ¿adónde más iba a ir para no helarse con este frío?

—¿Así que ellos lo sabían todo?

—No lo sé.—Kilpatrick se hundió en la silla, como si se le hubiera quitado de encima el peso del secreto que lo aplastaba.

—Espere aquí, señor Kilpatrick—dijo Bone.—Entrevista en pausa a las...

—¿Qué pasa?—le interrumpió Kilpatrick.—¿Me va a detener?

Bone apagó la grabación y subió las escaleras de un salto.—¿Tiene un agente disponible para vigilar al entrevistado de la sala uno?

—¿Lo dice en serio?—dijo el sargento de guardia.—Tenemos dos, y los dos están en el mercado de agricultores, probablemente aprovisionándose en la tienda de Pascua.

—¿Podría echarle un ojo por mí?

—¿Y no le apetece pedirle ayuda al DCI Harris?—bromeó el sargento de guardia, y siguió a Bone escaleras abajo.

Treinta Y Uno

Jock Dulhoon esperó unas horas, hasta asegurarse de que la policía se había marchado. En el dormitorio, sacó una caja de zapatos escondida al fondo del armario, levantó la tapa y extrajo un sobre abultado. Tras echarle un vistazo rápido, lo cerró y salió corriendo hacia el coche antes de que su mujer volviera.

Cuando llegó a la urbanización Raphorse, tuvo que consultar Google Maps para localizar la propiedad de Craig Sneddon. Al girar hacia su fondo de saco, dos matones lo detuvieron.

—Vengo a ver al señor Sneddon —dijo nervioso el viejo granjero.

—¿Sobre qué?

—Soy el padre de Fergus Dulhoon.

—¿Y qué? ¿Quién es ese? —encogió los hombros el Matón Uno.

—Mi hijo tiene asuntos con su jefe y quiero arreglarlos.

—¿Y cómo vas a hacer eso? —preguntó el Matón Dos, inclinándose por la ventanilla.

—Es cosa mía —dijo Dulhoon.

—Aparca ahí y sal del coche —dijo el Matón Uno.

Dulhoon obedeció y se bajó del coche. El Matón Uno lo agarró y lo arrastró hasta la pared de la casa más cercana, lo hizo girar y lo cacheó.

—¿Qué es eso? —preguntó, toqueteando el sobre del bolsillo de la chaqueta de Jock.

—Lo que debe —dijo Dulhoon.

—Sígueme —ladró el Matón Uno.

—¿Voy contigo o espero aquí? —preguntó el Matón Dos.

—Ah, sí, ¿por qué no vienes con nosotros y dejas que los Finniestons rodeen la calle, cenutrio?

—Era por saber, sin más —bufó el Matón Dos.

—Pues no lo hagas, joder —el Matón Uno hizo un gesto a Dulhoon para que avanzara y lo siguió hasta la puerta de acero.

El matón pulsó el timbre. —¿Cómo has dicho que te llamas?

—Dulhoon.

—El señor Dulhoon quiere ver al señor Sneddon. Quiere saldar la deuda.

La puerta hizo un chasquido y se abrió. Los dos hombres entraron. Otro tanque con patas se acercó, volvió a cachear a Dulhoon y lo condujo al interior de la casa.

Sneddon estaba en su despacho, en lo alto de la casa. Un cuarto esbirro hacía guardia en la puerta. Cuando Dulhoon se acercó, el guardia llamó, entró y la cerró tras de sí.

—Espere aquí —dijo el acompañante de Dulhoon, y volvió a bajar.

Dulhoon miró hacia el final del pasillo. Al fondo, había una imponente reproducción enmarcada del *Cristo de San Juan de la Cruz*, de Dalí, que iba del suelo al techo y se cernía ominosamente sobre él. Se preguntó si sería el original y si Sneddon se lo había mangado de la Kelvingrove Art Gallery de Glasgow. La puerta se abrió de golpe, el guardia hizo un gesto y Dulhoon entró.

Sneddon estaba detrás de un escritorio de acero y cristal ahumado, al fondo de una estancia sombría. Se inclinaba bajo una lámpara de brazo articulado y tecleaba con brío en una calculadora.

—Siéntese —ordenó, y siguió aporreando los botones con agresividad. Dulhoon se sentó en la silla recta justo frente al escritorio. El esbirro se colocó muy cerca, detrás. Dulhoon se volvió y el esbirro se arrimó aún más.

—Señor Sneddon, he...

—Cállese —cortó Sneddon, y siguió trabajando.

Dulhoon echó un vistazo al despacho. Un lateral de la sala estaba ocupado por una hilera de altos archivadores, y en el otro había una mesa de billar y un mueble bar de caoba setentero, con puertas y

sobre de cristal ahumado a juego con el escritorio del usurero, cargado con varias botellas.

Sneddon por fin dejó de teclear, cerró lentamente lo que parecía un libro de cuentas y clavó la mirada en Dulhoon.

—Veo el parecido. Ha heredado la misma cara de perdedor. ¿Qué quiere?

—Quiero que esto se acabe y que deje en paz a mi chico.

—Claro, ningún problema. Por usted, lo que sea. ¿Algo más? ¿Quiere que rescate su granja antes de que salga a subasta? También puedo hacerlo, sin cobrar —se burló.

—Tengo esto —dijo Dulhoon, y metió la mano en el bolsillo del abrigo.

El esbirro le sujetó los brazos.

—Déjale, Perry —dijo Sneddon.

El matón lo soltó y dio un paso atrás.

Dulhoon sacó el sobre y lo empujó sobre el escritorio de Sneddon.

—¿Qué es eso? —Sneddon se quedó mirando el fajo.

—Son quince mil. Lo que debe, con cinco mil de intereses.

Sneddon cogió el sobre, pasó el dedo por el sello, echó un vistazo dentro y luego olfateó el contenido.—Ah, el dulce olor del éxito —volvió a aspirar.

—Quiero que deje en paz a mi chico y a nosotros —dijo Dulhoon.

—Muy conmovedor y, para ser sincero, hasta me emociona. Mi padre habría preferido matarme él mismo antes que pagar mis deudas. Ah, pero claro, yo nunca tuve deudas porque no soy un puto perdedor como su hijo.

—Coja el dinero, por favor.

—Oh, el dinero lo voy a coger, por eso no hay problema.

—¿Y nos dejará en paz?

—Y yo pensando que era un regalo adelantado de cumpleaños.

—Es todo lo que tengo. Se lo ruego.

—¿Como un perrito? —Sneddon se puso en pie y rodeó el escritorio—. ¡Guau, guau! —se acercó a la silla.

Dulhoon se echó hacia atrás.

—Vale, entonces suplique. Vamos.

—No voy a suplicar —dijo Dulhoon.

—¿Lo oyes, Perry? El señor dice que suplica y luego no suplica. Yo diría que eso es lo que llamo un perrito desobediente al que hay que educar —le acercó la cara a Dulhoon.

—De rodillas y suplique. ¡Guau, guau! —le escupió a la cara.

Con las piernas temblorosas, Dulhoon se deslizó de la silla al suelo.

—Eso es, buen chico, ahora suplique a su amo.

Dulhoon se irguió, de rodillas, y alzó los brazos.

—Qué mono, ¿a que sí? Deberíamos darle una galletita para perros, o algo de comer. Ve a por una lata —sonrió.

El guardia soltó una risita y salió de la habitación. Dulhoon miró alrededor y, en un movimiento rápido, se llevó la mano al calcetín y sacó un cuchillo de una vaina pegada a la cara interna del tobillo. Hundió la hoja en el muslo de Sneddon. El usurero retrocedió tambaleándose contra el escritorio.

Dulhoon se levantó de un salto y fue a por él, pero Sneddon lanzó un puñetazo que le dio en el lateral de la cabeza. Jock cayó de bruces al suelo, y Sneddon se le echó encima. Con un movimiento rápido, se llevó la mano a la espalda, sacó un cuchillo aún más grande y, tirándole del cabello hacia atrás, le pasó la hoja por el cuello.

—¿Ve? El tamaño sí que importa, joder, ¡pedazo de desperdicio de aire! —soltó el cuerpo convulso de Dulhoon al suelo, y un lago espeso de sangre se extendió por el roble pulido.

El guardia regresó con una lata de comida para perros en la mano.

—Tráete algo para limpiar la puta mierda de este cabrón de mi puto suelo.

—¿Quiere esto? —preguntó el guardia, pasmado.

—¿Tú qué crees? Vamos, míralo. ¡Ve a por una puta fregona! —se echó atrás.

El cuerpo de Dulhoon dejó de moverse.

Sneddon miró el cuchillo que seguía clavado en su muslo.

—Me has jodido los pantalones de chándal, capullo.

Con una mueca de dolor, lo arrancó de un tirón y lo dejó caer junto al cuerpo yerto de Dulhoon. Volvió a su mesa y, de un cajón, sacó un cinturón de cuero y se lo apretó en la parte alta de la pierna. Se sentó y vació el dinero de Dulhoon sobre el escritorio, contándolo.—Dos por el precio de uno. Qué panda de perdedores de mierda.

Treinta y Dos

La segunda sala de interrogatorios resultó ser una celda reconvertida, con barrotes en una ventanuca alta y un váter de acero inoxidable. Walker y Buchan estaban sentadas frente a Fergus Dulhoon, que no paraba de mascar chicle con frenesí.

—Un momento, inspectora Walker —dijo Bone, interrumpiendo el interrogatorio.

Walker dejó el iPad.

Buchan marcó la hora en la grabadora de cintas.

Dulhoon dejó de moverse en la silla.

—¿Qué pasa? —preguntó Walker a Bone, ya fuera.

—Lonnie acaba de admitir que ayudó a Fergus a organizar su viaje a la isla de Balhuish —dijo Bone en voz baja—. Le gestionó el alquiler de la barca a través de Trough, para la mañana de los ataques.

—Genial.

—Hay más. También me ha dicho que Fergus estaba hasta el cuello de deudas con un usurero aún sin identificar, aunque podemos imaginarnos quién. Este usurero le prometió perdonarle las deudas en cuanto completara una 'cosa', como lo describió Kilpatrick.

—¿Qué es *la cosa*? —dijo Walker.

—Insistió en que no lo sabía, pero también dijo que el usurero estaba amenazando a la familia de Fergus si no llevaba a cabo lo que fuera.

—¿Entonces iba en serio?

—Diría que mortalmente en serio. Luego Fergus llamó a Lonnie tarde esa noche para decir que todo había salido mal; había heridos.

—Dios, de verdad estaba purgándose, ¿no?

—Parece que ya tenemos al cabrón —dijo el sargento de guardia, inclinándose desde la puerta de la sala contigua.

Los dos detectives se volvieron.

—Perdón —repuso el sargento—. Cuesta no meter las narices.

—¿Quiere que tenga el honor? —preguntó Walker.

Bone negó con la cabeza y articuló sin voz: —Ni de coña.

Volvieron a entrar y Bone arrastró la única silla que quedaba hasta la mesa. Fergus alzó la vista sorprendido, y abrió mucho los ojos al ver a Bone.

—Señor Dulhoon. Soy el comisario jefe inspector Bone, de la RCU, Kilwinnoch. Acabo de estar al lado interrogando a su amigo, Lonnie Kilpatrick, y vengo a informarle de que el señor Kilpatrick ha aportado información sustancial y significativa sobre los delitos cometidos en la isla de Balhuish el 3 de abril, y sobre su implicación.

—No —replicó Dulhoon, y siguió royendo el chicle.

—Me temo que sí. Lo ha confesado todo: cómo le habló usted de sus deudas desbocadas y de su encontronazo con un usurero, el favor que quería que le hiciera, las amenazas que hizo a su familia. ¿Sigo?

—No sé de dónde sale esta bazofia. ¿Se le ha ido la cabeza?

—Cómo le ayudó a apañar su traslado a la isla de Balhuish con Vincent Trough, ahora trágicamente fallecido, y luego su llamada a él la noche de los ataques, describiendo cómo las cosas en la isla habían salido rematadamente mal y había gente herida...

—Basta.

—Hay mucho más —Bone sonrió.

—Miente —protestó Dulhoon.

—Vaya invención tan detallada y minuciosa se ha montado, si es así. ¿Y exactamente por qué iba a hacer eso? —preguntó Bone.

—No lo sé. Igual está implicado y quiere cubrirse el culo.

—¿Echándole a usted la culpa?

—Puede. No lo sé.

—No es muy bonito decir eso de tu mejor amigo, ¿verdad? Alguien a quien conoces de toda la vida, como un hermano —intervino Buchan.

—No puedo explicarlo. Miente. —Hizo un chasquido con la lengua.

—¿Eso que mastica, es Juicy Fruit? —dijo Bone.

—¿También me va a detener por comer ahora?

—Solo tenía curiosidad, el olor me estaba mosqueando.

—Sí, ¿y qué? —bufó Dulhoon.

—Ni siquiera pensaba que aún se pudiera comprar.

—¿Quiere un trozo? ¿Es eso?

—No, gracias. Es que encontré un envoltorio de Juicy Fruit en la isla de Balhuish y pensé: vaya, qué casualidad. Dos chicles de Juicy Fruit en cuestión de unos días.

—No soy el único que lo compra, ¿sabe?

Bone se inclinó hacia la grabadora de cintas.—Para el DIR, el DCI Bone confirma que Fergus Dulhoon está mascando chicle Juicy Fruit.

—Joder —murmuró Dulhoon.

—En fin, volvamos a las supuestas mentiras de su mejor amigo. Verá, no me cuadra, porque cuando lo dejé estaba ahí dentro temblando y llorando, aterrorizado ante la idea de pasarse muchos años en la cárcel. Y a eso es exactamente a lo que van a ir los dos, salvo que empiecen a cooperar.

—Sin comentarios —dijo Dulhoon, y cruzó los brazos.

—También está furioso con usted. Diría que su comportamiento egoísta ha hecho añicos su amistad. Todos esos lazos y lealtades, desaparecidos para siempre solo por su adicción al juego, y sí, también nos habló de eso.

Dulhoon se frotó la frente.

—Señor Dulhoon, le queda una última oportunidad para hacer lo mejor para su amigo, ahorrarle una condena dolorosa, y decirnos la verdad.

Dulhoon se quedó mirando la mesa un par de segundos.

—Haga lo correcto, Fergus —añadió Walker—. No es mala persona.

—Por favor, no le carguen nada de esto a él —dijo por fin—. Todo esto es cosa mía.

—¿Esto?

—Yo no quería nada de esto. Me obligó. No tuve elección.

—¿Quién?

—Tengo miedo. No puedo decírselo. Temo por mi madre y mi padre. Incluso amenazó a mi hermana, que vive en Londres. No sé ni cómo sabía de ella.

—Le prometo que haremos todo lo posible por protegerle a usted y a su familia. —Bone se inclinó—. Deme un nombre.

—Mis deudas se descontrolaron. Ya no podía conseguir dinero de ninguna parte. No para apostar, sino para cubrir los intereses. Estaba desesperado, así que fui a ver a un usurero en Stirling.

—Necesitamos un nombre —apremió Bone.

—Un mierda llamado Craig Sneddon.

Bone echó un vistazo a la casete que zumbaba al fondo.—¿Cuánto le pidió prestado?

—Diez mil. —Alzó la vista—. Sé que es mucho, pero no fue todo solo por el juego. Me prometió que los intereses y los pagos serían razonables.

—Siempre prometen eso —dijo Walker.

—Pero a los pocos días empezó a inflar los intereses hasta que fue imposible devolverle el dinero.

—¿Y fue entonces cuando propuso esa "solución"? —preguntó Bone.

—No al principio. Amenazó con romperme las rodillas, luego con matarme, y después iría a por mi familia. Llegados a ese punto estaba tan desesperado que le dije que haría lo que fuera por él, pasar droga o lo que quisiera con tal de quitármelo de encima.

—¿Qué le pidió que hiciera?

—Me dijo que... —se detuvo y se secó los labios resecos con el dorso de la mano—. Me dijo que tenía que encargarme de un individuo y que, en cuanto terminara el trabajo, me borraría la deuda y nos dejaría en paz a mi familia y a mí.

—¿Encargarse de...?

—Darle el palo, matarlo.

—¿Cómo le hizo sentir eso? —preguntó Walker.

—Con el estómago revuelto, pero dijo que era un miembro de una banda rival, pura escoria que merecía morir. Al principio dije que no, pero subió el tono de las amenazas, e incluso envió a uno de los suyos a la granja para causar destrozos y robar algunas cosas, solo para que supiera que iba en serio.

—Y aceptó.

—Sí, pero me había acorralado. O eso o nos mataba a todos. Me convencí de que, si esos criminales eran tan malos como él decía, les estaría haciendo un favor. Sé que es una locura, pero estaba muerto de miedo.

—Vale, y llegó a la isla...

—Recogí la barca en el astillero de Trough temprano, sobre las siete, para tener tiempo de prepararlo todo allí y mentalizarme.

—¿Trough no se sorprendió de verle?

—Sí, pero le dije que estaba planeando una broma pesada a unos amigos de la uni que iban a ir más tarde.

—¿Cómo pensaba matar a ese individuo?

—Con un cuchillo de carnicero. Estuve leyendo qué parte del cuerpo había que atacar para que fuese rápido.

—¿No le preocupaba que fuera a ocurrir tan cerca de su casa?

—Me acojoné vivo por eso, pero Sneddon me dijo que el tipo esperaba allí una recogida.

—¿Qué tipo de recogida?

—No pregunté, pero supuse que sería algo del cártel de la droga o así.

—Se escondió en el viejo búnker de guerra, ¿no es así?

—Siete putas horas a la intemperie, helado de frío. Pero luego llegaron, y fue cuando se fue todo al garete.

—Explíquelo.

—Esperaba a algún matón, pero cuando vi a la pareja con sus galas de boda pensé que había un error. Me eché atrás, pero el tío me vio con el cuchillo en la mano y se me echó encima. Me tiró al suelo, me arrebató el cuchillo y me hizo decirle qué estaba haciendo. Pero cuando intenté explicarlo, la chica debió de malinterpretarme.

—La verdad, en ese momento no tenía mucho sentido lo que decía. Ella estalló, acusando al tipo de haberlo montado todo. Y entonces se le echó encima como una furia. Forcejearon en el suelo y yo corrí hacia los árboles. Pero luego ella tenía sangre por todo el vestido de novia. —Se detuvo y suspiró, con la respiración entrecortada.—Se desplomó. Él volvió a embestirme. Peleamos y fue cuando clavé el cuchillo. —Le temblaron los hombros.—Fue en defensa propia. Iba a matarme.

—¿Le mató?

—No lo sé. Salí corriendo, pero para entonces la tormenta ya había entrado, y me escondí un rato otra vez en el búnker esperando a que escampara, pero no escampó.

—¿Y fue entonces cuando llamó a Lonnie Kilpatrick para que le ayudara?

—Sí, pensé que podría ayudarme a decidir qué hacer, pero con el vendaval aullando no oía lo que decía, así que volví a salir al temporal para comprobar cómo estaban. Estaban los dos juntos en el cementerio. No me acerqué. Pensé que seguían vivos, así que regresé al barco, pero el mar estaba demasiado grueso para salir, así que me quedé agazapado hasta la mañana y crucé al continente con la barca de Vinnie.

—¿Dio contra las rocas?

—Casi me ahogo. Fue horrendo. Apenas conseguí llegar a la orilla.

—¿Y qué hizo entonces?

—Me fui a la granja.

—¿La granja de su padre? Entonces, ¿sabían lo que había pasado?

—No, lo juro. Cuando me encontraron allí, fue la primera noticia que tuvo mi padre de que yo estaba allí. Me escondí en uno de los pajares hasta que pudiera decidir qué hacer después. Pero llegaron ustedes, así que birlé el quad.

—¿Y luego más tarde birlaste la barca de Loch Gillan?

—Sí, Lonnie me ayudó a volver, pero no le conté lo que había pasado y él no preguntó. Es completamente inocente.

—O sea, que dices que, cuando llegó la hora de la verdad, te acobardaste, y que la muerte y las lesiones fueron un accidente.

—Eso es. Solo quería huir. No fui capaz.

—Eso no explica por qué el señor y la señora McDermid tenían múltiples puñaladas y laceraciones graves. A mí eso me parece más bien un ataque frenético.

—Hubo una gran pelea. Las lesiones debieron de producirse entonces. Dulhoon mascaba el chicle frenéticamente.

—Pero volvió a ver a las víctimas mientras yo estaba en la barca dando la voz de alarma.

—Quería comprobar que seguían vivos.

—¿O rematarlos?

—¡No! —protestó Dulhoon.

—Y si los nervios o la conciencia pudieron con usted, ¿cómo explica lo que le hizo al señor Trough? ¿También fue una gran pelea?

—No lo maté. Eso no fui yo.

—¿Quién fue, entonces?

—No lo sé, quizá Sneddon, intentando borrar sus huellas. Puede que yo sea el siguiente, y Lonnie, luego mi madre y mi padre, mi hermana. Me dijo que si se me escapaba una sola palabra a alguien, él...

—Sí, que le mataría a usted y a su familia. Ya nos ha quedado claro.

—Hay que pararlo.

—Pero la tormenta había cortado todos los accesos a Balhuish y desde allí —interrumpió Buchan— si esto fue obra de uno de los hombres de Sneddon, ¿cómo entraron y salieron del pueblo?

—Mirad, lo único que sé es que yo no maté a Vinnie. Lo conozco de toda la vida. Es como un tío para mí. Yo no podría hacer eso.

—Hay muchas cosas que dice que no podría hacer, señor Dulhoon —dijo Walker.

—Os digo que no fui yo.

—Sabe que, si lo admite todo, podemos llegar a un acuerdo de conformidad sobre su condena y ayudarle a protegerse de la banda de Sneddon, pero si insiste en este paripé, se quedará solo.

—Por favor, no hagáis eso. —Dulhoon alzó las manos.— Necesito que me protejan de ese matón y estoy aterrorizado de lo que pueda hacerle a mi familia.

—Una admisión más, eso es todo lo que hace falta —insistió Bone—. Y veremos qué podemos hacer.

—No voy a admitir algo que no hice. Os lo he contado todo, pero la muerte de Vinnie Trough no fue cosa mía. Siento que un hombre inocente muriera y que su mujer resultara tan malherida, pero fue un accidente. Me acobardé, y fue entonces cuando ese McDermid se me echó encima.

—Fergus Dulhoon, le detengo por conspiración para cometer asesinato contra Laurence McDermid y Vincent Trough, y por lesiones graves a Clare McDermid—

—¡Fue un accidente! ¡No lo llevé a cabo! —Dulhoon intentó salir de detrás de la mesa.

Buchan y Walker lo redujeron mientras Bone proseguía con la detención. Cuando terminaron, Buchan y el sargento de guardia lo trasladaron a un calabozo. Luego repitieron el proceso con Kilpatrick, que también aulló como un bebé peludo gigantesco y se desplomó del asiento al suelo de la sala de entrevistas.

Cuando Bone informó al DCI Harris, este se levantó de un salto del escritorio y ejecutó delante de él un extraño baile a pasitos. —Sois buenos, ¿eh? Quiero decir, no hemos tenido tanta emoción en la comisaría de Lomond desde que The Krankies inauguraron la ampliación en el 77. —rugió de risa.

—Creo que tenemos material de sobra grabado para acusarlos, pero necesitará dar su visto bueno —dijo Bone, ignorando, en la medida de lo posible, el comentario de Harris.

—Espero que no hayáis grabado encima de una de mis listas de reproducción de adolescente —bromeó.

Pero Bone ya no estaba ni para una réplica seca.—¿Puede encargarse de eso?

—Por supuesto, gracias. ¿Eso significa que el caso está cerrado?

—No, puede que tengamos al mono y al organillero, pero aún no sabemos quién es el maestro de pista —respondió Bone.

—¿Cómo? —Harris bizqueó en fingida confusión.

—La persona que ordenó el golpe en la isla de Balhuish.

—¡Ah, te pillo! O quizá debería ser *no del todo* te pillo. —Sonrió.

—Haré que le envíen una copia de los informes cuanto antes para que esté completamente al día. Al fin y al cabo, oficialmente es su investigación —le recordó Bone.

—Cierto, cierto. Gracias.

—Ahora le dejamos en paz, pero, por favor, mantenga separados a los dos de abajo. Lo último que necesitamos es contaminación cruzada de declaraciones. Y probablemente necesitarán abogados.

—Me va a enseñar a hacer la o con un canuto, inspector Bone.

—Perdón, deformación profesional —replicó Bone—. Era...

—Vale, ahora largaos de una vez a la puñetera Kilwinnoch. Ya hay suficiente emoción para una puñetera carrera policial, muchas gracias. —Harris se echó a reír.

De camino a la salida, Walker se detuvo en el aparcamiento. —Pensaba que habíamos decidido que el novio había contratado a Sneddon para liquidar a su flamante esposa. Tenía el motivo de hacerse con su dinero ahora que ya estaban casados.

—Pero has oído lo que ha dicho Dulhoon ahí dentro. ¿Por qué iba a pagar McDermid por su propio asesinato?

—Puede que Dulhoon lo entendiera mal, o que no quiera admitir que se suponía que tenía que matarla, porque en su cabeza suena peor —sugirió Buchan.

—No. No me lo trago. Por desgracia, sigue habiendo un agujero clamoroso en todo esto, y la fiscalía será la primera en verlo.

—Y el asesinato de Trough también sigue en el aire. En la escena la científica no encontró nada.

—Eso es más probable que sea Dulhoon buscando que le caiga un homicidio involuntario, y confía en que no tengamos nada contra él por eso.

—Que no lo tenemos —interrumpió Walker.

—Todavía no, pero lo que sí tenemos basta, por fin, para empapelar a Sneddon.

—¿A quién llamamos primero?

—Vale, empieza con la SCU y consigue que una unidad de respuesta armada se plante cuanto antes en el fortín de ese

desgraciado. Yo llamaré a Gallacher, pero creo que tenemos que volver a entrevistar a los padres y al hermano de McDermid.

Sonó el teléfono de Walker.

—Espera, es Sheila. —contestó y, unos instantes después, colgó.— Lo de James Willerby cuadra. Su cliente, Gavin Barraclough, de Brookdale Close, Raploch, estaba en libertad bajo fianza y debía comparecer en el Sheriff Court de Stirling el 4.º de abril.

—No me digas: ¿se fugó?

—Ajá.

—Ay, Dios. —Bone se frotó la sien.— Es probable que a estos dos los dejen en prisión preventiva y los manden a Stirling. Creo que es hora de volver a Kilwinnoch, reagruparnos e intentar arreglar de una vez por todas este maldito entuerto.

Miró a Buchan. —Seguro que puedo pedir que te unas a nosotros. Tú también formas parte de esta pesadilla. —Sonrió.

—Gracias, señor, pero probablemente será mejor que vigile yo las cosas aquí, con los problemas de personal que tenemos y todo eso. —Puso los ojos en blanco.

—Pero di adiós antes de que nos vayamos —dijo Walker.

—Me paso cuando deje todo arreglado aquí. Seguid —dijo Buchan, y con un hondo suspiro subió a buscar a Harris.

Treinta y Tres

Willerby se entretuvo en la oficina un poco más de lo debido y, en lugar de conducir directo al hospital como le había prometido a su mujer, la náusea creciente en la garganta le obligó a dar la vuelta y poner rumbo a su casa.

Arriba, en su dormitorio, sacó una bolsa de deporte del fondo del armario y, abriendo cajones, fue cogiendo ropa a toda prisa y la embutió en la bolsa. Corrió al baño del dormitorio, recogió la maquinilla de afeitar, el cepillo y la pasta de dientes, y los dejó caer dentro.

Desde abajo llegó un golpe sordo y se quedó inmóvil. Contuvo la respiración y escuchó. Alguien se movía ahí abajo. *¿Policía?* Se acercó sigilosamente a la puerta del dormitorio y asomó la cabeza. Todo estaba en silencio. Dejó la bolsa en el suelo y bajó a hurtadillas. Al llegar abajo, se detuvo y miró por el pasillo, a través de la puerta abierta del salón, pero no vio a nadie.

—¿Lynda?— dijo, avanzando despacio por el pasillo. Pero no hubo respuesta. En la puerta del salón se inclinó para mirar, pero la estancia estaba en penumbra, con las cortinas del mirador corridas desde hacía días.

—¿Hay alguien ahí? ¿Inspector Bone?— Alargó la mano hacia la luz, pero, antes de poder encenderla, sonó su teléfono. —¡Mierda!

Lo sacó del bolsillo a tientas. Era su mujer. Iba a contestar, pero alguien le agarró los brazos por detrás y su móvil chillón cayó a la moqueta. Le ataron las manos con rapidez y, antes de que pudiera

pedir ayuda, le pegaron la boca con cinta y le encasquetaron una capucha. Intentó zafarse, pero el agarre en torno al torso era demasiado fuerte. Lo tiraron hacia atrás, con los talones raspando el parqué. Un segundo par de brazos le sujetó los pies; dio una patada, pero se los juntaron y ataron tan fuerte que se le cortó la circulación.

El móvil dejó de sonar.

Lo alzaron y lo sacaron al jardín delantero, donde la grava crujió mientras sus atacantes lo llevaban a empellones por el camino. Intentó gritar de nuevo, pero la mordaza amortiguó su alarido. Oyó abrirse unas puertas y, acto seguido, estaba dentro de la aterradora caja de resonancia del vehículo de sus captores. Lo soltaron con violencia sobre un suelo de metal helado y un dolor le cruzó el pecho. Las puertas se cerraron de golpe y un gruñido grave le llenó los oídos. Intentó apartarse de la amenaza invisible, pero una voz junto a su oreja gritó: —¡Cállate!— y el gruñido cesó.

El motor cobró vida a trompicones y el vehículo de sus captores aceleró. Su cuerpo tendido rebotaba y se golpeaba de un lado a otro, con la cabeza estrellándose contra las paredes de acero. Muchos minutos después, los movimientos violentos se detuvieron de repente y, con un fuerte clonc, unas manos volvieron a sujetarle las piernas para liberarlas, pero antes de que pudiera dar una patada a sus agresores, lo arrastraron fuera y lo dejaron de pie a empellones.

Unos brazos fuertes lo sujetaron con firmeza mientras le quitaban la capucha y la luz del sol, aguda y deslumbrante, le abrasó los ojos. Entornó los párpados para intentar distinguir dónde estaba y quién lo había raptado. Justo delante, dos siluetas borrosas emergieron del resplandor. Alzó las manos atadas e intentó frotarse los ojos para ver. Las formas abstractas se fueron afinando poco a poco. Dos rottweilers aguardaban a pocos metros de él, con los dientes al aire y la saliva rezumándoles por las fauces. Entre ambos se plantaba un hombre enmascarado, con el brazo alzado.

Willerby intentó pedir ayuda, pero la mordaza ahogó su grito desesperado. El hombre bajó el brazo lentamente.

—*¡No*!— intentó gritar Willerby, y las bestias negras gigantes se abalanzaron sobre él.

Intentó darse la vuelta, pero tropezó con sus propios pies y cayó hacia delante. El primer perro le saltó encima de la espalda y, con el mismo gruñido grave, le hincó los dientes en el hombro; sus largos incisivos atravesaron la chaqueta del traje como una pajita a través de un pañuelo de papel. Se revolvió para intentar quitárselo de encima, pero el segundo perro le embistió en la cara y clavó los colmillos en la mejilla, arrancándole la mordaza de la boca.

—¡Parad!— gritó de dolor, pero los perros, enloquecidos con su primer sabor de sangre, siguieron atacando.

El primer perro saltó de su espalda y arremetió contra el costado de Willerby, metiéndole el hocico por debajo. El segundo le forzó la cabeza hacia atrás y le cerró las mandíbulas en torno al cuello, bloqueándole las vías respiratorias. Con un último intento de deshacerse de ellos, lanzó una patada, pero el primero se abalanzó sobre sus piernas y le hundió los dientes en el muslo. Un dolor abrasador le recorrió el cuerpo y, con un último aliento gorgoteante de sangre, perdió el conocimiento.

Treinta Y Cuatro

Cuando el equipo recogió, volvieron a reunirse en el vestíbulo del hotel. Urquhart salió del bar a recibirlos. —¿Así que os marcháis ya, entonces?

—Por ahora, sí, pero me temo que no os habéis librado de mí. Probablemente vuelva el fin de semana —respondió Bone.

—Bueno, ha sido intenso —bromeó Urquhart.

El chef del hotel apareció desde el comedor.

Bone le estrechó la mano. —Gracias por no envenenarnos, Ross.

—Estuve tentado —bromeó Ross y le entregó a Bone un paquete.

—¿Qué es esto?

—Un regalito de la cocina.

Bone lo abrió. —Ay, por Dios. Ya sabes dónde te puedes meter eso. Le devolvió al chef el paquete de caballa congelada.

—Asegúrate de enviar esa factura, Gordon.

—Ya la he mandado por correo. Me llevó días teclear todos esos ceros —sonrió Urquhart.

—¿Nada de vuestros huéspedes americanos o de Junior? Quería darle las gracias otra vez.

—Los huéspedes se han ido. A Edimburgo, a buscar un poco de paz y tranquilidad. Junior juega al golf esta tarde.

—¿Golf? ¿Y dónde demonios es eso? —preguntó Bone.

—Está arriba, en el cairn, con una bolsa de bolas y un driver, practicando el swing. Cada vez que el Open viene a Escocia, se cree que le darán una invitación como comodín y ganará la maldita cosa.

—Ese hombre es una leyenda viva —dijo Walker.

—Más bien una jodida pesadilla.

—Vale, vámonos —dijo Bone. Echó un vistazo alrededor.—¿Dónde está Will?

Harper apareció por la parte de atrás.

—¿Ha decidido quedarse? ¿Dónde está su bolsa? —preguntó Bone.

—Señor, acabo de mirar el correo y ha entrado uno del Castle Internet Café. De donde salió el email que cancelaba la reserva del fotógrafo.

—¿Sí? —respondió Bone.

—¿Recuerda que cuando contacté con ellos antes dijeron que las imágenes de las cámaras se sobreescribían cada par de días? Pues un miembro del personal ha logrado recuperar los archivos borrados. Por lo visto estaban guardados en...

—Siga, Will —le interrumpió Bone.

—Perdón, sí, pues las imágenes del día en que se envió el email están en un archivo temporal, pero no pueden enviarlo.

—Vale, Walker, vamos. Usted se queda aquí, Will, y nos mantiene informados.

—¿Os vais o no? —preguntó Urquhart.

—Me temo que nos vas a tener un poco más, Gordon.

—La madre que me trajo. Si lo llego a saber, no habría sido tan majo. Volvió al bar.

Bone echó un vistazo a la entrada. —La prensa sigue ahí. Vamos por detrás. Cuida de mi bolsa, Will.

—Ah, sí, sin problema —refunfuñó.

—Y llama al cibercafé y diles que vamos de camino.

—Señor —respondió—, y acarreó las bolsas de sus compañeros de vuelta a la sala de conferencias, ya reabierta.

El Castle Internet Café estaba en una calle lateral, a un paso de la zona comercial principal de Stirling. Una joven de rostro cetrino los recibió al llegar.

—Está en el ordenador de la oficina de atrás —dijo.

Atravesaron el café, con los terminales alineados a ambos lados del estrecho pasillo. Unos cuantos adolescentes se encorvaban sobre las pantallas jugando a videojuegos.

La oficina, cargada de humedad, estaba atestada de discos duros, pantallas y cajas con cables enmarañados. La joven se abrió paso por el caos hasta un escritorio en la esquina.

—Cuando mi compañero mencionó que ustedes buscaban las grabaciones de las cámaras, me puse a hurgar en la memoria. Ha sido un pequeño reto encontrarlo, a lo que siempre me apunto, pero sabía que las grabaciones seguirían ahí. Miró a los detectives, varados al otro lado del desbarajuste. —Perdón, ahora muevo esto.

Apartó una torre de cajas y se unieron a ella en el escritorio. Tecleó, y la pantalla se llenó de líneas de código.

—Un segundo —siguió—. La pantalla se puso negra y apareció una imagen granulada en gris. —Bingo. Su colega dijo que el 30 de marzo, a las 14:32, era el día y la hora que querían ver, ¿no?

—Correcto, sí —respondió Bone.

La imagen parpadeó y desapareció. —No pasa nada, que no cunda el pánico. Siguió tecleando y las imágenes volvieron—. Esto es de quince minutos antes. A ver si... El metraje saltó hacia delante y volvió a ralentizarse—. —Y ahora seis minutos. ¿Ven el temporizador, arriba a la derecha?

Una figura de espaldas a la cámara apareció en la parte inferior izquierda. Cruzó la sala y se detuvo a hablar con otra persona.

—¿Quién es? —dijo Bone.

—Ese es mi encargado, Jimmy —dijo la joven.

—No, el cliente —replicó Bone.

El vídeo continuó y ambos se acercaron a uno de los terminales. Se detuvieron, y la figura se volvió un momento y luego se sentó.

—¿Puede rebobinar y pausar cuando el cliente muestre la cara? —pidió Bone.

—Claro. La joven reprodujo de nuevo el tramo y pulsó el botón justo cuando la figura se volvía.

Bone miró a Walker de reojo. —Gracias por su ayuda. ¿Hay alguna manera de guardar estas imágenes y asegurarse de que no se borren?

—Mientras esté aquí, está a salvo.

—De acuerdo, esto es una prueba, así que, por favor, no deje que nadie toque nada hasta que llegue nuestro equipo de recuperación.

—Ay, Dios, sí, ningún problema. Se lo diré al encargado cuando vuelva.

Bone y Walker salieron a toda prisa.

—Voy a llamar a Sheila y decirle que envíe agentes a casa de los Willerby y a su lugar de trabajo. También vamos a necesitar a la ARU en alerta —dijo Bone.

—James Willerby. Vaya cabrón. —Walker negó con la cabeza.

Subieron al coche, y él marcó.

—¿Hospital? —preguntó Walker.

Bone asintió.

Treinta Y Cinco

Cuando llegaron a las afueras de Stirling, Walker estaba a punto de coger la salida del hospital cuando sonó el teléfono de Bone.

—¿Brody?

—Señor, hace unos treinta minutos un par de senderistas marcaron el nueve-nueve-nueve para informar de que habían encontrado a un hombre gravemente apaleado y casi sin respiración en el Ochil Forest Park. El que llamó encontró una identificación en la víctima y dijo que era James Willerby.

—Dios mío —dijo Bone—. ¿Sigue con vida?

—Creo que sí. Lo han evacuado en helicóptero al Stirling Royal.

—¿Consciente?

—No lo sé.

—Si entra cualquier otra cosa, llámeme.

Se volvió hacia Walker.—A Willerby lo han agredido y lo han tirado en el bosque del Ochil Forest Park.

—¿Cómo?

—Tiene pinta de que los matones del señor Sneddon han llegado antes. Lo han llevado en helicóptero al Stirling Royal, a reunirse con su hija. Vaya puto desastre. Volvió a marcar a Baxter.—¿Ya han enviado agentes al hospital?

—Van de camino, señor.

—Vale, estamos casi allí. Colgó de nuevo.—Si Sneddon ha hecho una purga para protegerse, entonces Clare y su madre pueden estar en un serio y maldito peligro.

Walker pisó a fondo y encendió la sirena.

Chillando las ruedas al entrar en el aparcamiento, dejaron el coche junto a la entrada de Urgencias y corrieron a recepción.

—Tú ve a ver a la mujer y a la hija, y yo averiguaré adónde lo han llevado —dijo Bone.

Walker siguió adelante y Bone se abalanzó hacia el mostrador.

—DCI Bone, comisaría de Kilwinnoch. Mostró la placa.

Un hombre ebrio, con la cabeza vendada y ensangrentada, que se había estado apoyando en el mostrador, se echó atrás y se puso a cantar la sintonía de *The Sweeney*.

—Gracias, señor Drysdale. Si quiere, tome asiento, por favor —dijo la recepcionista con severidad.

—¿Dice que me puedo llevar una pa' casa y este poli no me va a detener? Soltó una carcajada y de su labio inferior colgó una babaza espesa.

—Un herido encontrado en el Ochil Forest Park acaba de llegar —gritó Bone por encima del barullo.

—Perdone, señor, un momento —le dijo a Bone, alzando el brazo.

El guardia de seguridad que estaba vigilando desde la entrada corrió y apartó al borracho a la fuerza del mostrador.

—¿Qué decía? —preguntó.

—Un herido, evacuado en helicóptero desde el Ochil Forest Park, ¿dónde está? —repitió Bone.

Comprobó el ordenador y negó con la cabeza.—Lo siento, el sistema va lentísimo ahora mismo.

—Es asunto policial, así que, por favor, dése prisa.

—Solo puedo ir tan rápido como me deje el sistema, inspector. Alzó la vista con gesto de desaprobación.—Vale, aquí está. Un tal James Willerby, ataque de perro.

—¿Cómo dice?

—Es lo que pone. Está en la Unidad de Lesiones Graves, tercera planta, siga los letreros.

Cruzó corriendo la sala de espera y subió las escaleras de tres en tres. Arriba miró a izquierda y derecha y vio el cartel del departamento. Echó a correr por el corredor sinuoso, esquivando pacientes y médicos hasta llegar a una puerta que daba

directamente a la SIU. Había ya dos agentes en recepción y un paramédico que salía.

—¿Dónde está? —preguntó Bone a uno de los agentes.

—Al fondo, por ahí —dijo el agente, señalando la puerta de la sala.

Bone tiró de ella, pero estaba cerrada con llave.

—¿Adónde va? —dijo una enfermera, saliendo de una sala posterior.

—DCI Bone. Necesito hablar con James Willerby.

—Me temo que los médicos están atendiéndole ahora mismo.

—¿Sabe qué ha pasado?

—Lo han traído hace aproximadamente media hora con graves laceraciones en la cara y el cuerpo y una pérdida de sangre considerable. Por suerte para él, uno de los senderistas que lo encontró era médico y, sin duda, le salvó la vida. Y hablando del rey de Roma... Señaló a un hombre con ropa de montaña que salía de un baño al otro lado del vestíbulo.

Bone se acercó.

—Soy el inspector Bone, de la comisaría de Kilwinnoch. Usted encontró a la víctima, ¿es correcto?

—Sí, acabábamos de bajar del monte y estábamos atajando por el Forest Park cuando vimos a dos rottweilers enormes atacando a un hombre. Había una furgoneta aparcada cerca, y dos tipos estaban ahí, de pie, mirando cómo pasaba. Corrimos hacia ellos, gritando que parasen, y llamaron a los perros, se metieron en la furgoneta y se largaron, dejando al pobre diablo tirado. Por suerte, seguía con vida, aunque inconsciente en ese momento, con unas lesiones faciales horrendas, pero conseguí contener la hemorragia como pude hasta que llegaron los sanitarios. Soy médico de familia.

—¿Sabe si está consciente ahora?

—Estaba despierto, pero ni mucho menos lúcido.

—¿Llegó a ver a los hombres que le soltaron los perros?

—No, estábamos demasiado lejos. Y, siendo sincero, de haber estado más cerca, igual nos los habrían echado a nosotros.

Se abrió la puerta de la sala y apareció un médico.

—Vamos a necesitar una declaración. ¿Puede facilitar sus datos a los agentes? —dijo Bone al senderista.

—Por supuesto.

El médico se acercó.—¿Es usted familia?

—No, policía. DCI Bone. ¿Cómo está?

—Está vivo y estable —dijo el médico—. Ha perdido mucha sangre, pero ha tenido mucha suerte. Una de las mordeduras estuvo a punto de alcanzar una arteria. El médico de familia que lo encontró hizo un trabajo fantástico y, una vez lo hemos traído de vuelta, hemos logrado estabilizarlo y sacarlo del atolladero, por así decirlo. Estamos esperando a que llegue el cirujano especialista para valorar las lesiones faciales y corporales. Por desgracia, va a necesitar unas cuantas operaciones para arreglar el destrozo que esos perros le han hecho en la cara.

—¿Está consciente?

—Está muy aturdido.

—Es vital que hable con él.

—Le hemos administrado bastante analgesia, así que no espere que tenga mucha lucidez. Unos minutos, ¿de acuerdo? Mantuvo la puerta abierta.—El tercer box.

Bone pasó y miró entre las cortinas. Willerby estaba medio incorporado, con la cabeza casi completamente cubierta de vendas y esparadrapo. Una enfermera estaba a su lado, ajustando con cuidado una de las vendas que se le había deslizado sobre el ojo izquierdo. Willerby gimió cuando ella tiró del borde.

—¿Quiere que le ponga un poco más de calmante, James? —preguntó la enfermera.

Willerby asintió lentamente.

—Señor Willerby —dijo Bone.

La enfermera se volvió.

—No debería estar aquí —dijo, alarmada.

—Tranquila, soy el DCI Bone, de la comisaría de Kilwinnoch. Le enseñó la tarjeta profesional.

Willerby volvió a gemir.

—Necesito hablar con el señor Willerby en privado, si no le importa.

—Está demasiado débil para hablar. Le hemos puesto mucha morfina y otros sedantes. Vuelvo enseguida, James. Corrió la cortina al salir.

Bone se acercó más.

—¿Esto te lo ha hecho Sneddon?

—Lo intenté... —raspó Willerby.

—¿Cómo dices? —Bone se inclinó.

—Pararlo. El día antes. Pero ya era tarde. Él simplemente no... paraba.

—¿Sneddon?

Willerby asintió. —Lynda no lo sabe.

—¿No sabe qué?

—Quería verlo muerto. Pero todo salió mal. Intenté... Lo siento muchísimo. Rompió a llorar.

—James Willerby, queda usted detenido...

La cortina se abrió de golpe.

—Señor, Clare Willerby ha desaparecido —jadeó Walker.

Willerby intentó levantar el brazo, pero se le cayó al lado.

—Cuando he llegado, agentes y enfermeras estaban registrando la sala y los pasillos contiguos.

—Salvadla —jadeó Willerby.

Bone siguió a Walker de vuelta a la recepción. —¿Dónde está la madre?

—Tampoco está.

—¿Hace cuánto?

—Diez minutos, como mucho. La enfermera dijo que quería que su madre la ayudara a ir al baño.

—¿Y la dejaron? ¿Qué estaban haciendo los agentes que se suponía que debían vigilarlas? Da igual. Bone se volvió hacia el agente apostado en la entrada de la sala. —Vigílelo. No deje entrar ni salir a nadie.

Salieron disparados.

—¿Has mirado en los aseos? —preguntó Bone.

—Sí, tres bloques, sin rastro.

—Deben de haberse dado a la fuga. Al aparcamiento. La hija no está en condiciones de andar, así que en diez minutos no pueden

haber llegado lejos.

Volvieron a toda prisa por el laberinto de pasillos hasta el Servicio de Urgencias y salieron disparados por la entrada principal.

—Ve tú a la izquierda y yo a la derecha. —Se puso en marcha.

—Espera. —Walker lo detuvo y señaló—. —Un Mini amarillo, modelo hatchback, incorporándose a la carretera principal, justo ahí.

—Mierda, son ellos.

Echaron a correr hacia el Land Rover, encajonado entre dos ambulancias. Una furgoneta de seguridad estaba aparcada al lado, y un vigilante estaba apuntando la matrícula.

—Policía, quite su furgoneta de en medio —dijo Bone, saltando dentro.

El hombre rodeó a toda prisa su furgoneta, dio marcha atrás y Walker pisó el acelerador y cruzó el aparcamiento hasta la salida.

A la entrada del hospital, Bone escaneó la carretera principal. —¿Adónde han ido?

—Es de sentido único, así que han tenido que ir a la derecha —dijo Walker. Encendió la sirena y se saltó el semáforo en rojo.

Volaron hasta la siguiente rotonda y frenaron en seco.

—¿Y ahora hacia dónde? —preguntó Walker.

—Ni idea. ¿Bridge of Allan?

—¿A su casa?

—¿Quizá a coger cosas para poder desaparecer?

—Vale. —Walker dio un giro brusco a la derecha y aceleró hacia el centro.

Atravesaron varias minirrotondas y cruces y salieron a la circunvalación. Pero, al acercarse al centro, los coches empezaron a aminorar. Walker zigzagueó como pudo mientras Bone les gritaba a los conductores que se apartaran. Un kilómetro más adelante, el tráfico quedó completamente parado.

Bone miró hacia el techo solar. —¿Cómo se abre eso?

Walker tanteó el salpicadero, encontró el botón y el techo se abrió. Se desabrochó, se puso en pie, asomó la cabeza por arriba y escudriñó las dos filas de coches detenidos ante el semáforo.

—Nos movemos —dijo Walker y volvió a encender las sirenas.

Viró a la izquierda por un hueco y Bone salió despedido de lado. Alcanzó a ver un destello amarillo hacia el centro antes de caer de nuevo en el asiento.

—A la derecha en el semáforo. Van hacia el centro.

—Ahora me lo dices, joder —dijo Walker y se coló delante de un camión.

Un par de coches por delante se apartaron sobre una estrecha franja de arcén y Walker metió el coche del parque móvil por el hueco.

—Agárrate —dijo y tomó la salida en tercera, con el Land Rover a punto de volcar.

—Déjame ponerme otra vez el cinturón antes de que nos mates de una puta vez —dijo Bone, forcejeando con el cierre.

—¿Adónde ahora? —Walker escaneó la calle de delante.

—A la izquierda en la torre del reloj.

—La tengo. —Se desvió de la carretera principal.

Siguieron entre hileras de más casas y la calzada se estrechó.

—Ahí está, subiendo la cuesta; van hacia el castillo —dijo Bone.

Giró a la derecha y encaró la fuerte pendiente. —¿Alguna señal del apoyo?

Bone se volvió. —Todavía no.

—Mierda. —Walker metió tercera de un golpe para subir la cuesta.

El Mini estaba a unos cientos de metros. Tomó otra derecha por una calle adoquinada flanqueada por antiguos edificios de piedra. Walker se acercó un poco más, pero entonces el Mini aceleró y se les escapó. Rugieron junto a las ruinas de las puertas de la fortaleza, el ulular de la sirena rebotando en los edificios que se cerraban a su alrededor. Por fin, llegaron a lo alto de la calle y al aparcamiento, con el castillo alzándose justo delante.

El Mini se había detenido al otro lado, junto a la entrada del castillo, con el motor aún encendido, como si estuviera sin aliento tras la persecución frenética.

Walker apagó la sirena, dejó rodar el coche hasta la entrada y se detuvo. Estaba a punto de saltar fuera cuando Bone le agarró del brazo.

—Espera. Nos habrán oído. ¿Por qué no salen?

—No me gusta nada esto —Walker miró por encima del hombro —. ¿Dónde está la jodida unidad de apoyo?

Aguantaron un momento más y luego Bone abrió la puerta y salió despacio.

—¿Adónde vas? —preguntó Walker.

—A parar lo que sea que esté pasando ahí.

—¿No deberíamos esperar a refuerzos?

—No creo que podamos.

Walker lo siguió fuera.

—Voy para allá —dijo Bone—. Cuando lleguen, manténlos alejados hasta que yo dé la orden.

—¿Estás seguro de esto?

—Ni de coña —dijo y se encaminó hacia el coche.

A mitad de camino, se abrió la puerta del conductor y Bone se detuvo.

—Señora Willerby —llamó—. Tiene que llevar a su hija de vuelta al hospital.

La señora Willerby miró hacia él y luego de nuevo al coche.

El sonido de las sirenas llenó de nuevo el aire y tres coches patrulla y una furgoneta policial entraron derrapando en el aparcamiento. Walker corrió hacia ellos, agitando los brazos. Se detuvieron y un agente armado con todo el equipo de protección saltó de la furgoneta.

—Apaguen las sirenas —ordenó Walker y volvió el silencio.

—Permanezcan a la espera. Hay una madre y una hija desarmadas en el vehículo. No queremos asustarlas —dijo Bone.

El agente se volvió hacia su equipo, que ya se había desplegado en línea al fondo del aparcamiento y les hizo señas para que se mantuvieran atrás.

La puerta del copiloto se abrió de golpe y Clare McDermid salió tambaleándose, sujetándose el costado.

—¡Clare! —gritó Bone.

Ella lo ignoró, rodeó hasta el lado del conductor y sacó un cuchillo del bolsillo de la bata.

Bone se giró, hizo un gesto a los agentes para que mantuvieran la línea y luego volvió a encararse con la novia fuera de sí.

—Clare, tienes que soltar eso. —Se acercó un poco—. Suelta eso.

—¡Díselo! —le gritó Clare a su madre.

La señora Willerby negó con la cabeza y siguió sollozando.

—¡Díselo! —ordenó Clare de nuevo, y blandió el cuchillo.

—¡Quietos! —les gritó Bone a los agentes.

—Solo queríamos lo mejor para ti, cariño. —La señora Willerby abrió los brazos.

—Ni se te ocurra decirme *darling* —replicó Clare—. Díselo, o juro que pongo fin a todo esto ahora mismo.

—Todo salió tan mal... Solo queríamos sacarlo de tu vida de una vez por todas.

—Mi vida, madre. Mi puta vida. Mis decisiones, que habéis destrozado para siempre.

—Nunca te iba a hacer feliz.

La señora Willerby se volvió hacia Bone. —Solo queríamos espantarlo, pero cuando nos dimos cuenta de lo estúpido que era todo, intentamos pararlo, y ese monstruo no quiso echarse atrás.

—¿Sneddon? —preguntó Bone.

—¡Es un animal! —aulló, y sus palabras resonaron por todo el aparcamiento.

—Lo mataste tú, madre. ¡Tú! ¡Nadie más!

—Nunca fue eso lo que queríamos. Solo queríamos que tuvieras una vida feliz. Pero él iba a arruinar todo lo que queríamos para ti.

—Nadie es nunca lo bastante bueno para vosotros. La pareja perfecta. La vida perfecta. Pues es una puta mentira. Me habéis controlado toda la vida. Laurence no era el monstruo, madre, lo sois vosotros. Tú y papá. Esto lo habéis hecho vosotros. Sois despreciables. Me dais... —Clare se tambaleó hacia un lado y se agarró el costado—. Tú...

Cayó al suelo, y su madre la agarró antes de que diera contra el asfalto. Bone corrió hacia ellas y apartó a la señora Willerby a rastras. Dos agentes de la ARU aparecieron por detrás y la esposaron. Bone volvió con Clare, que estaba desplomada en el suelo.

—Déjame morir —sollozó Clare.

Bone miró hacia abajo, y el cuchillo estaba clavado en su estómago, con la mano aún aferrada con fuerza al mango.

—¡Asistencia médica! —gritó.

Dos sanitarios cruzaron la línea de la ARU, con el voluminoso equipo botándoles a la espalda. Bone sostuvo a Clare en brazos hasta que llegaron, y les dejó hacerse cargo.

Los agentes de la ARU pusieron en pie a la señora Willerby. Ella intentó zafarse, pero la redujeron.

—¡Por favor, perdónanos! —suplicó a su hija—. ¡Por favor! —volvió a gritar.

—¡Sacadla de aquí! —ordenó Bone.

Los de la ARU llevaron a rastras a la madre histérica de vuelta a la furgoneta de detención.

Walker echó a correr hacia él. —¿Estás bien? Señaló la sangre en la camisa de Bone.

Bone miró hacia abajo. —No es mía.

Se acercó el jefe de la ARU. —Para que lo sepan: una segunda unidad táctica, enviada a la propiedad de Craig Sneddon, informa de que ha encontrado el cadáver de un hombre en el sótano de Sneddon y un coche aparcado fuera a nombre de un tal señor John Dulhoon.

—Dios... —suspiró Walker.

—Por fin hemos pillado al cabrón. —El agente sonrió.

—Sí, pero ¿a qué precio? —replicó Bone, y se alejó hacia las murallas del castillo, con la súplica desesperada y trágica de la hija de querer morir todavía resonándole en los oídos.

Treinta y Seis

En claro contraste con la última vez que Bone había estado en la isla, el sol del solsticio de verano caía a plomo sobre el pequeño embarcadero, haciendo que la temperatura superara los treinta grados. Ayudó a Clare McDermid a bajar de la barca y el resto de los invitados fue detrás. Ella sostenía un arreglo fúnebre de lirios y claveles blancos y crema.

Clare se detuvo y miró por el sendero que se internaba en el bosque.

—¿Está bien? —preguntó Bone.

Ella le echó una mirada.—¿Puedo coger su brazo?

—Por supuesto —dijo él.

Se pusieron en marcha juntos a la cabeza del cortejo fúnebre, con Walker, Harper, Buchan y Matheson siguiéndolos despacio.

Al salir del bosque, Clare volvió a detenerse al ver el diminuto cementerio. Miró atrás como si se hubiera arrepentido.

—No tenemos por qué hacerlo —dijo Bone.

Ella negó con la cabeza y siguió adelante, serpenteando despacio entre las lápidas hasta llegar a las dos cruces célticas, desgastadas por el tiempo, que se alzaban una junto a la otra, allí donde su marido había perdido la vida y ella casi la suya. Volvió a pararse y tomó una bocanada de aire, temblorosa. Luego, soltándose de Bone, avanzó sola y, arrodillándose junto al primer monumento, apartó unas hojas y dejó la corona a sus pies. Se quedó mirando las flores

un momento, con los ojos anegados en lágrimas, y lloró en silencio, con dolor.

Los agentes formaron un semicírculo a unos pasos y agacharon la cabeza en señal de respeto. Clare apoyó la palma en la cruz, musitó unas palabras entrecortadas e intentó ponerse en pie, pero casi volvió a caer. Bone corrió y la ayudó a levantarse. Permanecieron juntos unos minutos más; luego ella se volvió y volvió a cogerla del brazo. Caminaron de regreso al sendero y bajaron a la playa, hacia la barca que los llevaría de vuelta a Loch Gillan.

De vuelta en el pueblo, Clare se detuvo junto al coche patrulla que Bone había gestionado para recogerla y devolverla a Stirling.

—¿Quiere que vuelva con usted, o quizá la inspectora Walker? —preguntó.

—No, estaré bien. Ahora necesito estar sola. Pero gracias por toda su amabilidad en estos últimos meses. No creo que lo hubiera conseguido sin su apoyo, inspector Bone, y el de sus psicólogos.

—Tenemos un equipo extraordinario que también me sacó a mí de momentos muy duros. Le ayudó a sentarse en la parte trasera del coche.—¿Está segura de que no quiere quedarse a comer algo antes de irse?

—Creo que ya es suficiente aquí —dijo ella, y cerró la puerta de un tirón. Bajó la ventanilla.—Y, por favor, dé las gracias a su equipo por venir hoy. Los llevo a todos en el corazón.

El agente junto a la puerta del conductor miró a Bone, que asintió, y se subió de un salto.

—Recuerde, puede llamarme cuando quiera —dijo Bone, y el coche se marchó.

Volvió junto al equipo, que le esperaba delante del hotel.

—Es una mujer muy valiente —dijo Walker.

—Demonios como esos en la cabeza no se desvanecen sin más. Le queda un largo camino, pero con suerte hoy le ayudará a cerrar, al menos, alguna herida. Bone suspiró.

—No me creo que ese matón asqueroso, Sneddon, siga negándolo todo —dijo Harper.

—En realidad da igual, porque la SCU tiene pruebas más que suficientes, incluido el asesinato de Jock Dulhoon, para meterlo entre rejas mucho tiempo. Dudo que vuelva a ver la luz del día antes de palmarla.

—Pero si nunca abre la boca, supongo que nunca sabremos si los padres intentaron pararlo. Por Clare McDermid, ¿no la ayudaría saberlo? —intervino Buchan.

—No creo que marcara la diferencia. En su cabeza, su padre y su madre mataron al amor de su vida, y de eso no se vuelve; y, siendo sinceros, no le falta razón.

—¿La sangre tira? —sugirió Harper.

—Y de muchas más maneras de las que parece. Bone se pasó el índice por la cicatriz de la sien.

—Al menos arrancamos una confesión a ese pobre desgraciado de Fergus y a su compinche, y Dulhoon retiró su ridícula admisión de homicidio imprudente —continuó Harper.

—Pero aún no admite que asesinara a Trough —añadió Walker.

Bone suspiró.—Eso sigue pesando sobre la investigación. La verdad saldrá a la luz al final. Es cuestión de esperar.

Walker se volvió hacia los demás.—Bien, pues ya está. Creo que dejaremos de molestar, señor, y pondremos rumbo a casa.

Alice y Michael aparecieron por el lateral del hotel.—Ni hablar —ordenó Alice—. Hay como una docena de hamburguesas en la barbacoa de la cabaña y no vamos a poder ventilarnos todo eso solos.

—Ay, ¿quién es ese joven tan guapo que llevas del brazo, Alice? —sonrió Walker.

—¿Él? Ni idea. —Alice puso cara de circunstancias.

—¿Michael? —preguntó Harper.

Michael echó a correr y le soltó una patada en la espinilla.

—¡Ay! —gritó Harper, le metió la cabeza bajo el brazo y le restregó la coronilla hasta que el crío chilló que parara.

—Muy amable por su parte, Alice, ¿verdad? —dijo Buchan—. Encantado de conocer por fin a la señora Bone.

—Igualmente —contestó Alice—, y este es nuestro hijo, el del nuevo peinado de parva gigante.

Michael se sonrojó y se aplanó el mechón alborotado.

—Seguro que venís con hambre después de todo esto, pero si preferís volver a Kilwinnoch a por una bridie rebozada y frita... —bromeó Alice.

—Venga —dijo Bone.

Se dirigieron todos hacia la cabaña.

De camino, Walker alcanzó a Alice.—Pensé que seríamos las últimas personas a las que querrías tener por aquí después de haberlo tenido retenido tanto tiempo.

—Pensé que, si así le veo un poco más, pues tendré que aguantar a sus groupies.

—Ja, sí, claro. —Walker se echó a reír.

—No, estáis siempre bienvenidas aquí, Rhona. Maddie y Erin también.

Walker pasó el brazo por los hombros de Michael, y él le dio un cariñoso cabezazo en el costado.

—Vaya vistas tenéis —dijo Buchan, subiendo a la tarima frente a la cabaña.

—Sí, he visto cosas peores —asintió Bone.

—¡Ay, Señor, que se me queman las hamburguesas! —Alice saltó a la estrecha playa y marchó hacia la barbacoa, que echaba humo como para llenar una fábrica de arenques.

—Aun así, huele bien —dijo Harper—. Qué pena que Mark se lo pierda. Va a cabrearse de lo lindo cuando se entere.

—¿Enterarse de qué? —Mullens salió de la cabaña.

—La madre que me... ¿Cuándo has llegado? —preguntó Bone, sorprendido.

—Hace como media hora, y antes de que preguntes: no, no he tocado ni una hamburguesa, ni tu nevera, ni tu mueble bar.

Bone le estrechó la mano.—Gracias por venir, tío. Tienes buen aspecto.

—Por lo visto, la muerte sí que calienta, después de todo —replicó Mullens.

—Te lo tenías calladito —dijo Walker.

—Ya. Casi me da una úlcera aguantándome. Me habría encantado ver vuestras feas caras de culo apaleado cuando

pensasteis que teníais que volver directos al cáncer de hormigón que es nuestra querida comisaría —dijo Mullens.

—Se acabó el pánico, todo bajo control —gritó Alice desde la plancha chisporroteante.

Bone echó un vistazo a la cabaña.—Entonces, ¿Sheila no ha venido contigo?

—Ejem —interrumpió Baxter, de pie junto a las puertas francesas.

—No me digas... ¿un pitillo rápido?

—Algo así. —Baxter metió el mechero en el bolso.

—Vale, ya que estamos todos, quería daros las gracias, a cada uno de vosotros, por el esfuerzo descomunal que habéis hecho durante una de las investigaciones más duras a las que nos hemos enfrentado.

—Te quedas corto —dijo Harper.

—Al menos tú tenías un colchón decente —interrumpió Walker.

—Nunca vas a olvidar eso, ¿eh?

—No.

Bone dio un golpe en la barandilla de la tarima.—Muy bien, todos. Solo quería decir que esta semana ha sido traumática y trágica, con tantas vidas perdidas o casi destrozadas. Pero no olvidemos que nuestro duro trabajo ha resuelto los crímenes más graves y, además, hemos logrado meter por fin entre rejas a uno de los delincuentes más notorios de Escocia y facilitar el desmantelamiento de toda su operación. Ha sido una semana dura, así que quería daros las gracias de corazón. Ahora, vamos a ponernos las botas y a olvidarnos de todo durante un ratito. —Se volvió hacia Mullens— Excepto tú, claro. Para ti tenemos heno que mascar.

Mullens le enseñó el dedo.

Todos saltaron a la playa, pero Bone detuvo a Harper.

—Quiero enseñarte una cosa.

Michael se unió a ellos y volvieron a la cabaña.

—Qué chulo lo tenéis —dijo Harper, admirando la yuxtaposición del espacio rústico con la cocina ultramoderna.

—Por aquí —replicó Bone.

Entraron en el cuarto de Michael.

—Pensé que te gustaría ver esto —dijo Bone—. Cuéntale en qué estás trabajando, Michael.

—Es el T-65B Ala-X de Luke Skywalker —dijo Michael, sentado en un taburete junto a una maqueta de Airfix del tamaño de un antebrazo.

—¡Dios mío! —dijo Harper, con la mandíbula casi tocando el suelo —. Es magnífico.

—Sabía que lo apreciarías —dijo Bone—. Yo quería montar un galeón, pero Michael tenía otras ideas. ¿Has visto su Estrella de la Muerte? Señaló un globo negro del tamaño de un balón que colgaba del techo sobre la cama de Michael.

—Dios mío —repitió Harper, y se acercó para mirarla de cerca.

Michael se echó a reír.

—¿Ves cómo te lo decía? —Bone dio un codazo a su hijo—. Peor que tú.

—Hasta brilla en la oscuridad, como si estuviera a punto de explotar —se entusiasmó Michael.

Mientras Harper estaba distraído, Bone se escabulló.

—Este caza estelar es una pasada. Tiene hasta todas las marcas de quemaduras por el lateral —dijo Harper, con los ojos como platos.

—Sí, venía con calcas que se pegan, pero parece de verdad, ¿no?

—Es puñeteramente fantástico. —Se detuvo—. Perdón, ¿he soltado un taco?

—Ja, ja, quedas detenido.

—Ejem —dijo Bone, en la puerta.

Harper se volvió.

—Siento interrumpir vuestra fiesta friki, pero tienes una promesa que cumplir. Bone sostenía un bañador.

—¿Cómo?

—Creías que se me había olvidado, pero has prometido —más de una vez, añado— probar conmigo lo de nadar en aguas abiertas.

—Era solo una forma de hablar, en plan quizá algún día. No lo decía de verdad.

—Pues yo sí. Ponte esto y te veo en el embarcadero de delante en cinco minutos.

—Ahora no voy.

—Podía habértelo ordenado en abril. Ahora eso está prácticamente como una bañera. Cinco minutos.

Michael se frotó las manos.—¡Venga, venga!

—Tú también, no —se quejó Harper—. ¿Dónde está el baño?

—Justo ahí a la derecha. ¡Cinco minutos! —repitió Michael.

Harper salió por fin de la cabaña, con la toalla sobre los hombros para tapar la vergüenza como buenamente pudo.

Todos aplaudieron, y Bone saltó a la tarima, ya en bañador para el chapuzón.

—Sígueme —dijo Bone.

El público volvió a aplaudir y a dar vítores, y Harper, a regañadientes, obedeció.

—No lo tengo nada claro —dijo.

—Anda, tira pa'lante, ratoncillo —bramó Mullens y le echó un vistazo al bañador.

En el embarcadero, ambos se detuvieron.

—A ver, la mejor manera de hacerlo es bajarse muy despacio al agua para que el cuerpo se acostumbre a la temperatura helada —dijo Bone.

—Que se te hielan las pelotas —gritó Mullens.

—Para ya —protestó Harper.

—Vale, suelta la toalla —dijo Bone.

Con más silbidos, Harper se despojó de su escudo protector.

—Ponte en el primer peldaño de la escalera del embarcadero.

Harper avanzó con nervios y se bajó.—¿Aquí?

—Sí, justo—

Bone le dio un empujón y él cayó de espaldas al agua con un gran chapuzón. La concurrencia estalló en carcajadas y Bone se tiró detrás de él.

—Jesucristo, Jesucristo —Harper salió a la superficie, forcejeando para volver a la tarima.

Bone nadó a su alrededor.—Cuenta hasta cinco, Will, y nada despacio.

—Está jodidamente helada —castañeó.

—Uno, dos, tres, sigue nadando, eso es, cuatro y cinco.

Harper nadó de forma errática junto al embarcadero.—No está tan... —Siguió nadando.

—Está que arde —dijo Bone.

—Ni de broma —le gritó Alice.

—¿Cómo vas ahora, Will?

Harper se apartó del embarcadero y puso rumbo hacia el lago abierto.—Cada vez cuesta menos —gritó.

—Ahí lo tienes. ¿Ves? Te lo dije —Bone miró a sus compañeros alineados sobre la tarima—, aunque estemos en pleno verano y esto esté como para bañar bebés.

Una carcajada atronadora llenó la bahía, y Harper siguió nadando hacia la punta.

—¡Es fabuloso! —volvió a gritar Harper.

—Quieto, que eso es demasiado lejos. —Bone nadó tras él, temiendo que un tiburón peregrino que pasara por allí confundiera a su pálido compañero con una colonia de plancton pálido con bañador.

Inspector jefe Bone regresa en...

DESCIENDE LA NOCHE

Un thriller escocés del inspector jefe Bone (Libro 6)

Mantén cerca a tus enemigos. Y a los muertos, más aún.

Cuando un corredor se topa con un cadáver en una carretera solitaria cerca de Cullenbrae, el inspector jefe Duncan Bone espera que se trate de un atropello y fuga rutinario. Pero un sacacorchos clavado en el ojo de la víctima revela una historia mucho más siniestra.

Cullenbrae no es una aldea cualquiera. Aislada a la sombra de los Campsie Fells, sus herméticos habitantes están unidos por rencores, rumores y el recuerdo de un asesinato sin resolver de hace cuarenta años. Cuando un segundo y brutal ataque desgarra el pueblo, Bone y su equipo se ven inmersos en una pesadilla de mentiras, sospechas y violencia.

Pero Bone está luchando contra sus propios demonios. Un fragmento de hueso alojado en su cerebro se está moviendo y transforma su TEPT en alucinaciones que no puede controlar. Mientras la tormenta de paranoia se cierne sobre él, Bone debe desentrañar el pasado y el presente antes de que el pueblo acabe consigo mismo… y con él.

¿Podrá el inspector jefe Bone desenmascarar a un asesino que se alimenta del miedo antes de que caiga la próxima víctima?

Un escalofriante thriller criminal y procedimental policial escocés para los fans de Ian Rankin, Val McDermid, J.D. Kirk y Stuart MacBride. ***Desciende la Noche*** ofrece autenticidad policial, humor negro, diálogos escoceses afilados como cuchillas y una tensión implacable en el corazón más oscuro del **Tartan Noir**.

El pasado nunca muere en Cullenbrae. Adéntrate antes de que caiga la noche: léelo ya con Kindle Unlimited.

Lo que dicen los lectores de la serie inspector jefe Bone:
★★★★★ "El mejor libro de crímenes que he leído en años".
★★★★★ "Enganchada de principio a fin".
★★★★★ "La tensión aumenta tanto que el final te deja sin aliento. ¡Me encantó!".
★★★★★ "Tenía los pelos de punta".